

La construcción estética del Estado y de la identidad nacional

**LA CONSTRUCCIÓN ESTÉTICA DEL ESTADO Y DE LA IDENTIDAD
NACIONAL**

PROSAICA III

por

KATYA MANDOKI

La construcción estética del Estado y de la identidad nacional

Dedicatoria

Mi deuda con esta tierra, ombligo de luna, que nos acogió a mis abuelos y padres, a sus hijos y a los nuestros.

Introducción

Parece el juego de la gallinita ciega. Al explorar el tejido social y preguntarse por la cohesión y construcción de la nación-Estado, varios autores huelen, pero no acaban de ver, algo enfrente de sus narices que tiene que ver con la estética. Benedict Anderson apunta a los cenotafios, las novelas nacionalistas y los museos como hitos significativos para fraguar el Estado-nación, pero no se percata del todo que su efecto depende de su deliberada construcción estética. Arjun Appadurai propone su concepto de *full attachment* para explicar la cohesión nacional, pero lo vincula a la violencia y desdeña la dinámica de seducción que la engendra. Ernst Gellner sobrestima lo racional al suponer que el nacionalismo depende en su mayor parte de ser inculcado en las escuelas y Jürgen Habermas, en su concepto de identidades posnacionales, conjetura que los nuevos entusiasmos patrióticos se prenderán a algo tan abstracto como la Constitución y descuida la dimensión estética. Michael Herzfeld propone la “intimidad cultural” y una “poética social” para explicar esta adherencia, y sin embargo apenas le dedica a la estética una sola mención, en la página 187. Es ese olor a estética lo que lo tienta a sustituir “praxis” por “poética” pero, como si estuviera acatarrado, lo estornuda. Por extrañas razones, se elude el hecho de que ese apego a una identidad nacional tienda a ser inducido por mecanismos de fascinación y encanto que no pueden sino ser estéticos. De ahí que resulte verdaderamente apasionante lo esquiva que puede ser la estética para estudiosos que no confían en su olfato. Se escurre porque todos suponen que la estética es una diosa, siendo una gata: hay que seguirla de noche para descubrir sus travesuras.

El título de este libro asume sin cortapisas que la identidad nacional y el Estado se han construido con estrategias estéticas. Esto no quiere decir que un Estado-nación se construya sólo con estética, pero sí subraya el papel crucial de la estética en los procesos de fraguado de los Estados modernos. La estética ha sido una herramienta necesaria, aunque no suficiente, en la edificación social del Estado mexicano, lo que nos lleva a preguntarnos

La construcción estética del Estado y de la identidad nacional

cómo ha operado y qué consecuencias tiene. Obliga a revisar en primera instancia el engarce de dos dimensiones, la política y la estética en sus manifestaciones artísticas tanto como extra-artísticas.

El itinerario que propongo para explorar el Estado y la identidad nacional mexicana empieza con algunas consideraciones teóricas básicas que plantearé en el primer capítulo al destacar la manera en que el lenguaje opera como ingrediente crucial en la producción de toda comunidad y toda identidad, lenguaje que –como lo señaló Rossi-Landi– implica un trabajo efectivo, casi físico, que también cansa, que se vende y se compra como una mercancía. Con estos instrumentos pasaremos al capítulo 2 donde, desde un modelo octádico que denominé con el acrónimo LASE (léxica, acústica, somática y escópica) articulado al eje dramático PCEF (proxémica, cinética, enfática y fluxión), analizaremos las estrategias del Estado para persuadir o cautivar y, por consiguiente, obtener autoridad y generar hegemonía en el control del país. El capítulo 3 es prácticamente un ejercicio para la aplicación de estas categorías al analizar un caso específico, al despliegue estético de la campaña presidencial de 2006. Ruego no desesperarse por la terminología, pues estos neologismos (ampliamente explicados en el tomo anterior) fueron acuñados con un afán estrictamente metodológico; son mnemotécnicos y el glosario bastará para comprenderlos. No hay gran ciencia en aplicarlos; simplemente ayudan a trazar, como papel milimétrico, ciertas figuras a partir de una cuadrícula algo más precisa, o como papel tornasol para distinguir ácidos o bases.

En el capítulo 4 diferenciaremos al Estado (como institución) de la nación (como organismo cultural) y el papel de cada cual en torno a la identidad nacional. Esta distinción tiene consecuencias políticas dignas de debatirse en la coyuntura de migraciones contemporáneas. El quinto capítulo es un recorte, especie de foto fija, de ciertos momentos clave de la conquista en que puede observarse un juego de sensibilidades radicalmente distintas y donde el enfoque estético ilumina con una luz particular el dramatismo de la derrota de la civilización mesoamericana. En el último y sexto capítulo aplicaremos tres categorías clave para el estudio de las identidades –el arquetipo, el prototipo y el estereotipo– que emergen tácita o explícitamente de todo debate en torno a la identidad, y que por tanto requieren la expulsión de ambigüedades.

La construcción estética del Estado y de la identidad nacional

¿Qué es la identidad y por qué elegir estos criterios y no otros para reflexionar sobre ella? Como ya he trabajado el tema de la identidad en los tomos anteriores (Mandoki 2006a: 76-80; 2006b *passim*), valga sólo mencionar que entiendo por identidad el revestimiento del que se envuelve la subjetividad para presentarse a los otros e integrarse a cada contexto social en que se despliega. La identidad es la piel social de la subjetividad. Esto quiere decir que la identidad es líquida y móvil, por así decirlo, además de ser plural y en buena medida colectiva. No poseemos lo que se dice “la identidad” en estado sólido y número singular que se aglutinaría en torno a un nombre y una biografía. Las subjetividades se asoman, se conforman y se presentan envainadas en distintas identidades por las diferentes situaciones en que se materializan para hacerse perceptibles. Como lo expresó Goffman ([1959] 1981), la identidad (*self*) *se presenta*. No nos pertenece de manera esencial ya que es resultado de interacciones estéticas y semióticas con los otros en modos de hablar, vestir, actuar y mostrarse por estrategias verbales así como aurales, visuales y corporales.

Como lo argumento a lo largo de *Prácticas estéticas e identidades sociales* (2006b) toda identidad depende de una matriz, que es la instancia donde los individuos superan su singularidad como organismos biológicos aislados y forman parte de cuerpos colectivos. Ejercemos diversas identidades desde matrices diversas como la familiar, religiosa, de género, profesional, generacional, nacional, ciudadana o partidista. Lo que amarra las identidades es la subjetividad al mantener la coherencia por la memoria de las diversas situaciones en que se han desplegado. A su vez, las identidades tienden hilos que vinculan a unos sujetos con otros y trenzan el tejido social. Como se explicará en el capítulo 1, los deslizamientos de una identidad a otra suelen ser relativamente tersos, sin por ello poner en riesgo la integridad del sujeto. La subjetividad es poli-identitaria.

A la segunda pregunta: ¿por qué enfocar la identidad nacional desde estos cuatro nodos –el Estado, la nación, la conquista y la tipología – y no otros (como pudieran ser las artes cultas y populares, el deporte o la religión)? La respuesta es simple. El Estado es la institución más preocupada por, y explícita en, la producción de la identidad nacional (por razones obvias: su legitimación). Lo atestiguamos en los libros de texto, en la administración de pasaportes, en las campañas personales de los candidatos a puestos públicos. El segundo nodo, la nación, es justamente lo que se pretende explicar, ya que la

La construcción estética del Estado y de la identidad nacional

identidad no se agota en el Estado: el problema es cómo abordarla en singular cuando todo apunta a la pluralidad. ¿Qué tenemos en común como nación los lacandones de Lacanjá, las teiboleras de Acapulco, los CEO de Lomas de Santa Fe, las obreras de Ciudad Juárez, los rarámuris de la Sierra Tarahumara, los darquetos de Buenavista y las estrellas del canal 2 fuera de la mera casualidad de vivir dentro de una línea trazada en forma de cuerno de la abundancia? Imposible de definir; y sin embargo, se habla de identidad nacional con total contundencia.

El tercer nodo, la historia de la conquista (que no la historia oficial de los libros de texto), es una referencia inevitable pues ahí se tajó parte de la subjetividad colectiva con que se instituyó la identidad mexicana. Al aislar, mermar y atomizar a las distintas comunidades mesoamericanas, se desmontó una civilización entera para sustituirla por otra (el “México profundo” por el “México imaginario” en terminología de Bonfil Batalla) proceso que no ocurrió sólo en lo objetivo de los dominios territoriales, sino fundamentalmente en las subjetividades. El cuarto nodo es el de la tipologización, y sus riesgos de agravio son enormes al reducir la diversidad que compone una nación a unos cuantos rasgos. Todo tipo o *type* es una abstracción que sólo se manifiesta en *tokens* reales que son, por naturaleza, híbridos y heterogéneos. A pesar de su inevitable caricaturización, los estereotipos no dejan de estar en juego en las interacciones sociales, por lo que una exploración de la identidad no puede pasarlos por alto. Nos orientamos por estereotipos ante lo desconocido a partir de hábitos de percepción, mecanismos para economizar la interacción. Los estereotipos coagulan ciertos rasgos y los resaltan en detrimento de otros, además de que emergen (y ése es nuestro interés en el tema) desde sensibilidades e impresiones de índole estética como formas de vestir y de hablar, de bailar, su música y su fisonomía.

En distintos momentos históricos, las identidades generan llagas que reaccionan violentamente ante la mínima alusión y reproducen rencor por generaciones. Las identidades nacionales no tienen por qué ser la excepción al hallarse entre las fibras más sensibles capaces de registrar hasta el menor indicio que pudiera interpretarse como una afrenta. De ahí que deshebrar algunos hilos con que se han tejido identidades nacionales puede llegar a doler.

La construcción estética del Estado y de la identidad nacional

Habría que agregar a ello que explorar una matriz nacional sólo puede hacerse desde adentro a pesar de que ahí este horizonte está configurado en gran parte por los puntos ciegos del hábito que bloquean la percepción. Tendemos a tomar nuestras particularidades con tal naturalidad que nos parecen universales. Exige, además, asumir dos puntos de vista: por un lado examinar cómo se manifiesta una identidad nacional en un momento específico, el actual. Por otro, el difícil recorrido histórico imaginario por inducción, deducción y abducción (como se pueda) para tratar de desentrañar algo de las maneras en que los acontecimientos se han ido montando sobre el lomo de la historia. Ello ha generado expectativas, rutinas y resentimientos que ya poco tienen que ver con los sucesos que los originaron, pero son ya reacciones en que la piel responde sola. Y eso sin contar la tremenda osadía de pretender interpretar a los otros, tan lejanos en lugar y tiempo, en nada menos que su sensibilidad.

Con todo, creo que para este análisis contamos con la firmeza de estar parados en un islote sobre una laguna, y desde aquí podemos afirmar que en el caso mexicano, la tónica por definición que marcó, desgarró y vertebró esa identidad fue el hecho de la conquista. Para el indígena mesoamericano, aquellos acontecimientos significaron enfrentarse a un otro más ajeno que un dios, pues mientras que con los dioses era posible negociar por medio de sacrificios desde el principio universal y absoluto de reciprocidad, este otro resultó insondable al no responder a ese precepto. El sacrificio fue en vano.

Así como las identidades personales dependen en buena parte de la narrativa biográfica que elaboran para significarlas, las identidades colectivas, particularmente las nacionales, dependen de la narrativa histórica. Cuando esa narrativa es triunfante engendra a un pueblo con conciencia de su fuerza y voluntad. Pero cuando el principal acontecimiento histórico es una derrota o el sometimiento, parece imprescindible inventar otro evento que lo sobrescriba o resignarse a una identidad agraviada. Una propuesta de solución a este problema en el caso mexicano fue la fogosa épica del mestizo cósmico que diseñó Vasconcelos donde la derrota de la civilización mesoamericana y la violación de sus hembras por el conquistador se truecan en glorioso origen del mestizaje. Otra fue su proyección en pensadores como José Revueltas, Jorge Cuesta, Luis Villoro y Roger Bartra, para quienes lo mexicano habría de tender hacia lo universal, lo transmexicano o lo posmexicano. Pero en la vida cotidiana, en las cocinas, escuelas, calles y camas de México,

La construcción estética del Estado y de la identidad nacional

a donde esa filosofía casi no llega, la identidad se tañe con otras cuerdas y la conquista persiste en forma no menos pronunciada. Está en los ojos de todos y definirlos científicamente como “iris, pupila, retina” en efecto los universaliza, pero ignora lo que ven todos los días y lo que más anhelan o temen ver.¹

¹ Citas de la introducción en orden de mención: Anderson (2000), Appadurai (1998), Gellner (1997), Habermas ([1987] 1993), Herzfeld (2005), Rossi-Landi (1970), Mandoki (2006b), Goffman, ([1959] 1981), Uranga ([1952] 1990), Bonfil Batalla ([1987] 1990), Vasconcelos ([1925] 1948).

1. DEL TRABAJO LINGÜÍSTICO Y EL ACOPLAMIENTO ESTRUCTURAL-ENERGÉTICO

Los tres modelos de la modernidad

La modernidad puede caracterizarse por tres modelos dominantes, cada uno de los cuales controla la dimensión económica, tecnológica y política de un sistema social. Me refiero al capitalismo, al industrialismo y al nacionalismo. A pesar de que el modelo capitalista fue firmemente criticado y trocado por modelos socialistas y comunistas (y a la inversa), ha prevalecido sin duda como el patrón más agresivo y lucrativo en la esfera económica. A su vez, el modelo industrial exhibe un éxito espectacular al controlar la vida cotidiana de millones de individuos tanto en la fabricación y desarrollo de sus productos como en el consumo y la imposición de una forma de vida. No menos exitoso ha sido el modelo nacionalista, pues se ha desplegado pujantemente tanto en países ricos y pobres, orientales y occidentales, fundamentalistas y laicos y es defendido con vehemencia por la izquierda como por la derecha como un valor incontrovertible. En lo que se refiere al nacionalismo, ambas manos se dan la mano. ¿Es realmente tan natural esta parcelación del planeta en Estados nacionales? ¿Por qué el simple hecho de nacer en un territorio implica derechos naturales sobre éste?

En particular desde el siglo XIX, este modelo nacionalista proliferó epidémicamente en el mundo occidental y oriental, en países del norte y del sur a través de todos los continentes. Fueron recortándose naciones como piezas de rompecabezas didáctico en América y Europa, y luego en Asia menor y África. Logró insertarse en los más diversos regímenes políticos, sean oligárquicos, teocráticos, dictatoriales, democráticos, de castas o monárquicos. Este modelo ha sido incluso esgrimido para aniquilar otras naciones e inventar nuevas. Logró superar tribalismos y patriarcalismos milenarios, sobrevivir toda clase de internacionalismos (fascistas, comunistas, imperialistas, colonialistas, islamistas) hasta el día de hoy, en que lo vemos firmemente desafiado por el proceso de globalización.

Es imposible saber cuánto tiempo perdurará este modelo, pero sin duda todavía sigue vivo y coleando y vertiendo sangre por todo el mundo. ¿Cómo poder explicar un éxito tan espectacular para un modelo nada novedoso? La respuesta más obvia es que está

La construcción estética del Estado y de la identidad nacional

basado en un instinto muy primario que la humanidad comparte con varias especies animales: la territorialidad. El gato y el perro, las aves y los primates tienen un sentido más o menos marcado de exclusividad territorial. El modelo nacional proyecta esta simple noción de propiedad espacial que resulta de dibujar una línea imaginaria alrededor de un territorio en la que incluye ciertas comunidades y excluye a otras. Esta línea imaginaria puede trazarse ya sea por la fuerza militar o por acuerdos internacionales, pero una vez delineada adquiere un carácter natural, casi eterno, esencial incluso. Si consideramos la enorme escala que abarca, tal delineación espacial no puede ser objeto concreto de la experiencia y, como lo señala Benedict Anderson (2000), permanece solamente como una proyección imaginaria.

Dado entonces este carácter relativamente arbitrario e imaginario de la demarcación de una nación las preguntas que surgen son: 1] ¿qué hay en ese modelo que lo vuelve tan universal? y 2] ¿qué hace que una población de una entidad tan enorme pueda reconocerse a sí misma como miembro de un Estado-nación con rasgos comunes? Ir a votar cada tres o seis años, participar en encuestas nacionales, ser militante de un partido político o manifestarse y tomar las calles pueden ser maneras de expresar identidades nacionales, políticas o de clase, pero estas prácticas, rara vez ejercidas por la mayoría de la población, tampoco parecen ser suficientes para crear algo así como una "identidad nacional".

El sintagma "cohesión nacional" resulta ser siempre políticamente correcto y conveniente en todo partido y régimen en cualquier parte del mundo. Es común exhortar a la población para que alcance tal "cohesión nacional" como si se tratara de un simple acto de voluntad o una incantación casi mágica. Semejante exigencia aparece generalmente acompañada por términos como "promover", "crear", "construir", "inculcar", "consolidar", "fomentar", "preservar", "desarrollar" esa cohesión nacional, e incluso se la encuentra asociada a un término tan fuerte como "cementar". Evidentemente, la cohesión nacional no es espontánea: debe ser manufacturada de manera deliberada y a veces con muchísimo esfuerzo. Pero ¿cómo? Nadie parece tener una respuesta clara y definitiva sobre la patente de fabricación de cohesiones nacionales.

Estructura y energía

La construcción estética del Estado y de la identidad nacional

Varios autores han tratado tangencialmente la cohesión social en diferentes tipos de sociedades y no existe una explicación satisfactoria del asunto. Involucra el problema de "adherencia" y la consiguiente legitimidad en la construcción de las instituciones sociales mencionadas por Berger y Luckmann (1986: 183). Algunos antropólogos han encontrado que, en sociedades primarias, la cohesión es producto del parentesco y de rituales simbólicos que la recrean cíclicamente. Entre más nos alejemos de estas sociedades preletradas, menos obvios resultan los mecanismos de producción de la cohesión social. Así que para una respuesta tentativa, me permito sugerir que la cohesión no solamente en lo comunitario y social sino en lo institucional en cualquier sistema dinámico y a cualquier escala requiere por lo menos de dos factores: primero, una *estructura* u organización y segundo, un factor *energético*, un combustible. Sin estructura, la energía se dispararía caóticamente, y sin energía, la estructura decaería. Ésta es otra manera de presentar la teoría de estructuración de sistemas sociales propuesta por Anthony Giddens (1979; 1984) que requieren tanto estructura como agencia. Según Giddens (1979: 64), las estructuras existen fuera del tiempo y espacio como "diferencias ausentes" o huellas de la memoria, por lo que no se las puede estudiar empíricamente. Las estructuras modelan y configuran las prácticas sociales que a su vez dinamizan las estructuras. Es difícil aceptar de Giddens ese concepto de estructuras "fuera del tiempo", pero al menos sí queda claro que al analizar toda institución social, entre ellas la nacional, hay que considerar estos dos aspectos: una parte activa, dinámica, energética de los agentes sociales, y otra parte estructural, organizativa, reglamentada de las organizaciones.

En las sociedades primarias preletradas, la estructura radica en un sistema de parentescos, mientras que la energía se ejerce a través del esfuerzo y la devoción invertidos en expresar tal estructura por medio de rituales y festividades como el *potlatch*, mayordomías, los ritos agrarios, matrimoniales, religiosos, etc. Aunque mucho más complejo, en el sistema capitalista tal acoplamiento se manifiesta en una estructura conformada por la propiedad privada de los medios de producción y la reinversión acumulativa en complejidad tecnológica, mientras que la energía la proporciona la transformación del trabajo concreto (premoderno y heterogéneo, con resultados integrales del producto total en su valor de uso) en fuerza de trabajo abstracta (moderna y homogénea con valor de cambio y resultados parciales, el producto segmentado). La ecuación marxista

La construcción estética del Estado y de la identidad nacional

de relaciones de producción y fuerzas productivas se puede traducir a estructura y energía, y su crítica a la economía clásica radicó, en lo elemental, en que el valor se genera por la fuerza de trabajo (energía) inyectada a la materia prima y la técnica (estructura). Cualquier otro sistema, por nombrar el caso de la institución religiosa, requiere asimismo ambos componentes: la estructura del mito y el ritual junto con la fuerte energía afectiva de la fe suministrada por su comunidad de devotos. Nuestro cuerpo, entendido como sistema, también requiere una estructura biomorfológica y una entrada continua de energía en forma de alimento y oxígeno.

El industrialismo hace necesarias a ambas: una estructura tecnológica y una fuente natural de energía para funcionar. ¿Quién se imaginaría, hace apenas un siglo, que organismos vegetales y animales prehistóricos se convertirían a través de eones en un agente activo tan provechoso como el petróleo al grado de ser actualmente el nunca explícito pero siempre inexorable incentivo de conflictos armados a nivel global?

El sistema de Estado-nación no es la excepción en este acoplamiento estructural-energético: la estructura la establece el Estado, su Constitución y su división de poderes (legislativo, ejecutivo y judicial) con una clara organización gubernamental basada en la rigurosa estratificación política. El factor energético, en cambio, no es tan fácil de detectar. Sin duda, parte de esta energía la proporciona la inversión de trabajo expresada parcialmente en el pago de impuestos y participación política, pero si hay que exigir a los ciudadanos sacrificios considerables por el Estado, esta fuerza no se puede reducir a un factor puramente político o económico expresado en el PIB. Hay algo más en juego, a saber, una energía afectiva invertida en la producción y reproducción de esta idea relativamente vaga pero fuertemente emotiva de que existe algo que se entiende por "nación" que nos denota a todos los que nos reconocemos en ella.

Como lo señalan Berger y Luckmann (1986: 197), sin una "fuerte identificación afectiva" de parte sus miembros, una institución social carecerá de la plausibilidad y legitimidad suficientes para mantenerse. De hecho, entre el aspecto tecnológico del industrialismo y el económico del capitalismo, es el factor político del nacionalismo el que requerirá de mayor importe emocional por su componente en gran medida imaginario. Anderson (2000: 141) destaca tal componente afectivo cuando reconoce que "una nación inspira amor y a menudo profundo autosacrificio", pero no explica cómo se producen tales

La construcción estética del Estado y de la identidad nacional

sentimientos, pues, me atrevo a decir, son todo menos espontáneos. El caso que ilustra agudamente esta falta de espontaneidad en la emoción nacionalista es el fervoroso amor al terruño, que no a la patria, de muchos grupos indígenas en México. Anderson reconoce que "los productos culturales del nacionalismo –poesía, prosa ficción, música, artes plásticas– demuestran claramente este amor en miles de formas y estilos diferentes". Pero se puede afirmar, con la misma contundencia, que el nacionalismo es también producto, no solamente causa, de esta expresión artística, como veremos posteriormente.

Identidad y lenguaje

Al establecer el acento en su carácter arbitrario, Ernst Gellner (1997) explica la creación de sistemas nacionales como resultado de la industrialización por el despliegue gubernamental de estrategias de homogeneización, estandarización y alfabetización. La institución educativa tiene un papel crucial en este proceso de construcción de identidad y cohesión nacional al ser no solamente instrumento para tal homogeneización lingüística y escolar, sino también al poner en circulación una interpretación oficial de la historia, así como una producción discursiva de esa "identidad colectiva" para la puesta en ideología del nacionalismo.

Anderson enfatiza el papel básico de la lengua como factor cohesivo de la nación-Estado y afirma que la oficialización de una lengua vernácula sobre otras y el uso de medios impresos han sido condición indispensable para el establecimiento de los sistemas nacionales. Este proceso es claro en países relativamente homogéneos como Hungría y Eslovenia donde una lengua vernácula dominante llega a ser oficial en el establecimiento de un Estado-nación. En muchos otros países, sin embargo, como Eritrea que no tiene ninguna lengua oficial, Suiza con cuatro (francés, alemán, italiano y rhaeto-romanshor), China, India y México con más de 60 idiomas (cf. Manrique, 1998: 8), el proceso de la unidad lingüística está lejos de asumirse como consolidado, por lo que la cohesión nacional se intenta fraguar por medios adicionales. Obviamente hay más en la comunicación que la unidad lingüística y más en la cohesión nacional que un idioma común.

Según la distinción establecida por Ferdinand de Saussure entre *langue* y *parole*, es decir, entre un sistema lingüístico y un enunciado concreto, me convenzo cada vez más de

La construcción estética del Estado y de la identidad nacional

que no es solamente el aspecto formal de una *langue* unificada o la lengua oficial la que contribuye a crear tal cohesión nacional. El asunto corre más bien por el enunciado concreto, dicho, o *parole*. Se trata principalmente de un despliegue energético continuo por actos de habla, menos lenguaje que “lenguajear” (*linguaging*, neologismo propuesto por Varela y Maturana, 1992). Es la producción discursiva viva o el “trabajo lingüístico” (en términos de Rossi-Landi, 1970) concreto y efectivo lo que resulta imprescindible para la producción, reproducción y mantenimiento de la cohesión nacional.

Producción de hegemonía

Anderson (2000: 6) definió una nación como "comunidad política imaginada - e imaginada como intrínsecamente limitada y soberana". Afirmó que las "comunidades deben ser distinguidas, no por su falsedad/autenticidad, sino por el estilo en el cual son imaginadas" (nótese aquí el término "estilo" al cual volveremos después). Este énfasis sobre el imaginario en Anderson viene del hecho que, como mencionamos antes, los miembros de comunidades nacionales no pueden realmente conocerse o encontrarse, pero de todos modos se imaginan como parte de una comunidad que definen como "nación".

Cómo es que estos imaginarios, en vez de otros, se generalizan y mantienen plausibilidad es una cuestión de hegemonía. A pesar del derrumbamiento práctico del marxismo, el concepto de "hegemonía" de Antonio Gramsci todavía permanece relativamente ileso. Según Gramsci, la hegemonía es construida por los intelectuales quienes, en tanto cuadros de la clase política dominante, son los "persuasores" que elaboran la ideología y la difunden. La idea detrás del concepto de hegemonía es que ninguna acción política se puede mantener indefinidamente por la fuerza bruta. Requiere un cierto grado de asentimiento por y complicidad de las masas. Incluso agregaría, teniendo a Michel Foucault en mente, que el poder como fuerza productiva no sólo requiere *de* la hegemonía sino que *es* la hegemonía. Louis Althusser (1977) contribuyó a esta discusión definiendo el papel de los aparatos ideológicos de Estado (AIE) y su mecanismo de "interpelación", con relación al cual cada persona se reconoce como sujeto de y sujeto por (sujetado) la ideología dominante. Sin embargo, ni Althusser dilucida cómo se logra que cada persona interiorice, se asuma o se identifique con cierta ideología ni Gramsci aclara suficientemente por qué medios estos intelectuales consiguen persuadir a las masas.

La construcción estética del Estado y de la identidad nacional

Si en el capitalismo la dimensión económica es la dominante (aunque no única), y la dimensión tecnológica domina el industrialismo, la base para la construcción del modelo nacionalista de Estado ha sido la institución educativa desde la dimensión política. Ahí la estética habría de desempeñar un papel fundamental –tratándose de la infancia, una etapa de la vida particularmente receptiva– por la propensión de reclutar la sensibilidad hacia este imaginario de la unidad e identidad (de lo idéntico y de la identificación) nacional. Pero ¿cómo asume la matriz escolar este papel de producción masiva de ciudadanos? Confundiendo educación e instrucción con cultura y enseñanza. En otras palabras, el aparato escolar confunde su legítimo y fundamental papel de educar hacia una identidad cívica –en cuanto a derechos y obligaciones constitucionales de los ciudadanos– por tratar de generar una cultura nacional cuya base no puede venir nunca desde el Estado o la patria pues le pertenece a la patria (*cf.* Unamuno, 1968 citado por Adriano, 2004; ver también González y González, 1986), y *se enseña* (en el sentido literal de enseñar, mostrar) por la familia y sus tradiciones, no *se instruye*.¹ Hay aquí una discrepancia entre Estado como institución de educación y administración para el bien común, y nación como conglomerado de culturas particulares que se abordará en los siguientes capítulos.

Identidades y vida cotidiana

Para observar los procesos de identidad requerimos de una mirada muy cercana a la vida cotidiana, podríamos decir que es casi una mirada microsociológica (como la iniciada por Erving Goffman ([1959] 1981) que abarque el sentido de vida o *lebenswelt* (en términos de Schütz y Luckmann (1977)). A través de esta lente goffmaniana podremos notar que lo primero que hacemos generalmente cuando despertamos por la mañana es revisar la hora del reloj. Éste simple acto implica la transición de nuestra condición cuasi-animal del sueño a nuestra identidad de especie humana ajustada a un sentido convencional, social del tiempo. Después nos bañamos y vestimos para reconstituir nuestra identidad personal. Despertamos a nuestro cónyuge e hijos, desayunamos, enviamos a los niños a la escuela

¹ Al respecto del concepto de patria, véase González y González, 1986; sobre la distinción entre educación y enseñanza, remito a Mandoki, 2003. “Enseñanza y Cultura” Ponencia presentada en la *XII Semana de la Investigación Científica*, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco.

La construcción estética del Estado y de la identidad nacional

reconstituyendo así nuestra identidad familiar. Pero cuando escuchamos la radio, miramos noticias de la TV o leemos los periódicos para mantenernos informados de acontecimientos locales, nacionales e internacionales es cuando asumimos y producimos nuestra identidad ciudadana. De ahí desplegamos nuestro rol de pasajeros en un vehículo al desplazarnos hacia el lugar de trabajo, y nuestra identidad profesional al efectuar actividades correspondientes en la fábrica, oficina, consultorio, negocio o el aula. Todos estos rituales matutinos son los mecanismos cotidianos para la construcción de nuestras identidades, cada uno de los cuales forma parte de las matrices o instituciones sociales correspondientes.

Una cantidad inmensa, colosal, de energía se invierte en esta producción verbal que se desparrama prolíficamente cada día sobre dos temas principales: la política y el deporte. Los acontecimientos deportivos y las declaraciones de las figuras políticas se descifran, interpretan, critican, reciclan, rectifican, reinstalan, deconstruyen y reconstruyen en los medios y en las interacciones cara a cara. Es así en parte cómo, día con día, un país dedica un enorme esfuerzo para reproducir su propia imagen como entidad común en la imaginación de sus ciudadanos. En este mecanismo, importa menos lo que se dice que el mecanismo de lenguaje mismo o la producción lingüística de la política, mecanismo del que dependen absolutamente tanto la clase política como la mediática en una simbiosis perfecta: los políticos garantizan la nota del día para la justificación de los medios, y los medios garantizan las cajas de resonancia de cualquier frase, así sea trivial (como generalmente lo es), de los políticos. En eso consisten básicamente la mayor parte de los noticieros y programas de comentarios políticos (salvo muy dignas y recientes excepciones): lavaderos de la clase política donde interesan más las pugnas de sus intereses gremiales como políticos y los afanes de sus protagonistas por trepar la pirámide de Estado que los problemas del país. Hay así dos deportes nacionales: uno se juega horizontalmente en una cancha de fútbol, el otro verticalmente en la estructura piramidal del poder de Estado. Ambos son altamente competitivos y en algunos casos, letales. Los vergonzantes recursos que se invierten en estos dos juegos agonísticos son el gran *potlatch* de las sociedades de masas actuales.

El papel de la lengua enfatizado por Anderson es aquí bastante obvio. Pero hay más que un lenguaje común en la construcción de esta “comunidad imaginada”. Como mencioné antes, más que lenguaje, es el *lenguajeo* o trabajo lingüístico la parte significativa

La construcción estética del Estado y de la identidad nacional

de este proceso, la inversión misma de energía al hablar, dígase lo que se diga, pues el discurso es el que define y teje espesas mallas de los eventos sociales considerados relevantes. Por un lado, el simple hecho de que las noticias estén allí una y otra vez, presentadas por los mismos locutores y comentaristas, en el minuto y hora exacta cada día, a la misma longitud de onda, tratando asuntos semejantes con los mismos nombres y apellidos, genera un sentido de ritual y de continuidad cíclica que es apreciado más o menos conscientemente por su público. Ofrece una sensación de la seguridad, de orden, permanencia y pertenencia.² Por otro lado, se crea también un sentido del presente efímero porque las noticias se proclaman como si fueran frescas y nuevas, nunca exactamente iguales que ayer preparándonos supuestamente para hacer frente al futuro. Entonces se comentan entre amigos y colegas, con el conductor del taxi o en la oficina para generar un tema común y una oportunidad de intercambio verbal y de interacción simbólica. Éste ritual diario con un sentido afectivo de compartir confiere esa sensación de simultaneidad con la cual se mantiene esta comunidad imaginada destacada por Anderson (2000: 145).

Estesis y nacionalismo

Para su provisión de energía, el modelo industrial baja a las entrañas de la tierra a bombearla en forma de petróleo. A su vez, el capitalismo obtiene su fuente de energía manteniendo la mano de obra tan barata que cubra apenas la sobrevivencia animal del trabajador y tan no especializada para garantizar una sobreoferta. Pero el mecanismo por el cual el modelo de Estado nacional se provee de energía ha sido, como argumentaré, estético. Por estético no significo su sentido restringido como teoría del arte y de lo bello sino a un espectro mucho más amplio en tanto proceso que recluta la sensibilidad produciendo efectos emocionales y sensoriales significativos para el sujeto, energetizantes incluso. Debo acentuar que mi acercamiento al término "estético" es clasificatorio, no evaluativo, abarcando todos los fenómenos sensibles vinculados a éste (como lo he argumentado ampliamente en los tomos I y II).

² Esto explica la sorprendente estabilidad de los locutores, especie de tótems, en el noticiero nocturno del canal principal de las dos televisoras más importantes en México.

La construcción estética del Estado y de la identidad nacional

Precisamente debido a su naturaleza abstracta, las matrices estatales requieren constantemente de una entrada de energía en forma de adhesión emocional otorgada por sus miembros para mantener la cohesión, pero esta adhesión no surge espontáneamente al igual que la gasolina no fluye por su cuenta a un motor. Necesita ser extraída, procesada y canalizada. De ahí que la estética sea al modelo de Estado-nación lo que las compañías petroleras son al industrial: ambos representan medios de extraer y de proveer energía a sus sistemas respectivos. Ambas también contaminan. Veremos en los siguientes capítulos cómo ocurre.

Hay muchas razones por las cuales la cohesión nacional no se puede dar por hecho en torno a un Estado. En primer lugar están las tendencias esquizmogénicas violentas (usando el término de Gregory Bateson 1972), propias de cualquier sociedad de clases. Me refiero particularmente al antagonismo de clases inherente al modelo capitalista señalado por Marx. En segundo lugar, puesto que se basa en culturas locales, la selección de una sola cultura como dominante y símbolo de “la Nación” necesariamente establece a otras como subordinadas creando conflicto. Aquí es donde el papel de la dimensión estética y sus prácticas llegan a ser cruciales como vehículos para producir deliberadamente energía afectiva hacia el ideal de unión nacional que encubra estas tendencias. Tal dimensión es estética precisamente porque apela a la sensibilidad de sus participantes y provee estímulos sensoriales y un vínculo afectivo con los otros a través de ciertos rituales, experiencias y prácticas en la construcción y reproducción de esta comunidad imaginada. Además, puede ser fabricado o inventado y, como en la producción artística, sirve para decorar, fantasear o disfrazar, aunque también para revelar.

No es casual que, como Anderson observara, la aparición de los Estados-nación coincidiese con la producción literaria particularmente de novelas con caracteres nacionalistas en América y Europa durante el siglo XIX. Pero la producción artística se despliega no solamente por el lenguaje verbal a través de literatura y poesía sino en la música, la danza y el teatro y en escultura y pintura.

El registro acústico está igualmente presente como recurso estético para la cohesión hacia el Estado. Se expresa primeramente en el himno nacional y las bandas musicales militares, así como en la música vernácula apreciada enormemente como medio de identificación colectiva. No es coincidencia que justo en los momentos de gran

efervescencia nacionalista, los compositores europeos como Dvorak, Liszt y Chopin entre otros hayan incorporado melodías vernáculas a sus composiciones musicales. Aquí es donde se observa concretamente la idea de Gramsci de los "intelectuales orgánicos" como "persuasores".

En el registro escópico o visual, Anderson trae el ejemplo de la prototípica Tumba del Soldado Desconocido como "el emblema más imponente" del nacionalismo. El cenotafio es una de las construcciones estéticas diseñadas para producir el efecto emocional de admiración hacia individuos sacrificados en pos de la patria. Parecería que, al ser desconocidos, lo que sacrifican es en primer lugar su identidad personal en pos de la colectiva. Para alcanzar este efecto, un cenotafio debe ser monumental, imponente y clasicista, hecho de materiales duraderos y costosos como mármol o granito. El cenotafio paradigmático es sin duda el colosal *Altare della Patria* en Roma donde está el *Milite Ignoto*.³ A esta construcción por el registro escópico y somático (pues se construyó para la experiencia corporal generada en buena parte por su escala y su simetría) podemos agregar la bandera y los emblemas nacionales, los sitios simbólicos en donde ocurrieron batallas particulares, los mapas, las postales, los paisajes y los museos de su herencia vernácula y artística. Sitios arquitectónicos tales como el Parlamento y la sede del Congreso o el Palacio del Gobierno (la Casa Blanca en los Estados Unidos, la Casa Rosada en la Argentina, el Palacio de Gobierno en el Zócalo capitalino) demandan una expresión estética de enorme solidez y monumentalidad que produzca este sentido de permanencia y poder del Estado tan socorrido por la clase política para persuadirnos de su inevitabilidad e inmutabilidad.

En el registro somático o corporal por sus diversos sentidos (gusto, olfato, quinestesia), las tradiciones locales de cocina y especias, las danzas folclóricas y las convenciones de comunicación corporal (el saludo de besito, la palmada, contacto visual o su ausencia) son también parte de la contribución estética a los ideales nacionalistas. Se trata de estesis porque están en juego los sentidos y el cuerpo, la fascinación y la emoción; la sensibilidad. Quienes permanecen lejos de su país por periodos prolongados extrañan a

³ Hay 31 países con una tumba al soldado desconocido (¡gracias Wikipedia!) entre los cuales no figura México probablemente porque aquí o todos los soldados son conocidos o siguen vivos (además del principalísimo hecho de que el militarismo no tiene el mismo arraigo en este país).

La construcción estética del Estado y de la identidad nacional

menudo tanto el gusto y el olor particulares de la cocina local como el gesto y modo de relacionarse de sus paisanos, así como la temperatura y humedad de su lugar de origen.

No debemos subestimar a los héroes de los deportes como figuras simbólicas del nacionalismo en la somática. Su atractivo estético es de tan gran alcance que suspende temporalmente diferencias de clase, género, país, profesión, religión y otras. Ronaldinho, Maradona, Figo o Zidane son hoy día los Garibaldis, Washingtons, Morelos y Bolívares del nacionalismo. No es mera coincidencia, por ejemplo, que el mexicano acuda espontáneamente a ninguna otra parte que al Monumento de la Independencia a celebrar los triunfos de la selección nacional o a llorar ahí mismo sus derrotas. Sienten que su dignidad misma, incluso su virilidad, se arriesga en la Copa Mundial de fútbol (en lugar de la militar, afortunadamente) y las opiniones de los deportistas y sus cronistas preponderan en los medios pues ¿a quién demonios le interesa escuchar las ideas de un humilde profesor?

Uno se reconoce como integrante de un país por estos cuatro registros: en el registro léxico al compartir un universo idiomático, temas comunes, un estilo coloquial particular y una versión de la historia nacional. Las figuras políticas se convierten así en personajes de un drama cotidiano, como una telenovela nacional, que puede adquirir tonalidades farsicas, cómicas, trágicas o melodramáticas, pero igualmente efectivas para involucrar o conmover a un público ávido de este continuo espectáculo que ofrece la simbiosis política-mediática.

Gramsci abordó la relación entre la producción literaria y la política, pero no profundizó lo bastante en la dimensión estética de la producción de hegemonía. Esta dimensión, no necesariamente artística, logra la concretización y materialización necesarias para posibilitar la experiencia del imaginario nacionalista que de otro modo sería demasiado abstracto y arbitrario. La acción comunicativa o la argumentación lógica y racional (cf. Habermas, 1987) no son suficientemente penetrantes para alcanzar esta meta, ya que el afecto es filogenética y ontogenéticamente muy anterior a la razón y, por ende, más arraigado y vigoroso para motivar a las personas. El atractivo estético de ideales como el grito de “*liberté, égalité, fraternité*”, el encanto rde la oratoria en la Asamblea Nacional de París, la prototípica pintura de Delacroix de *Libertad guiando al pueblo de Francia*, la música de *Marseillaise* cantada por las calles de París, la personalidad de Mirabeau o del marqués de Lafayette, todos estos componentes contribuyeron sin duda al fervor nacional y

La construcción estética del Estado y de la identidad nacional

la vinculación estética del pueblo hacia los ideales del Estado-nación que emergió en Francia a fines del siglo XVIII.

En la ceremonia del 11 de noviembre *Remembrance Day*, Día de la Memoria en Londres en 2005, se diseñó todo un espectáculo complejo y bien calculado para despertar emociones patrióticas: 20 veteranos usaron los semáforos para enviar un mensaje desde el techo del observatorio real de Greenwich por el río Támesis hasta el desfile de la guardia montada que sería decodificado en el Whitehall donde se encuentra el Cenotafio al soldado desconocido (cenotafio significa en griego tumba vacía) un monumento a modo de un ataúd elevado con la leyenda *The Glorious Dead*. El mensaje decía "*War turns us to stone. In remembrance we shine and rise to new days*" (La guerra nos convierte en piedra. En la memoria brillamos y nos elevamos hacia días nuevos). Asimismo, dos aviones Douglas Dakota DC3 dispersaron tres millones de pétalos de amapola sobre Londres y los puentes del Támesis (los pacifistas portaron amapolas de pétalos blancos para manifestar su oposición a la guerra). El Ojo de Londres se iluminó de rojo durante la conmemoración.

Ese cenotafio está colocado escenográficamente en Whitehall, cerca de la guardia montada y la abadía de Westminster en el corazón de Londres. Formaciones de soldados y eclesiásticos, bandas militares y coros religiosos marcharon, rezaron y cantaron. El obispo de Londres ofreció una plegaria, ofrendas de coronas de amapolas rojas se depositaron en el cenotafio. A mano derecha del obispo, la reina Isabel de Inglaterra vistió un traje sastre y un sombrero negro además de desplegar la gestualidad indicada para la ceremonia en tono y forma. Los millones de donantes de la *Royal British Legion* portaron una amapola de papel en la solapa, como Tony Blair y todo el Parlamento inglés días antes del día del recuerdo por el armisticio de la primera guerra mundial. Las amapolas simbolizan la memoria de los soldados muertos en el frente de batalla y veteranos de guerra desde 1918, símbolo inspirado en el poema de John McCrae de 1915 *In Flanders fields*.

*In Flanders fields the poppies blow,
Between the crosses, row on row,
That mark our place; and in the sky
The larks, still bravely singing, fly
Scarce heard amid the guns below.
We are the Dead...*

La construcción estética del Estado y de la identidad nacional

Toda esta puesta en estética del patriotismo inglés, este despliegue coreográfico de símbolos a través de la palabra, el sonido, los cuerpos formados, montados, en llanto o en plegaria, desaparecidos, uniformados o sacrificados, de las avenidas y los monumentos, los vestuarios luctuosos y solemnes con la música que los acompaña ilustra más que elocuentemente que la estética del arte es apenas una parte, quizá la más inofensiva, entre sus múltiples expresiones más allá de los museos y salas de conciertos.

2. ESTÉTICA DE ESTADO: SEÑUELOS Y REPELENTES

A lo largo de sus diversas transformaciones, desde los regímenes faraónicos, dinásticos y tlatoánicos, esclavistas, imperiales, feudales o coloniales, sistemas republicanos o totalitarios sean socialistas o fascistas, la institución de Estado nunca ha podido prescindir del despliegue de tácticas estéticas, con frecuencia espectaculares, para lograr efectos de legitimidad, pues su hegemonía y su efecto de poder ha dependido de ellas. Trátese de hegemonía *soft* por medios propagandísticos o de dominio *hard* impuesto por la fuerza del ejército y la policía, de todos modos el Estado como institución administrativa y núcleo de la soberanía requiere de la estética para su visibilización y materialización a fin de ser reconocido y por tanto asumido por los súbditos o ciudadanos, pues el poder se produce a partir de este reconocimiento como condición indispensable.

Lo señaló Foucault en su análisis microfísico de las prácticas disciplinarias en las instituciones modernas como el aparato penal o el médico: el poder se juega en todas y cada una de las instituciones, no sólo en el gobierno o el Estado. Pero es precisamente desde el Estado donde puede comprometer las condiciones de vida y de muerte de los ciudadanos además de que se empeña en su internalización como identidad masiva común. Aun en la tendencia actual hacia la globalización de las finanzas, del crimen, del terror, del mercado, del fanatismo y de la información, el Estado nacional no parece haber perdido del todo su pertinencia como punto intermedio entre lo global y lo local. Pero ha destruido (o nunca consiguió) su legitimidad entre poblaciones que no se reconocen como representadas sino, por el contrario, traicionadas por su aparato de Estado.

En este punto cabe enfatizar que las instituciones de Estado –como aparatos burocráticos administrativos y reguladores de la distribución de riqueza– y las matrices nacionales –como organismos sociales agrupados en torno a tradiciones y culturas regionales– no siempre coinciden, ni tienen por qué hacerlo. Más bien sorprende que lo hagan. Ha sido común en el siglo XX la existencia de Estados multinacionales como la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas o la vieja República de Yugoslavia con una pluralidad de naciones (en un caso ucranianos, rusos, lituanos, estonios, uzbekistanos, letonios, armenios, georgianos, kazajstaníes entre otros y serbios, croatas, bosnios, kosovares, albaneses, montenegrinos, macedonios, eslovenos en el otro). Subsisten además

La construcción estética del Estado y de la identidad nacional

naciones sin Estado como los vascos, catalanes, palestinos, kurdos, roma o gitanos, tamiles, acadianos y tibetanos.

Podría suponerse que la tendencia de integrar nación y Estado existe desde tiempos inmemoriales, pues todo grupo étnico aspira a organizar su sistema político. Sin embargo, en su sentido moderno, este concepto de Estado-nación fue catalizado desde 1762 con la publicación del *Contrato social* de Rousseau, la Declaración de Independencia de 1776 en los Estados Unidos de América y su Constitución política así como, una década después, la Revolución francesa. Se generalizó más aún en el siglo XX con la caída del imperio otomano cuando las potencias coloniales europeas con mandatos en Asia y África parcelaron los territorios ideando países como Egipto (1922), Turquía (1923), Irak (1932-1958), Líbano (1943), Jordania (1928 y 1946), Siria (1946), Israel y Palestina (1948, rechazado por ésta última). Así emergieron Estados independientes bajo el concepto occidental de Estado-nación calcado en buena parte de los movimientos nacionales americanos y europeos del siglo anterior. Tales delimitaciones territoriales fueron arbitrarias, como lo son siempre.

Max Weber, en su clásica frase, definió al Estado como el agente dentro de la sociedad que detenta el monopolio de la violencia legítima: “El uso de la fuerza se considera como legítima solamente en cuanto es permitida por el Estado o prescrita por él [...] La demanda del Estado moderno para monopolizar el uso de la fuerza es tan esencial para ella como su carácter de la jurisdicción obligatoria y de la organización continua” (Weber, [1922] 1964: 156). Sin embargo, no es sólo por la fuerza por la que se mantiene el Estado. Para Rudolf Bahro (1979: 165-5), a quien le tocó analizar al Estado desde el totalitarismo soviético “el Estado es algo más que la ilusoria existencia como comunidad: es la corporación en la que la sociedad se contempla a sí misma; el Estado muestra que la sociedad existe, es decir, que es más que la suma de sus partes”.¹ De nueva cuenta tenemos la operación de la visibilización donde, según Bahro, el Estado estaría hecho a imagen y semejanza de la sociedad. No obstante, identificar a la sociedad con el Estado, situación

¹ En México el pueblo parece tener bastante clara esa diferencia entre Estado y nación, pues según las encuestas en los medios reflejadas en el programa matutino de Víctor Trujillo, a los ataques del presidente venezolano Hugo Chávez contra el presidente mexicano Vicente Fox de ser “cachorro del imperialismo” la mayoría parecía darle la razón a Chávez y no percibió una afrenta a su identidad nacional. En cambio, AMLO salió en defensa del presidente mexicano a quien se dedicó a atacar desde el inicio de su gestión, por ser esa la investidura a la que aspiraba.

<<http://www.economista.com.mx/impreso/articulos/06256D5C00046629062570B600104B8B> 17/11/2005>

La construcción estética del Estado y de la identidad nacional

típicamente totalitaria en que todas las matrices implosionan bajo ésta, indica el peligro de la hiper-estatización que padeció Bahro en carne propia. Y en efecto, si “la sociedad se contempla a sí misma” desde el Estado, tergiversa su función pues es el Estado el que debe contemplarse a sí mismo desde la sociedad, no como sociedad estatizada, sino como Estado socializado operando según los intereses y necesidades de todos los sectores de la sociedad.

El Estado es la instancia de administración y decisión de un conglomerado social; de ahí que el símbolo sobre el que se fundamente sea el de la *responsabilidad*, aunque no siempre se asuma. Lamentablemente, este núcleo simbólico en el aparato de Estado se trueca casi siempre por otro, el de la *superioridad*, pues confunde su función operativa, casi técnica, de administración con una situación de rango o jerarquía. En un Estado democrático, los dirigentes son electos para asumir la responsabilidad de decisiones y acciones que inciden sobre el bienestar o malestar de la sociedad, y por ende tendrían que rendir cuentas de manera efectiva, no solamente figurada y hueca, de los efectos de tales decisiones. Sin embargo, en vez de que el funcionario sea juzgado por lo que hace, se le juzga por dónde está, lugar que utiliza para exhibir poder. Este afán de superioridad –trofeo de la voracidad insaciable entre la clase política– define la “vocación” de buena parte de los miembros de esta institución, al grado que los mecanismos que permitan comprobar la responsabilidad se disipan, mientras que los de la superioridad se ostentan. Así el Estado se convierte en lo que Andras Hegedüs denominó como “sistema de la irresponsabilidad organizada” (citado por Bahro 1979: 132) pero a diferencia de operar bajo el lema húngaro de “más vale no hacer algo que hacerlo mal”, en nuestro país lo que se suele practicar es el “más vale hacer algo que hacerlo bien”. Esto ocurre porque la exhibición estética del político en turno a través de obras inauguradas (aunque no siempre terminadas ni bien conceptualizadas o razonablemente cotizadas) suele tener en este país mayor urgencia que el cuidado de su operatividad y eficiencia.

De hecho, el juego del *peripatos* (cf. Mandoki, 2006a, cap. 19) o la solución de enigmas es un índice (cuando está bien jugado) de que el símbolo al que se prenda una identidad política es la responsabilidad y no la superioridad. Un buen caso para ilustrar este juego en la matriz de Estado es el de dos alcaldes de la ciudad de Bogotá, Antanas Mockus (1995-1997 y 2001-2003) y Enrique Peñalosa (1998-2000), cuando se les ocurre contratar mimos para educar a los automovilistas a respetar las zebras peatonales, declarar los

La construcción estética del Estado y de la identidad nacional

miércoles como día de juerga de las mujeres (con “toque de queda” a los hombres para que cuiden a los niños) cuidadas por policía femenil, inventar e implementar la red de transporte público Transmilenio, la estrategia del *pico y placa* (horas pico, ciertas placas no circulan) y programas de concientización cívica *todos ponen* respecto a los impuestos. Como buen filósofo y matemático, Mockus es un maestro del *peripato* y explica que contrajera matrimonio en un circo al que llegó acompañado de su novia sobre el lomo de un elefante, y que les mostrara el trasero a unos estudiantes de arte en una discusión en la universidad, entre otras travesuras. Reubicó y resolvió el ambulante, fundó megabibliotecas, estableció magno-jardines para niños y ciclo-rutas interconectadas utilizadas por más de 60 mil personas diariamente (no decorativas como la “ciclopista” del Distrito Federal). También implementó la prohibición del aparcamiento en banquetas y su ampliación, bolardos para recuperar el espacio público y para fomentar la vida urbana y el disfrute de la ciudad, la sustitución de agentes corruptos por Policía Nacional, prohibición del uso de pólvora en festejos (cuyas víctimas suelen ser en primer lugar los niños), arborización intensiva y otras medidas. El principal *peripato* jugado por estos alcaldes que se plantearon la charada de cómo fomentar conciencia cívica y mejorar la calidad de vida por estrategias en buena parte estéticas en la ciudad fue un nuevo perfil del ejercicio político en Latinoamérica, lamentablemente muy mal imitado.

REGISTROS PARA LA ESTETIZACIÓN DEL ESTADO

Manuel Castells (2000 vol. II) define tres tipos de identidades en el entorno político: a] las “identidades de resistencia” que ejemplifica con los neozapatistas del EZLN, los grupos paramilitares de patriotas y milicias estadounidenses y el grupo Aum Shinrikyo de Japón, b] las “identidades proyecto” como las feministas y los grupos ecologistas, y c] las “identidades legitimadoras”. La identidad personal del político nacional pertenece, por supuesto, a estas últimas y no puede más que construirla por estrategias estéticas.

Un Estado requiere de enunciados precisos de carácter estético apuntados a la sensibilidad de la ciudadanía para generar la imprescindible hegemonía y legitimar su posición. En su materialización y para su comunicación, tales enunciados se articulan en los cuatro registros LASE de la retórica: el canal verbal en la léxica de sus discursos (el informe

presidencial, la oratoria en las cámaras de diputados y senadores, ruedas de prensa de políticos en turno, mensajes a la nación, debates públicos, cabildeos, lemas de campaña entrevistas en noticieros radiofónicos y televisados), el acústico del Himno nacional y canciones patrióticas, así como por la somática de sus rituales (reuniones masivas en festejos patrios y recepciones oficiales, manifestaciones políticas, marchas, desfiles y hacerse presentes en el ejercicio del voto) y por la creación y utilización de espacios simbólicos en la escópica (Palacio de Gobierno, Cámaras de Diputados y Senadores, sitios históricos, monumentos patrios, avenidas para eventos políticos y estatuas de los héroes oficiales) y el despliegue de emblemas como la bandera, el Escudo Nacional, la Banda Presidencial (véase la genial versión de Magú [1995] sobre estos símbolos).²

A través de estos cuatro registros le sobrevino a Echeverría la curiosa metamorfosis estética descrita por Julio Scherer García tras el momento de su destape como El Candidato: “Ante la mirada atónita del país, Echeverría logró su transfiguración. De un día para otro apareció en escena elocuente, vivaz, desenvuelto. Aprendió a sonreír, perdió peso. Si había sido tieso, arrojaba sacos y corbatas al guardarropa y ponía en circulación la guayabera. Su estilo había sido el de un cortesano, el oído al acecho del superior, sus nuevas maneras eran las del hombre libre” (citado por Woldenberg, 1995: 53).

La estetización de la política mexicana no es, sin embargo, exclusiva del aparato oficial de Estado, pues ha sido ejercida también por la figura del “subcomandante Marcos”. Su principal estrategia de fascinación ha sido la *léxica* de sus comunicados, la *escópica* de su pasamontañas-pipa-gorra-diadema de audífonos-pañoleta-canana, la acústica del himno del EZLN y el timbre juvenil y tono bonachón de su voz con la *somática* del saludo zapatista, la expresividad ocular de Marcos, su perpetuo esfuerzo por prender su pipa, el contingente de etnias indígenas a su alrededor y su ubicación en “las montañas del sureste mexicano”. Aunque no es una figura de Estado, este personaje participa de esta matriz al tomarla como su principal interlocutor virtual y tema.

Es notable que el principal ejercicio deliberado de la estética por la matriz de Estado se realice a través de la matriz turística y artística. En ambos casos, el Estado concibe a la estética como mercancía y la publicita como una forma de adornar y disfrutar. Como veremos a continuación, la estesis de Estado es microfísica, como diría Foucault, aportando

² Respecto a los términos usados, véase modelo octádico LASE-PCEF (Mandoki, 2006b).

la fibra con que se hilan las interacciones políticas y sociales, el material mismo de las relaciones de poder.

Léxica de Estado

El registro léxico es aquel que se despliega verbalmente para producir efectos semióticos y estéticos en los destinatarios o intérpretes: los semióticos son para transmitir o reproducir sentido o significación, y los estéticos para impactar afectivamente y derivar una acción en cierta dirección al destacar lo significativo (distinción significación/significativo en términos de Morris, [1964] 1974). No es de sorprender que la léxica de los líderes de Estado haya sido tema de gran interés para los historiadores, analistas del discurso y de la política. Interesa desde el nivel semántico por su contenido informativo, desde el sintáctico por la forma particular en que se organiza en comparación a otros tipos de discurso, pero en especial desde el pragmático para averiguar cómo logra (o fracasa) incidir en el público y cuáles estrategias de persuasión despliega. Ya desde los sofistas de la Grecia clásica, en la *Retórica* de Aristóteles y en varios afamados oradores desde Protágoras de Abdera, Gorgias de Leontini, Prodicus de Ceus e Hippias de Elis, la efectividad estética en la persuasión ha sido destacada por su influencia determinante en cuestiones de Estado.

En la actualidad, la léxica de Estado es quizás la principal actividad desplegada por el poder político, que si bien no logra efectuar cambios significativos en la realidad social, genera tal cantidad de discursos verbales que si éstos contaran para el PIB, México sería un país inmensamente rico. Lugares emblemáticos de la léxica de Estado en un país como México son la *Constitución de los Estados Unidos Mexicanos*, el *Diario Oficial de la Federación*, los debates en las cámaras, las declaraciones, los noticieros en televisión y radio (el tema favorito es el Estado para la mayoría de noticieros en horarios de 6 a 9 a.m.), los diarios y revistas políticas y sobre todo, los pasillos de los edificios gubernamentales donde se practica el cabildeo (en vez del análisis o la discusión razonada). El punto es que todos y cada uno de estos discursos tienen que desplegarse con un estilo y cuidado persuasivo para generar adhesión pues, como decía don Jesús Reyes Heróles, “en política la forma es fondo”.

La léxica tradicional priista generó la mejor metáfora involuntaria de su estilo verbal en el lenguaje rebuscado, ambiguo y semánticamente vacío de Cantinflas que simula parodiarla y termina por legitimarla. Como apunta Roger Bartra (1987: 176, 180)

La construcción estética del Estado y de la identidad nacional

“el verbalismo confuso de Cantinflas no es una crítica de la demagogia de los políticos: es su legitimación”. Exhibe al orador que no se compromete ni siquiera con sus palabras y que trata de evadir la dimensión performativa de su discurso. Ese blablabismo es la grotesca máscara gesticulante con que se cubre el político, “monumento al arte de eludir y zigzaguear” en una “retórica perifrástica y abarrocada”, en palabras de Hiriart (1995: 93).

El lema de un candidato en campaña, como el de un producto en la publicidad, es decisivo en el diseño de su identidad política, pues en buena medida su éxito en el mercado de las elecciones depende de éste. El “México somos todos” de López Portillo (al que el pueblo le contestó “la corrupción somos todos”), la “renovación moral” de De la Madrid Hurtado, “que hable México” de Salinas de Gortari, “Bienestar para la familia” de Ernesto Zedillo, el “que el poder sirva a la gente” de Labastida, “quitarle el freno al cambio” de Vicente Fox, el “cumplir es mi fuerza” de Andrés Manuel López Obrador (en adelante AMLO), o “para que las cosas se hagan” de Madrazo (al que el pueblo agrega “mierda”), y “para que vivamos mejor” de Calderón ejemplifican la selección calculada menos de una semiótica que de una estética identitaria en este registro, como el *I like Ike* ilustró la función estética en la lingüística de Jakobson (1963).

Acústica de Estado

A la una de la tarde del 14 de septiembre de 1896, se instala una campana sobre el balcón central de Palacio Nacional para la celebración del aniversario de la Independencia. Se suponía que era la misma campana que había tañido el cura Miguel Hidalgo y Costilla en la madrugada del 16 de septiembre de 1810. Esa campanada en Dolores y el grito de Hidalgo constituyeron quizás el primer ritual acústico de la puesta en estética del Estado mexicano independiente. De ahí en adelante tal campana sólo se escucharía una vez al año. La identidad estatal parecía depender del ritual de esa campana y su carga de tiempo y energía afectiva asociada a Hidalgo, pues amarraba su legitimidad al peso simbólico del gesto del cura en este registro.

Otra manifestación de la acústica para hacer perceptible la materialidad del Estado en México e imbuirla en los ciudadanos es el decreto de la Secretaría de Educación Pública de que todos los lunes por la mañana se cante el Himno Nacional en las escuelas primarias y secundarias, sean públicas o privadas, en un ritual solemne de saludo a la bandera

acompañando la marcha de la escolta. El Himno Nacional es el marco acústico imprescindible en todo evento oficial de envergadura como el Informe Presidencial o el “Grito de Independencia”, y encuadra coros del “¡viva México!”, aplausos, silencios solemnes, trompetas y tambores de sus bandas militares, además de matracas y detonaciones de pólvora con los que se proyecta estéticamente la ocasión fuera de la rutina. Otras melodías y cantos como “Se levanta en el mástil mi bandera”, la Marcha de Zacatecas, son de La Negra o el *Huapango* de Moncayo se entonan con el fin de despertar el fervor patrio y conmover a más de uno hasta las lágrimas.

En este rubro se pueden mencionar los eslóganes rítmicos y rimados de ciudadanos en protesta (poésica prosaica, cf. Mandoki, 2006a, cap. 16), como “no queremos olimpiadas/queremos revolución” de 1968, “2 de octubre/ no se olvida”, “Gobierno corrupto, por tu culpa tanto luto” en el 1985, “El pueblo/ unido/ jamás será vencido”, “Este puño sí se ve”, “El pueblo votó/ y Cárdenas ganó” de 1988, “Policía, escucha/ tu hijo está en la lucha”, “Si Zapata/ viviera/con nosotros estuviera”, “Lucha, lucha, lucha/ no dejes de luchar,/ por un gobierno obrero,/ campesino y popular”, “Todos somos Marcos”, “Son ahora y no después, los Acuerdos de San Andrés”, “Se ve/ se siente/ el pueblo está presente”, “La Virgen María/ el fraude no quería”, “Si no hay solución /habrá revolución” y “José cayó/ Ulises lo mató!/ ¡Lo quiera o no lo quiera/ Ulises va pa' fuera!” de los appistas o “Voto por voto/ casilla por casilla”.³ “Su impacto radica tanto en el significado como en el significante pegajoso y cadencioso, apto para la eufonía generando el efecto de adhesión y fuerza.

Además del recurso del eslogan, la canción ha resultado una estrategia creativa y humorística que toman los ciudadanos para manifestarse políticamente. Como lo reportan Sánchez y Castillo (2006), varios ciudadanos fueron a quejarse del jefe de gobierno del Distrito Federal en turno Alejandro Encinas por la complicidad y subvención de su gobierno y fondos públicos al bloqueo de calles y avenidas que realizó por más de un mes

³ El lema fue ironizado con “loco por loco, la silla por la silla” por el caricaturista Paco Calderón en *Reforma*, 27/08/2006, aunque muchos participantes del bloqueo de Reforma, Juárez, Madero y la toma del Zócalo en agosto de 2006 más bien parecían obedecer a otro: “punto por punto, casita por casita”, pues el Gobierno del Distrito Federal prometía puntos para casas en Tláhuac (Osorio, 2006). Los automovilistas furiosos tocaban en el claxon el insulto tátatatata, que los manifestantes respondían con “vótoporvoto”.

La construcción estética del Estado y de la identidad nacional

la coalición perredista, y al ritmo de las mañanitas expresaron su inconformidad.⁴ Obligado es mencionar la canción de la chica yeyé confeccionada para Yeidckol Polevnsky del Partido de la Revolución Democrática (PRD), “Él es Enrique” para Enrique Peña Nieto del PRI, el “Corrido a Obrador” del PRD o la “Cumbia Sabines” entre varias otras canciones de campaña dedicadas al triunfante gobernador de Chiapas Juan Sabines (*cf.* Islas 2005).⁵ Las canciones de campaña mueren con la campaña, pero hay himnos de carácter político que perduran como *La Internacional* o el vibrante himno compuesto por Sergio Ortega y el grupo Quilapayún “El pueblo unido jamás será vencido”, que toca el plexo solar, y que después Frederic Rzewski deconstruye con 36 variaciones en su maravillosa obra musical del mismo nombre.

Somática de Estado

El hombre y la mujer de la calle que ejerzan su voto de buena fe y no bajo consigna, tantean sus alternativas y se orientan según las estrategias estéticas que interpretan de los candidatos. Lo hacen así porque las propuestas electoreras se parecen todas pero al momento de tomar el poder las orientaciones cambian impredeciblemente. Como lo señala Federico Reyes Heróles (2006), “las campañas son un desfile de irresponsabilidades” pues los candidatos suelen prometer con premeditación, alevosía y ventaja lo que saben que jamás van a cumplir.⁶ Los ciudadanos tratamos entonces de adivinar por signos indiciales en la somática qué clase de persona parece ser ésa a la que se le podría delegar un poder peligroso por la inoperancia del aparato de Estado, con enormes zonas tan corrompidas que cualquier perito mandaría demoler. De ahí que, así como creerle o no a un médico que nos manda a la sala de operaciones por síntomas poco evidentes, el pueblo curtido por los engaños de los políticos y con un granito de sal se guía por la estética para ubicar las

⁴ “Éstas son las mañanitas que cantamos para ti/ mejor quédate en tu casa y ya no salgas de ahí. No se valen tus desprecios a quienes damos tu sueldo/ deja ya de andar obrando que pareces burro suelto. Ya basta de no asumirte ante el caos de la ciudad/ hay comercios quebrados y desquician la vialidad. El día que protestaste como jefe de Gobierno/ a todos nos prometiste ser leal, cabal y honesto. Despierta Encinas despierta, ve corriendo a renunciar, fájate los pantalones y déjanos de chi... flar.”

⁵ <<http://www.cem.itesm.mx/dacs/publicaciones/logos/antiores/n45/imgs/Chica%20Yeye.mp3>><<http://www.cem.itesm.mx/dacs/publicaciones/logos/antiores/n45/imgs/Chica%20Yeye.mp3>>

⁶ De ahí la pertinencia de un espacio como *Lupa Ciudadana* al capturar las declaraciones de los políticos para devolverle a la palabra la dimensión performativa y semántica que le corresponde.

<<http://www.lupaciudadana.com.mx/>>

identidades en las que arriesga un voto pero muchos futuros. No sólo el pueblo sino, como lo describo más adelante respecto a la campaña electoral del 2006, también los expertos juzgan a la clase política por lo que pueden revelar en la somática, ya que la léxica es, a todas luces, insuficiente.

Quienes compiten por vivir del erario público en su carrera de políticos son inmensamente pródigos en sintagmas en la léxica, pero inmensamente avaros en la somática al ser candidatos, pues intuyen los riesgos que entraña este registro, hasta tener ya su puesto asegurado. Por ello la somática o el lenguaje corporal es de enorme importancia como índice de la personalidad de un candidato en la política, sobre todo en México, un país que parecería orientarse más por la vista y el corazón que por el oído y la razón. Los políticos ensayan y realizan gestos calculados para producir efectos particulares sobre su audiencia, con frecuencia entrenados por asesores de imagen quienes, como directores de teatro con sus actores, vigilan hasta la más mínima gestualidad de sus clientes. De todos modos algo logra escaparse al revelar la actitud subyacente del emisor, pues el control no puede ser total: un rictus delatará rigidez, soberbia, autoritarismo, avidez.

Las enormes cejas bailarinas del Presidente López Portillo, quien se distinguió por su retórica hiperbólica, melodramática y frívola (así en política como en su vida privada) nos muestran a la gestualidad como índice bastante fidedigno de rasgos de carácter menos evidentes. Y en este mismo signo, las cejas en mecánico sube y baja de Vicente Fox pelando el iris al compás de sus discursos leídos en el teleprompter también indican su falta de convicción y sentido. Aparentemente fue el asesor de imagen de Carlos Salinas de Gortari quien le aconsejó controlar el sintagma somático del dedo índice extendido –una verdadera arma blanca blandida por el ex presidente– por sus efectos de significación acusatorios y agresivos, gesto que le hereda al licenciado AMLO (“lo que diga mi dedito”) para empuñarlo ahora en su contra. Asimismo, la somática del candidato del PRI para la gubernatura del Distrito Federal de 1997, Alfredo del Mazo (durante su debate televisado contra el candidato del PRD, Cuauhtémoc Cárdenas), daba la impresión de martillar con la cabeza contra la cámara las palabras por su movimiento reiterativo hacia adelante con los ojos fijos, haciendo inevitable la asociación de este gesto con su apellido.

A Cuauhtémoc Cárdenas se le hizo notar que si no trabajaba intensamente sobre su somática facial rígida y su incapacidad de sonreír, probablemente los resultados de las

La construcción estética del Estado y de la identidad nacional

elecciones tampoco le sonreirían. Y sin embargo, le sonrieron en 1997. Su equipo puso un empeño especial en fotografiar al candidato, esta vez presidencial, con una sonrisita para los carteles de campaña del 2000, así fuera forzada. Eso se notó y en parte incidió en el desenlace. Y es que la somática facial de Cárdenas apunta más a producir un efecto de respeto que de simpatía. Su hijo Lázaro, en cambio, cocido al vapor de los tiempos del *rating*, aprendió a ganarse la gubernatura de su estado en este registro a fuerza, entre otras cosas, de sonrisas. Parece el gobernador más sonriente del oeste. Hoy día, el registro somático ha sido penetrado totalmente por las tácticas de las PR (*public relations*, curiosa coincidencia de iniciales con dos de los principales partidos políticos en México) que van dejando cada vez menos signos verídicos para ponderar a su emisor.

Cuando candidato, Vicente Fox se apropió para su campaña a la presidencia en 2000 de la popular “V” de victoria que esgrimió Churchill durante la segunda guerra mundial (gesto que utilizó también René Bejarano a su salida del reclusorio). Su ocurrencia de doblar el dedo índice de la “v” mostrando la seña tabú le ganó partidarios entre la juventud y le hizo perder otros, pero también presagió ocurrencias semejantes que habría de desplegar embarazosamente durante toda su gestión presidencial. Desde entonces, Fox nunca desperdió el típico sintagma somático beso-a-niño y beso-a-dama en cada oportunidad. El vacío que dejó por este registro en el Balcón Presidencial para su final Grito de Independencia (por temor a enfrentamientos y ofensas en una plancha entera tomada por los simpatizantes del candidato perredista derrotado), simbolizó perfectamente en la somato-escópica el mandato de este presidente.

Escópica de Estado

El registro escópico es el ancla más recia con que cuenta el Estado para legitimar su poder. Quien ocupe el espacio del poder, trátase de quien se trate, es el poderoso. El poder político puede pasar de un individuo a otro, revestirse de distintas estrategias léxicas y acústicas, pero el peso simbólico del lugar y de los emblemas es inamovible (*cf.* Mandoki, 1998, 2004a). Eso lo supo perfectamente Hernán Cortés cuando, ante las alternativas de fundar la capital de la Nueva España en Texcoco, Tacuba o Coyoacán, decidió “que había de ser donde habían vencido y donde se había sentado la antigua México” (González Obregón, 1922: 125). Le encomendó a Alonso García Bravo que diseñara un nuevo plan de la ciudad,

quien a su vez, y no por azar, decidió guiarse en parte por la plaza y los ejes del trazado original en la capital azteca. El 27 de julio de 1529, Cortés logró apropiarse de los restos de los dos palacios de Moctezuma como un regalo del emperador Carlos I de España y V de Alemania para su residencia: el palacio de Axayácatl o Casas Viejas y las Casas Nuevas en el lado poniente y oriente respectivamente de la plaza central o Zócalo. Lo que no sabía Cortés es que el mismo Moctezuma había heredado a su vez del mago y sacerdote azteca Cuauhtlequetzqui el peso simbólico del sitio de su palacio por la leyenda azteca del águila posada sobre el nopal como índice para la fundación de Tenochtitlan.

Cuauhtlequetzqui inicia esa carga simbólica del *locus* al mandar enterrar ahí el corazón del sacerdote malinalca Copil del cual, según la leyenda, germinó el nopal en que se posó el águila profetizada por Huitzilopochtli. El poder escópico de Moctezuma pasa simbólicamente a Cortés por el sitio, para ser delegado posteriormente a los virreyes de la Nueva España, quienes ocuparon el predio de las Casas Nuevas de Moctezuma durante el virreinato ¿A qué otro lugar habría de mudarse después Guadalupe Victoria al ser nombrado Presidente del México independiente? No es casual, entonces, que aun antes de ser candidato a la presidencia, el licenciado Andrés Manuel López Obrador haya anunciado que se mudará a residir al Palacio Nacional cuando sea presidente de la República. Maestro de la estética y buen propagandista, AMLO se declara “totalmente palacio” para aprovechar el poder simbólico que obtendría con ese gesto como el nuevo Cuauhtlequetzqui-Moctezuma-Cortés-Victoria-López Obrador. Tampoco es casual que el candidato tomara el Zócalo para instalarse en plantón sobre esa precisa plancha (junto al Palacio de Gobierno, sede del Ejecutivo) para pernoctar y hacer sus mítines diarios durante el bloqueo de agosto y septiembre del 2006. Presidentes van y vienen, pero el peso escópico y simbólico de la sede permanece: abandonar el sitio es perder el poder. La escópica de Estado se despliega con diversas cargas simbólicas radiales a partir de este *locus* (o *setting*, como lo denomina Goffman). Los Pinos, la Cámara de Senadores y la de Diputados, los diversos palacios de gobierno estatales, municipales y delegacionales, las oficinas de recaudación, Secretarías e instancias burocráticas fungen como escenografías de diversos rangos para las funciones y representaciones del Estado.

No sólo la escenografía, sino la utilería como el emblema nacional en cartas y documentos, esculturas y monumentos son de gran importancia para la puesta en estética del Estado. Aunque, los Estados Unidos Mexicanos son un sistema capitalista, sigue

representando escópicamente al imperio azteca teocrático con el águila y el nopal de Huitzilopochtli a Cuauhtlequetzqui en su escudo.⁷ Ello obedece a razones en buena medida estéticas, además de simbólicas. Como lo señala Alfredo López Austin (1995: 15), “nuestro escudo nacional es un símbolo fascinante. Su figura es armónica. Atrae también su contenido elemental: está en él la violencia del ave de presa. Es una violencia que inflama pasiones primarias, irracionales”. López Austin destaca que si en los símbolos “el significante es visual, suele fascinar el concierto de sus formas, lo que hace de la atracción estética un motivador adicional. Debido a esto, los símbolos fascinantes no son meros signos de signos, sus sinónimos. Tal vez sean síntesis de signos; pero adquieren una semiosis propia”. En efecto, hay ahí un exceso que rebasa la dimensión semiósica de los símbolos para derramarse por la dimensión estética.

Ese juego de símbolos se expresa asimismo en la escópica de las banderas de seda de dimensiones impresionantes bordadas a mano como las que penden en el Congreso o en la Plaza de la Constitución, pues connotan una carga energética no sólo en labor y material fino y abundante sino por su carga histórica. Otro enunciado en este registro es la Banda Presidencial que cada presidente estrena al iniciarse en el cargo –a diferencia de la corona y el cetro de un monarca que se heredan por generaciones–. Estar vestido por la banda equivale a estar investido por la presidencia, ecuación que ilustra impecablemente la puesta en estética del Estado.

MODALIDADES EN LA DRAMÁTICA DE ESTADO

Al analizar la Poética (o estética de las obras de arte) resultan imprescindibles categorías como equilibrio, proporción, ritmo, armonía, elegancia, etc. A través de éstas se expresa el talante del autor o el efecto que producen estas obras en el espectador. Tratándose de un análisis en la Prosaica, las categorías pueden variar, pero igualmente expresan efectos en el receptor y actitudes del emisor o autor del enunciado. Así, los registros del modelo tetrasemiótico que propuse por el acrónimo LASE (léxica, acústica, somática y escópica) no se despliegan si no es para expresar modalidades de la sensibilidad, cuatro en particular que he designado como PCEF o proxémica, cinética, enfática y fluxión. Tales términos casi se

⁷ Recordemos el escándalo que suscitó el presidente electo Vicente Fox cuando su equipo de diseñadores gráficos decidió mochar al águila y eliminar al nopal en su nuevo logotipo oficial. La intención era manifestar en la escópica una cinética más empresarial y dinámica, además de incrustar la léxica de la “F” disfrazada por un listón tricolor. El cargo se personaliza y la presidencia se logotipiza.

La construcción estética del Estado y de la identidad nacional

explican por sí mismos y pueden ubicarse en un rango de dos polos: la proxémica en la proximidad o distancia, la cinética como dinamismo o estatismo, la enfática marcada o sin marcar y la fluxión de abertura o retención, efusión u obstrucción de energía en las interacciones sociales. Sin duda el lector perspicaz podría contribuir con modalidades adicionales, pero por lo pronto planteo éstas que parecen operar bastante bien como retícula para observar estrategias destinadas a incidir en la sensibilidad.

Proxémica de Estado

Fue probablemente por contagio del vecino del norte que los líderes del Estado mexicano se vieron forzados a abandonar paulatinamente en los discursos su proxémica léxica tan pomposa y por ende lejana al público, pues el estilo de Díaz Ordaz, Luis Echeverría, López Portillo y todavía, aunque en menor medida, el de De la Madrid, resultaba demasiado grandilocuente para las tres cuartas partes del siglo XX. Gracias a su entrenamiento en universidades extranjeras, Carlos Salinas aparentó un tono más cotidiano para producir efectos de proxémica más corta, aunque con enorme afectación. A su sucesor Ernesto Zedillo le resultó más fácil acortar la proxémica en su estilo discursivo, pues su formación era semejante y en el registro acústico su voz no le alcanzaba para más. Para dirigirse al pueblo, Vicente Fox utilizó la voz sentenciosamente y la pronunciación si-lá-bi-ca, como si estuviera ilustrando en un kindergarten que las palabras se componen por sílabas. En cambio el precandidato del PRI a la presidencia del 2006, Everardo Moreno, y el candidato del PRD, AMLO, rescataron el viejo tono priista altisonante, a gritos, al emitir sus discursos para contagiar de emotividad al auditorio.

La proxémica de los candidatos y precandidatos en la campaña presidencial del 2000 se acortó por la intervención de los medios y sus efectos de *rating*. Fox calificó de “marranadas” a la propaganda priista, Madrazo se tuvo que burlar en público de su propio apellido por la inevitable asociación homonímica con trancazo y Labastida aludió al ofensivo mote de “lavestida” que le impusieron sus adversarios. Todos los candidatos y precandidatos aparecieron (a excepción de Cárdenas) en el programa de comedia de Adal Ramones contando chistes para caer simpáticos y seducir votantes, pues nada acorta más la proxémica que el sentido de humor.

La construcción estética del Estado y de la identidad nacional

Vicente Fox Quezada apostó por la proxémica corta con su público desde el inicio de su campaña. El efecto calculado de la “ch” cuyas connotaciones de informalidad y sentido lúdico y picaresco por asociación a términos comunes en la jerga local mexicana fueron aprovechados como proxémica léxico-acústica corta: de ahí salen sus “chiquillas y chiquillos” y sus “changarros” para “chambear” que Chente aprovechó para chilanguear chistoso. Para el 1 de diciembre de 2000, Fox planeó cuidadosamente su nueva imagen por la proxémica y la enfática en tres registros. 1] Ir a la Villa de Guadalupe a dar las gracias (como si hubiese sido la Virgen, y no el ciudadano, quien lo situó en ese cargo; ofendió así a los no guadalupanos y a los creyentes que tenemos la convicción de que estas dos matrices deben mantenerse independientes). 2] El desayuno en plena calle del “barrio bravo de Tepito”, símbolo de la miseria y la marginación no sólo de la ciudad capital sino del país entero; un performance teatral calculado para la ocasión (pues nunca más se supo de Lucía Ruano, lideresa de los niños de la calle en Tepito, excepto por un reportero perspicaz que dio a conocer que la mitad de los niños de tal desayuno habían muerto o estaban en la cárcel). 3] Como cereza en el pastel, el foxato inició torpemente su discurso de investidura ante el Congreso de la Unión con un saludo en primer lugar a sus hijos, proyectando a la matriz familiar sobre la de Estado, hecho que abochornó al panismo, enfureció al priismo y perredismo, y preocupó al ciudadano como presagio ominoso. El candidato acertó asimismo la proxémica con la imagen de Madero en vez de Juárez, icono tradicionalmente apropiado por el Partido Revolucionario Institucional (PRI), provocando de nueva cuenta la cólera de los priistas quienes, al grito de “Juárez, Juárez”, expresaron acaloradamente que el laicismo es sagrado. Con este juego de símbolos, se pretendió marcar una proxémica larga respecto al régimen anterior y fincar la alteridad del primer gobierno no priista después de más de siete décadas. Esta distancia proxémica no se estableció sólo por los símbolos, pues en los signos se emitió por la escópica un logotipo de águila mocha que expresaría una visión de la presidencia como empresa corporativa, y castrada.

Cinética de Estado

Como identidad colectiva, el Estado representa, hasta en su nombre mismo, la cinética estática por definición. La pesadez de su aparato burocrático hace pensar que su lema tácito de “más vale hacer algo que hacerlo bien” se explica por el gran esfuerzo que requiere

La construcción estética del Estado y de la identidad nacional

apenas para moverse, además de ofrecer la ventaja de que permite hacer y deshacer permanentemente al estilo keynesiano para justificar la excedente y onerosa masa de burócratas. Como en las familias de los esquizofrénicos analizadas por Bateson (1972), en las oficinas de la burocracia, como una gran familia, siempre habrá una víctima que cargue con la faena de los otros funcionarios que consideran al trabajo como ignominia.

En cuanto a las identidades personales, cada líder de Estado es juzgado en buena parte por su despliegue en esta modalidad. Fue notoria la cinética inestable de la vida personal de José López Portillo con alegres ninfas revoloteándole alrededor y la de su esposa Carmen Romano con melófilos mancebos al suyo para placer del periodismo picaresco, inestabilidad que se proyectó sobre la situación del país para desgracia del pueblo. El régimen de Miguel de la Madrid se inicia con la encarcelación de Díaz Serrano por fraude a Pemex y la del jefe de policía anterior Arturo Durazo por enriquecimiento ilícito y presuntamente ligado al narcotráfico, condenado a ocupar cómodamente varias celdas suntuosas de reclusorio. En cambio, su régimen mostró una cinética absolutamente estática tanto en su vida privada como en la pública, particularmente en su lentísima reacción ante la catástrofe del terremoto del 19 de septiembre de 1985. Su sucesor, Carlos Salinas de Gortari, también arranca su mandato con una conspicua encarcelación, esta vez la del líder sindical petrolero Joaquín Hernández Galicia “la Quina”, hasta entonces considerado intocable. Pero en el tradicional ritual del sacrificio azteca priista de cada sexenio, Ernesto Zedillo sobrepasa la cinética de todos sus antecesores con la espectacular encarcelación de Raúl Salinas de Gortari, hermano del reciente ex presidente, involucrado en el ostentoso asesinato de José Francisco Ruiz Massieu, secretario general del PRI. Tal dinamismo no le alcanzó para destapar la cloaca en la que se aclararan este asesinato y el del candidato Luis Donald Colosio, además del cardenal Posadas Ocampo, probablemente vinculados. El presidencialismo mexicano parecía convertido en un juego del poder librado menos entre partidos políticos que entre cárteles del narcotráfico. En el sexenio siguiente, cuando se esperaba que el próximo sacrificado sería el expresidente Luis Echeverría Álvarez por la masacre del 68 y el halconazo de 1971 (o al menos Miguel Nazar Haro, Luis de la Barra Moreno o Juventino Romero Cisneros responsables de la desaparición de Jesús Piedra Ibarra entre otros jóvenes militantes) Fox Quezada perdió un buen capital simbólico de su gestión. No comprendió el sentido simbólico-estético de estos ritos

La construcción estética del Estado y de la identidad nacional

sacrificiales y lo que sacrificó fue su propio capital simbólico. En cambio, para el sexenio de Felipe Calderón, el sacrificado resultó el candidato perdedor por 0.56% de los votos en una dinámica donde la víctima es cada vez más reciente.

Lamentablemente, el dinamismo de los regímenes priistas se redujo a estas puestas en escena de víctimas propiciatorias al estilo azteca cuya sangre, sudor y lágrimas expurgaran simbólicamente los pecados del gobierno anterior, pues no le alcanzó para tomar iniciativas firmes y eficaces respecto a la miseria de dos terceras partes de la población, dejando casi intactas la vergonzante desigualdad social y las fallas estructurales tanto económicas como fiscales, políticas y jurídicas del país. Tal cinética de Estado exasperadamente estática no pasa de los lugares comunes de consignas como “modernización”, “renovación moral” o “solidaridad”, “quitar el freno al cambio” que siguen siendo tan huecas como “la chispa de la vida” o “creo que lo valgo”.

Entrados en cuentas, el salinato manifestó una cinética comparativamente dinámica al reformar varios artículos constitucionales hasta entonces intocables desde la política anticlerical juarista referidos a la Iglesia, además de liberalizar el comercio, privatizar empresas estatales, internacionalizar la banca, atraer divisas extranjeras fugaces y pactar el Tratado de Libre Comercio. Pero tal dinamismo fue un atributo no sólo del presidente sino también de los capitales nómadas invertidos en México que volaron como golondrinas, de modo que el famoso “error de diciembre”, con que el saliente Salinas saló a su sucesor, mermó seriamente la estabilidad económica nacional y volatilizó el capital de muchos ahorradores. En ese contexto, ninguna cinética es comparable a la digna de Superman desplegada por el entonces presidente Bill Clinton, quien logró sobrevolar al Congreso norteamericano a enorme velocidad otorgando un préstamo de 20 000 millones de dólares a México como medida de emergencia. Así consiguió posponer el desastre financiero que amenazaba tener reverberaciones telúricas detectables desde el New York Stock Exchange hasta la Patagonia.

El *tempo* es otro aspecto de esta modalidad cinética. La oratoria del presidente Vicente Fox combinó la enfática acústica (exagerada, silábica) con el ritmo discursivo a intervalos regulares (como cuando alguien trata de aprenderse algo de memoria) a fin de lograr un efecto de orden y persuasión para los que son lentos en aprender. Parece haber tenido el mismo maestro de oratoria que el ex candidato del Partido Acción Nacional (PAN)

La construcción estética del Estado y de la identidad nacional

a la presidencia Diego Fernández de Ceballos, cuyo éxito retórico se le reconoció al nombrarlo ganador del primer debate televisado entre candidatos presidenciales en México, aunque perdiera las elecciones y buena parte de su prestigio.

La transposición semántica que realizó el equipo del candidato Vicente Fox en el llamado “martes negro” para definir la fecha del debate entre los candidatos a la Presidencia en las elecciones del 2000 fue notable. El famoso “hoy, hoy hoy” –interpretado por los analistas políticos como índice de necedad e impaciencia del candidato que hirió su popularidad como lo mostraron las encuestas– se transmutó mágicamente en lema de cinética dinámica ante un pueblo hartado del típico “mañana” que nunca llega. Esta mutación ejemplifica cómo una táctica semio-estética que combina la léxica con la acústica aliterativa y rítmica propia de un eslogan mediático, logra tener un impacto político. Sin embargo, el destino deparado al lema cinético del “hoy, hoy, hoy” resultó igual de parapléjico que el de la “renovación moral” y la “solución somos todos”, además de que no hubo mago capaz de operar esa resemantización a todas y cada una de las medidas de pata que protagonizó el presidente durante el resto del sexenio, imposible papel asignado al vocero de la presidencia, Rubén Aguilar. Los “quince minutos” que anunció el candidato Fox para resolver el problema con el EZLN ya son, en efecto, los quince minutos más largos desde el Big Bang, quizás por ningún otro afán que el confirmar la tesis einsteiniana de la relatividad del tiempo.

Si la proxémica corta, la enfática frívola, la fluxión incontinente y la cinética parapléjica caracterizaron al foxato, el nuevo sexenio calderonista se inicia a trompetazos en una acústica beethoveniana triunfal con un spot de cinética dinámica que apresta al ciudadano a despabilarse (niños y adultos corriendo a través de un río, apresurándose a la escuela, todo en elipsis para incrementar efectos de dinamismo). A su vez, el jefe de gobierno del Distrito Federal Marcelo Ebrard dio el primer gesto de independencia respecto a AMLO al sustituir la enfática consoladora del lema amloísta “Ciudad de la Esperanza” y por la cinética de “Ciudad en movimiento” (copiada de Pachuca, Guadalajara y León, *cf.* Bermeo 2006).

Enfática de Estado

Enfática del secreto

La construcción estética del Estado y de la identidad nacional

Como identidad colectiva, el aparato burocrático depende de la enfática del “secreto” que los oficinistas de servicios públicos supuestamente poseen en forma excepcional para reproducir su poder ante el infortunado ciudadano que requiera realizar algún trámite. Esta enfática del secreto se esgrime para otorgarle jerarquía al funcionario sobre el ciudadano, quien ignora la pretendida complejidad de los mecanismos implicados en obtener algún documento oficial. El trámite se fetichiza, y al ciudadano no le queda más que la sumisión. Inerme ante los burócratas, los funcionarios darán información a cuentagotas de lo que requiere el trámite con el objetivo de que la oficina siempre esté saturada de gente que vuelve una y otra vez, y así justificar el número de empleados. Trátese de una revancha del pequeño burócrata o de la reproducción ampliada del tortuguismo estatal, el ciudadano sabe que está en condición de indefensión ante ese aparato que tan onerosamente mantiene con sus impuestos. La clase media mexicana, en probable proceso de extinción pues todavía vive de la irregular economía formal, percibe al Estado como colosal leviatán que se fagocita sus modestos ingresos, pero cuyos resultados y alternativas son parte de ese gran secreto que esconde el poder.

Enfática de la fauna y los géneros

Los líderes de Estado no pueden controlar la enfática dominante que el pueblo les asigna por su gestión. A Díaz Ordaz se le asoció con el gorila (injustamente para el noble primate) y Echeverría es el halconazo que pasó a la historia por las masacres impunes del 68 y del 71. A José López Portillo se le recordará con la enfática del perro desde que promete “voy a defender al peso como un perro” sucedida por atroces devaluaciones. En este zoológico, a Salinas de Gortari se le asoció el chupacabras. A Ernesto Zedillo se le honró con la apatía, pues a ojos del pueblo no mereció ni pena ni gloria, aunque las tuvo ambas. A Fox se le recordará como el metelapata: sus frases de “lavadoras de dos patas”, “ni los negros”, “José Luis Borgues”, “viles chinos”, “comes y te vas”, “¿por qué yo?” y “como campeón” o sus disputas con los líderes latinoamericanos, su hiperactividad proselitista que puso en jaque las elecciones del 2006 y sus proyectos frustrados como el aeropuerto de Texcoco, la reestructuración fiscal y la reforma energética y económica así como la impunidad jurídica del Fobaproa (a pesar de su teatral gesto electorero de mostrar el sobre con la clave para

La construcción estética del Estado y de la identidad nacional

abrir el expediente) dejó tantos pendientes como un supermercado chino exclusivo en aretes.

Según la enfática desplegada, cada régimen ha parecido inscribirse en un género narrativo particular: el de Díaz Ordaz en el género de lo monstruoso, el de Echeverría en unseudorealismo socialista con tintes peronistas, el de López Portillo en melodrama de telenovela como *Dallas*, el de Miguel de la Madrid en novela burguesa moralizante, el de Salinas de Gortari se volvió *thriller* y con Zedillo no logró teñirse de comicidad por más chistes que contaba el mandatario, mientras que el régimen foxista soñó en inscribirse en el *western*, pero el *cowboy* terminó convertido en el calificativo que él mismo le atestó a su principal rival en las elecciones del 2000.

Enfática de la desidia

La indignación del pueblo ante la mal llamada “reforma fiscal” para el 2002 (hecha exactamente al cinco para las doce del 31 de diciembre del 2001) involuntariamente exhibió a la percepción de los ciudadanos la manera en que la clase política mexicana opera en la toma de decisiones y en la confección de proyectos que afectan al país, su “modus improvisandi” que sólo es veloz y efectivo al otorgarse bonos y prebendas. La enfática de la tal “reforma” fue sin duda la desidia al desperdiciar meses de trabajo necesario para el análisis y estructuración de un sistema de recaudación fiscal e impostergable formalización de la economía. La Cámara “plural” finalmente arribó a una propuesta semejante a la de 20 años atrás, época cuando no había representación múltiple ni gobierno no priista. Esto ilustra la cinética inmóvil de esta institución y una vez más el predominio del lema nacional de “más vale hacer algo que hacerlo bien”.

Enfática de la impunidad

La enfática de la impunidad se acumula por la avasalladora cantidad de casos que nunca se aclaran ni se resuelven por las autoridades y se expresa en la cifra del 96% de los crímenes impunes: las ya cuatro centenas de muertas de Ciudad Juárez, el asesinato de Norma Corona y el de Digna Ochoa, el de los hermanos Carrola y el robo de sus expedientes, los asesinatos de Luis Donald Colosio, Ruiz Massieu, Paco Stanley y el cardenal Posadas entre miles de otros homicidios impunes, la compra de testigos del subprocurador Santiago

La construcción estética del Estado y de la identidad nacional

Vasconcelos (como en su momento lo hizo Samuel del Villar con “el cocinero” para atestiguar contra Paola Durante), el soborno grabado telefónicamente de la delegada Dolores Padierna y la extorsión de su marido René Bejarano videograbado *in fraganti* guardando fajos de billetes en su portafolio, la desaparición de Muñoz Rocha vinculado a Raúl Salinas, los asesinatos de Raúl Gibb Guerrero, Guadalupe García Escanilla, José Luis Cabezas, en total decenas de periodistas asesinados desde 1987 hasta convertir a México, después de Iraq, en el país más peligroso del mundo para este gremio, los varios atentados contra la abogada Raquenel y contra el periodista Jesús Blancornelas, el juicio inconcluso contra “El Divino”, la exoneración del ex regente Espinosa Villarreal por negligencias en la demanda, de los responsables la guerra sucia y los desaparecidos de los años setenta, las de los campesinos de Aguas Blancas en 1995, El Charco, 1998 y Agua Fría, 2002, los 45 indígenas de Acteal en 1996 y El Bosque en 1998, las violadas de Atenco del 2006 entre varios otros.⁸ Vergonzosa enfática ésta, de la impunidad.

Fluxión de Estado

Un líder de Estado tiene que ser diestro en el ejercicio de la fluxión en ambas direcciones, es decir, debe saber cuándo dejar fluir y cuándo bloquear, retener o expulsar, atraer o esparcir su energía en actos y dichos. Por una parte debe irradiar una identidad para abarcar a todo el país, así como mantener receptividad a éstos. Por la otra, debe atraer hacia sí a las masas del pueblo en los términos precisos en los que el líder desea hacerse ver. La estrategia común para lograrlo se ilustra típicamente en la léxica del Informe del ex presidente Carlos Salinas de Gortari del 1 de noviembre de 1989, que consistió en incluir discursivamente a todos los sectores de la población y poner su persona en relación jerárquica: “...Esta modernización tiene significado... Para los campesinos... Para los indígenas... Para los obreros y trabajadores... Para los grupos populares de barrio y colonias... Para los empresarios... Para los servidores públicos... Para los maestros y los médicos... Para los medios de comunicación y la crítica... Para las Fuerzas Armadas de

⁸ Tuvo que ser la proyección de la matriz global sobre la institución de Estado mexicana por la presión de Amnistía Internacional, de la Corte Interamericana de Derechos Humanos y del Centro por la Justicia y el Derecho Internacional (CEJIL) la que lograra la liberación del general brigadier José Francisco Gallardo Rodríguez y la de los presos ecológicos Teodoro Cabrera García y Rodolfo Montiel Flores detenidos por confrontar la tala ilegal de bosques en Guerrero.

México... Para los jóvenes... Para la mujer... Para la familia mexicana... Para el Presidente de la República..” en un *crescendo* galopante que culmina en el posicionamiento triunfal de sí mismo en tercera persona.

La fluxión centrífuga/centrípeta del Presidente que interpela y se dirige hacia la totalidad del pueblo marca claramente su jerarquía en tanto el interlocutor de esos millones, otorgándose a consecuencia una carga simbólica equivalente a todos ellos. Asimismo, mantiene una fluxión centrípeta en cuanto a la acumulación de información supuestamente exhaustiva sobre los problemas del país que ningún individuo, aparte del Presidente, tendría legitimidad para enunciar. La léxica del Informe consistió en esta puesta en jerarquía a través de sintagmas discursivos tales como “Nacionalismo y Justicia. Ésa es la síntesis de la modernización de México. Así tiene que ser...” o “asumí el mandato de conducir a México”, “así me lo exigió el pueblo” (esos millones se dirigen a mí), “La voz del cambio exige justicia, seguridad, empleo, servicios, educación, salud, vivienda, abasto de alimentos y medio ambiente limpios... A ese cambio me comprometí...” Esa “voz del cambio” habla a través del Presidente, quien interpreta lo que “tiene que ser”, en tanto interlocutor directo de todo el pueblo quien “le exigió” el mandato.

No puedo concluir la modalidad de la fluxión de Estado sin mencionar el peculiar caso –específicamente mexicano– de fluxión cerrada de “El Tapado”, el Mero Mero, El Bueno, El Sucesor, el Designado (como lo caracterizó Woldenberg, 1995) cuyo nombramiento debía permanecer en secreto hasta cumplidos cinco años del sexenio en turno. En este particular ritual mexicano, a la fluxión cerrada del Tapado sólo la puede contrarrestar la fluxión abierta del Dedazo (o del “madrazo al dedazo”, mérito por el cual Roberto Madrazo Pintado pasará a la historia).

En suma, la persuasión política en México es eminentemente estética ya que, para obtener el cargo público, los candidatos apelan a sus electores desde el manejo de retóricas y modalidades dramáticas, más que por sus agendas de gobierno. Por ello contratan asesores de imagen con nociones en la comunicación no-verbal y dirección actoral quienes ponen en práctica estrategias estéticas aprendidas de la mercadotecnia, el teatro, los oradores motivacionales, el cine y las relaciones públicas para elevar la popularidad de sus asesorados. No en balde, existe en el Congreso de la Unión, máximo orden legislativo, el servicio fijo de una estética unisex, pues no se pueden elaborar leyes sin un buen tinte y

peinado. Esta táctica se ha vuelto imprescindible en los tiempos mediáticos del *close-up* y los debates televisados.

Sin embargo, no por ello en esta matriz dejan de operar mecanismos estéticos tradicionales como los de la ceremonialización de eventos a través del traslape con la matriz militar y sus rituales. Toda bienvenida a una figura de Estado extranjera se viste de coreografías con guardias militares, uniformes, utilería de banderas y estandartes, bandas marciales, marchas, además de banquetes y discursos rimbombantes. Estas impresionantes puestas en estética son despliegues totalmente excesivos para la vida contemporánea si consideramos las metas concretas que pretenden las visitas de Estado como es firmar acuerdos y discutir problemas. ¿Qué necesidad hay de tanta parafernalia y de discursos protocolares cuyo contenido es perfectamente predecible? Su necesidad radica justamente en su superfluidad, pues la estética es el dispositivo por el cual se expresa el poderío del anfitrión y la deferencia hacia el huésped. El gasto en el evento de bienvenida expresa simbólicamente la importancia de quien lo realiza y del destinatario de ese despliegue. Este mecanismo de ostentación del gasto y del exceso tiene su origen en ceremonias como el *potlatch* y *mayordomías* desde épocas muy remotas (como lo exploraron Mauss [1990] y Bataille [1987]).⁹ Cuanto mayor el gasto, mayor poder, pues el gasto estetiza al poder.

⁹ Sobre la estética como exceso véase Mandoki, 2001.

3. ESTRATEGIAS ESTÉTICAS DE UNA CAMPAÑA ELECTORAL

Entrados en el tema de la estética de Estado, nunca en la historia de este país se realizó un despliegue propagandístico tan espectacular como en la campaña para la presidencia de 2006. La fenomenal fuerza de la estética (aunque sin llamarla jamás por su nombre) y su incidencia en la política se apreciaron en ese evento en toda su magnitud. No fue casual que el candidato con el ejercicio proselitista más certero y dispendioso en la campaña de 2006 se aliara a un famoso cineasta mexicano así como a una célebre escritora al tiempo de reclutar para su propaganda a actrices y artistas plásticos entre otros practicantes profesionales de la estética. Imposible hallar evidencia más contundente del papel de la estética en la política mexicana.

La publicidad de este candidato se difundió a través de un programa pagado en televisión de lunes a viernes a doble horario, matutino y nocturno, durante seis meses, numerosos spots de TV y anuncios espectaculares cada tantos metros en las principales avenidas, además de entusiastas contribuciones de adeptos como 56 audios de canciones que ensalzan al candidato, 20 cápsulas editadas y musicalizadas de propaganda en DVD (entrevistas con el candidato, perredistas y sus simpatizantes) y un portal de Internet sumamente dinámico como medio de captar dinero y bajar logotipos y carteles, así como difundir sus discursos y entrevistas. Por todo ello, no podemos desperdiciar esta oportunidad tan reveladora de la imbricación íntima entre la estética y la matriz de Estado para poner a prueba la operatividad de nuestras herramientas de estudio.

Irónicamente, el candidato que utilizó el eslogan de “primero los pobres” fue quien más enriqueció a los más ricos (Ascárraga Jean y Salinas Pliego) al derrochar en propaganda por televisión (el más costoso de los medios) más del doble del gasto de su oponente panista y obedecer a la fórmula “el fin justifica los medios” (en ambos sentidos del término).¹ Se puede calcular que si 20 segundos en TV cuestan en promedio \$278 mil

¹ AMLO contrató 615 653 segundos al aire equivalentes a 171 horas (296 498 en programas pagados y 319 155 en promocionales) contra 76 horas del panista (275 309 promocionales y 1 799 en programas pagados, que suman 277108 segundos). Monitoreo final del IFE consultado el 02/08/2006.

La construcción estética del Estado y de la identidad nacional

(como lo señala Zárate en *El Universal*, 06/02/2006) el dispendio del candidato perredista podría haber resuelto el problema de vivienda de más de 350 mil familias, más de un millón de pobres, y utilizar una estrategia alternativa de campaña por Internet, volantes y templetas para difundir esa opción de austeridad propagandística provechosa. Tal derroche de fondos públicos “a nombre de los pobres” fue una bofetada en el rostro de más de la mitad del país que sobrevive apenas en condiciones de penuria. La lealtad del PRD con los dos monopolios televisivos y su pasión por la estética en vez de la elocuencia de los hechos mismos se demostró una vez más el 13 de diciembre del 2006 cuando bloquean la iniciativa del partido socialdemócrata Alternativa de reducir 20 % los fondos designados a los partidos para apoyar a la ciencia y tecnología, principalmente a las universidades públicas del país. El partido denominado “de izquierda” votó en contra, argumentando que necesitaba esos fondos para su propaganda de radio y TV. (Gómez Leyva 2006 y Franco 2006).

Más que propuestas de gestión social (básicamente promesas), en esta campaña electoral se apostó por la sensibilidad de los ciudadanos a través de un ejercicio estético bien calculado. En democracias incipientes y en la medida en que el voto se ejerza desde las vísceras, los candidatos apelarán a la emotividad más que a la razón de los electores dependiendo de afinidades o repugnancias de carácter, cultura, ideología o clase, incluso de religión o raza en sociedades más rudimentarias. Y eso lo supieron muy bien los equipos de campaña de los dos candidatos protagónicos de la elección presidencial de 2006, y por ello uno se enfocó a la incitación del miedo y el otro del odio (el miedo a “un peligro para México” y el odio personal contra “fecal”). El patético nivel de esta contienda fue en parte resultado de la manía electoralista de este país, enfrascado en candidaturas en vez de hacerlo en ciudadanías con agendas claras que llamen a cuentas a los gobernantes durante sus gestiones.

Esta tendencia de orientarnos ante los otros por la sensibilidad se explica por dos razones: deberse simplemente a nuestra condición humana (¿por qué tendría la política que ser la excepción?) y a la pubescencia (pongámoslo así) de la democracia mexicana, pues en sistemas maduros las discusiones se centran en la eficacia de estrategias precisas planteadas

<<http://www.ife.org.mx/portal/site/ife/menuitem.fe2c717227547ca77a52bd18100000f7/?vnextoid=d0e991e11878c010VgnVCM1000002c01000aRCRD>> <<http://www.eluniversal.com.mx/nacion/134847.html>>

La construcción estética del Estado y de la identidad nacional

por sectores de la sociedad civil y enarboladas por los candidatos respecto a problemas muy puntuales. En nuestro país es probable que juzgar la viabilidad de las propuestas hubiese sido una tarea inútil por la relativa superficialidad de los proyectos, cuya problemática es menos el *qué* y más el *cómo*, pues “el combate a la pobreza” es un problema tan obvio como irrefutable. La discusión estaría en argumentar con base en evidencias de estrategias exitosas y experiencias de fracaso aquí y en otros países, cuál procede y por qué, con participación directa de investigadores y profesionales de disciplinas afines (y no sólo de asesores que logran filtrarse al aparato de Estado por astucia más que por excelencia profesional). Pero ése es tema que trasciende las elecciones; aquí sólo vamos a examinar cómo se utilizó la estética para ganar o perder votos.

REGISTROS DE LA RETÓRICA ELECTORAL

A través de mecanismos de significación en los cuatro registros LASE podremos comprender algunas consecuencias de la intervención de la estética y la semiótica en las campañas políticas, y la medida en que estos registros funcionan para mucho más que denominar. No sólo denotan sino connotan, y no sólo refieren sino exigen, explican, contactan, expresan, degradan o ridiculizan de acuerdo con las seis funciones del lenguaje que marcó Jakobson (1963), entendiendo por “lenguaje” su sentido amplio que incluye al cuerpo, al sonido, la escenografía, utilería, vestuario y palabra como recursos de comunicación. Veremos cómo tanto la atracción como la repugnancia, la fineza como la vulgaridad, la actividad como la parálisis, tienen efectos concretos no sólo en la sensibilidad de los votantes sino que funcionan como indicios bastante confiables de la sensibilidad de los enunciantes.

Léxica electoral

Tan desconocido era el ex priista Roberto Campa, candidato a la presidencia del partido Nueva Alianza, que el priista Roberto Madrazo se dio el lujo de confeccionar su campaña con su primer nombre “Roberto Presidente” sin temor a ser confundido con Campa. Eligió esta estrategia en la léxica debido a que fracasó su intento de resemantizar su apellido utilizando la reputación de su padre (empleó hasta una referencia de su muerte por

avionazo), y finalmente optó por deshacerse de él a fin de evitar el riesgo de que el pueblo pudiera entender su candidatura como “un madrazo para México”² Sin embargo, en su campaña de 2000 sí utilizó el slogan “Dale un madrazo al dedazo”, refiriéndose al candidato oficial Francisco Labastida según la práctica presidencialista del PRI durante sus siete décadas de dominio político. Sus campañistas acuñaron ahora el “Roberto sí puede” (asociado al “sí se puede” de los porristas deportivos), o “para que las cosas se hagan” (al que el pueblo humorísticamente le agregó “mierda”). Llamó la atención su forzada utilización de metáforas futboleras para acortar su proxémica léxica con las masas y colgarse del fervor futbolístico en ebullición por la inoportuna copa mundial de junio de 2006 en Alemania, estrategia imitada por todos los demás candidatos: Calderón se reunió a conversar con los jugadores usando la camiseta de la selección, Patricia Mercado los visitó, mientras la coalición PRD, PT y Convergencia confeccionó un spot futbolero que equipara al pueblo de México con un equipo de fut y a su candidato presidencial Andrés Manuel López Obrador (en adelante AMLO) como su capitán.³

Por su parte, el bloque de Felipe Calderón propagó el lema “para que vivamos mejor” y el ingenuo eslogan del “presidente del empleo”, y al calcular la debilidad del PRI como el rival a vencer, enfocó toda su propaganda contra AMLO (mientras por las mismas razones, los paleontólogos del PRI o buscadores profesionales de huesos realizaron un éxodo masivo que cruzó el mar amarillo hacia el PRD en pos de la tierra prometida del cargo sexenal). Campaña mediocre de principio a fin desde el punto de vista estético, el candidato panista trató de convencer por medio de ideas o lemas cuando su contrincante lo hacía con sueños. Orador muy bien entrenado en Harvard, estaba a años luz del perredista en capacidad argumentativa. Pero por lo mismo, su discurso apuntaba a un sector más preparado de la población, en particular a la clase media y alta, mientras que el perredista suplió con creces su desventaja argumentativa con la oratoria embriagadora del “ricos contra pobres”, “la derecha contra nosotros”. Apostó por la mayoría del país que sobrevive mal con salario mínimo y subempleados (dos terceras partes de la población) y satanizando

² Significa “golpe” en lenguaje coloquial mexicano, por lo que fue aprovechado humorísticamente por una compañía farmacéutica que desplegó carteles con el lema “pinche madrazo” para recomendar un unguento.

³ “En este mundo siempre hay alguien que sobresale, que por su sola presencia marca la diferencia, capaz de dirigir a un gran equipo. Y por difícil que parezca siempre saldrá victorioso. Por eso nunca lo dejaremos de apoyar, porque sabemos que siempre meterá gol. Andrés Manuel, México es tu equipo.”

<<http://www.eluniversal.com.mx/notas/348785.html>>

a clases medias y altas, intuyó bien que la estrategia tenía que hacerse desde la estesis más que la semiosis al generar repugnancia, más que discrepancia, contra su adversario. La estrategia panista se reforzó por la asesoría de maquiavelos electorales como Morris y McGann (probados desde Clinton y Kirchner hasta Yushchenko) quienes operaron para infundir miedo con la palabra clave “peligro” vibrando en *off*. Su estrategia fue semejante a la de 2000 con la palabra “cambio” que logró un triunfo que debido menos a méritos políticos propios del candidato que al hartazgo por y castigo al PRI como sistema organizado de vividores y padrotes de la política en la percepción del ciudadano.⁴

Incomparablemente más interesante, y, por mucho, resultó la estrategia léxica promovida en torno al candidato del PRD-PT-Convergencia. Si su nombre original era efectivamente Manuel Andrés (como se reitera en varios *blogs* que citan al IFE como fuente, aunque no logré confirmar esa información) podemos asumir que la campaña del ahora Andrés Manuel López Obrador se inicia desde que oportunamente decide cambiar su nombre calculando el efecto negativo de su acrónimo MALO.

Particular relevancia adquiere en este registro la impugnación de sus simpatizantes contra el uso del apellido paterno “López” a secas por considerarlo despectivo.⁵ Lo políticamente correcto exigía añadirle en toda mención el apellido materno “Obrador” a modo de nombre compuesto semejante al López-Portillo (del ex presidente José López-Portillo y Pacheco) o López de Santa Anna (Antonio de Padua María Severino López de Santa Anna y Pérez de Lebrón). En contraste con Benito Juárez (quien no necesitó hacerse llamar “Benito Pablo Juárez García”), indígena zapoteca trilingüe, excelente estudiante, mente brillante, admirado y querido desde que fue gobernador de su estado, al licenciado Andrés Manuel López Obrador (quien gusta equipararse con Juárez) parecía quedarle chico su apellido paterno, dificultársele el estudio y aprender otros idiomas, así como ser electo gobernador en su Estado. En este sentido, hubo una puesta en circulación de signos indiciales muy ilustrativa, pues por la proxémica léxica se podía diagnosticar acertadamente la tendencia política del enunciante. Quienes lo denominaron “López” connotaban hostilidad, con “López Obrador” neutralidad, “Andrés” o “Andrés Manuel” apego, al

⁴ Sobre el papel de Morris y McGann en esta campaña véase Enríquez Cabot (2006).

⁵ Precisamente por ello el director de la serie de videos de propaganda para la campaña de AMLO decide titularlos *¿Quién es el Sr. López?* (interesante temática en particular si se hubiese filmado en directo del 2 de julio al 2 de diciembre de 2006).

grado de romper el ritmo de adaptar el lema chavista “Chávez, amigo, el pueblo está contigo” por el “Andrés Manuel, amigo, el pueblo está contigo” arruinando la cadencia. Llamarlo con el materno “Obrador” ya era de devotos: “es un honor/estar con Obrador”. Otros prefirieron denominarlo con los cuatro nombres “Andrés Manuel López Obrador” para implicar ecuanimidad, pero hubieran tenido entonces que aplicar el mismo criterio con el resto de los candidatos: Felipe de Jesús Calderón Hinojosa o Roberto Madrazo Pintado. Como las siglas FJCH y RMP son impronunciables, AMLO llevaría una ventaja (especialmente por su similitud con la popular J-LO).⁶ En consecuencia, sólo el diario *Crónica*, de marcada línea anti-amloista, ha utilizado el apelativo “López” a secas y el término de “lopismo”, mientras el resto optan por el barroco “lopezobradorismo” que nos hubiera conducido al “lopezobradorato” y demás declinaciones.

Aunque muy susceptibles al uso despectivo del “López”, sus partidarios no tuvieron empacho alguno en impulsar el ofensivo mote “fecal” acuñado por una empresaria de eventos y Federico Arreola, asesor financiero de la campaña de AMLO, como prueba de la fineza de su imaginación propagandística.⁷ Arreola (gran apologista del Carlos Salinas de Gortari, Ernesto Zedillo y Vicente Fox cuando estaban en el poder) ejemplifica con este gesto en la léxica lo que denominé como *violencia estética* al atentar directamente contra la dignidad del otro (pues se empuña contra el ser en vez del hacer o decir).

Entre otros apelativos en la léxica, el candidato perredista reclutó estrategias estéticas para lograr una performatividad mágica del lenguaje al autodesignarse con apelativos como “indestructible”, “gallo”, “rayito de esperanza”. Su equipo usó lemas de campaña como su “honestidad valiente” (convertida luego en cuenta de banco HSBC), “cumplir es mi fuerza”, así como renombrar a la capital “la ciudad de la esperanza”, a su lema “primero los pobres” y a la coalición “por el bien de todos” (como “la solución somos todos” de López-Portillo, el autonombrado “Don Q” *id est* Quetzalcóatl). Magistral fue en efecto este sintagma en la campaña de 2006, pues en frases como “El bloqueo de calles de la ‘coalición por el bien de todos’” los locutores daban a entender involuntariamente que el

⁶ En Internet, “lopéz” tiene 134 000 000 entradas (encabezadas por J-LO, no por AM-LO, quien tenía en mayo del 2006 2 300 000, superado ampliamente por J-LO con 19 800 000; para agosto ella baja a 14 500 000 mientras AMLO sube a 3 445 000 en este frívolo concurso de popularidad en Google, 26/08/2006).

⁷ A este recurso escatológico su propio candidato Obrador resultó particularmente vulnerable, utilizado por blogeros anti-AMLO. “Federico Arreola, de apologista de CSG, EZP y Fox, a soldado de López” <<http://www.cronica.com.mx/nota.php?idc=225282>>. El diario cita a Arreola en distintos artículos. *Milenio diario* el 16/12/05).

bloqueo de calles de la coalición era por el bien de todos. El apodo de “peje” (literalmente “hombre astuto, sagaz e industrioso” según el diccionario de la *Real Academia Española*,) apócope de pejelagarto, un pez de zonas tropicales típico de Tabasco, completa el zoológico político mexicano que en el siglo XX consistió en el gorila, halcones, el perro, el chupacabras y un zorro que iba a cazar tepocatas y víboras prietas.

Acústica electoral

Por la acústica, Madrazo recibía al internauta a tamborazos en su portal de campaña en Internet con la escópica de una animación de fondo como mar de olas tricolor sobre el que se erige su figura enjuta. A su vez, utilizó a su esposa Isabel de la Parra para hablar de él con voz melodiosa en spots televisivos y disimular así la deficiencia fonética nasal del candidato.⁸ Pero la acústica no lo es todo pues a pesar del excelente tono de voz de Cuauhtémoc Cárdenas, más profundo y de mejor tesitura que el tono anodino y la falta de aire pulmonar de Ernesto Zedillo durante el debate presidencial de 1994, no le bastó para ganar la presidencia ni entonces ni en el 2000. En cambio este registro sí pudo contribuir en algo a la imagen del candidato panista Vicente Fox aunque evocara involuntariamente al singular cómico Clavillazo.

En la acústica de los dos candidatos tabasqueños, el priista y el ex priista ahora perredista, se confeccionaron *jingles* como “Brazo con brazo, todos con Madrazo” (música de porra deportiva), o “quiere, defiende y protege a la gente, López Obrador, honestidad valiente” (semejante a detergente), así como el eslogan ritmado del pueblo gritando “noes-tas-so-lo” inventado por Teresa Struck para la cruzada contra el desafuero, figura clave de la campaña perredista. El portal amloísta no recibía al internauta a tamborazos como el madracista, sino pidiendo dinero con un comercial: “quienes estamos con Andrés Manuel...”.⁹ Podían hallarse 56 canciones en su portal, en contraste con su principal

⁸ Su imitador Arath de la Torre lo emuló tan perfectamente en el programa de sátira política *Los privilegios de mandar* que a partir de entonces, oír a Madrazo parecía ya oír a un parodista de Arath. Madrazo utiliza asimismo la imagen de su esposa como capital corporal al mostrar a su lado una imagen femenina atractiva, estrategia que explotó Arturo Montiel, ex gobernador del estado de México, sin mucho éxito. “Enfrenta esposa de Madrazo a AMLO en spot.” *El Universal* online, 03/04/2006.

⁹ Contribuyen a su campaña celebridades de círculos de intelectuales como Elena Poniatowska y Carlos Monsiváis, experimentados publicistas como Teresa Struck y Bertha Maldonado “La Chaneca” (quien ayudó a la campaña de V. Fox y ahora trabaja para AMLO) y Socorro Díaz (quien conoce muy bien, tanto como AMLO, las entrañas del PRI de donde requieren extraer y reclutar votos como se probó durante el reciente

adversario a quien apenas le compusieron la canción “Para que vivamos mejor, más empleos no deuda... Felipe Calderón, Felipe Calderón ...” (pésima mezcla de publicidad de refresco y canción dedicada al Papa).¹⁰

En este registro no puede dejar de mencionarse el tono agudo a donde se trepaba la voz de AMLO al arengar en sus mítines de templete, y su risa reseca (como al final de su entrevista radiofónica con Zabludovsky (25/08/2006). Costaba trabajo reconocer al enunciante de esa voz atenorada y áspera que contrastaba con la de sus conferencias matutinas ante unos cuantos reporteros al iniciarse en la escena pública televisiva.

Y sigue la mata dando: al tiempo que esto escribo, la cereza acústica del pastel ya postelectoral resultó sin duda la guerra de los gritos de independencia para el 15 de septiembre, cuando AMLO desafió al Presidente insistiendo que él (AMLO) daría el grito de independencia en el Zócalo a la misma hora, en el mismo lugar y con la misma gente que lo había seguido en su plantón contra el resultado electoral. El encabezado del *Excelsior* (14/10/2006) era elocuente: “Compiten por el Grito más fuerte: grito por grito, bocina por bocina” (parafraseando la consigna amloísta postelectoral “voto por voto, casilla por casilla”). En esa guerra acústica de gritos y bocinas, no podía faltar la campana que les fue regalada a los perredistas por la ocasión.¹¹ Para potenciar la estética del gesto, convergían las cuatro modalidades: 1) la proxémica escópico-somática de llenar la plancha zocalina con sus simpatizantes hostiles al presidente y la presencia del candidato ya derrotado en el Zócalo capitalino junto a Palacio Nacional, así como, *in crescendo* la propuesta proxémica-enfática por la somática de Rosario Ibarra de poner el templete de AMLO en el extremo opuesto al balcón presidencial para que las multitudes presentes le dieran la espalda al Presidente; 2) la cinética amloísta de querer apoderarse de un evento nacional no partidista; 3) su énfatica protagónica de ser él quien realice el ritual simbólico oficial y 4) la fluxión centrífuga de inyectarle el mayor volumen acústico posible a su voz

éxodo de priistas excluidos de las listas plurinominales a las filas perredistas).

<http://www.eluniversal.com.mx/graficos/animados/mujeres_candidatos/mujeres.html>

¹⁰ En el mismo estilo de la canción “no vamos a llorar por lo que ya pasó” en una película dedicada al Pontífice hace más de una década.

¹¹ Tal campana “pesa casi una tonelada, mide 1.70 de alto y fue elaborada en la Fundidora Tizapán en Michoacán con la leyenda '15 de septiembre del 2006'” (“Pelean Grito a gritos”, *Reforma*, 14/10/2006). Para las 15:22 hrs del 14/10/2006, el *Universal* anuncia la decisión de que el presidente daría el grito en Dolores Hidalgo para evitar confrontaciones.

sobre la del Presidente, pues entre ambos bandos acumularon un centenar de bocinas que sin duda harían que “retiemble en sus centros la tierra, al sonoro rugir.....” de los watts.¹²

Somática electoral

A pesar de su parquedad, este registro es crucial para adivinar el carácter de una persona. El elector en este caso trata de desentrañar el lenguaje corporal y de observar qué clase de persona es realmente ésa que se esconde en el personaje mediático, pues se delata en pistas, aunque muy falibles, de las que se puede inferir el carácter, la fuerza, la sinceridad, la soberbia, la flexibilidad o la crudeza. Estos rasgos captan y expresan no sólo la sensibilidad del sujeto en observación sino la del observante, y por ello también pudieran ser los puntos de repugnancia o atracción más determinantes en la filiación o repulsión electoral.

El lenguaje corporal de los candidatos apunta a caer bien, hacerse los simpáticos, estar relajados, ser “buena onda”, sonreír, verse amables pero siempre presidenciables y evitar ser sorprendidos en gestos poco mediáticos. Entre los rasgos corporales característicos de la campaña, salta a la vista el sintagma gestual que utilizó el candidato panista de mostrar las manos para significar “manos limpias”. A su vez la cinética somática absolutamente estática del priista presentó siempre una sonrisa posada que ocultaba mucho más de lo que mostraba, y en cuyo rostro sólo se agitaba levemente el labio inferior para hablar (pues el superior estaba oculto por un bigote). Evocó así al gran gesticulador de Usigli por asociación a las máscaras, efecto que se incrementó por la fijeza e inexpresividad de sus ojos, cejas y demás músculos faciales.

El rasgo somático típico del candidato perredista en su campaña fue ese amenazador dedo índice desenvainado (gesto que comparte con Mahmoud Ahmadinejad y Hugo Chávez) y su burlón “lo que diga mi dedito” sumado a palmaditas de complicidad en el brazo de su interlocutor para reafirmarse (como en sus entrevistas por Brozo).¹³ Ya en campaña, aparentemente se le aconsejó usar mejor el dedo pulgar extendido hacia arriba,

¹² Culminó en la fluxión acústica centrípeta del mutis del candidato en la ceremonia que realizó el Jefe de Gobierno sustituto.

¹³ Cito a Durán y Félix, 2005: "El lenguaje corporal de Andrés Manuel es lo más importante. Se convierte en un escudo cuando se repliega. Se queda muy quieto, sin expresar gesticulaciones, cuando lo quieren llevar a terrenos fangosos. En piso arenoso y suave se deja llevar de la mano, muy sonriente. Sus largas pausas ganan imagen en televisión. Sabe dónde están las cámaras y los canales que lo afocan. Las ve, les coquetea, habla con ellas directamente. Basta un gesto para conceder una respuesta, un manotazo para decir no, un ademán de batazo beisbolero -la pasión de Andrés Manuel- para pasar a otra pregunta, un dedo índice meneándose de un lado a otro para soltar carcajadas y suavizar posiciones: 'Lo que diga mi dedito', dice. Andrés Manuel sabe manejar a los medios de comunicación."

pero en sus discursos siempre asomó ese índice para clavarse simbólicamente contra el objeto de su arenga.

Oportunidad singular de teatralización fueron los debates. Sin perder las sonrisas, Madrazo desaparece de cámara para recoger los papeles que se le habían caído, Campa exhibe eufórico fotos de las propiedades del priista en Miami, Mercado elige una chaqueta naranja fosforescente para no pasar inadvertida, Calderón lleva preparada su refutación de haber participado en la firma del Fobaproa precisamente por la somática, argumentando ser zurdo contra la imagen montada de alguien que firma con la derecha, mientras AMLO suelta con evidente delectación la acusación del “cuñado incómodo” calculada como golpe letal a la candidatura panista en perfecto *timing* y *setting* para el *rating*, cada cual debidamente ensayado ante su director de escena en sus respectivas casas de campaña.

Tal teatralización no se limitó a los debates. Hubo situaciones de *thriller* en el tiroteo contra la camioneta blindada de Cecilia Gurza, esposa de Carlos Ahumada, con sus tres hijos dentro, cuyo director de escena y primer actor no se han podido identificar, pues jamás hallaron a los autores que probaran si fue del género del “autoatentado” o “calentadita”. Otra puesta en escena fue la obra intitulada “El diablito” que protagonizó Claudia Sheinbaum al utilizar uno de éstos para transportar unos cuantos folders en tres enormes cajas de cartón a la casa de campaña de su contrincante.¹⁴ Hubo más puestas en escena (aunque de la campaña ya postelectoral) como las actuadas por los perredistas militantes Martí Batres, Gerardo F. Noroña y Guadalupe Acosta enfrente de la PGR dramatizando su “entrega”, “encadenados” en las muñecas con cadenas de tlapalería dizque por la toma de casetas de cobro en autopistas. Pero la obra que por unanimidad se ganaría el premio de la academia resultó del género farsico y se representó en el Zócalo capitalino el 20 de noviembre cuando el ahora candidato perdedor del PRD se hace investir como “presidente legítimo”. Esta representación tuvo como antecedente la no menos farsica ceremonia de autonombamiento unánime por una convención “nacional” “democrática” donde con la escenografía de cartón y foquitos de fiestas patrias, y el vestuario de traje negro con corbata amarilla (como los muñecos amlitos), parecía que, con toda solemnidad,

¹⁴ Véase el comentario de Dehesa (2006a).

AMLO se ponía a sí mismo su propia máscara de hule en una autoparodia de opereta.¹⁵ El efectismo y la bufonada involuntaria se volvieron moda (idéntico atavío vistió René Bejarano al salir absuelto por falta de pruebas, otra puesta escena), hecho que aflige políticamente, pero que nutre copiosamente esta tesis.

Muy particularmente en la somática fue la elocuencia de la campaña postelectoral del ex candidato perredista contra los resultados del IFE y los edictos del TRIFE al mantener un bloqueo en el Zócalo, Paseo de la Reforma, Avenida Juárez y la calle Madero durante 48 días con un plantón de centenas de personas acampadas en vía pública. Además de la escópica de un ambulante político ahora también habitacional en la avenida, se apeló al impacto y la presión que podían ejercer sobre los magistrados del Tribunal electoral esas personas durmiendo en sus casas de campaña sobre catres o tablas en el pavimento, realizando a la vista de todos sus actividades diarias y soportando las granizadas y el hedor de los baños públicos: como lo señala AMLO en su entrevista con Zabludovsky, “éstos aguantan el granizo, temblando de frío y gritando de furia bajo un trozo de plástico en el Zócalo” (Avilés, 2006). Exhibe así nada lacónicamente el poder que tiene a través de la somática de convocar y mantener tal cantidad de cuerpos instalados sobre una avenida de 10 carriles, pues este gasto de energía, tiempo y recursos económicos opera por el orden de lo simbólico.

La somática como recurso político amloísta maniobró asimismo el 1 de septiembre en el Congreso cuando, para impugnar la derrota de su candidato presidencial en vez de festejar el triunfo de sus legisladores, los recién electos diputados y senadores perredistas se amontonaron en la Tribuna de la Cámara contra “el fraude electoral” (en que también los eligieron a ellos) para bloquear el rito del Informe presidencial. Curiosa retórica somática ésta del bulto mismo de cuerpos encaramados en la Tribuna de legisladores que no obedece a otra ley que la física de imposibilitar la presencia de dos objetos en un mismo lugar. Estos legisladores triunfalistas parecían desconocer (posando para foto en primera plana, la estética a toda costa) que en esa precisa Tribuna los triunfos se obtienen por la léxica de la argumentación, no la somática del montón.

¹⁵ Esas máscaras de AMLO, junto a las de Fox y Calderón, son ya una artesanía urbana mexicana políticamente neutral, aunque no en sus inicios con Carlos Salinas de Gortari.

Escópica electoral

La escópica al servicio del priista Madrazo empezó por contratar publicistas de punta para su página *web*, y cuyo resultado fue el portal más elegante y mejor diseñado con un sentido de unidad muy bien logrado. Sin embargo, careció del dinamismo de la página del perredista a la que se le iban agregando nuevos videos, canciones y entrevistas. La página de Madrazo se congeló el 2 de julio de 2006 y aparentemente permanecerá así *in saecula saeculorum*. En contraste, el despliegue estético más pobre en la escópica de Internet fue el de Calderón, a quien simplemente le aplicaron el mismo diseño aburrido del portal del PAN (tampoco contó con recursos estéticos como corridos, danzones, videos; y apenas capturó programas donde apareció el candidato y un videojuego bastante precario). Al tiempo que repetía la necesidad de acatar el fallo del Tribunal Federal Electoral, su portal se transformó radicalmente después del 2 de julio y exhibió ya al candidato panista como presidente de México 2006-2012 con otro diseño (al igual que el portal rojinegro-naranja proclamo presidente a AMLO, aunque no especificó de dónde). Ahí como primer gesto en la escópica al ser declarado Presidente electo, Calderón le restituye sus partes bajas al águila del Escudo Nacional –mochadas por el logo del régimen foxista– y lo oficializa a todo color ya como presidente en una ceremonia especial. Gesto simbólico y proxémico tajante de pintar raya respecto a su antecesor.

Por mucho, fue éste el registro dominante al que el político perredista le apostó su candidatura presidencial desde que inicia su jefatura en el gobierno del Distrito Federal. La prioridad de toda su gestión en la alcaldía fue su campaña de 2006 en varios frentes, principalmente el escópico en la exhibición ostentosa del gasto al estilo *potlatch*. Esa fluxión escópica centrífuga de exhibir obra fue contrarrestada con la centrípeta de ocultar montos y criterios de pertinencia de las obras y su adjudicación directa a empresas particulares, además de bloquear por 10 años la transparencia de esos manejos. Como lo mencioné respecto a la fluxión de Estado, cuanto mayor el gasto, mayor poder: la ostentación del gasto es una manera de estetizar al poder, ya lo advirtió Thorstein Veblen en su obra clásica sobre el consumo conspicuo, y así lo han implementado todos los regímenes fastuosos desde los faraones. Y en efecto, si algo hizo bien esta gestión fue la puesta en visibilidad del presupuesto con que cuenta el gobierno del Distrito Federal, y sembrar indignación respecto a dónde quedó el presupuesto de las gestiones anteriores.

Obras de bajo impacto estético como ampliar la red de distribución de agua o la recaudación eficiente y la inversión juiciosa del gasto fiscal, disminución efectiva de impunidad, formalización del ambulante y el comercio informal, la ampliación del metro (principal medio de transporte en el Distrito Federal) y del transporte público carecían de visibilidad proporcional a la inversión económica, por lo que el régimen amloista optó por el monumentalismo urbano más espectacular.¹⁶ Con una política de hiper-automovilización de la ciudad, se exhibió la inversión de tiempo, materia y energía en apabullantes segundos pisos de dimensiones exageradas e inaugurados inconclusos para la campaña presidencial, dobles remodelaciones de avenidas como el Paseo de la Reforma, vías rápidas especiales para acercar las exclusivas zonas residenciales de Santa Fe a la autopista Cuernavaca-Acapulco, ciclistas suicidas sobre vías de alta velocidad totalmente desconectadas de las rutas normales de circulación y ostentosas estaciones para un autobús urbano mal calcado del proyecto TransMilenio de Mokus y Peñalosa en Bogotá.

En esta proliferación de imágenes visuales, la propaganda panista se lanzó contra el candidato perredista en horarios estelares de TV con escenas de ladrillos derrumbándose como metáfora visual del endeudamiento del Distrito Federal (para tratar de neutralizar la enfática de la construcción del perredista con la de destrucción por deuda), del prisma en blanco y negro connotando su ranciedad, un *spot* que ironizó el sintagma “con ahorro y buen gobierno” protagonizado para el PRD por la escritora Elena Poniatowska que desató el *affaire* del mismo nombre, y otro haciendo la analogía Chávez-López (profético, como lo demostró el líder venezolano, al no reconocer -hasta hoy- al presidente electo) entre muchos otros. La táctica fue grabar en la mente de los espectadores imágenes de ruina, corrupción, autoritarismo, la similitud Chávez-López, la demagogia y el tumulto asociados al amloísmo, al tiempo que la propaganda amloista acusó al panista de ladrón, cómplice del Fobaproa e incapaz de generar empleos, derechista, continuista, conservador. En este duelo de *spots*, el PRD anunció “hay quienes le buscan el negrito del arroz” para presumir las obras públicas del gobierno amloista en el Distrito Federal como montoncitos de arroz con leyendas “educación”, “salud”. El PAN lo ironizó en una réplica que, al alejar la cámara, detrás de los montoncitos de arroz aparecían raudales de negritos con cartelitos como

¹⁶ Cf. Molina Ramírez, 2005. Ni en la época de Hank González con los ejes viales –que la izquierda temía servirían para acelerar el paso de los tanques contra los ciudadanos en las manifestaciones– ni en los sesenta en que se construye el periférico, pues estaba a ras de tierra, se desplegó tal escópica urbana.

La construcción estética del Estado y de la identidad nacional

“corrupción”, “inseguridad”, “impunidad”, etc.¹⁷ Testificamos así a la fábrica panista dedicada empeñosamente en producir miedo al tiempo que la industria perredista se encargaba a toda máquina de producir odio. La ciudadanía quedó exhausta de ese nivel de propaganda electoral sin sospechar apenas lo que se le venía después.

MODALIDADES DE LA DRAMÁTICA ELECTORAL

No sólo el votante se guía por la sensibilidad más que por el análisis; incluso muchos periodistas y analistas políticos juzgan así a los candidatos, probablemente porque éstos tampoco ofrecen mejores elementos de juicio. La prueba está en las respuestas que dieron en una encuesta hecha por el periódico *Reforma* en torno al debate de abril de 2006 sobre Roberto Madrazo y Felipe Calderón (AMLO se negó a participar en él). Se juzgó lo bueno y lo malo de los candidatos en términos de su estilo personal, de la impresión que producen, la elegancia o tosquedad de su retórica, etc. De ahí que se expresaran opiniones por la enfática somática del “estilo chabacano, la sonrisa fuera de lugar, el intento fallido por parecer alguien que no es” (Denise Dresser); “su lenguaje corporal fue superior, más presidencial”, “se vio más agresivo”, “perdió la oportunidad de expresar bien sus propuestas y borrar su imagen de dinosaurio. No lució” (Jonathan Heath); el semblante de “estructurado, desenvuelto, propositivo, cordial” (Enrique Krauze), así como la proxémica léxica de “dirigirse una y otra vez a los ‘amigos y amigas’. Eso es demagogia”, el “orden mental”, “carácter conciliador”, “saña al dirigirse a Calderón como ‘buen chico’”, “su cinismo”, “su inútil efectismo” (Federico Reyes Heróles). Germán Dehesa destaca en este registro sus muletillas oratorias (“verdaderamente”, “precisamente”) de gran torpeza. Jorge Alcocer apunta en la fluxión léxica “haber dejado sin respuesta varios de los pullazos que le dirigió Roberto Madrazo”, “hasta simpático en la forma de criticar” y “difuso” (en la enfática). José Woldenberg destaca enfáticas como “ordenado, claro y sencillo”, “maniqueísmo rancio”, “la retórica (en algunos momentos una envoltura llamativa con un

¹⁷ Cabría mencionar en este rubro la enfática escópica de dos eventos de la última semana de abril. El primero, el de las “diputadas sexis” del PRD que por salir en la revista *H* para hombres (posaron vestidas) merecieron primeras planas de varios diarios y entrevistas en todos los noticiarios (una de ellas confiesa en el noticiero matutino de TV Azteca que nunca le ha consultado nada a nadie; curiosa declaración de una diputada que vive del erario público). Afirmaron que era “para desacralizar el trabajo del político” (aunque nunca fue sagrado, confundieron la palabra “desacralizar” con “trivializar”). Muy distinto el caso de la pornoestrella Cicciolina que llega a la política para representar a sus compañeras y posa desnuda antes, durante y después de su gestión.

La construcción estética del Estado y de la identidad nacional

contenido insignificante)”, y fluxión centrípeta “un monólogo que no escucha con suficiencia a los otros”. Miguel Ángel Granados Chapa señala también en la enfática acústica y léxica que “pecó de declamatorio y abusó de la sorna, más allá del límite apropiado en el debate, hasta caer en el ridículo”, en la enfática y fluxión léxica “no respondió a la crítica”, en la acústica “el tono conmisericordioso”, “tono melifluido”, “el fingimiento y la simulación”. Para Sergio Aguayo la enfática y cinética somática “logró humanizar su expresión con una sonrisa... La dureza de su expresión contrasta con unas manos que se mueven sin cesar, como si tuvieran vida propia”, la escópica “el mejor vestido que, al mismo tiempo, mostró ser el pugilista más experimentado”, y la enfática léxica sin marcar: “sus frases y conceptos suenan huecos por el pasado que arrastra”.¹⁸ Si el especialista juzga a los candidatos a través de su sensibilidad en que emergen las categorías estéticas aquí aplicadas, no hay razón para suponer que el hombre o mujer de la calle, una ciudadana cualquiera, funcionemos de otra manera. Son las im-presiones y ex-presiones las que cuentan en esta competencia dado que el manejo se hace desde la retórica en los cuatro registros LASE y las modalidades PCEF.¹⁹

Proxémica electoral

Cada candidato enfocó la proxémica de su campaña hacia ciertos sectores de la población que consideró más efectivos para posicionarse. A Madrazo le diseñaron una imagen *yuppie* que viste *pants* y se mantiene en *body fitness* al exhibirse como deportista de maratón la cual, en un país con índices de obesidad y diabetes altísimos y de pobres aún mayor, no invitaba mucho a la identificación. Los asesores de Madrazo se inspiraron aparentemente en la imagen de Bill Clinton como el presidente del *jogging*. Más eficaces que el estereotipo del *yuppie*, se empezaron a manejar otros estereotipos mexicanos (*cf.* capítulo 6) como los nacos y los pirruris, el matadito y el peleonero (“los pacíficos y los violentos”) que sobrepasaron la malevolencia del fanfarrón y el mandilón de las elecciones pasadas.

¹⁸ Estas respuestas se obtuvieron de la página oficial de Felipe Calderón: <<http://www.felipe.org.mx/>> 13/05/2006

¹⁹ Modelo LASE-PCEF en Mandoki, 2006b, parte II. Sobre im-presión y ex-presión véase cap. 7 de ese libro.

Parte del éxito de la campaña de AMLO dependió de saber manejar una proxémica corta con la gente sencilla al expresarse en un lenguaje de historieta. No era tanto su talento como orador (discrepo de lo que señala Héctor Aguilar Camín en una entrevista reciente para explicar parte del encanto que le encontraron varios intelectuales) sino la resonancia afectiva de sus recursos culturales (lograr esa empatía con el público promedio a través del común denominador es de buenos oradores en la máxima de la retórica aristotélica). “El pueblo se presenta como el centro ideal del sentimiento. Son pobres *pero* buenos. Son pobres *pero* leales. Son pobres *pero* saben amar, sentir. Son pobres *pero* dan lo poco que tienen y más: el riesgo de su vida por aquél, el héroe, que lo da todo por ellos. Presentan, en fin, una imagen grotesca y sentimentalista, reflejo de la ideología que desde siempre el rico ha promovido en los pobres” (Herner, 1979: 200, cursivas en el original). Podemos decir que, en términos de Balibar (citado por Appadurai, 1998), el candidato “produce al pueblo” desde la concepción de los monitos. En esta retórica, Calderón personifica a los malos, es el villano de historieta que debe ser eliminado, pues: “los malos son ricos porque los ricos son malos y los policías o ‘cachanchanes’ de los malos lo son porque golpean, matan al pueblo y están al servicio de los malos” (Herner, 1979: 197).

Los villanos de las historietas nacionales generalmente son representantes de la clase dominante, ya sea en el campo (*el Payo*), en la ciudad (*Torbellino*) o bien en el mundo entero (*Kalimán*). En estos casos el héroe se erige como intermediario entre el pueblo al que defiende y la clase dominante contra la que lucha. La suya es una misión redentora: él es el gran padre, el caudillo que se erige en protector del pueblo explotado. El héroe es el único "un hombre contra el mundo" que puede tomar sobre sus espaldas la responsabilidad de la defensa de su pueblo.

...al detenernos a reflexionar acerca de los personajes buenos (el pueblo) encontramos que ese pueblo al cual el héroe defiende es siempre pasivo; jamás toma una iniciativa sin consultar antes con su héroe. Cuando se organiza, es bajo la égida paternal del héroe, su caudillo fantasioso... La relación que por lo general establecen los personajes buenos e indefensos de las historietas mexicanas con el héroe no es la relación solidaria del grupo que se identifica en su lucha con un líder, sino la de seguidores ciegos de un hombre superior que los va a salvar, ¡y en muchas ocasiones ni siquiera eso! Su misión consiste

exclusivamente en ayudarles a sobrellevar con menos soledad la explotación y la miseria. (Herner 1979: 191-96)

Realmente fue ése, un mito de monitos, el paradigma de la retórica amloísta que le fluyó con toda naturalidad y sinceridad, pues la comparte. También acertó la proxémica léxica con sus simpatizantes al utilizar dichos coloquiales burlones como “quién pompó”, “lo que el viento a Juárez”, “shu chamaco”, además del argot de priistas corruptos como “cañonazos de dinero”, “quinazo”, “taqueo de boletas”, “votos por carrusel”, “encuestas cuchareadas”, “urnas embarazadas”. El marketísticamente nefasto “cállate chachalaca” se valió de las mexicanísimas ch (mencionadas en el caso de Fox como recurso de proxémica léxica con sus “chiquillos y chiquillas”, “changarros”, “chamba”, “bocho” y “amigocho”) que no impactó tanto por la léxica del “chachalaca” como por la enfática acústica de ese CÁ-LLA-TE gritadito, rimadito y golpeadito por la carga afectiva de encono con que se pronunció. Cuando Fox habló en su candidatura de las “tepocatas, alimañas, víboras prietas” refiriéndose al PRI, y blandió ataques personales contra Labastida al llamarlo “chaparro”, “mariquita”, “mandilón”, el objeto del ataque no era la figura presidencial y el tono era de calaverada. El tono amloísta, en cambio, fue de odio. Así se perdió el efecto simpático de las ch, magistralmente logradas por Café Tacuba en su Chilanga Banda: "Ya chole chango chilango, qué chafa chamba te chutas, no checa andar de tacuche, y chale con la charola..."

Cinética electoral

También en la modalidad dramática de la cinética, el protagonista indiscutible de estas elecciones fue el perredista. Destacó no sólo sobre sus contrincantes sino sobre sus antecesores en el gobierno del Distrito Federal en su enorme dinámica de implementar estrategias novedosas para atraer la atención, como la conferencia matutina a las 6 a.m. (hora exacta en que empiezan los noticieros en radio y TV), la fundación por un alcalde de una universidad cuyo ingreso es por sorteo, oponerse al horario de verano, emitir cupones a los ancianos, la utilización de historietas periódicas para propaganda del gobierno y de las elecciones, realizar plebiscitos simulados, la utilización de la jefatura de gobierno para

increpar sistemáticamente al presidente, su declaración de que residiría en Palacio Nacional cuando fuera presidente, la utilización política de mafias especializadas en invasiones de terrenos (“panchovillas”) y de taxistas ilegales (“panteras”), así como lideresas de ambulantes y comercio informal como capital político entre otras (prácticas no tan originales ya practicadas desde el PRI por los ahora amloístas). Tal dinámica rindió frutos en el megabloqueo perredista postelectoral durante agosto y septiembre en que se sitiaron también comercios, avenidas, oficinas gubernamentales, bancos y casetas de carreteras. Ningún candidato se vio tan dinámico y sagaz como AMLO, pues Madrazo lo negociaba todo en lo oscuro y Calderón le apostó justamente a lo inverso: a una imagen conservadora de estabilidad, continuidad, solidez, seguridad, firmeza, es decir, a todas las variantes de la cinética estática.

Si Fox habitó plácidamente durante su sexenio en foxilandia, para el escenario postelectoral las tendencias de la cinética no cambiaron: declaró sentirse “como campeón” mientras el país ardía ya con muertos en el conflicto de 100 días en Oaxaca, la capital de la República estaba bloqueada por barricadas en la principal avenida y en el Zócalo sitiado durante más de mes y medio; pero para el presidente “la cosa es calmada, nomás”, como decía Clavillazo. En cambio, la cinética amloísta resultó incomparablemente más dinámica mudándose a su plantón donde iba dictando las normas diariamente a las 7 en punto de la noche. “Que se queden ellos con su gobierno, el gobierno de la mafia, el gobierno de los delincuentes de cuello blanco y nosotros, con mucha dignidad, vamos a tener nuestro gobierno de la República, de la cosa pública”, en una lógica de *El Santo contra el gobierno de los malos*.²⁰ Y así fue: el dinamismo del ahora ex candidato fue tan movido que su proyecto se dirigió súbitamente ya no a propulsar la agenda del “primero los pobres” con su triunfo como segunda fuerza en el Congreso, sino a cambiar la Constitución para volverse presidente y organizarse una convención el 16 del septiembre (día de la Independencia de México) cuyo único acto fue nombrarlo “Presidente legítimo”, fijar la fecha del 20 de noviembre (aniversario de la Revolución mexicana) para su “investidura” con vías a impedir la toma de poder del Presidente electo el 1 de diciembre en el Congreso y marcar el 21 de marzo (aniversario del natalicio de Benito Juárez) para su próxima CND. Para la

²⁰ Discurso, 31/08/2006. <www.lopezobrador.org.mx>

puesta en estética de estos *performances*, hubo asesoría de actrices especializadas en el género ataviadas con el vestuario idóneo para la ocasión.

Enfática electoral

Emergieron en esta campaña, por diferentes momentos, distintas enfáticas como el *affaire* Hildebrando, el *affaire* Poniatowska, el *affaire* Montiel, el *affaire* Gordillo, el *affaire* Bejarano, el *affaire* Imaz, el *affaire* El Encino y el de Encinas durante el bloqueo, el *affaire* casi *desaffaire* del desafuero, el *affaire* Ponce, el *affaire* “niño verde”, el *affaire* “gober precioso” con vínculos Nacif-Arreola (además del priista Gamboa Patrón y el acusado de pederasta Zucar Kuri), el *affaire* Ahumada y el *love affaire* Rosario Robles, entre muchas más que mantuvieron entretenido, arrepentido, avergonzado o consternado al electorado. También en la enfática, la campaña que desplegó estrategias más eficaces en la léxica fue la de AMLO, quien acentuó el pujante lema “primero los pobres” y denominó a su coalición “por el bien de todos” en contraste con el panista, quien no halló mejor enfática que “el empleo” o la desangelada “pasión por México” y el priista “Roberto sí puede” (a la que uno no puede sino agregarle “robar”).

Enfática de la silla vacía

A la enfática escópica de “la silla vacía” le dedicaron todos los jefes de campaña más de una semana de discusiones inútiles que, como la canción ranchera del mismo nombre, representaría la ausencia de AMLO en el debate de candidatos del martes 25 de abril de 2006. Para Campa esa silla vacía le daría el triunfo del debate a AMLO, crasa equivocación de ambos, pues el hueco resultó marginal e inconsecuente durante el debate, pero muy nocivo para el candidato perredista.²¹ Según el diario *Crónica* los perredistas colocarían además una silla vacía en todos los parques de la ciudad con una manta escrita: “La silla no está vacía, la llena el pueblo de México.” Asimismo, a iniciativa de Martí Batres, operador de Obrador, los perredistas exhibieron en el Zócalo una silla presidencial hechiza para mostrar cuál es la verdadera silla de su candidato. ¡Resultó profética!

²¹ *Reforma*, 25/04/2006: “Gana AMLO con silla vacía.- Campa.”

Enfática del carisma

Esta contienda electoral se lidió entre dos tipos de identidad personal: una apostó por producir una imagen de confiabilidad, predecibilidad, ecuanimidad (identidad predilecta de los bancos, corporaciones y casas de bolsa, así como de las clases por el *statu quo*) mientras que la otra apostó por el carisma. Recurro a la definición clásica de Max Weber ([1922] 1964: 358): “cierta cualidad de una personalidad individual en virtud de la cual la persona es separada de los hombres comunes y tratada como si estuviera investida de poderes o cualidades sobrenaturales, sobrehumanas o al menos específicamente excepcionales [...] Cómo la cualidad en cuestión puede ser juzgada en última instancia desde el punto de vista ético, estético u otro es naturalmente indiferente al propósito de la definición”. Puede que el juicio estético sea indiferente para la definición de Weber, pero no lo es para nuestro análisis pues el líder carismático se vale en primera instancia de la estética para producir este efecto. Por lo mismo, no es una cualidad intrínseca a una persona sino resulta de estrategias de presentación de la identidad (en el sentido del *self* de Goffman, [1959] 1981), y como lo señala Weber, es conferida por el pueblo. La producción de carisma la inicia y desarrolla el candidato perredista desde que era jefe de gobierno del Distrito Federal al elegir como “interlocutor” (lo entrecomillo porque en realidad no hubo inter-locución sino monólogos y embates) a nadie menos que a la figura presidencial en una diatriba del tú por tú para connotar que ya poseía una jerarquía equivalente. Su estilo socarrón resultó atractivo en particular a quienes tienen conflicto de autoridad, y con la enfática de la frivolidad que prevaleció en el estilo foxista resultó el blanco perfecto en este juego.

Hay varias maneras de construir carisma; la estrategia que utilizó el candidato perredista derivó de historietas como *Torbellino*, *El Payo* y *Kalimán* (expresado literalmente en la historieta oficial de su campaña *PGman*). Aparentemente, éste es un vehículo de difusión de cuentos más común en México (además, por supuesto, de las actuales series de dibujos animados por televisión) que el hábito típicamente burgués de la lectura nocturna del padre a sus hijos. Aquí operaron varios puntos de énfasis y funciones narrativas para construir el cuento, según categorías de Propp ([1927] 1999): el héroe víctima, antagonistas, auxiliares mágicos, donantes, princesas, mandantes y falsos héroes

enredados en una trama de prohibiciones, transgresiones, conspiraciones y engaños.²² Ya en la etapa postelectoral de la campaña amloísta, emerge una nueva figura de la fantasía: la bruja “Elba Yaga” quien (en la persona de Elba Ester Gordillo) supuestamente orquestó ella sola “el fraude electoral”. ¡Membruda bruja!

Hablando de carismas y cuentos, escribe Bartra (2006): “Aunque el aura folclórica que genera López Obrador a veces parecería confirmar el estereotipo del caudillo épico; yo creo que el candidato a la presidencia del PRD es un fenómeno político de una naturaleza mucho más prosaica.” No podría yo estar más de acuerdo, particularmente si entendemos a esa “prosaica” en el sentido aquí desarrollado. El apoyo explícito de célebres intelectuales mexicanos hechizados por el carisma del candidato perredista –quienes creyeron que tendrían acceso directo al presidente y que era un proyecto colectivo– traen a cuento la famosa frase de Von Papien: “ahora lo tenemos justo donde lo podemos controlar”.²³ Y si de cuentos se trata, no se necesita ser una caperucita roja para darse cuenta que aquella dulce abuelita con su gorrito amarillo diciendo “acércate para verte mejor” no era sino el viejo lobo priista bajo el edredón de parches con siglas PNR, PRM, PRI, PRD (todos Revolucionarios) con su nuevo *lifting* del lado izquierdo. Y el cuento sigue...

Enfática de “el innombrable”

Para cuando AMLO logró ser nombrado candidato presidencial del PRD, el enemigo que se construyó discursivamente como jefe de gobierno ya rebasaba a sus rivales electorales en la espeluznante figura de “el Innombrable” (inspirada en Carlos Salinas de Gortari).²⁴ Así logró invocar a una fuerte carga latente de agresión que le funcionó menos por el orden sígnico (ex presidente de 1988 a 1994) que por el orden de lo simbólico como personalidad satanizada entre priistas y perredistas, los primeros por la crisis económica que heredó al régimen zedillista, la corrupción y los crímenes políticos en su gestión (Colosio, Posadas y Ruiz Massieu), y los segundos por su convicción de fraude electoral (orquestado por

²² En “La confección estética del carisma de un candidato: un enfoque narratológico” (en proceso de publicación) desarrollé el análisis puntual de esta estrategia, así que refiero al lector a ese texto.

²³ Había índices claros de su futura gestión presidencial: en la ciudad de México se septuplicó el ambulante según un estudio realizado por Héctor Castillo Bertier, investigador de la UNAM (cf. Castillo, 2006), se hiperautomobilizó, se privilegiaron intereses bienes raíces de la zona poniente y se incrementó el índice de impunidad al 96 por ciento.

²⁴ AMLO explota la imagen de Salinas de Gortari como chivo expiatorio.
<http://www.lopezobrador.org.mx/galeriaciudadana/cartones.html>

quienes hoy son los más cercanos colaboradores de AMLO; Bartlett, por ejemplo) que le usurpó la presidencia a Cuauhtémoc Cárdenas, candidato del Frente Democrático Nacional en 1988.

Para colmo también resultó el principal villano en la retórica del subcomandante Marcos y blanco de ataque del neozapatismo desde 1994 por el TLC, movimiento que alcanzó dimensiones inusitadas de simpatizantes entre la izquierda europea y el turismo político juvenil, donde México parecía ponerse a la vanguardia de las neo-revoluciones desconspomodernistas retromarxistas. Por ello, el candidato perredista catapultó para su causa no sólo la figura nosferatesca del expresidente en la escópica sino el rencor al denominarlo “El Innombrable” y utilizarlo como símbolo de El Mal en su discurso político. De esa manera produjo el efecto de que no era él en persona quien aspiraba al puesto presidencial (al competir como uno entre otros candidatos), sino que había algo que lo desbordaba, un llamado al que se sometía, una causa que él triunfalmente encabezaba: la causa contra El Innombrable.²⁵

Frente al mal absoluto, el candidato perredista habría de erigirse como bien absoluto, el “indestructible” o el “rayo de esperanza” y el *PGman* en su esquema maniqueo de monitos. Su mayor contribución en la enfática de esta campaña fue otorgarle al problema de la pobreza el lugar de urgencia que amerita, no obstante su obviedad, pues el excelente eslogan “por el bien de todos, primero los pobres” le atrajo muchísimos adeptos a pesar de que terminó por aplicarse al sacrificio más que al beneficio. En contraste, la enfática de los otros dos candidatos resultó tan poco marcada y difusa que no vale la pena ni analizarla. Al final de cuentas, mientras el candidato panista ingenuamente se nominó como “presidente del empleo” (bajo la metáfora de que la presidencia es una empresa y el presidente su director general, the CEO), el perredista prometió una nueva realidad, la realidad soñada. ¡Quién cambiaría ese sueño por un ridículo empleo!

Fluxión electoral

Toda guerra de *spots* y el uso de la televisión apuestan a la fluxión centrífuga al tratar de abarcar a la mayor cantidad de receptores. Tal fluxión requiere también su válvula que controle lo que debe y puede o no decirse, de expulsión y contención, contra el adversario.

²⁵ “El mesías tropical”, como cáusticamente lo designó Krauze (2006) con enorme preocupación.

La construcción estética del Estado y de la identidad nacional

En esta campaña la válvula estuvo bastante floja al permitir ataques personales contra los candidatos, en vez de sus proyectos. Pero no fue solamente por televisión donde se ejerció esta modalidad en la campaña, pues el PAN propagó por *spam* telefónico rumores infundados sobre el candidato perredista de expropiaciones de casas. Igualmente el PRD diseminó *spams* electrónicos aduciendo que Calderón privatizaría la UNAM y el de Arreola, operador financiero de Obrador en campaña, quien utilizó la “sensibilidad” como enternecedor elemento propagandístico: “¡No dejes que te quiten la sensibilidad y expresión que te pertenece! Únete a la comunidad de gente libre y conoce, comparte y experimenta la compañía de las almas sensibles...” (Imposible no evocar la definición del *kitsch* de Kundera y derramar una lágrima más).²⁶

En esta modalidad, destaca en primerísimo lugar la fluxión centrífuga del meme (elemento replicante mental, equivalente al gene, propuesto por Dawkins 1993 cap. XI) del “fraude electoral”. Tal fue el rumor que se difundió vertiginosa y eficazmente, avalado por nadie menos que los orquestadores en persona del fraude de 1988, a pesar de alegar simultáneamente versiones contradictorias. Arguyeron que el fraude se realizó por algoritmos cibernéticos, tácticas “a la antigüita”, urnas embarazadas, carruseles, funcionarios de casilla comprados, orquestación gordillista, taqueo, transas del cuñado de Calderón mediante la empresa Hildebrando, traición de perredistas vendidos, difusión tendenciosa de resultados preliminares, conspiración de Ugalde presidente del IFE, falsificación de actas, robo de boletas, multiplicación de boletas, etc. (que se explican por la contigüidad de casillas). Logró impactar hasta al 59% de los ciudadanos quienes, a pesar de no contar con pruebas de fraude sino con anomalías que se neutralizan estadísticamente, llegaron a dudar de la limpieza de las elecciones.²⁷

Se repitió tanto el meme-fraude que el ex presidente del IFE José Woldenberg se vio obligado a reclutar 135 firmas de figuras conocidas en el ambiente periodístico, intelectual y académico para insistir, con una carta abierta en varios periódicos, sobre la garantía y seguridad de los candados institucionales diseñados para impedirlo, y a enredarse en

²⁶ Kundera, 1984. Páez, 2006.

²⁷ Según encuesta de *El Universal* el 9/08/2006).

ofensivas polémicas periodísticas el 03/08/06.²⁸ Y una vez más --como en el *affaire* Poniatowska vs Woldenberg de 1996 que narra González de Alba (2006)-- la célebre escritora protagoniza el bando opuesto y publica el suyo al día siguiente, rodeada de simpatizantes, con argumentos tan sólidos y cuidadosos como los de aquel *affaire*. Como manifestación de fluxión, la táctica del rumor ha sido utilizada muy hábilmente en distintos campos, particularmente útil a la mercadotecnia, por lo que se conoce como *viral advertising* que en esta campaña fue un éxito rotundo.

El desenlace (aunque no deshizo enlaces), fue que tal meme-fraude terminó por operar como indicador de una posición cuasi-religiosa, como corresponde (en ausencia de pruebas) a toda cuestión de fe. Dividió a los ciudadanos en cuatro posiciones cada cual con diversos grados de intensidad: a] los creyentes fervorosos del fraude, algunos incluso persecutorios contra b,c, y d, b] los opositores o herejes que negaban el fraude por falta de pruebas, c] los agnósticos quienes asumían no saber (e.g. Berman 2006) y d] los escépticos que francamente dudamos de la aptitud de excelencia requerida para perpetrar un crimen perfecto de tan compleja realización como ése que exigiría una destreza y limpieza admirables al no dejar el menor rastro, ninguna evidencia incriminatoria. Y eso sin contar la armonía social necesaria para orientar a grupos totalmente disímiles, incluyendo los amloistas, hacia un solo fin: el fraude. Si en verdad se hubiera logrado orquestrar una operación de esta magnitud, sería un orgullo para el país, pues tendríamos que reconocer un enorme caudal social para la organización efectiva que podría canalizarse ¡por fin! hacia el combate contra la pobreza o contra la corrupción y desidia de la clase política (en vez de desperdiciarlo en quitar a uno para poner a otro). Ahora bien, si la bruja del cuento, la maestra Gordillo, hubiera sido capaz de consumir tal fraude, nadie mejor que ella --maestra milagrosa-- para conjurar los vergonzosos resultados del nivel educativo arrojados por México en la OECD. (en nota al pie: como el penúltimo lugar, entre 40 países, para México en la prueba de matemáticas del PISA 2006 y similares

http://www.pisa.oecd.org/pages/0,2987,en_32252351_32235731_1_1_1_1_1,00.html

Quizás pudiéramos reconocer en la fluxión de este proceso electoral las dos fuerzas que Nietzsche señaló como origen del arte en *El nacimiento de la tragedia*: la tendencia

²⁸ Ese manifiesto woldenbergiano mereció la salida a escena del rutilante jefe de gobierno electo (que bloqueaba avenidas “por el fraude” de esas elecciones que lo eligieron a él), y les advierte ofensivamente a los firmantes que “abran los ojos y cierren las carteras”.

apolínea al orden y la estructura (representada por el candidato conservador) y la tendencia dionisiaca que parecía prometer una carnavalización en la toma del Paseo de la Reforma a partir del 30 de julio.²⁹ Estéticamente hablando, si el orden requiere control que cierra la fluxión, el carnaval es fluxión abierta por excelencia: hay juego, voluptuosidad, alegría, desbordamiento, humor, lujuria, exuberancia, transgresión (aunque contra el poder y no desde el poder del gobierno del Distrito Federal y de su presupuesto como fue el caso). Por ello se intentó darle un carácter de feria al plantón con juegos mecánicos y tiro al blanco contra la figura del presidente y del candidato panista, puestos de comida ambulantes y utilería como máscaras, carteles, flores, globos, banderolas, listones, mojigangas, camisetas, escapularios amlo, muñecos amlitos y la acústica de gritos, chiflidos, porras, abucheos. En la escópica exhibieron la figura de Stalin en el Zócalo capitalino como imagen ominosa a unos metros de la demonización a periodistas críticos y analistas políticos no incondicionales al perredista. Pero no se logró el carnaval, pues faltó sensualidad y cundió el hastío, el control de asistencias, el cálculo de prebendas por puntos y el desconsuelo (como lo dijo su líder “aguantando el granizo, temblando de frío”) con ese espíritu más bien puritano de com-presión y de-presión que emana el fanatismo.³⁰

Para cerrar con esta modalidad, la fluxión retentiva en la léxica fue un mecanismo que el licenciado López Obrador trató de controlar lo mejor que pudo antes del 2 de julio, y salvo algunos deslices chachalaqueros, casi lo logra. Supo que la política es una puesta en escena con su propio libreto, vestuario y utilería. De ello, y de sus dotes actorales se ufano ante su entrevistadora Elena Poniatowska (2006) cuando le declara: “Pero muchas cosas me las guardé porque uno tiene que actuar de una manera cuando es candidato y, desde luego, actuar de otra manera cuando se es presidente, y de otra manera como dirigente de resistencia social.” Tal fluxión se le volvió expulsiva en cuanto tuvo en sus manos los resultados de las elecciones, para dejar salir el personaje que Ezequiel Chávez describe en su retrato del mexicano (como veremos más adelante en el juego de los estereotipos). Y en efecto, como después lo declara Ana Cristina Covarrubias, su encuestadora oculta, guardó e hizo guardar en secreto los resultados que lejos de darle una ventaja de 10 puntos como él

²⁹ Por lo mismo, no es de sorprender que hayan sido en su mayoría analistas quienes firmaran el desplegado “En defensa de nuestra pluralidad y nuestra democracia” iniciado por Woldenberg (publicado el 03/08/06 en varios periódicos) alineándose a la parte apolínea, mientras que en su mayoría artistas optaran por colocarse del lado que prometía ser más dionisiaco, divertido, de la pugna postelectoral publicando el 04/08/06.

³⁰ Sobre estos conceptos de com-presión y de-presión, véase el capítulo 7 en Mandoki, 2006b.

declaraba, lo rebajaban mes con mes hasta emparejarlo con Calderón para el día de los comicios.

EPÍLOGO DE UNA CAMPAÑA

Vale explorar esta mezcla entre ficción y realidad, entre poiesis y propaganda política en la producción de efectos de verdad a lo largo de esta campaña. Si Oscar Wilde advirtió que es la realidad la que imita al arte más que a la inversa, aquí estuvo en juego otra cosa: no tanto imaginar la realidad y construirla de acuerdo con ese imaginario, sino algo mucho menos inocente. Tampoco se trató de la pluralidad de perspectivas hermosamente ilustrada en *Rashomón* por Kurosawa o del *diferendo* semio-político en la pugna entre versiones ante un suceso que Lyotard (1991: 169-213) ejemplificó con el caso de la Renault. Son los límites mismos de plasticidad en la interpretación de los hechos lo que inquieta, a veces retorcidos para elaborar imputaciones que nunca se llegaron a probar como verdaderas, ni a reconocer como falsas, pero que operaron en una coyuntura para su efecto instantáneo; y ése fue el cálculo.

De la producción de emotividad

En esta campaña se implementaron todos los registros para funcionar como acicates afectivos o pozos de extracción de pasiones, pero una vez que emergieron a la superficie y fueron utilizadas para ciertos fines, el asunto era qué hacer con ellas o cómo disiparlas. De ahí que el saldo que dejara la campaña electoral de 2006 haya sido un cúmulo de encono prácticamente embalado. ¿Cómo fue posible que se produjera tal cantidad de emotividad en torno a un proceso electoral de un país tradicionalmente tan apático, escéptico y poco participativo en la matriz de Estado? En este universo en el que rige el principio de la conservación de la energía donde “nada se crea ni se destruye, sólo se transforma”, ¿qué tuvo que haberse transformado para generar tal fervor político? Ya se habían detectado en el país grandes reservas afectivas de resentimiento, desprecio e inquina que, en esta oportunidad como en ninguna anterior, fueron aprovechadas para catapultarlas a las candidaturas. La avidez por puestos políticos y prebendas, el frenesí de incautos en busca

La construcción estética del Estado y de la identidad nacional

de causas, además de los anhelos genuinos por habitar una realidad menos hostil así como el diseño de figuras carismáticas contribuyeron a elevar la temperatura de esta campaña. Estando ahí ese caudal de material inflamable, sólo era cuestión de extraerlo y procesarlo para llevar al poder a un candidato o para impedirselo. La visión política encogió sus ya de por sí limitadas perspectivas de 2 dimensiones (como *Flatland*) a una sola donde sólo se podía estar o a la derecha o a la izquierda: nos redujeron de hormigas a protozoarios.

Se pudo testificar en ese período de crispación, la intolerancia en reuniones sociales a la discrepancia, el culto a la personalidad digna de un Conducãtor, la sensiblería electoral, la visceralidad de las repugnancias y adherencias políticas y el fenómeno epidemiológico de un consenso tácitamente obligatorio con un franco peso fascistoide.³¹ El anonimato de los *blogs* sirvió como vomitorium para excretar racismos, complejos y fobias contra los dos candidatos principales. Asomaron incluso las puntas de un radicalismo que pierde orientación, pues como la tierra es redonda, el camino de la extrema izquierda y derecha siempre se juntan en su secreto anhelo antidemocrático por dismantelar instituciones y devastar las estructuras sociales para el beneficio de sus mafias, sean lumpen, narco, partidistas o corporativas, todas predatoras. Pero tras la jornada electoral –y con las cartas puestas sobre la mesa– el problema resultó otro: ¿qué hacer con esa maquinaria estética tan proclive a sobrecalentarse?

Del trabajo lingüístico

Si fuera posible contar las veces en que se mencionó su nombre en radio y televisión, Internet y periódicos, y medir la intensidad emotiva con que se cargaba esa mención, el licenciado López Obrador sería el ganador indiscutible de esta contienda en el orden de lo simbólico por la energía afectiva que se acumuló en torno suyo. De ahí que mereciera ser proclamado como el gran energetizador emotivo de la campaña del 2006, pues inyectó tantas pasiones a su favor como en su contra a la jornada electoral. Incluso logró resquebrajar la tan laboriosa estructura del IFE con todo y su cimiento antisísmico que él mismo ayudó a construir como presidente del partido de izquierda que la impulsó. Pudo

³¹ La sentimentalización de la campaña se expresa en la abatida carta que una lectora de *La Jornada* enviara al “Correo Ilustrado” el 30/08/2006 que inicia cándidamente: “Señora directora: Me siento tan defraudada, impotente, desanimada y desesperada...”

colocar a su partido por primera vez como segunda fuerza política del país, pues sus escaños se incrementaron en la Cámara de Diputados de 97 a 125 y en el Senado de 15 a 29 por la pura fuerza del *momentum* amloísta. Y ¿cómo se logró tal *momentum*? Por un fuerte trabajo lingüístico en términos de Rossi-Landi (1970), al proyectar en la léxica una imagen triunfadora, “indestructible” (aun antes de tener contrincantes y ser nombrado candidato) que entre otras cosas declaraba que “no le quitaron ni una pluma a nuestro gallo” o que los ataques le hacían “lo que el viento a Juárez” para seducir y convencer de su victoria segura a grupos sociales que siempre se han sentido derrotados.³²

Era la figura de alguien como *El Payo* que “quiere, defiende y protege a la gente”. Con lenguaje de historieta y de melodrama arrabalero, el “rayito de esperanza” de “la ciudad de la Esperanza” (evocando al “El faro de la esperanza” de *Chanoc*), declaraba que “no vamos a permitir que se niegue el derecho a la esperanza de millones de mexicanos”. Utilizó la canción “color esperanza” de Diego Torres (quien protestó³³) para contagiar la ilusión de que con el simple hecho de colocar al candidato en Palacio Nacional se resolverían los problemas de todos los buenos del país. Un manejo de figuras extraídas de *Nosotros los pobres* – nada casualmente en perfecta rima y ritmo con su lema de campaña “Primero los pobres”– conducía a asociar a “Pepe ‘El Toro’” víctima al ser acusado injustamente, con “Peje ‘El Toro’” víctima de un proceso de desafuero (aunque no llegó a la cárcel como aquél). Como en el cine mexicano del siglo de oro en que se cometen crueles injusticias, se vierten muchas lágrimas y no hay un final feliz, la versión del Peje fue que le robaron el triunfo, como a “Pepe ‘El Toro’” los ladrones enfrente de “la parálítica” de la película.

En su trabajo lingüístico, al excandidato se le ocurrió acortar por la léxica su proxémica personal con personajes históricos al dedicarse a reciclar frases célebres de libros de historia oficial en sus mítines diarios durante las 6 semanas del bloqueo en el Zócalo capitalino. “Porque a la gente que más admiro en nuestro país siempre los trataron así, de iluminados, de herejes, de bandidos, en su momento. Ese trato que le dieron a Hidalgo, a Morelos, a Juárez, a Villa y a Zapata y ahora son nuestros héroes nacionales. Nos van a seguir difamando, desacreditando, pero vamos a luchar por nuestros ideales”

³² Para todos es obvio que el éxodo masivo de priistas a las filas del PRD fue por afinidad política al priismo medular del cierto sector del PRD, además del cálculo del hueso con AMLO ganador.

³³ Cf. *Milenio*, 24/08/2006.

La construcción estética del Estado y de la identidad nacional

declara AMLO el 01/09/2006. Desde esa estética gloriosa de texto gratuito de la SEP, AMLO iba preparando la proyección de su identidad como “héroe de la patria” para su “Convención Nacional Democrática” bis del 16 de septiembre en que se autonombraría “presidente legítimo” (*dejá vu* de la otra “Convención Nacional Democrática” de agosto 1994 organizada por el subcomandante Marcos). Hay muchos antecedentes en México de ese peculiar trabajo lingüístico de los autonombramientos, como el caso de López de Santa Anna quien se hizo llamar “el Napoleón de occidente” y “Su alteza serenísima”, José Vasconcelos autonombrado presidente al perder las elecciones y José López Portillo quien se autonombró “el último presidente de la revolución” y “encarnación de Quetzalcóatl”. Más respetuoso de las instituciones que AMLO aparentó ser nadie menos que Agustín de Iturbide al rechazar el título imperial hasta que se lo otorgara el Congreso quien lo nombra “Agustín I, Emperador Constitucional de México”.

Del juego de los estereotipos

Los estereotipos jugaron un papel nada trivial en esta campaña: un candidato presentaba la imagen más próxima al “ñero” como el otro al “ñoño”, uno al “bravucón” y el otro al “matadito” que hace su tarea, saca buenas calificaciones y es el favorito de su profesor.³⁴ En la matriz de Estado, como en la escolar, el ñoño convenció más a los votantes como figura presidencial, pues son los que se sientan hasta adelante en el aula, sacan 10 y suelen ser electos presidentes de las sociedades de alumnos, mientras que los revoltosos dominan el patio de recreo y la calle con sus amenazas de “ya verás a la salida”. Y así fue. Buena parte de los caricaturistas políticos representaron a Calderón como un “matadito” o “alumno aplicado”, de lentes a quien le queda grande la silla.

Ni más ni menos que los tres estereotipos básicos del mexicano (analizados en el capítulo 6) funcionaron en la campaña electoral del 2006 para generar identificación con un candidato o para repudiarlo –sea que se utilizaran deliberadamente o les fuera asignada esa

³⁴ Lo describe con vergüenza Germán Dehesa (2006b): “Para los amarillos, los azules y sus simpatizantes son una gran masa de burgueses pirruris que lo único que buscan es proteger sus injustos beneficios e impedir cualquier cambio que se haga a favor de una justicia social, por lo demás, tan urgente. A su vez, los azules no se quedan atrás ¡qué va! y afirman de modo injurioso y rabioso que no pueden permitir que triunfen los nacos, los muertos de hambre, los prietos, los ignorantes, los que no son como ellos.”

categoría-. AMLO los incorpora uno a uno. En primer lugar utiliza el estereotipo del naco cuando declara: "Ellos se creen de sangre azul y somos, según ellos, la chusma, los nacos", logrando así identificación por razones sociales ampliamente conocidas. Lo usa asimismo en dirección opuesta la "flamante" senadora del PVEM, María Irma Ortega Fajardo cuando reclama: "¡Cómo es posible que estos pinches nacos tengan secuestrado el Centro, que huele a mierda y a porquería!". (Becerril Andrea, 2006; Méndez y López, 2006).

En segundo lugar surgió el estereotipo del peladito al ilustrar –con explosiones verbales como “cállate chachalaca”, “¡se van a amolar!” “¡Que se vayan al diablo con sus instituciones!”, “Pueden quedarse con sus instituciones piratas”, “Tengan para que aprendan”– la definición de Ezequiel Chávez ([1901] 2002: 41): “[La sensibilidad] del individuo a quien despectivamente llamamos el pelado de México es exterior, centrífuga y expansiva ... o casi siempre impulsiva, ardorosa y fugaz: ... se caracteriza ... por la reacción súbita y a menudo desproporcionada respecto del excitante”.

En tercer lugar, AMLO encarna exitosamente al estereotipo del macho mexicano cuando declara “no claudico, no me rajo” pues “la presunción de nunca pero nunca ‘rajarse’” es uno de los rasgos con que caracteriza al machismo Fernández Perera (1995: 179-184), además de los “ademanos desafiantes”, “desplantes ‘bravíos’”, “el encanto infalible de su voz atenorada y el pregón de su oriundez”. Y en efecto: perdió las elecciones pero nunca se rajó de ser nombrado presidente, así fuera por sí mismo. Desafió como valentón al Presidente Fox cuando insistió en que sería él quien daría el grito en el Zócalo a la misma hora, pues lo tenía lleno de sus seguidores instalados y pernoctando en la plancha. En numerosos eventos como en el 08/09/2006, los mariachis le tocaron *El Rey* de José Alfredo Jiménez auténtico himno al machismo: “Yo se bien que estoy afuera... Con dinero y sin dinero / Hago siempre lo que quiero/ Y mi palabra es la ley/ No tengo trono ni reina/ Ni nadie que me comprenda/ Pero sigo siendo el rey”.

“Fui muy macho, jamás un coyón rajado... Acepté el prestigio del machismo y lo viví intensamente: respondiendo a todos los retos... y con la terquedad del niño, la arrogancia del joven y la necesidad del viejo, jamás me rajaré, ¡palabra de macho!” declaró jactancioso López Portillo (citado por Krauze 1997: 420-21). Este estereotipo ha estado tan arraigado en la política mexicana que contamos ya con tres López muy machos en la historia nacional: Antonio alias “el águila”, José alias “el perro” y Andrés alias “el peje”.

De la simbolomanía y el orden de las sustituciones

Entre los frutos más suculentos que caen bien maduritos para el análisis está el caso particularmente ilustrativo de cómo opera la distinción entre signos y símbolos que desarrollé en el tomo I (Mandoki, 2006a, caps. 10, 11, 12). Ahí propuse que, mientras los signos son diferenciales y funcionan por oposiciones precisas en un código convencionalizado, los símbolos son asociativos y funcionan por cargas y analogías. Por ello, hay mayor afinidad de la estética con los símbolos que con los signos pues lo simbólico confluye hacia lo *significativo* como lo *sígnico* a la *significación* (en términos de Morris, [1964] 1974).

No es casual que, desde su derrota, el candidato perredista se haya obsesionado con los tiempos simbólicos para realizar sus eventos y así volverlos significativos: eligió el 1 de septiembre del Informe Presidencial para el motín de sus legisladores en el Congreso impidiendo la entrada del Presidente; el 15 de septiembre, aniversario del Grito de Independencia para “su grito” en la plancha del Zócalo; el 16 de septiembre, aniversario de la Independencia, para su convención y autoproclamación como “presidente legítimo”; el 20 de noviembre, aniversario de la revolución mexicana, para su acto de “investidura” y “juramento”; el 1 de diciembre para la gresca de sus legisladores por la Tribuna a fin de bloquear la toma de protesta del presidente electo ante el Congreso; queda pendiente el 21 de marzo, aniversario del natalicio de Juárez, para otra CND.³⁵ Aparentemente se le olvidó el 5 de febrero, aniversario de la Constitución (aunque ya la reinterpretó para presidencializarse), el 24 de febrero día de la bandera (cuyo escudo ya alteró) y el 18 de marzo, aniversario de la expropiación petrolera, pero se puede ir planeado algo para el 5 de mayo, aniversario de la batalla de Puebla.

También exhibe una fijación con los lugares simbólicos como el Palacio Nacional, a donde se mudaría siendo presidente, con el Zócalo y calles y avenidas como Madero y

³⁵ El punto 5 de su CND en su discurso del 07/09/2006 dice: “Si al aprobarse el órgano de gobierno y quién lo represente, este órgano de gobierno se instala y su titular toma posesión formalmente el 20 de noviembre o el 1 de diciembre de 2006.

Juárez (grandes nombres de la historia de México) a las que bloqueó con sus partidarios instalados en carpas callejeras durante mes y medio. En particular fue notable su curiosa adicción al Paseo de la Reforma al invertir en ella como alcalde importantes recursos para remodelarla dos veces durante su gestión para luego ocuparla en el bloqueo, quizás por ser una vía tan cargada simbólicamente (construida en 1860 por iniciativa del emperador Maximiliano, el rival político de Juárez en cuyo honor se renombró, antes denominada “Avenida Emperatriz” por Carlota).³⁶

Valga entonces resaltar lo que los analistas políticos destacan cuando hablan de “señales”, de “actos simbólicos”, de “gestos políticos” o de “obras vistosas” refiriéndose a los que se realizan principalmente para causar un impacto. En realidad se trata de actos, mensajes y gestos estéticos, pues se emiten para producir efectos en la sensibilidad de los destinatarios: agradar, impresionar, intimidar, confeccionar una identidad, generar una imagen, una expectativa, una emoción. Por ello a los símbolos siempre hay que tomarlos en serio, al contrario de lo que declaró el gobernador perredista de Michoacán, Lázaro Cárdenas Batel, respecto al auto-nombramiento presidencial de AMLO: "Es simbólico, no le veo gravedad". Ilán Semo (2006) se pregunta en otro contexto y se contesta: “¿Qué es la política si no un juego de ilusiones simbólicas?” y estéticas, habría que agregar: un muy poco imaginativo cofre de ilusiones estéticas. Jacqueline Peschard (2006) también denomina como “políticas simbólicas” a esos desplantes estéticos cuando afirma:

Todo gobierno combina en su ejercicio políticas reales y políticas simbólicas, es más, todas las políticas contienen una parte real y otra simbólica y, dependiendo del peso de una u otra, podrán identificarse como reales o como simbólicas. Mientras las reales tienen un impacto objetivo en los distintos sectores de la vida social, las simbólicas apuestan más al efecto que provocan sobre las visiones y convicciones de la población que a su contenido concreto; es por ello que las políticas simbólicas juegan un papel importante en condiciones en que la legitimidad de un gobierno está debilitada.

Que tales despliegues sean simbólicos o, para el caso, estéticos no implica que sean ficticios o irreales, pues no existe oposición entre lo simbólico y lo real dado que la realidad

³⁶ Rescato la frase digna de celebridad del tabasqueño al periodista inglés Adam Thompson: "Si no hubiéramos tomado Reforma, no existiríamos" (rememorando al general Anaya: "Si hubiera parque no estarían ustedes aquí"), *Reforma*, 22/08/2006. O como diría René Descartes: *plantón ergo sum*.

está construida también simbólicamente. Se trata de un estilo particular y un ángulo para incidir sobre lo real: el efectista más que el efectivo.

La manía de AMLO con estas fechas simbólicas fue calculada al parecerle que eran más manejables y dúctiles que las cifras duras y precisas para sustituir los tiempos, lugares y procedimientos sígnicos, legales e institucionales más rígidos. Por eso sustituyó: 1] el código diferencial de los 233831 votos con que perdió en el conteo de los comicios por su constructo discursivo “pueblo” de los ahí reunidos en el Zócalo; 2] suplantó los cuarenta millones de sufragistas de la elección del 2006 por esos miles apuntados en su “convención nacional democrática”; 3] usó la presencia concreta, física, de sus seguidores y su unísono “sí” para sustituir al 65% de los mexicanos con credencial para votar que no votaron por él (sin contar los abstencionistas)–. 4] Sustituyó también el rango oficial del Presidente de los Estados Unidos Mexicanos, jefe del Poder Ejecutivo de la Nación, por su “presidente legítimo”, 5] a la *Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos* por su interpretación del artículo 39 fuera de contexto, 6] a los acuerdos sociales de varias generaciones, y su propia firma como presidente del PRD en la instauración del IFE, por sus instrucciones a la CND. En la misma tónica 7] recicló el lema antiporfirista, “sufragio efectivo no reelección”, y lo sustituyó por “sufragio efectivo no imposición” (idea del convergencista Dante Delgado Rannau) cantado por perredistas en la toma de la Tribuna del Congreso para bloquear el Informe Presidencial, donde 8] también se sustituyó el registro léxico de la argumentación propia de un Congreso por el registro somático del montón y el empujón, que habrían de culminar 9] del 29 de noviembre al 1 de diciembre con los golpes y peleas por la Tribuna para impedir la toma de protesta del Presidente electo. Todo ello brotó de 10] la “sustitución madre” de esos 233831 votos de diferencia no favorable que se sustituyen por el *viral advertising* de “fraude electoral”.³⁷ Básicamente sustituyó la palabra “derrota” con “fraude”.

La mecánica de sustituir signos por símbolos es muy simple: confundiendo lo legal y lo legítimo (que también de algún modo refleja una relación simbiótica entre lo sígnico y

³⁷ Ya había advertido esta táctica de las sustituciones en otro contexto, como la sustitución de la religión por la instrumentalización del arte, del arte por la propaganda, de la propaganda por la indoctrinación, de la cultura por el monumentalismo, de lo político por lo estético, y de lo estético por el terror operado por el NSDAP (cf. Mandoki, 1999 *passim*). En este caso de la “Convención Nacional Democrática” se trata de sustituir lo sígnico con lo simbólico. La táctica de las sustituciones es sin duda un rasgo sintomático de tentaciones autoritarias. Se calca del pasado lo que la impotencia de diseñar el futuro razonada, colectiva e institucionalmente impide proyectar.

La construcción estética del Estado y de la identidad nacional

lo simbólico respectivamente) se intenta sustituir un hecho ilegal y hacerlo pasar como legítimo al amontonarle cargas y asociaciones propias de lo simbólico. Así se borra el orden sígnico que asigna tal ilegalidad como si no existiera para luego regresar a declarar lo simbólico como sígnico y ese constructo de “lo legítimo” como legal. Una acertada y humorística ilustración de esta sustitución es la “camaleonina” del spot del IFE donde un luchador se presenta para sacar la credencial del elector y, a falta de los documentos oficiales como acta de nacimiento o pasaporte (sígnicos) para hacer el trámite, propone para sustituirlos la camaleonina (simbólica) que es una coreografía de lucha libre. Me gusta en particular el nombre alusivo al disfraz, además de que el personaje viene disfrazado con su máscara de luchador.

Para Goux (1990: 49), el proceso semiósico ocurre históricamente a la inversa: el signo sustituye al símbolo como el papel moneda al peso en oro, o un presidente a un monarca al ser la cantidad de votos, y no una carga material como la consaguinidad o la riqueza, lo que legitima al líder. Bajo esta lógica tenía razón AMLO en que se le “robó la presidencia” y en su descalificación de instituciones predominantemente sígnicas como el IFE y el TRIFE pues, en efecto, AMLO poseía un capital social (sus seguidores a los que llama “el pueblo”), político (80% de preferencias en la pre-campaña) y económico (los recursos del Gobierno del Distrito Federal y del PRD, además de IFE y donaciones invertidos en su campaña) muy superior a su oponente. Y fue justamente ese peso simbólico acumulado el que exhibió con su espectacular propaganda preelectoral, su derroche electoral y el bloqueo postelectoral a calles, plazas y rituales políticos. En este eje de lo simbólico, frente a la masa total de cuerpos de carne y hueso “aguantando el granizo, temblando de frío” para apoyarlo por la somática, apenas hubo unos cuantos panistas obedientes que salieron un ratito a Insurgentes con cartoncitos probablemente por órdenes de su jefe.

El 16 de septiembre es una fecha simbólica no porque sea inherentemente así desde el Big Bang, o porque el 1 y el 6 sumen 7 número cabalístico, sino porque casualmente ese día, debido a las circunstancias, se inició el movimiento de Independencia; la fecha es arbitraria, los acontecimientos resultaron no serlo, pero en este juego de las sustituciones se toma el peso simbólico de la motivación de una lucha para atribuírselo a una fecha y luego pegarle un carácter de necesidad simbólica que se contagiaría al evento que se piensa

La construcción estética del Estado y de la identidad nacional

legitimar por el simple hecho de programarlo ese día. No son las fechas las que legitiman los hechos, sino los hechos a las fechas (al igual que no son los nombres los que proyectan a los hechos sino los hechos a los nombres) en un juego estético de simetrías imperfectas. Los símbolos, como las metáforas, tienen un código y cierta sistematicidad por lo que, de ser consistente, el movimiento postelectoral amloísta –que gustó utilizar la imagen de Victoriano Huerta como metáfora del usurpador para referirse al candidato electo Calderón– tendría que haberse esperado al 2010 para su insurrección y convertirse en el nuevo Hidalgo-Villa-AMLO de los siglos XIX-XX-XXI. No es necesario ser pitonisa para vaticinar su movilización en esas fechas, cuando despegará su próxima campaña electoral al 2012.

De bufones, traiciones y shakespeareadas

La estetización de esta campaña electoral cumplió con creces su cometido de extraer el *pathos* para conformarlo y lanzarlo hacia ciertos objetivos políticos. Y si de *pathos* se trata, hubo puesta en escena para tener a cualquiera en la orilla de su butaca: una obra tras bambalinas, no para su representación ante un público sino ante un solo espectador a la vez que principalísimo actor de la obra. Se trata de un papel semejante al de Iago en *Otelo* cuando lo persuade de la infidelidad de Desdémona: el que le hizo ver siempre un complot del innombrable en su contra. Y a diferencia del trágico Otelo, AMLO no se equivocó al sospechar traición (aunque no por lo que se implicó de las confesiones de Ahumada arrancadas en una cárcel cubana). La táctica del innombrable consistió en colocársele justo en su punto ciego, junto a él, hablándole al oído, sugiriéndole estrategias políticamente suicidas a partir del 2 de julio (en caída libre de un 80% al 19% a su favor al concluir el 2006 según encuesta GEA-ISA, véase Báez Rodríguez 2006) mientras produce vertiginosa e involuntariamente el material de los spots que lo inhabilitarían como candidato para el 2012, desde los bloqueos de avenidas hasta su puesta en autopresidencialización. Con sigilo y disfrazado de consejero, el innombrable ha ido asesorándole para convertirlo en el ridículo personaje del “prócer” de la obra farsica “El ‘presidente legítimo’”, táctica equivalente al *crash* de un candidato en el mercado de valores políticos (pero que incrementaría a escala exponencial las acciones invertidas en comillas en la bolsa mexicana de valores lingüísticos). En esa teatralización bufá cuya escenografía de telón escarlata con

La construcción estética del Estado y de la identidad nacional

águila decimonónica de unicel y púlpito de barandalitos torneados a medio templete, vestuario de traje negro mal cortado y banda tricolor como en los amlitos de hule, copete al aire y brazo derecho tieso en protesta, el candidato derrotado juró como “presidente legítimo” con toda solemnidad en una actuación impecable y muy digna de los vítores que recibió. También se sentó en una silla hecha para la ocasión. El siguiente acto, semiótico, de esta tragedia shakespeariana con saldo blanco fue el *¿Et tu, Brutus?* de la desobradorización del nuevo alcalde Marcelo “Obrard” al quitarle “la esperanza” al lema de la ciudad. (Bermeo 2006)

AMLO realizó así un episodio de catarsis estrictamente aristotélica en esa representación escénica frente a sus seguidores que soñaron verlo investido, declarado, jurado y aplaudido como presidente de la República. Lo hizo arropado al menos por el peso simbólico de una fecha, aunque celebrara otra cosa, y por la fiel comparsa de la obra. Es difícil saber a ciencia cierta si ese ritual lo realizó AMLO para no defraudar a sus seguidores quienes lo soñaron ganador (“Sonríe, vamos a ganar”) o sus seguidores para no defraudar a AMLO en su obsesión por la presidencia.

Pero el ex candidato no ignoró del todo el peso simbólico del lugar. De ahí que sus siguientes cartas las jugara para bloquear al recinto, tiempo y rito que marca la Constitución para la investidura. Aparentemente, consideraron incluso usar gases lacrimógenos y proyectiles de huevos contra el presidente electo para impedirlo. (Riva Palacio 2006) Si se obstruía la toma de posesión, y por ende se lograba la ruptura del orden constitucional, quizás podría procederse con un interinato e imponerse, ahora sí, como presidente ilegal.

Un enfoque estético no puede dejar de señalar el efecto de suspenso de *thriller* que desde el fallo del Tribunal Electoral y las amenazas reiteradas de que impedirían la investidura le añadieron a estas elecciones. A empujones, insultos, golpes, barricadas de curules, el espectáculo grotesco de la política mexicana se escenificó durante tres días y tres noches. Así se transmitió el *reality show* por el Canal del Congreso de legisladores en la recámara de diputados acomodando su *sleeping bag*, saliendo en pantuflas, comiendo pizzas y aventándose botellas. Eso explica las manchas de café y refresco con que, a modo de servilletas, usaron los legisladores a las banderas monumentales del Congreso.

El 30 de noviembre, a la hora exacta en que huyen las cenicientas de los bailes de palacio, una voz en *off* (que tendría que haber sido femenina para representar a La Patria

La construcción estética del Estado y de la identidad nacional

que imaginamos con su vestido tricolor en la portada de los libros de texto gratuitos), presidió en cadena nacional un ritual improvisado de entrega de la Banda Presidencial del presidente saliente (a punto de caérsele en un *gag* involuntario), a un cadete, y de la bandera doblada al presidente entrante. Se escenificó con herramientas estéticas un hecho automático y simple de transición de poder a las 0 hrs. del 1 diciembre para otorgarle un peso por si no se lograba el acto simbólico del Congreso. Al día siguiente, en un auténtico *goof*, Fox vuelve a aparecer con la banda puesta en su camino al Congreso de la Unión con error elemental de continuidad por el vestuarista de la obra. El *suspense* de varios meses de amenazas culminaría al momento de mostrar al presidente electo despidiéndose de los niños y vecinos en su domicilio ciudadano para aparecer escasos segundos después en la Tribuna, como un Houdini, haciendo el juramento de investidura (sin *teleprompter*) para azoro de los perredistas. Ese fue el clímax de la obra. Cual docudrama policiaco, se mostró después la ruta que había seguido el presidente para entrar al recinto por la puerta de tras banderas resguardada por el Estado Mayor Presidencial, no fuera a pensarse que se trató de un holograma o un efecto de *photoshop*. Lo atascado de la escenografía contrastó con el vacío de las lunetas, una ocupada por el Príncipe de Asturias, y otra por Bush padre, (quién llegó 5 minutos tarde a una obra donde el *timing* fue crucial, y se limitó a saludar desde el balcón para exhibir que ya había llegado). Esta obra duró veinte segundos más que la obra de arte conceptual de John Cage 4' 33'', aunque con mucho menos solemnidad, especialmente por la presencia sonriente, guasona, del ya expresidente papaloteando y saludando a todo mundo y su intento fallido de colocarle la banda al presidente electo (quien con un paso atrás le pide al presidente de la Cámara, Jorge Zermeno, que sea él quien la tome y se la entregue); otra vez, forma es fondo. Por la acústica se libró una intensa batalla entre los chillidos de los silbatos traídos ex profeso por los perredistas, que acompañaron al acto como fondo sonoro de grillos, y los aplausos con que los panistas intentaron neutralizarlos, para pausar durante la entonación del himno nacional.

El traslape matricial con la matriz deportiva fue evidente por las porras panistas coreando “sí se pudo” y “Mé-xi-co”. Una diputada inclusive daba brinquitos de alegría como corresponde a un gol. Pero hasta el crítico de teatro más benévolo y menos perspicaz hubiera criticado la actuación en la somática del coro de actores empujándose, a punto de caerse, mirando para todos lados, apachurrados entre la bola tratando de mantenerse en

La construcción estética del Estado y de la identidad nacional

posición vertical, y que, para colmo, al parecer desconocían la letra del Himno Nacional. En breve: con la léxica del juramento, la acústica de silbatos, himno, aplausos y gritos, la somática de la presencia física del presidente electo ahí a pesar de los bloqueos y el quórum regateado por los priistas –quienes entraron triunfantes con banderitas de escuela primaria– Calderón jura con el brazo extendido en la escópica de la Tribuna del Congreso ante dos enormes banderas y se coloca la Banda presidencial. Así se estetizó un acto en los cuatro registros con pésima coreografía y dirección actoral.

Cabe reconocer que, en contraste, la dirección de escena de la obra “El presidente legítimo” fue mucho mejor lograda a pesar de la maestra de ceremonias algo sobreactuada, a veces tartamudeante, pero que logró esa entonación tremendista solemnísima, pero con un guión escrito de antemano, un vestuario indígena de moda en la política por Beatriz Paredes, arreglos florales y un coro absolutamente monofónico vitoreando “noes-tás solo” y “es un honor/ estar con Obrador”. Todo en la escópica escenográfica de un enorme templete colocado junto a dos retretes públicos y el Palacio Nacional como bambalina entre adornos navideños de unicel a perfecta escala para combinar con el águila decimonónica del telón amloísta. No queda más que aplaudir a los actores de esta larguísima obra sin demasiado fervor, no se les vaya a ocurrir un *encore*.

4. LA ESTETIZACIÓN DE LA IDENTIDAD NACIONAL

Nacer en un país y no en otro es un evento arbitrario. Arbitrarias también son las demarcaciones territoriales de cada Estado-nación, pues aunque las fronteras suelen fijarse tras duras luchas y derramamientos de sangre, el desenlace resulta igualmente arbitrario. Tal arbitrariedad ha requerido, para fraguar una identidad nacional legitimada, evocar un origen legendario o una historia compartida de donde extraer un peso simbólico. Éste fue el caso de los actos fundacionales míticos como los de Rómulo y Remo para Roma, del rey David para Jerusalén, Cuauhtlequetzqui para Tenochtitlan e innumerables más.

Pero en estos días, para simbolizar a la nación se necesita algo más que leyendas. El Estado-nación actual es un invento moderno que surge con el desarrollo de la burguesía urbana europea y norteamericana en su empeño de industrialización. Según Gellner (1991: 13; 17) “el nacionalismo es un principio político que sostiene que debe haber congruencia entre la unidad nacional y la política” es decir, entre pueblo y Estado, por lo que “el problema del nacionalismo no surge en sociedades desestatizadas”. Sin embargo, contra tal afirmación, encontramos naciones sin Estado como los kurdos y drusos, los hebreos durante dos mil años o los gitanos por milenios, los armenios hasta hace poco y actualmente los tamiles, palestinos entre muchas otras que tienen tierras pero no Estado. Si el Estado es relativamente arbitrario, el principio de nación está lejos de serlo según lo considera Gellner:

Los retales y parches culturales que utiliza el nacionalismo a menudo son invenciones históricas arbitrarias. Cualquier otro retal con su consiguiente parche habría servido también. Pero de ello no puede deducirse de ninguna manera que el principio del nacionalismo en sí, al revés de los avatares que ha de pasar hasta su encarnación, sea de algún modo contingente y accidental... Las culturas cuya resurrección y defensa se arrogan son frecuentemente de su propia invención... el principio nacionalista en sí está profundamente arraigado en nuestra condición actual, no es contingente en absoluto y no se le puede negar fácilmente (Gellner, 1991: 80-81).

La construcción estética del Estado y de la identidad nacional

En otras palabras, para el autor el principio del nacionalismo es antiguo y de raíces profundas, pero sus justificaciones o “retales” son arbitrarias. Gellner se cuida al señalar que el “nacionalismo no es el despertar de las naciones a la autoconciencia: inventa naciones donde no existen”.¹ Nótese la clara diferencia entre nacionalismo y naciones, además de que el énfasis que hace Gellner en este sentido de “invención” es estratégico para evitar la peligrosa versión romántica y esencialista que nutrió ideas como el *volkgeist* del nazismo. “De hecho las naciones, al igual que los Estados, son una contingencia, no una necesidad universal” (Gellner, 1991: 19). La aparente ambigüedad de la postura de Gellner respecto a la arbitrariedad o no de la matriz nacional se debe a que no todas las etnias llegarán a consolidarse en una nación. Según el autor, la nación se construye principalmente desde la matriz escolar y es resultado del proceso de homogeneización, alfabetización y anonimato requerido por la industrialización. Al ser puramente operativo y simbólicamente hueco, el Estado ha recurrido a la matriz nacional no tanto para legitimarse en su función administrativa (que resulta a todas luces necesaria) como para lograr hegemonía a través de la adhesión afectiva e identificación del pueblo. Así el proceso de fraguar una identidad nacionalista echó mano de figuras heroicas que lucharon por la nación, de un origen legendario, de un “padre de la patria” y una historia compartida para constituirse como objeto de prebendamiento o apego para los ciudadanos.

Anderson (2000) distingue la “nacionalidad”, el “nacionismo” (*nation-ness*) y el “nacionalismo” a los que entiende como artefactos culturales generados a finales del siglo XVIII que se volvieron “modulares” para la exportación y trasplante en los contextos más diversos. Pero en este trabajo distinguiremos entre “nacionalidad” que equivale a la “ciudadanía” como jurisdicción exclusiva de la matriz de Estado, “nacionalismo” que resulta del esfuerzo del Estado por legitimar su anexión de “La nación”, y “nacionismo” (*nation-ness*, término de Anderson, aunque no lo haya explicado suficientemente), que sugiero se podría asociar a la idea de *matria*.²

Una nación, según Anderson, es “una comunidad política imaginada, e imaginada como inherentemente limitada así como soberana”. El autor trata de distinguir las diversas comunidades de donde emergen las naciones por los estilos con que son imaginadas, donde

¹ Gellner citado por Anderson (2000: 6).

² cf. Unamuno, 1968 citado por Adriano, 2004; ver también González y González, 1986.

lo imaginario radicaría en que se conciben desde una camaradería profunda y horizontal por la cual sus miembros son capaces incluso de ofrecer su vida (Anderson, 2000: 6-7). Este peculiar proceso para la construcción de identidades nacionalistas (insisto en la distinción entre identidades “nacionistas” que son culturales y locales de origen más bien doméstico y practicadas de abajo hacia arriba, e identidades “nacionalistas” que dependen de su anexión por el Estado y equivalen en realidad a identidades ciudadanas –aunque literalmente habría que decir “paisanas”, pues comparten país, más que ciudad–) implicó la exclusión de alternativas probablemente más significativas. Podrían haberse construido desde la confluencia de una diversidad étnica integrando la historia oral de sus distintas naciones matrióticas como los olmecas, huicholes, zapotecas, mixtecas, mexicas y los grupos mayas como culturas vivas con valores dignos de incorporarse a la vida cotidiana contemporánea y no como “pre-hispánicas” (con la connotación ideológica de “pre-históricas”) reducidos a su condición de fabricantes de artesanías y *Mexican curios*. Asimismo, cabía integrar la historia más reciente de contribuciones por otros grupos étnicos y culturales que emigraron al país en los últimos siglos, entre ellos los húngaros, chinos, españoles, libaneses, judíos, italianos, polacos, argentinos o japoneses que llegan a configurar un grupo de clara identidad minoritaria en el seno de una cultura dominante. En contraste con los barrios judíos antiguos en distintas ciudades europeas como Venecia o Toledo, o con los barrios típicos de emigrados en ciudades estadounidenses como el barrio chino o el italiano, en México estos grupos no manifiestan su cultura abiertamente y la reservan a sus centros, clubes y colegios privados.

¿Qué es la identidad nacional? ¿Realmente existe? En cuanto pretendamos definir la identidad nacional a partir de interacciones sociales cotidianas resultará un estereotipo, y si la ideamos, fabricaríamos un prototipo alejado de la realidad. Me parece que la mejor manera de abordarla es por rodeo, “dando la vueltecita” para que al final, como en la fábula hindú de los cuatro ciegos, cada cual tenga su propia versión del elefante. Por eso no pretendo proporcionar una versión más sobre el supuesto carácter o temperamento del mexicano (tengo 359 grados de puntos ciegos), sino iniciar una exploración de cómo lo han percibido y construido los intelectuales mexicanos interesados en esta temática, pero con el afán de resaltar la aportación que la estética ha tenido en elaborar y difundir tal identidad nacional.

La construcción estética del Estado y de la identidad nacional

Para Raúl Béjar Navarro (1981: 34) “las primeras manifestaciones de este tipo se deben a los frailes y cronistas de la Conquista, quienes intentan ya una caracterización de los indígenas mexicanos. Durante el periodo colonial, en los informes de encomenderos y virreyes, se describe el ‘modo de ser’ de los indios, mestizos y criollos, comparado con lo específicamente ‘español’. En el siglo XIX se pueden apreciar en diferentes escritos los intentos por definir al mexicano en términos de carácter.” Afirma que en siglo XX hubo numerosas tentativas de definir lo mexicano, pero en ningún caso se aplicaron técnicas y métodos científicos para captar “el carácter nacional”.

En un breve ensayo, Monsiváis (1987: 69-70) opina que sí existe la identidad nacional, y que inclusive hay dos: “De hecho, han existido en el México independiente dos identidades nacionales: una, la que se declara desde arriba y, otra, la que se vive.” Respecto a la primera, dice el autor: “lo que hoy conocemos como identidad nacional es antes que cualquier cosa, la suma de alegatos políticos en torno a una identidad abstracta, cuya identidad suele considerarse indiscutible, no requiere la demostración y a la que acuden de modo indistinto políticos e ideólogos para fortalecer sus alegatos”. Agrega que “la identidad es invento estatal, necesidad clerical, asunto de orden familiar, recurso forzado del crecimiento capitalista, figura mítica al alcance de los medios masivos y al mismo tiempo, la identidad es el único elemento cohesionador de que disponen las masas doble y múltiplemente desposeídas”.

Y en efecto, como “elemento cohesionador” las matrices nacionales requieren y tienen un grado de motivación y una base profunda en lo comunitario y lo regional, a pesar de la arbitrariedad de sus relaciones con el Estado.³ No se inventan ni se declaran –como sí es el caso de la matriz estatal– pues crecen y se arraigan desde un conjunto de matrices familiares extensas engarzadas. Sin embargo, cuando “La nación” se asume en singular y se vincula al Estado, define su jurisdicción por accidentes geográficos, políticos, económicos y militares más que culturales a los que termina por someter.⁴ Lo paradójico de este fenómeno es que mientras la institución de Estado es relativamente motivada al ser

³ Entiendo al término de “motivado”, no en su acepción psicológica sino en oposición a lo arbitrario aplicada por Saussure a los signos lingüísticos.

⁴ Por ello es evidente que los mayas chiapanecos tienen más en común con los mayas guatemaltecos, aunque su nacionalidad sea distinta, que con los burgueses regiomontanos o chilangos, pues su nacionismo es común; por lo mismo, los chicanos de Chicago tienen más en común con los zacatecanos que con los residentes de Chicago de origen polaco o irlandés. Inclusive en la segunda o tercera generación, todos pueden ostentar ciudadanía norteamericana, pero su patria depende de su cultura familiar.

requerida política y económicamente como intermediario por un orden internacional que exige la limitación de territorios-Estado por oposiciones y diferencias, la matriz nacional de la que se vale para legitimarse, y en los términos en que la propone, es relativamente arbitraria. La paradoja está entonces en que el Estado requiere como coartada legitimadora de su naturalidad a la artificialidad de una identidad nacional fabricada.

Anderson (2000: 5) encuentra otras paradojas en este proceso de forjar identidades nacionales. Confronta: 1] la modernidad objetiva de las naciones para el historiador *versus* su antigüedad subjetiva a los ojos de los nacionalistas; 2] la universalidad formal de la nacionalidad como concepto sociocultural *versus* la irremediable particularidad de su manifestación concreta, y 3] el poder político de los nacionalismos *versus* su pobreza filosófica. Precisamente por esta antigüedad subjetiva, por su particularidad y por su pobreza filosófica, la estética ha resultado indispensable como estrategia constitutiva y explicativa del apego y la legitimación de su imaginario nacionalista.

El autor enfatiza la importancia de tres estrategias en la consolidación de los Estados nacionales, uno en la somática y dos en la escópica: el censo, el mapa y el museo. Pero el censo, como recuento de los cuerpos, es un instrumento panóptico virtual de la matriz de Estado más que de la nacional, pues cuenta a los cuerpos por jurisdicción, más que por culturas. El mapa traza la barda imaginaria de su dominio y el museo es una vitrina de reliquias de antepasados para divulgar la historia oficial. Pero lo que a final de cuentas interesa es que estos tres hitos de Estado operen especialmente como recursos estéticos para la visibilización e identificación con el aparato estatal. Saber que somos 100 millones de mexicanos (aunque lo que implique tal cifra no sea imaginable o perceptible de manera concreta), que el territorio mexicano es como un cuerno de la abundancia, y que tenemos museos (como el de las intervenciones [¡!] con cañones, cuadros al óleo y documentos), tendría que generar cierta imagen de lo que significa ser mexicano, pero es todavía sumamente nebulosa. Se requiere mucho más trabajo estético para revitalizar esa figura.

Cada Estado-nación lucha por elaborar, desarrollar y exportar su identidad colectiva como cada individuo por presentar su identidad personal para tener credibilidad en su contexto social por lo que, a ambas escalas, la individual y la colectiva, la estética es estratégica. Si a la escala personal el individuo presenta su identidad, como lo señaló Goffman ([1959] 1981), por la forma en que se viste y habla verbal o corporalmente, habría

La construcción estética del Estado y de la identidad nacional

que ver si efectivamente existe una identidad a escala nacional revisando esos registros. En la geopolítica actual, se echa mano de la riqueza de su flora y fauna, su clima, su comida, sus tradiciones, sus paisajes y costumbres, sus artes y artesanías para producir este efecto de identidad colectiva. Pero en ese proceso se entrometen también la belleza o fealdad de sus ciudades, el horror de su miseria, la ridiculez, cursilería, sensualidad o decoro de su gente, sus actos de valentía o cobardía colectiva, su entreguismo o su firmeza. Y éste es un peso que, asúmanlo o no, cargan sus pobladores al interactuar.

Cuando a México le toca ser anfitrión de algún evento mundial como las olimpiadas, el foro internacional del agua o la copa de fútbol, se genera un intenso trabajo de producción estética para manifestar su identidad nacional. Plástica arquitectónica, dancística, musicalmente, México se muestra a los ojos del mundo en primera instancia a través de la estética: se diseñan carteles, vestuarios y logotipos, se construyen edificios especiales para eventos, se ofrecen banquetes, regalos y festivales, se planean exposiciones, se arreglan las avenidas, se confeccionan banderas y banderolas, se afinan los instrumentos, se contratan atractivas edecanes, se pulen los discursos, se ensayan las coreografías y se entonan las canciones.

La identidad nacional mexicana es un tema alrededor del cual se organizan mesas redondas, se discute en periódicos y textos académicos, se debate en el café, se inculca en las escuelas, se publican libros. Preocupa para aglutinar como unitaria a una diversidad étnica y cultural, sobre todo una disparidad económica abismal, y presentarla como depositaria exclusiva de una herencia milenaria desde Aztlán pasando por Tenochtitlan hasta los Malls de Lomas de Santa Fe. Para lograr este efecto unificador se recurre a los intelectuales y artistas en tanto adorno de un país, como las pinturas y libros son adorno del hogar al exhibir en las paredes, repisas y mesa de café el capital cultural de la familia.

Cuando “La Identidad Nacional” se confecciona desde la institución de Estado, convoca a ideólogos, letrados, pintores y arquitectos para elaborarla en su papel de persuasores orgánicos señalado por Gramsci. Por algo en la época de oro del nacionalismo mexicano o durante el embarazo cultural de la identidad nacional, Vasconcelos reúne a un verdadero ejército de artistas e intelectuales en su gestión como secretario de Educación. Como lo señala Florescano (2004) “con José Vasconcelos llegan a la Secretaría de Educación Pública algunos de sus antiguos cofrades del Ateneo de la Juventud (Antonio

La construcción estética del Estado y de la identidad nacional

Caso, Pedro Henríquez Ureña) y una pléyade de jóvenes escritores y poetas (Julio Torri, Carlos Pellicer, Jaime Torres Bodet, Enrique González Rojo, Bernardo Ortiz de Montellano y Joaquín Méndez Rivas), pintores (Jean Charlot, Xavier Guerrero, Roberto Montenegro, Jorge Enciso, Diego Rivera, José Clemente Orozco, David Alfaro Siqueiros, Fermín Revueltas, Carlos Mérida, Adolfo y Fernando Best Maugard, Gabriel Fernández Ledesma, Manuel Rodríguez Galván...), músicos (Julián Carrillo, Joaquín Beristáin)...” además de arquitectos, antropólogos, filósofos.

Tengo en mis manos un libro que reza “El material de MÉXICO Y LA CULTURA fue reunido –y se edita ahora– por acuerdo del Señor Presidente de la República, General de División Manuel Ávila Camacho” y reúne ensayos sobre arte y cultura de Alfonso Caso, Salvador Toscano, Manuel Toussaint, Justino Fernández, Alfonso Reyes, José Luis Martínez, Carlos Chávez y Samuel Ramos, así como de científicos de la talla de Fernando Orozco, Ignacio Chávez, Ignacio González Guzmán, etc. El libro está ilustrado con imágenes de la fachada de la iglesia de Santa Mónica en Guadalajara, de la casa Montejo en Mérida, el cráneo azteca de cristal de roca, el guerrero de Colima, el sacerdote sedente de Cuilapan, una reproducción de los frescos del Tlalocan de Teotihuacán y un retrato firmado de Guillermo Prieto entre muchísimos otros. Así, con un fuerte apoyo en la escópica, los intelectuales construyen oficialmente la identidad nacional por la léxica. El libro es verde y tiene mil páginas, pesado. Yo me acuerdo de él desde que era niña y quizás a eso se deba en parte que hoy me encuentre escribiendo este otro.

Nótese que ambas iniciativas de forjar la identidad nacional provienen del Estado. De hecho, desde el Ateneo de la Juventud, el Hiperión y Los Contemporáneos, parecería que los intelectuales compartían una verdadera obsesión con ese asunto de la identidad mexicana a partir de las primeras décadas del siglo XX. Dado el papel crucial que la dimensión estética tuvo en esta gestación casi épica (recordemos que Vasconcelos fue el autor de *Monismo estético*), contribuyeron muy significativamente a la construcción artística del imaginario nacional mexicano la escópica de los murales en edificios oficiales, la acústica de las composiciones de Carlos Chávez, Silvestre Revueltas, Pablo Moncayo, Blas Galindo, Manuel M. Ponce junto con grupos vernáculos de mariachi, son y huapango, la somática del ballet folclórico de Amalia Hernández, la léxica de poetas y novelistas como Juan Rulfo, Mariano Azuela, Jaime Sabines, Inés Arredondo o Elena Garro entre

La construcción estética del Estado y de la identidad nacional

muchos otros. La literatura y el ensayo como *El laberinto de la soledad* de Octavio Paz, *El perfil del hombre y la cultura en México* de Samuel Ramos, *La filosofía de lo mexicano* de Abelardo Villegas, la *Indología* y la *Raza Cósmica* de José Vasconcelos, *Análisis del ser del mexicano* de Emilio Uranga, *La jaula de la melancolía* de Roger Bartra, entre muchos otros, han contribuido a formar en niveles culturalmente más instruidos una imagen (o un diagnóstico) de identidad nacional para bien o para mal del país.

En otros estratos sociales, variantes diversas de identidad nacional tuvieron más impacto a través de medios alternativos más populares como el cine por figuras como Pepe el Toro, La doña (de Doña Bárbara, personaje encarnado por María Félix), Cantinflas, el Santo y la India María, Resortes, y por la televisión con Chespirito y el Güiri Güiri, o telenovelas como *Rosa salvaje*, *Cuna de lobos*, costumbristas como *Yo compro esa mujer* y *Bodas de odio* o históricas como *Senda de gloria* o *El vuelo del águila*. En la música a través de celebridades como José Alfredo Jiménez, Juanga, Luis Miguel y Chavela Vargas o el rock del Tri, Maldita Vecindad y Café Tacuba, así como en los monitos de Gabriel Vargas (*La familia Burrón*) y Yolanda Vargas Dulché con Sixto Valencia Burgos (*Memín Pinguín*), o de Oscar González Guerrero, José Cabezas y Fausto Buendía (*Hermelinda Linda*) o Rafael Cutberto Navarro and Modesto Vázquez González (*Kalimán*), la estética ha sido el armazón y el conducto indispensable para la adhesión afectiva y vivencial a una identidad. Literalmente es un armazón: como las torres petroleras para extraer el hidrocarburo a la superficie, la estética extrae las emociones a flor de piel.

REGISTROS DE LA RETÓRICA NACIONAL

En lo que sigue, como lo advertí párrafos atrás, no vamos a estudiar “la identidad nacional” como tal o “el carácter del mexicano” en sí, mucho menos al “ser del mexicano” como lo describe Emilio Uranga ([1952] 1990). Lo que sí haremos es revisar qué papel jugaron los dispositivos estéticos en esta imagen socialmente construida de la identidad mexicana, en sus significantes y significados (o plano de expresión y contenido, como diría Hjelmslev) De hecho, en la prosa de Uranga reconocemos menos “el ser” mexicano que la percepción de una sensibilidad frágil, algodonosa, desgana, con “un desdén manso por las cosas” (en palabras de López Velarde). Lo que describe Uranga es una forma de vulnerabilidad, una

apertura al mundo, una estesis. Precisamente la estética, para Uranga, es una de las “tres importantes aportaciones de los mexicanos a la filosofía de ese medio siglo [... por] la elaboración de una visión estética y sensual del hombre y del mundo en que el mexicano se encuentra de manera más auténtica que no en un credo científicista...” Afirma que “es la filosofía plástica de Vasconcelos el logro más decisivo en esta dirección” y denomina como “proyecto estético” a esa forma de vida particular del criollo: “Quien vive en estado estético acentúa unilateralmente lo dado, lo natural lo inmediato [...] En todos los casos el hombre queda fascinado por el objeto que le hace frente. Es un proyecto de embotamiento ante las cosas, de embobamiento, de perplejidad estúpida, de impotencia del espíritu ante la exterioridad imponente de la naturaleza...” (Uranga , [1952] 1990: 85-86, 97). Alude a una condición de hiperestesia sin ser el único en señalarla; valga citar la versión de Oriol y Vargas al respecto (condición que también Juan Acha, 1996, le reprochó a todos los latinoamericanos) destacando una acústica y somática particular.

Situados en este nivel, topamos en primer lugar con nuestra hiperestesia. El mexicano es supersensible. Nuestras relaciones son sutilísimas. Y quedamos lastimados frente a estímulos no perceptibles para el español de la misma laya. Es así como el visitante se queda admirado cuando nuestra gente se asusta por el tono de voz del recién llegado. [...], basta levantar el tono de la voz para humillar y ofender a nuestra gente, aun la más sencilla. Basta “mirar feo” para reaccionar y pasar a mayores. Basta un “ligero gesto” para sentirse atropellado (Oriol y Vargas 1993: 280).

Como los estatólogos que estudian a la Poética suelen examinar al arte por cuatro registros –la palabra en la literatura y la poesía, el sonido en la música, el cuerpo en la danza y lo visual en la pintura, arquitectura y escultura–, no es de sorprender que abordemos la estética nacional por estos mismos registros. En esos términos podemos traducir la hiperestesia arriba señalada por los comentarios de algunos autores respecto a que las costumbres en México requieren usar diminutivos en la *léxica* para no “hablar golpeado”, la *acústica* a poca intensidad y volumen bajo en la interacción para no “levantar la voz”, que se controle la *somática* para no “mirar feo” y evitar ese “ligero gesto” ofensivo al suavizar la expresión. Uno aprende a ofenderse por lo que el grupo social considera ofensivo, o dejarlo pasar como algo aceptable o trivial; y aunque a nivel visceral siempre se

percibe la intención de dañar o humillar, en el roce de dos capas culturales distintas a los intersticios se deben muchos malentendidos.

Léxica nacional

Cuatro mecanismos fueron cruciales para la construcción de la identidad nacional novohispana: la castellanización, la gregorianaización, la evangelización y la capitalización. Los cuatro mecanismos se desplegaron principalmente por medio de la palabra. 1] Con la castellanización se sientan las bases para imponer oficialmente una lengua europea que sustituiría a los idiomas de las diversas naciones del territorio conquistado para la Corona española. El control que el Estado ejerció sobre las matrices nacionales locales dependió en buena parte de esta uniformidad lingüística.⁵ 2] Con la gregorianaización se cancela el ritmo temporal de la periodicidad mesoamericana con sus calendarios lunares y solares embonados y su peso simbólico con relación al mundo sagrado que evocaban y al que estaban íntimamente ligados. Se distribuyó el tiempo en siete días de la semana, el séptimo dedicado a la religión, el *dominus*. 3] El tercer mecanismo, igualmente unificador, fue la evangelización o *La conquista espiritual de México* como la denomina Robert Ricard. 4] En el cuarto mecanismo de capitalización, cuerpos y mentes se sincronizaron en un espacio-tiempo homogéneo dispuesto por el nuevo calendario y el horario para facilitar el control político, la extracción de materia prima y de tributaciones con la explotación de fuerza de trabajo del Nuevo Mundo para encadenarlo al proceso de acumulación económica europea a partir del siglo XVI.

Podría haberse elegido el náhuatl o un idioma maya como lengua oficial si Chichén Itzá hubiese sido el imperio dominante. Se podría haber establecido un Estado bilingüe como en Paraguay con el guaraní, el único idioma indígena americano hablado en su mayoría por no indígenas (hablado también en parte de Bolivia, Brasil y Argentina). No es el caso exclusivo de México: en todo el continente americano se construyeron identidades nacionales sobre la base de las jurisdicciones coloniales y por consiguiente de lenguas europeas. Aquí, la estrategia cohesionadora principal iba en dirección de la imposición de

⁵ Guillermo Bonfil ([1987] 1990: 36-39) señala cómo, a pesar del esfuerzo por renombrar a los lugares de nombre indígena y sustituirlos por el de santos y próceres, algunos han resistido, mientras que en muchos otros se perdió la resonancia simbólica y su relación cultural con otros hitos. Tales nomenclaturas originales son marcas de una historia que todavía permanece viva.

una lengua instituida como oficial a través de los diccionarios e inculcada en escuelas. Se trataba, en términos de Anderson, de una revolución lexicográfica pero también narrativa en la historia nacional.

Desde el otro lado de la producción lingüística, y con la terca conservación de su idioma por tradición oral, los indígenas mesoamericanos han mantenido su identidad nacionalista. La diversidad léxica de varias decenas de idiomas y dialectos indígenas (cerca de 57 derivados de las familias cinanteca, hokano-coahuilteca, otopamen, oaxaqueña, purépecha, cuiltateca, mangueña, totonaca, mixe, yutoazteca y maya) ha sido relativamente ignorada por varios siglos en esta urgencia por homogenizar y fraguar la identidad nacionalista. Para estos grupos el castellano no es su lengua materna sino su lengua política, por lo que no acaban de integrarse a esa identidad oficial al no reconocerse en los políticos y comerciantes hispanohablantes que proverbialmente han abusado de ellos. Ejercen así su alteridad lingüística como estrategia léxica de resistencia.⁶ En la esfera urbana, estrategias de resistencia semejantes en este registro las encontramos en las jergas barriales tepiteñas, de Neza, de la Doctores, la Buenos Aires, así como en el tag y el graffiti que se inscribe para comunicar e incomunicar simultáneamente inventando su código privado. Algo indica claramente que las identidades claman por escalas bastante más modestas y plurales que la monolítica Identidad Nacional.

Pero no todos los procesos en el registro léxico fueron tan avasalladores como la castellanización, pues los mecanismos discursivos y narrativos a través de los cuales se construiría la identidad mexicana pasaron por muchos tejidos, finos y toscos, profundos y superficiales, en prosa y poesía. Además de la copiosa literatura y sus figuras monumentales protagonizadas sin duda por la enorme Sor Juana Inés de la Cruz e ilustres autores que la siguieron, el ensayo fue el género favorito para el debate sobre la identidad y lo mexicano entre grupos de intelectuales como el Hiperión (Emilio Uranga, por ejemplo) y de escritores como Antonio Caso, Pedro Henríquez Ureña (dominicano), Alfonso Cravioto, Alfonso Reyes y Julio Torri, el mismo José Vasconcelos reunidos en el Ateneo de la Juventud. Su blanco de ataque fue el positivismo traído a México por Gabino Barreda al ver en él una amenaza de universalidad y racionalismo, especie de globalización prematura. El

⁶ Sólo hasta hace bastante poco (25 años) empieza a implementarse el sistema de radiodifusoras culturales indigenistas entre unos 30 grupos étnicos de todo el país por la radio indígena, como “La voz de la sierra norte”, desde Cuetzalan. <www.cdi.gob.mx/radiodifusoras/bienal/>

La construcción estética del Estado y de la identidad nacional

grupo de Los Contemporáneos, aglutinados entre 1929 y 1931 en torno a una revista cultural, tuvo asimismo impacto en la concepción de la identidad mexicana. Entre ellos figuran personajes como Salvador Novo, Carlos Pellicer, Xavier Villaurrutia, José Gorostiza, Jorge Cuesta, Gilberto Owen, Jaime Torres Bodet, Enrique González Rojo, Bernardo Ortiz de Montellano y Octavio G. Barreda. En la tramoya de ese debate se planteaba también el tema de la homosexualidad y la política –otro asunto de identidades–, que involucraba sin duda una sensibilidad particular y un estilo de vida. (cf. Villegas, 1985: 67-83). Se esperaba que después de la ruina del supuesto “afeminamiento de la literatura mexicana” de Los Contemporáneos como Novo y Villaurrutia surgiera una literatura campesina, de la gleba, recia, un Zolá o un Gorki que reivindicara una identidad nacional de hombres fuertes y rudos. De nueva cuenta, la identidad dependía de la estética, no sólo artística sino personal.

Hay novelas que se volvieron hito de la sensibilidad mexicana desde el interior como *Pedro Páramo*, *Al filo del agua*, *La sombra del caudillo*, *Los de abajo*, *La ciudad más transparente* y desde el exterior, mucho antes, a partir de los relatos de los conquistadores así como del barón von Humbolt, la Marquesa Calderón de la Barca, André Bretón, Antonin Artaud, Malcolm Lowry, Aldous Huxley, Evelyn Waugh, D.H. Lawrence, Valle Inclán, Katherine Anne Porter, Graham Greene y, a su modo, John Reed y William Burroughs. Daniel Cosío Villegas menciona cómo el trabajo de producción de identidad nacional pasa necesariamente por la estética al ser un trabajo de producción de sensibilidades:

El indio y el pobre, tradicionalmente postergados, debían ser un soporte principalísimo, y además aparente, visible, de esta nueva sociedad; por eso había que exaltar sus virtudes y sus logros: su apego al trabajo, su mesura, su recogimiento, su sensibilidad revelada en danzas, música, artesanías y teatro. Pero era también menester lanzarlos a la corriente cultural universal, dándoles a leer las grandes obras literarias de la Humanidad: las de Platón, Dante, Cervantes, Goethe (Cosío Villegas citado por Bonfil, [1987] 1990: 168).

Mucho se discutió la identidad nacional desde la posición de Alfonso Reyes para quien “la realidad de lo nacional reside en una intimidad psicológica, involuntaria e

indefinible” (citado por Abelardo Villegas 1985:78). Santiago Ramírez ([1959] 1977) le da vuelo a la hilacha al psicoanalizar la sensibilidad del mexicano tal como se expresa en la canción ranchera y vernácula. Aquí, como Uranga ([1952] 1990:122-135) en su análisis de la poesía de López Velarde, evoca el psicoanálisis que Freud hace de Leonardo da Vinci y Miguel Ángel. Aparentemente desde esa “intimidad psicológica” diagnostica Ramos un complejo de inferioridad en la médula misma de la identidad del mexicano cuando publica su análisis del “peladito” en el ya clásico *El perfil del hombre y de la cultura en México*, que marcará un hito imborrable en la producción discursiva en torno a esta temática. Por qué elige a ese personaje y no a otros, por ejemplo al maestro rural como prototipo de la mexicanidad, delata la condición social de Ramos y de sus padrinos filosóficos como Ortega y Gasset, Adler y Scheler.

Un artefacto clave para la elaboración de una identidad nacionalista al servicio del Estado en este registro ha sido el libro de texto gratuito, señaladamente el de *Historia de México*. Aquí se ilustra cómo la institución de Estado selecciona sus “retales y parches”, pues los hechos que destaca como más relevantes los reduce a un repertorio de nombres y fechas que carecen de un poder explicativo actual y se presentan de manera bastante arbitraria e inconexa (e.g. el espacio discursivo que se le otorga a cada evento, el tamaño de las ilustraciones, los criterios de la “línea de tiempo”, la versión de los hechos y su sentido de coherencia en el diseño del libro de la SEP de los noventa). Inculcan la idea de que sólo se hace patria siendo presidentes o caudillos en la guerra y la revolución, por conspiraciones y enfrentamientos. En cambio, la urgencia de atender con diligencia y rigor la desigualdad social e inculcar la imaginación y el cuidado en el trabajo diario, el cumplimiento de deberes ciudadanos y el respeto al prójimo y la solidaridad, no ameritan ni mencionarse. También son historia las contribuciones científicas, tecnológicas, artísticas, pedagógicas, filosóficas, de diseño urbano; hay también otros movimientos sociales como emigraciones e inmigraciones y eventos que llegan por vías informales a los alumnos y marcan a la colectividad.⁷ Y sin embargo impera esta visión casi operística de la historia oficial donde, como en un proscenio, aparecen los grandes héroes de la patria, entonan su aria y hacen mutis.⁸

⁷ Respecto al papel esencial de la narrativa en la construcción de identidades, véase Arfuch (2002)

⁸ Paráfrasis adaptada a la de Villegas, 1985:79, del reproche de Ramos a las clases de Caso.

La construcción estética del Estado y de la identidad nacional

Para Bartra la cuestión incumbe no sólo a la producción de identidades por la cultura dominante, sino de subjetividades. Afirma que:

Los estudios sobre “lo mexicano” constituyen una expresión de la cultura política dominante. Esta cultura política hegemónica se encuentra ceñida por el conjunto de redes imaginarias de poder, que definen las formas de subjetividad socialmente aceptadas, y que suelen ser consideradas como la expresión más elaborada de la cultura nacional. Se trata de un proceso mediante el cual la sociedad mexicana posrevolucionaria produce los sujetos de su propia cultura nacional, como criaturas mitológicas y literarias generadas en el contexto de una subjetividad históricamente determinada... (Bartra, 1987, 16).

Mientras la identidad se asume, la subjetividad se vive y se va constituyendo también en parte por *trabajo* lingüístico (lenguajeando) o, mejor dicho, por *labor* lingüística según la distinción entre ambos términos de Hannah Arendt ([1958] 1998:79-174). A partir de entonces se realizan rituales de reproducción de una comunidad nacional que en nuestros días se expresa típicamente a través de la lectura de periódicos nacionales como *El Nacional* (antes en México y hoy en Venezuela y República Dominicana), *El País* en España o el argentino *La Nación*, que no podrían ser más explícitos de su función aglutinante e identitaria en términos nacionalistas (no tan pretenciosos como *Le Monde*). Es el caso del lenguaje que mencioné en el primer capítulo, y que hoy se difunde más por la radio y la televisión y se está extendiendo ya por internet a través de *blogs* y *talkbacks*. Se trata del intenso trabajo lingüístico nacional, a veces física y corporalmente agobiante, lo que le otorga su materialidad social.

Acústica nacional

La acústica nacional se emite al son de los huapangos, mariachis o sones jarochos, canciones rancheras, bandas sinaloenses y duranguenses o de la cadencia istmeña de la Zandunga que se presentan como manifestación de identidad nacional a pesar de ser precisamente lo contrario, una expresión vernácula o estética local. Tal diversidad de temperamentos y estilos en la música, así como en la entonación y pronunciación al hablar

La construcción estética del Estado y de la identidad nacional

en distintas regiones del país, realmente es indicial de la pluralidad cultural, y por ende de la multiplicidad de identidades comunitarias que se extienden entre el río Grande y el Usumacinta. Parte de este repertorio tan amplio de expresiones vernáculas fue integrada a sus composiciones por los músicos del periodo nacionalista como Carlos Chávez (quien en Sinfonía India utiliza sintagmas sonoros de los yaquis, seris y huicholes, o corrido), Silvestre Revueltas (en *Canto para matar a una serpiente*”, en *Sensemayá* o *Redes*), el ya prototípico *Huapango* de Pablo Moncayo y los *Sones de mariachi* de Blas Galindo. Por eso el Estado ha utilizado el impresionante impacto afectivo de la música para promover en este registro su imaginario nacional.

La identidad nacional, como la individual, nunca se define de una vez para siempre, sino que se va transformando y adaptando a nuevas condiciones coyunturales. Tampoco puede decirse que las identidades nacionales, como las personales, sean monolíticas. La emergencia de nuevas manifestaciones musicales con autores como José Alfredo Jiménez, Agustín Lara, Juan Gabriel, Armando Manzanero, Chava Flores, Jaime López, Los Bukis y Cano Hernández de *El gran silencio* o el grupo de *Santa Sabina* inciden cada cual a su modo en identidades al aglutinar a su alrededor a sus admiradores e imitadores y configurar una imagen acústica con su particular carácter. Entre los hitos nacionalistas en este registro hay que mencionar “Soy puro mexicano”, “México lindo y querido”, “México en una laguna”, “Guadalajara”, “El jarabe tapatío”.

En la actual sociedad de masas, el número por sí mismo entrega la apariencia de esa “comunidad imaginaria” que señaló Anderson. Así, la música de masas cuyo origen y destinatario sea mexicano, se vuelve *ipso facto* en vehículo de identidad nacional. Tuve una oportunidad privilegiada de constatar esa puesta en identidad nacional –que, según Monsiváis (1987: 69-70), “se vive”– durante el concierto de 35 aniversario de vida profesional del monumental ídolo de las multitudes, “el divo de Juárez”, Juan Gabriel en el Auditorio Nacional (cantante que vende más discos ¡30 millones!, pues 4 de los 10 más vendidos en México son de Juanga). Su exitoso espectáculo resultó un ritual nacionalista que literalmente escenificó [su versión de](#) mexicanidad en vivo y en directo. Ser mexicano parecía significar entusiasmarse con Juanga hasta las lágrimas por la enfática del despecho y el desengaño amoroso, el lloriqueo del ardido y la baladronada de la canción ranchera con la sensiblería por la madre enaltecida en un formato de bailes regionales y flamencos con

mariachis muy machos acompañando los desplantes explícitamente homosexuales del cantante, **todo con la** bandera nacional de tonos fosforescentes ondeando en un video de fondo. Y en efecto, por el retruécano sexual y el resoplo sentimental se desencadenó *in crescendo* la apoteosis nacionalista del todos somos juangas.⁹

La acústica nacional se refiere no sólo al falsete del mariachi del estereotipo del mexicano de fiesta o estadio sino a formas de hablar locales a través de los subregistros que menciono en otro texto (Mandoki, 2006b) como rango tonal (espectro de tonos utilizados), control labial de vocalización (de lo ronco a lo abierto), control de glotis (espesor de la cualidad del tono), control de entonación (agudeza o suavidad en las transiciones de entonación), control de articulación (grado de precisión y fuerza en la pronunciación), control rítmico (suavidad o dureza en la fraseología), resonancia (grado de fineza o vibración en la voz) y tempo (velocidad al hablar, más rápido o lento que la norma) que nos permiten distinguir al norteño del costeño o el chilango por sus particularidades al emitir el sonido de la voz (como la nasalidad del cubano, el veloz tempo y entonación del chileno o la modulación agudizante del argentino). En ese sentido recojo de Uranga ([1952] 1990: 114) una caracterización del “ser del mexicano” a través de este registro al afirmar que:

Por donde se patentiza mejor la índole sustancialista del español es en aquellas conductas en que se exhibe como “resistente” y “duro” frente a nuestra “fragilidad” y “delicadeza”. *Entre españoles se habla fuerte y a gritos, las interjecciones y las imprecaciones vuelan sin zaherir, en tanto que nosotros nos sabemos “quebradizos” y evitamos, por tanto, la menor provocación y vulneración, aunque sean éstas las más leves e inofensivas, como el tono elevado de la voz y la palabra fuerte* (cursivas en el original, como si estuviera gritando él mismo)

Esta diferencia, como veremos en la acústica de la conquista, será significativa en el conflicto de las dos civilizaciones. Una acostumbrada a sonidos muy suaves como tlayolli, etl, picietl, cacauatl, ichcatl, tomatl, xitomatl, tlalcacahuatl, nochtli, metl, ahucatl, matzatl,

⁹ En ese show, el artista dedicó 20 minutos a azuzar a su público a que se manifestara con chiflidos o aplausos si “son” del PRI, PAN o PRD (no conocía el nombre de los otros) y a interrogar a todos sus músicos y bailarines, uno por uno, a que confesaran sus preferencias electorales. Tenemos aquí la más elocuente muestra no sólo de la construcción estética del nacionalismo, sino de la politización del arte popular y de la estetización de la política (como cuando Juanga apoyó al candidato priista Labastida en el 2000).

La construcción estética del Estado y de la identidad nacional

tzictli, tzictzapotli, iztaczapotl, tllizapotl, costictzapotl, cuautzapotl, cuaucamohtli, xicamatl. La otra nombrándolo así: maíz, frijol, tabaco, cacao, algodón, tomate, jitomate, cacahuete, tuna, maguey, aguacate, piña, chicle, chico zapote, zapote blanco, zapote prieto, mante, mamey, yuca y jícama (cf. Ramírez [1959] 1977: 181, tomado del mural de Diego Rivera). Dos mundos acústicos y léxicos donde la sustancia de contenido será casi la misma maizeidad, frijolidad, tabaqueidad o algodonicidad (excepto por sus asociaciones), pero la sustancia de expresión es muy disímil.

Somática nacional

La somática ha estado en el origen de una estrategia de exclusión desde el orden de castas del sistema colonial, pero también de ritualización e identidad en las culturas mesoamericanas. Para los indígenas el cuerpo es vehículo de transformación en deidades (los dioses indígenas crean el mundo con su cuerpo arrojándose al fuego o sangrando su pene), de exigencias en la inmolación corporal (portar pencas de nopal sobre el pecho desnudo, ir de rodillas a la Villa, o la muerte del sacrificado a Huitzilopochtli) y de vivencias a través de plantas sagradas como el peyote y el san pedro. Por ejemplo, en la cultura cora el cuerpo pintado no sólo disfraza sino transforma al ser humano en astros o en seres del inframundo (Labastida, 2000: 250). Se trata de transformación literal, no metafórica. El ritual de ingerir peyote es asumir en la somática el sentido de lo sagrado con una proxémica más íntima que el ritual de comunión por la hostia, pues obliga a experimentar en el propio cuerpo el mundo sagrado equivalente a sentir el mundo cotidiano por el maíz y el chile.

El sabor y la textura del maíz, del frijol, de la calabaza, del maguey y el nopal, del cacao, el aguacate y el jitomate fueron parte de la somática que caracterizó a este territorio desde hace miles de años. De ahí se desprenden las sofisticadas artes culinarias mexicanas cuyas variedades derivadas del maíz (tamales, atole, pozole, tlayudas, enchiladas, sopes, tostadas, memelas, huaraches, chilaquiles, tacos, quesadillas, flautas, chalupas, gorditas y tlacoyos) no se equiparan más que con las del chile (ancho, de árbol, pasilla, cuaresmeño, guajillo, chipotle, serrano, güero, morrón, poblano etc. y etc.) cada cual para un platillo especial. La cocina, que llega a la matriz nacional vía matrices familiares extensas e

La construcción estética del Estado y de la identidad nacional

identidades regionales, configura y hereda a sus descendientes este caudal de sabores y olores, haceres y comeres.

Vale mencionar dos sucesos somáticos con consecuencias significativas en la identidad nacional que por coincidencia ocurrieron en torno a la Escuela Nacional Preparatoria. Ahí estudiaba José Clemente Orozco quien perdió una mano, por poco ambas, cuando le explotó un experimento. Cerca de ahí y años después también ocurrió el accidente que le torturó la vida a Frida Kahlo, también estudiante de esa escuela. Esos dos cuerpos mutilados tuvieron a su modo un tremendo impacto en la expresión de sensibilidades que hoy configuran lo mexicano.

En la soma-escópica, el cuerpo favorito para representar a México en los concursos de *Miss Universo* siempre ha sido de tipo europeo (como Lupita Jones, coronada Miss Universo en 1991 y Ana Berta Lepe, 3er lugar en 1953). La espectacular belleza tarahumara Liliana Domínguez podría ser de cualquier parte del mundo (turca, afgana) en contraste con mujeres de rasgos indígenas que participan en eventos como *La flor más bella del ejido* en Xochimilco. Son el “rostro negado” de piel morena y pómulos altos al que se refiere Bonfil.

Una gran parte de la población mestiza mexicana, que hoy compone el grueso de la población no india, campesina y urbana, difícilmente se distingue, por su apariencia física, de los miembros de cualquier comunidad que reconocemos indiscutiblemente como india: desde el punto de vista étnico, unos y otros son producto de un mestizaje en el que predominan los rasgos de origen mesoamericano. Las diferencias sociales entre “indios” y “mestizos” no obedecen, en consecuencia, a una historia radicalmente distinta de mestizaje. El problema puede verse mejor en otros términos: los mestizos forman el contingente de los indios desindianizados. La desindianización es un proceso diferente al mestizaje (Bonfil, [1987] 1990: 41-42).

Tal desindianización se operó de distintas formas. En el arte, el Ballet Folklórico de Amalia Hernández adaptó en forma literalmente espectacular la riqueza de las danzas vernáculas. Al arrancarlas de su contexto cultural y ritual, diseñó una colorida imagen somática de la identidad mexicana para consumo interno y externo que resultó

La construcción estética del Estado y de la identidad nacional

enormemente exitosa. Premiada con el Premio Nacional y rodeada de gran renombre, se volvió costumbre amenizar los principales eventos y ceremonias oficiales con danzas regionales al estilo de doña Amalia. Sin duda era imposible cerrar los ojos ante ese inmenso caudal somático de la danza autóctona, acústico de la música y escópico de la finísima y original indumentaria que emergía de las tradiciones ceremoniales y comunales entre las diferentes etnias del país.

Escópica nacional

Un hito estratégico de construcción estética de identidad nacional es el Museo Nacional de Antropología e Historia, paradigmático de esta escópica implementada desde el Estado. Guillermo Bonfil interpreta con perfecta puntería el diseño arquitectónico de Ramírez Vázquez, pues reconoce que se trató en efecto de una metáfora visual y espacial del concepto de nación que se quería proyectar:

Las proporciones y la sobriedad de las fachadas, la amplitud de vestíbulo y de la plaza interior, y la elegante magnificencia de los acabados, recuerda de alguna manera las características de algunas ciudades mesoamericanas, pero tratadas aquí de tal forma que el efecto remite también a la disposición de los templos cristianos; una entrada con coro y celosías (el vestíbulo), una gran nave central (el patio) con capillas laterales (las salas de exhibición) que culmina en el altar mayor (la sala mexicana, con la Piedra del Sol en el centro) (Bonfil, [1987] 1990: 90-91).

Interesante concepto de espacio ceremonial mesoamericano-iglesia católica-museo nacionalista que se adapta incluso como hito turístico con su tienda de *souvenirs* y su cafetería. En la mezanine “escondidas por los rincones”, se exhiben las manifestaciones vernáculas del México contemporáneo como las artesanías de cerámica y tejido, el bordado, escultura en madera, los juguetes artesanales, el vidrio soplado, la cartonería, las prendas indígenas como los huaraches, el quechquémitl, el rebozo, el zarape, el huipil y la camisa tojolabal, etc. De hecho, como lo destaca Florescano (2004) “para el Doctor Atl, el conocimiento y la preservación de las artes populares son importantes porque esas creaciones ‘responden a necesidades sociales absolutamente vitales’ para sus productores,

La construcción estética del Estado y de la identidad nacional

porque contienen un valor estético ‘innato y profundo’, y porque sus técnicas, modelos y estilos ‘constituyen realmente una verdadera cultura nacional’ ”. Desde aquí se construye la identidad de los indígenas contemporáneos principalmente como artesanos, hacedores manuales, y en especial como objetos antropológicos distintos al resto de los mexicanos.

Ha llamado mucho la atención la particular escópica de la muerte en las tradiciones mexicanas: las calaveras de azúcar, las ofrendas, los grabados de Posada, las carpetas de papel de China recortado, las alfombras de aserrín pintado, el pan decorado de muerto, la ornamentación de cementerios. Anita Brenner describe con entusiasmo la somato-escópica del ritual de día de muertos con la flor amarilla y áspera al olfato del cempoalxóchitl y las flores aterciopeladas de morado profundo, las banderas, el atole, las calabazas, todo ofrecido a los sentidos de los vivos y a los recuerdos por los muertos:

Hay calaveras en monolitos de lava, en miniaturas de oro y cristal, en máscaras de obsidiana y jade; cráneos esculpidos en muros, moldeados en vasijas, encontrados en pergaminos, dibujados sobre telas; se les encuentra en grifos y con un esqueleto y una ocupación en juegos infantiles; moldeadas en silbatos, alcancías, matracas, campanas, máscaras y joyería; en grabados y aguafuertes, en corridos; en las decoraciones de establecimientos de bebidas; convertidas en velas y entretenimiento... A los niños les reparte calaveras de azúcar, ataúdes de dulce, huesos de chocolate escarchado, tumbas, ofrendas y llamativos entierros (Brenner, ([1929] 2002: 82-83).

Cuando se trata de producir deliberadamente una imagen de identidad nacional, la escópica de las tarjetas postales es elocuente. Se esmeran en describir a México hacia el exterior yuxtaponiendo imágenes de diversas matrices como la religiosa, la artística, la empresarial y la de Estado. Lucen en las postales la biblioteca Juan O’Gorman de Ciudad Universitaria, los “indios” en la obra de Diego Rivera, la Torre Latinoamericana, Teotihuacán y Chichén Itzá, el Palacio de Bellas Artes, el museo de Antropología e Historia, los dibujos en papel amate, Frida Kahlo y sus changuitos, la Catedral Metropolitana, la Villa de Guadalupe, el Palacio Nacional. La escópica artística del Doctor Atl y de José María Velasco, el *Tata Jesucristo* de Goitia, las llorantes de Rodríguez Lozano y la gráfica de José Guadalupe Posada han abrevado también de las fuentes que hoy

identifican a la matriz nacional. Por la contracultura se van agregando a estas imágenes los muñequitos zapatistas de factura indígena, camisetas con el retrato del subcomandante, murales de graffiteros.

Cabe señalar la abundancia de grutas y cenotes de Yucatán, los barrios coloniales de Guanajuato y Zacatecas, los bosques, lagos y cascadas, los volcanes y las selvas, el desierto de Chihuahua y Sonora en suma, la exuberancia del folclore y del paisaje mexicano que caracterizan la matriz nacional por la escópica. La ciudad de México, como referencia escópica de muchos autores, genera imágenes a través de crónicas como las de Luis G. Urbina y de los relatos de Artemio del Valle Arizpe y de Luis González Obregón, el maestro de la crónica urbana, que han sellado de un modo particular la imagen que varias generaciones se han hecho del centro histórico. La Colonia Roma (donde nació) ha sido tema directo o indirecto de numerosos autores (Luis Zapata, José Emilio Pacheco, Carlos Fuentes, Héctor Anaya y William Burroughs) cuyos pasos en la narración se trenzan con los nuestros por la experiencia de haber vivido o pasado por ahí. Todos hablan de la misma ciudad, desde Bernal Díaz del Castillo y Francisco Fernández de Salazar hasta la crónica urbana de Salvador Novo, Julio Scherer, José Revueltas, Hector Aguilar Camín, Gabriel Vargas con *La familia Burrón* y *Jilemón Metralla* y Yolanda Vargas Dulché con *Memín Pinguín*, a los reportajes urbanos de Armando Ramírez, Daniel Manrique y Germán Dehesa donde cada cual aporta piezas del rompecabezas incompletable que iconiza a la ciudad de México.

Santiago Ramírez ([1959] 1977: 173) concluye su libro sobre el mexicano, nada arbitrariamente, con la estética en ambos sentidos: como la condición de una sensibilidad particular y como su materialización o concreción en los registros visuales. El último capítulo trata precisamente de Diego Rivera y José Clemente Orozco. Cita a Xavier Villaurrutia quien habla de la sensibilidad de Diego Rivera por la enfática de “exuberancia”, que corresponde en la somática a su obesidad. Según Ramírez, hemos aprendido a ver México desde los alcatraces de Rivera y de las indias que hacen eco a su nana Antonia. El mural de Palacio Nacional expresa la identidad mexicana como desbordamiento de héroes y pactos, fusiles y cuerpos casi sin espacios libres ni horizontes en lontananza en su avasalladora prodigalidad escópica.

La construcción estética del Estado y de la identidad nacional

Pero no hay como el Zócalo capitalino como máximo hito en este registro de la matriz nacional. Ahí convergen escópicamente las cuatro matrices que han incidido con mayor vigor en la configuración de la matriz nacional. Al norte, los restos del Templo Mayor y, junto a éste, la Catedral Metropolitana como símbolos de la matriz religiosa en relación agonística. Al oriente, el Palacio Nacional, símbolo de la matriz de Estado y su relación igualmente agonística como residencia sucesiva de Moctezuma y Cortés, de los virreyes y presidentes. El juego agonístico no se suspende en el presente; al contrario, se simboliza perfectamente por el estatismo masivo y monumental del edificio –en contraste con la precariedad de los tendales de grupos en protesta que convergen hacia la plaza–. Al poniente, el Monte de Piedad, las elegantes joyerías y distinguidos hoteles relacionados con la matriz comercial y turística, también competencia con el comercio informal de los vendedores ambulantes en metástasis sobre las banquetas de enfrente y por la calle de Moneda, Corregidora y Correo Mayor. A distintas horas del día se proyectan sobre el Zócalo las sombras de todas estas matrices, perfecta metáfora del sentido aglutinante de la matriz nacional desde el sueño de los emigrados de Aztlán de la tierra prometida y su fundación por Cuauhtlequetzqui.

MODALIDADES DE LA DRAMÁTICA NACIONAL

Cada cultura tiene su escala de pudor y de brío, de destreza y torpeza, de pusilanimidad o de fortaleza, y a estas escalas, y a sus matices, es a lo que suele designarse por “carácter nacional”. Ese “carácter” pudiera vincularse a cierta sensibilidad conformada por generaciones para abrirse de distintos modos hacia cosas diferentes y cerrarse a otras en su afán de sobrevivencia y permanencia. Tales características no son inatas o inherentes al ser humano, pues se producen desde el contexto social por diversos mecanismos a partir de la inculcación deliberada en sentido vertical (de padres a hijos, maestros a alumnos, autoridades a súbditos) hasta el contagio involuntario en sentido horizontal (entre amigos, colegas y vecinos). A continuación exploraremos, siguiendo el marco de referencia de las modalidades dramáticas, algunas manifestaciones captadas por estudiosos en el tema.

Proxémica nacional

México significa, según Gutierre Tibón, el lugar del ombligo de la luna (“metl” luna, “xi” ombligo, “co” lugar) aunque hay quienes lo traducen como el ombligo del maguey (“metl” es maguey). Sea maguey o sea la luna, sea melón o sea sandía, vivimos en una cultura francamente uterina. En este sentido, es interesante el contraste que hace Santiago Ramírez entre la madre mexicana y la norteamericana expresada metafóricamente en el contraste entre el tianguis y el supermercado, y que alude básicamente a una diferencia en la proxémica.

La mujer norteamericana trata de suplir el calor, la cordialidad y la ternura con conceptos higiénicos [...] En la mujer mexicana es justamente a la inversa: las consideraciones higiénicas y de horario entre la madre y el hijo, no son tomadas en cuenta, la cercanía con la madre es inmediata y sostenida... en el tianguis hay “marchantas” a través de las cuales el mexicano reedita una íntima y cálida réplica de la primitiva con su madre. Hemos dicho que el tianguis es al supermercado lo que el pecho a la botella en la edad infantil (Ramírez [1959] 1977:116, 134, 138).

El autor se refiere a una proxémica maternal excesivamente corta y con lo paternal tan larga que genera el “círculo enfermizo que hace que la familia del mexicano sea de carácter uterino, con una madre asexuada y un padre ausente” o “el exceso de madre, la ausencia de padre y la abundancia de hermanos”. Ese desequilibrio se expresa en la léxica por la variedad de sintagmas como “de poca madre”, “desmadre”, “madrazo”, “en la madre”, “pura madre”, “valemadrismo” y “a toda madre” con la única alusión al padre: “padrísimo”.

Si la proxémica del mexicano con la madre es corta, con el mundo parece ser sumamente larga y se expresa típicamente en la desconfianza que Ramos define “como una forma a priori de su sensibilidad”. Tal suspicacia lo mantiene a distancia del mundo: “Su desconfianza no se circunscribe al género humano; se extiende a cuanto existe y sucede. Si es comerciante no cree en los negocios; si es profesional, no cree en su profesión; si es político no cree en la política. El mexicano considera que las ideas no tienen sentido y las

llama despectivamente ‘teorías’; juzga inútil el conocimiento de los principios científicos...” También ha cancelado el futuro, por ello funciona más por instinto que por reflexión. “Una nota íntimamente relacionada con la desconfianza es la susceptibilidad. El desconfiado está siempre temeroso de todo, y vive alerta, presto a la defensiva. Recela de cualquier gesto, de cualquier movimiento, de cualquier palabra. Todo lo interpreta como una ofensa” (Ramos [1934] 1987: 54-56).

Y así para México, “tan lejos de Dios y tan cerca de los Estados Unidos” como decía Siqueiros, esta otra proxémica ha sido tanto una maldición como una tentación del demonio. El abismo cultural y social entre un territorio que recibió al conquistador desde una civilización indígena imperial consolidada y altamente estratificada, colonizada por españoles de religión católica en una nunca lograda aleación del indio y el español, respecto a su vecino líder del capitalismo, predominantemente anglosajón, protestante y constituido por inmigrantes de todo el mundo, es inmenso.¹⁰ Tal distancia en proxémica se incrementa todavía más por la diferencia lingüística, un río mucho más caudaloso que el río Bravo y considerablemente más bravo, a pesar de los mexicanos migrantes que se ha tragado. El río del lenguaje corre por el cauce de una cultura radicalmente disímil, pues cada idioma entraña una sensibilidad muy diferente al realizar cortes distintos a la percepción y al pensamiento.

La proxémica larga que considera a los habitantes del sur como más atrasados que los del norte (no sólo en América sino en Europa y África) les impone a unos el provincialismo etnocéntrico y en ciertos casos xenofóbico y a otros el pernicioso oxímoron del chauvinismo malinchista que mezcla al resentimiento con el deseo y a la antipatía con la admiración. En el ejercicio cotidiano cabe considerar además, como lo señala Hall (1988) que en el país vecino se practica una proxémica corta y directa en el trabajo, aunque más larga en el ocio mientras que, por razones ancestrales, la proxémica del mexicano es larga, protocolar y sinuosa en el trabajo, pero exactamente lo opuesto en el ocio pues permite una enorme accesibilidad a su territorio personal demostrada por la presteza en invitar a extraños a su casa, la convivencia de familias extensas en espacios reducidos y

¹⁰ Es impresionante el dato que da Ramírez (1977: 98, tomado de Durán, 1955): “En el curso de 11 años (1821-1932) los Estados Unidos recibieron 34 244 000 inmigrantes; en el mismo lapso México recibió 226 000.”

La construcción estética del Estado y de la identidad nacional

hermanarse sentimentalmente con cualquiera tras compartir un par de tragos de tequila, pulque o mezcal.

La proxémica corta con el consenso y la cortesía, larga con el disenso y la crítica, corta con la manufactura y larga con la tecnología, corta con el pasado y larga con el futuro, corta con la emoción y larga con la razón, corta con la Guadalupe y larga con la Malintzin, corta con la muerte y larga con un proyecto de vida, corta con la madre y larga respecto al padre teje la cuerda maciza en que se columpian las identidades nacionales.

Cinética nacional

Es imposible no mencionar en este rubro el concepto de “egiptismo” con el que Samuel Ramos califica al mexicano para referirse a su inmovilidad, pasividad, inmutabilidad. Este curioso término denota la cinética estática, particularmente en el registro escópico, pero también el somático, que Ramos ([1934] 1987: 34-35) encuentra en el arte indígena mexicano cuando afirma que “en la escultura abundan las masas pesadas, que dan la sensación de lo inconmovible y estático. En vez de que las formas artísticas infundan a la piedra algo de movilidad, parecen aumentar su pesantez inorgánica. La expresión del arte de la meseta mexicana es la rigidez de la muerte, como si la dureza de la piedra hubiera vencido la fluidez de la vida.”

Concluye que “si el indio mexicano parece inasimilable a la civilización, no es porque sea inferior a ella, sino *distinto* de ella. [...] Lo nuevo nos interesa solamente cuando es superficial como la moda. Para la edad que tiene México, ha cambiado muy poco.” Pero, ¿qué parámetro tiene Ramos para medir cuánto ha cambiado México? Tomemos como signo indicial a la ciudad de México: la Colonia arrasó con toda huella de la gran Tenochtitlan en el siglo XVI (en contraste con ciudades como Tallin, Jerusalén y muchas otras que mantienen secciones urbanas del siglo XII o anteriores) utilizando las mismas piedras de las pirámides y palacios aztecas para construir mansiones e iglesias coloniales. El cambio fue brutal. Más vertiginosa fue incluso la erección de la ciudad de Tenochtitlan, fundada de la nada apenas 200 años antes. Además de los hitos simbólicos alrededor del Zócalo capitalino y del Museo del Templo Mayor, ha sido un esfuerzo perpetuo y a muerte del Instituto Nacional de Antropología e Historia por preservar el

La construcción estética del Estado y de la identidad nacional

patrimonio histórico y arquitectónico de la ciudad frente al embate de una modernización predatora. En la ciudad de México, a diferencia de muchas ciudades europeas, se destruye un día sí y otro también una vecindad, una manzana o barrio con arquitectura de época en estado rescatable, para sustituirlos con edificios estándar por la voraz especulación financiera sobre el suelo. Se podría decir que tal movilidad arquitectónica y urbana es, incluso, exagerada y mal muy planeada, pues no da respuesta ponderada a la vertiginosa movilidad demográfica del campo a la ciudad.

Bartra coincide con Ramos cuando subraya el estatismo del mexicano en otros aspectos. Para el autor, hay algo que detiene el proceso de maduración del mexicano y para describirlo utiliza la metáfora del ajolote que nunca llega a convertirse en salamandra al estancarse en un estado larvario en el cual logra, sin embargo, reproducirse, proceso que se denomina “neotenia”.

Hay quien traduce la palabra nahua axólotl como “juego de agua”, y es evidente que su misteriosa naturaleza dual (larva/salamandra) y su potencial reprimido de metamorfosis son elementos que permiten que este curioso animal pueda ser usado como una figura para representar el carácter nacional mexicano y las estructuras de mediación política que oculta (Bartra, 1987: 23).

En esta cinética estática a la que se refiere Bartra, la criatura conserva las branquias de su estado acuático para no metamorfosearse en anfibio terrestre con pulmones, es decir, en salamandra (figura metafórica de adaptación al progreso occidental capitalista). Tal retención de características larvarias se explica por el ambiente tibio y húmedo en que vive, pero que logra transformarse en salamandra tigre al ser transplantado a un clima templado y seco. Quizá pudiésemos aplicar aquí algunas de las ideas de Ramírez y explicar que cuando el mexicano vence la fluxión centrípeta de la familia, principalmente la prolongada proxémica corta con la madre (húmeda en lágrimas y cálida en mimos, como el lago de los ajolotes en Xochimilco) y habitar en países allende el la frontera norte (templados y secos en ausencia de progenitora), genera prole que se transforma milagrosamente en salamandra tigre, como la de los ajolotes mexicanos llevados a París en 1864 que menciona Bartra (1987: 142-43). La renuencia hacia la metamorfosis que permita pasar del bioma acuático

La construcción estética del Estado y de la identidad nacional

al terrestre podría deberse también a su visión cíclica del tiempo (expresada en el mito de los cinco soles y otras manifestaciones culturales). Quizás explique su escepticismo a abrazar ciegamente la ideología del progreso lineal de la cultura occidental y mantener las branquias con el fin de sobrevivir en el agua ante cualquier eventualidad.¹¹ El indígena mantiene su ritmo pausado, pues el compás de la tierra es lento y no cambia así como así. Ya lo decía Kalimán: "Serenidad y paciencia, mucha paciencia."

Sin embargo, quepa señalar que el proletariado, los subempleados y la burguesía mexicana son sumamente dinámicos como lo exigen estos tiempos de 100 millones de bits por segundo; absorben a gran velocidad los cambios tecnológicos, modas y estilos de vida particularmente norteamericanos, aunque de manera superficial como lo señaló Ramos (un ejemplo es la recaudación fiscal que ahí es efectiva). Valga reconocer el dinamismo que exhiben los habitantes más desiguales de la ciudad para ganarse la vida en los semáforos y periféricos atascados vendiendo lo que sea (acordeones, percheros, apuntadores láser, algodones de azúcar, peluches), inventando chácharas o pregonando en el metro sus "se va a llevar, se va a llevar" de sus surtidos musicales domésticos y clandestinos. Agua en una botella de plástico basta para lavar vertiginosamente parabrisas en los semáforos, una bicicleta y algo de herrería para generar transporte ecológico sustentable entre vecinos, un bracero y un foquito para instalar un puesto nocturno de quesadillas. La cinética estancada corresponde menos al pueblo que al Estado en su torpeza de inscribir economías informales en la legalidad y utilizar recursos para la distribución equitativa de beneficios y responsabilidades. Ahí está el dramático testimonio de la cinética dinámica de los migrantes que arriesgan su vida por mejorar la de sus familias y que les envían periódicamente la mayor parte de sus ingresos al grado de convertir a México en el primer país del mundo en capacitación de remesas, con más de 15 000 millones de dólares anuales.¹² Orgullo de sus familias, vergüenza para el país que los expulsa.

Enfática nacional

¹¹ Este contraste entre una visión occidental abierta de la historia y una visión recurrente de origen o corte oriental la explica nítidamente Bolívar Echeverría (2001).

¹² <<http://www.esmas.com/noticierostelevisa/mexico/406819.html>>, 26/04/2006.

En esta modalidad examinaremos algunos de los aspectos que intelectuales mexicanos eligieron destacar al tratar el tema de la identidad nacional. Alfonso Reyes, por ejemplo, acentúa la hipocresía, el descastamiento y el cinismo, Caso la imitación y Ramón López Velarde, la religiosidad y el amor. Uranga ([1952] 1990: 123-136, 31) subraya la accidentalidad y fragilidad en contraste con la “jactanciosa sustancialidad del europeo”. También, para Uranga, la sensibilidad melancólica del mexicano está siempre en zozobra, “en la desgana hay un asco por el sentido de las cosas, por las significaciones ahí presentes”. La interpreta como una sensibilidad susceptible a la dignidad, como la española lo es al honor.

Con actitud implacable Samuel Ramos en *El perfil del hombre y la cultura en México* y medio siglo después Ikram Antaki (con el seudónimo de “Polibio de Arcadia”) en *El pueblo que no quería crecer* desgajan algunas de estas características en el contexto mexicano. Antaki enfatiza formas de sensibilidad que transmiten el desprecio por el razonamiento, la compulsión de mostrarse inofensivo, el terror a la crítica, la obsesión por complacer a los otros, el sentimentalismo lacrimógeno familiar, el resentimiento ante la inteligencia, mucha tolerancia al abuso, la necesidad de mantener la conformidad de todos, la pusilanimidad de la propia opinión, la sospecha ante la diferencia e incluso la legitimidad de violar la ley.

Para Ramos el rasgo característico del mexicano es el complejo de inferioridad. Añade opiniones de extranjeros sobre el atraso y la barbarie de México, con lo que se genera el sentimiento de inferioridad del mexicano que tiende a disimular, encubrir o falsificar la realidad mediante la imitación de modelos europeos. “Pero apenas se revela este valor [el de la cultura europea] a la conciencia mexicana, la realidad ambiente, por un juicio de comparación, resulta despreciada, y el individuo experimenta un sentimiento de inferioridad. Entonces la imitación aparece como un mecanismo psicológico de defensa, que, al crear una apariencia de cultura, nos libera de aquel sentimiento deprimente” ([1934]1987: 22).¹³ Realiza una tomografía a las entrañas de la ideología colonialista.

¹³ Esa imitación es la que tanto irrita a Antonio Caso ([1924] 2002: 52-51) y que sin duda incidió en la propuesta muralista como una búsqueda de identidad artística nacional. No olvidemos, sin embargo, que a mediados del XIX, parte de Europa imitó los modelos independentistas y nacionalistas que se generaron en América a finales del XVIII y a principios del XIX. En la actualidad, muchas mujeres europeas y asiáticas disfrutan las telenovelas mexicanas no sólo como género artístico popular sino para imitar formas de vestir y de vivir o de actuar. El espectacular éxito de *Rosa Salvaje* y de *Mirada de mujer* en el planeta es digno de

La construcción estética del Estado y de la identidad nacional

La matriz familiar, matriz de matrices, está sin duda en el origen del carácter, la vitalidad y el brío del individuo y del colectivo. En su riguroso trabajo de psicología transcultural, Rogelio Díaz-Guerrero (1967) y Díaz-Guerrero y Szalay (1993) demuestran cómo, en la sociedad mexicana, el mayor énfasis se pone en la familia (así sea uniparental) especialmente en la madre como valor supremo. Tras realizar encuestas comparativas interculturales Díaz-Guerrero corrobora el escaso valor que en México se atribuye al individuo mientras que el máximo se otorga a la familia, sin duda la matriz dominante que detenta autoridad social. De los resultados más sobresalientes en la aplicación del método Análisis Asociativo de Grupo AAG y sus histogramas circulares (que Díaz-Guerrero y Szalay denominan “semantógrafos”,¹⁴ 1993: 285-306) está el hecho de que “para los mexicanos, la madre es una figura mejor, más poderosa, más activa, más significativa, su familiaridad con el concepto es mayor y su acuerdo sobre el significado del mismo es más grande que para los estadounidenses ¡Aplastantes diferencias, en verdad!” (1993: 56-58). En contraste, la figura del padre tiene comparativamente mucha menor relación con la familia que entre los estadounidenses.

Más turbadores son los resultados del diferencial semántico alrededor del estímulo “yo”, pues se encontró en un estudio comparativo realizado en 20 países que los adolescentes mexicanos de varias clases sociales en México tienen al sentido afectivo del yo en penúltimo lugar, por debajo de otros puntos como la simpatía, la familia, el pariente, el extranjero, y apenas por encima del enemigo, el refugiado, la caridad, el extraño, gitano y huérfano (Díaz-Guerrero, 1990: 195-241). En términos del grado de fuerza del yo, en este estudio los mexicanos ocupan el 17º lugar (siguen los mysoríes, tailandeses y finlandeses cuya autodevaluación se asocia al alcohol y a la violencia bajo sus efectos) pues se perciben a sí mismos “como poseedores de un yo apagado, casi muerto, aunque en realidad se trata

reflexionarse desde la perspectiva de las identidades, particularmente por el hecho de que una manifestación tan absolutamente local como es la telenovela adquiriera ese grado de globalidad. Prueba del fracaso del ideal del mestizaje está aquí mismo, en las telenovelas de exportación, que proyectan la imagen de México al extranjero de forma involuntariamente fidedigna a la realidad: niegan, capítulo a capítulo, la realidad del mestizaje mostrando a la familia, siempre criolla, de los protagonistas a quien le sirven devotamente la comida sus sirvientes mestizos e indígenas.

¹⁴ Me parece que hubo una errata, respecto al método que denominan “semantógrafo” cuando escriben que “La barra negra muestra lo sobresaliente para los estadounidenses la barra blanca indica lo sobresaliente para los mexicanos, y las porciones traslapadas expresan su relativa concordancia” (Díaz-Guerrero y Szalay 1993: 37). Todo indica que es al revés, negro para los mexicanos, blanco para los norteamericanos, pues los anexos del final lo confirman.

de un yo medianamente dinámico, pero cuya actividad es impotente y de muy pobre valor”. En consecuencia el autor propone empezar a trabajar con las madres mexicanas para combatir el apocamiento y generar nuevas formas de interacción.

En la producción social de sensibilidades, hay un gesto que siempre me ha inquietado pues expresa, como célula viva en portaobjetos de microscopio, un aspecto medular de este problema: cuando un niño mexicano juega inocente y traviesamente en un lugar público, la madre, al sentirse observada por un extraño, aparenta regañar al niño frente al testigo para salvar su imagen, no se vaya a pensar que no lo controla. El gesto en sí parece inofensivo y banal, excepto por sus implicaciones: humillar al niño ante un extraño y traicionarlo, demostrar una actitud servil, simular (que se regaña), hacer sentir al niño que es un estorbo, manejar actitudes ambivalentes, no reconocer la naturalidad del juego infantil e imponerle una actitud pasiva ante el mundo. Es quizá proyección sintomática de la auto-devaluación de la madre por el abandono y el sexismo cultural.

Para Ramírez ([1959] 1977: 49): “el mestizaje en nuestro país, siempre, salvo rarísimas excepciones, se encontró constituido por uniones de varones españoles con mujeres indígenas. La unión de estas mujeres con hombres españoles fue una transculturación hondamente dramática [...] su unión la llevaba a cabo traicionando su cultura original.” Este proceso de devaluación por el síndrome malinche se continúa en la matriz escolar por la violencia estética dirigida a la sensibilidad del menor al someterlo a humillaciones, actitudes agresivas y regaños de maestras que privilegian la sumisión sobre el aprendizaje y que van moldeando las subjetividades hacia la docilidad. Al tratarse de un problema cultural, además de educacional, el punto de partida es la matriz familiar y su extensión es la escolar.

No es fácil juzgar en qué medida los resultados de estos estudios proveen la prueba empírica a las intuiciones o inducciones de Ramos, o bien son malinterpretaciones de aplicar erróneamente una perspectiva occidentalista.¹⁵ Por ello, habría que tomar en cuenta que en la civilización mesoamericana el papel del individuo no adquiere la importancia que ha tenido en la occidental desde su herencia judeo-helénica, pues se orienta más hacia la

¹⁵ En una encuesta comparativa con los colombianos y norteamericanos sobre la imagen de los mexicano-estadounidenses, es muy significativo que los mexicanos fueran los únicos en asociar a sus conacionales a categorías como “malo”, “tonto” “dependiente” (Díaz-Guerrero y Szalay, 1993: 186-89).

La construcción estética del Estado y de la identidad nacional

comunidad y la familia en una perspectiva más grupal y menos individualista (como la *uma* islámica).¹⁶ Podemos hablar entonces de una sensibilidad cultural más gregaria, como lo asumen los estudios de Marin y Triandis (1984, citados por Díaz-Guerrero) quienes explican esta tendencia de los hispanos y los latinos a ser de mente aloécéntrica por contraste con los no latinos entre quienes predomina el individualismo e idiocentrismo. Hay que destacar también el paradigma tan distinto a la cultura occidental en la concepción de cargos civiles, religiosos y jurídicos de comunidades indígenas –como el de los mayordomos (quienes transmiten tradiciones), topiles (encargados de mensajes), tekitajtoanis (encargados de dirigir faenas), tiopa mayor (encargado de la iglesia), regidor (obras públicas), caporal (enseña danza), teniente de danza, juez, policía fiscal, comandante– que se sustentan en la familia extensa y que se ejercen en barrios tradicionales de Xochimilco e Iztapalapa, así como entre los nahuatl y totonacos de la Sierra Norte de Puebla.¹⁷

Para cada grupo social varía la énfasis sobre aquello que se tolera, se condena, se estimula, admira o reprime, y la soberbia es un valor muy despreciado en culturas indígenas, como podrá comprobarse tanto por las prácticas actuales como en la instrucción a los jóvenes en textos de los informantes del siglo XVI. Lamentablemente en el roce de las capas tectónicas de ambas civilizaciones, Occidente ha abusado de esta característica.

Fluxión nacional

En perfecta inversión especular entre la economía y la política, la fluxión de México es centrífuga en su mano de obra y centrípeta en su política exterior bajo la tozuda política mexicana del principio de no intervención) en contraste con su vecino del norte centrífugo geográfica, económica y militarmente en su política exterior, pero centrípeta en consumo de recursos energéticos, bienes, materiales y fuerzas laborales. Algo semejante ocurre con el narcotráfico donde México es señalado por su fluxión centrífuga en la exportación de estupefacientes al tiempo que se omite la fluxión centrípeta del consumo norteamericano que la complementa y la atiza.

¹⁶ Ramos (1934] 1987: 29-31) lo sabe muy bien cuando reflexiona sobre el individualismo español.

¹⁷ <http://www.redindigena.net/takachualis/indice/doc1.html> 28/11/2005

La construcción estética del Estado y de la identidad nacional

En los albores de la reflexión identitaria nacional, Ezequiel Chávez enfoca por la sensibilidad su análisis del mexicano y precisamente a través de esta modalidad, pues contrasta la fluxión centrífuga (en nuestros términos) del “mestizo vulgar” o “pelado” a la centrípeta del “indio”.

Si la sensibilidad de éste [el indígena] es inerte, estática, la del mestizo es invasora, dinámica; si la del sucesor de los Motecuhzomas es sorda, centrípeta y a menudo yace en estado virtual, la del individuo a quien despectivamente llamamos el pelado de México es exterior, centrífuga y expansiva; si el indio jamás o casi nunca procede por súbitas reacciones, si su emotividad está formada por pasiones que estallan aparentemente en frío, por lo contrario en el “mestizo vulgar” es siempre o casi siempre impulsiva, ardorosa y fugaz... (Chávez [1901] 2002: 41)

De este carácter interno y centrípeta de la sensibilidad indígena se desprende una resultante inesperada: en tanto que todas las razas inferiores son impulsivas, en tanto que en ellas la reacción sucede inmediatamente a la excitación, originando así numerosos delitos, el indio es una excepción en la América toda; no es impulsivo, no reacciona con la celeridad del rayo: su sensibilidad tiene carácter inerte y como pasivo estático: a veces la conmoción que experimenta queda sin respuesta, otras veces se aplaza largo tiempo, produciendo así siniestros rencores que hacen decir que el indio nunca olvida (Chávez [1901] 2002: 39).

También a Jorge Portilla (1962) pareció interesarle el doble movimiento que cae bajo esta modalidad en *Fenomenología del relajo*. Me refiero a sus estereotipos del “relajiento” y el “apretado” ya que, para Portilla, “el instrumento que usa el mexicano para destruir la tabla de valores es el relajo”. El relajo no es el *relax* pasivo estilo norteamericano sino la intensa actividad de “echar relajo” que implica perder la seriedad y negar el valor.¹⁸ Para echar relajo se requiere compañía, por lo que el relajiento abre la fluxión al desacralizar, ningunear o chotear, mientras el apretado se toma todas las cosas

¹⁸ Citado en Oriol y Vargas (1993: 156). El caso que ilustra su tesis fue el secuestro de las instalaciones de la UNAM por un grupo de estudiantes y fósiles que paralizó la vida universitaria durante nueve meses entre 1999-2000. Alternaron la fluxión centrífuga del relajo con la centrípeta del secuestro e incluso al maltrato físico y abuso a profesores y compañeros. Su logro fue vaciar, gota a gota, la legitimidad política de la protesta estudiantil que heredaron del movimiento de 1968 al justificar la presencia del ejército en el campus.

muy en serio, es el denso y pariente del pedante al que Ramos ([1934] 1987:129-131) también le dedicó egregias palabras:

El pedante usa una expresión afectada, aun cuando no toda afectación del lenguaje es pedantesca. Lo es solamente aquella que revela una cierta intención: la de hacer gala del talento, de la sabiduría o la erudición. El pedante aprovecha toda ocasión para exhibir ante grandes o pequeños auditorios sus prodigiosas cualidades. A decir verdad, una de las características de la auténtica pedantería es la inoportunidad, pues sus más conspicuos representantes son precisamente aquellos sujetos que siempre desentonan, que sientan cátedra en todas partes.

Pero pedantes hay en todos lados; no parece ser una cualidad particularmente propia de la identidad mexicana aunque sí de varios de sus intelectuales (personificados por el “Armando Hoyos” de Eugenio Derbez) al estar relacionada al apocamiento, pues según Ramos “es un disfraz, una máscara de la que se reviste el sujeto para ocultar algo, y ese algo es su déficit intelectual”.

Ya mencioné, a propósito de la metáfora del ajolote propuesta por Bartra y las conclusiones de Ramírez y Díaz-Guerrero, la singular fuerza centrípeta de la familia mexicana que mantiene una adherencia en ocasiones francamente enfermiza.¹⁹ Por eso quizá conserva las branquias de su estado larvario como “hijo de familia” incluso después de contraer nupcias y engendrar hijos. Tal tendencia puede bloquear el impulso natural de un joven por conocer el mundo y medir sus fuerzas, generando así una sensibilidad centrípeta y en sus extremos, pusilánime. Esta fluxión centrípeta familiar se opone a y se complementa con la fluxión centrífuga del macho mexicano que abandona a la mujer en cuanto se entera de que está preñada, condición que la mujer utiliza a la inversa para retener al proveedor potencial: la expulsividad del macho se expresa en su numerosa prole que crece sin padre y con el rencor implosivo de la madre.

La fluxión de la cerrazón y el hermetismo, incluso de hieratismo que señala Paz ([1950] 1976: 33-35) en el “carácter ‘cerrado’ de nuestras reacciones frente al mundo o

¹⁹ En los programas de *Big Brother* de Televisa y *La Academia* de Televisión Azteca, se vio a los participantes, todos adultos entre 20 y 40 años, abrir muy bien las branquias ante las cámaras para llorar copiosamente al oír la voz de su mamá al teléfono.

La construcción estética del Estado y de la identidad nacional

frente a nuestros semejantes” –porque abrirse es “rajarse”, afeminarse, ser violado– se afloja con el alcohol y la multitud reunida al estallido y el júbilo de la fiesta gritando “¡viva México cabrones!” y “¡ajúa!”. A eso se refiere Ramos ([1934] 1987: 53) cuando afirma que “para corroborar que la nacionalidad crea también por sí un sentimiento de menor valía se puede anotar la susceptibilidad de sus sentimientos patrióticos y su expresión inflada de palabras y gritos”. Quepa concluir con el diagnóstico fluxional de Paz ([1950] 1976: 58):

Oscilamos entre la entrega y la reserva, entre el grito y el silencio, entre la fiesta y el velorio, sin entregarnos jamás. Nuestra impasibilidad recubre la vida con la máscara de la muerte; nuestro grito desgarrar esa máscara y sube al cielo hasta distenderse, romperse y caer como derrota y silencio. Por ambos caminos el mexicano se cierra al mundo: a la vida y a la muerte.

5. LA PERPETUA CONQUISTA DE MÉXICO: COLISIÓN Y AMALGAMA DE SENSIBILIDADES

La matriz de Estado construye su versión de la identidad nacional a través del conjunto oficializado y estetizado de relatos acerca de un pasado supuestamente común a todos los habitantes de un territorio que se proyecta sobre el presente para legitimar ciertas identidades personales (los héroes de la patria, las víctimas, mártires y paladines) y colectivas (nosotros, la nación, el pueblo), desprestigiar otras (ellos, los traidores, los invasores, los extranjeros) e ignorar otras más (comunidades étnicas y culturales minoritarias, los ciudadanos no célebres). Además de realizar una labor metonímica al basarse en documentos parciales y carecer del contexto en la interpretación de los hechos, la Historia constituye un horizonte intersubjetivo a partir de lo que recoge por los diversos ámbitos de la realidad social, sean políticos, militares, familiares, religiosos o escolares.¹ No por ello relativiza su horizonte, pues existen hechos incontrovertibles como, en el caso que nos ocupa, el arribo de españoles a América, la brutal disminución de la población indígena, la destrucción de ciudades y la convulsión de una civilización entera. Observar a la historia como lo hiciera el personaje de la película *Blow up* de Antonioni a la imagen detrás de los arbustos es el privilegio de los historiadores. En términos de la teoría de las funciones lingüísticas de Jakobson (1963), se puede decir que su oficio consiste en aplicar la función referencial del lenguaje como dominante, con un marco metalingüístico que haga explícito cómo se obtuvo la información y qué significa, ejercer la función conativa al seleccionar e inquirir sobre los hechos pertinentes para obligarlos a responder, y mantener un adecuado funcionamiento fático entre informantes y compiladores. Sin embargo, por más ecuanimidad que se intente, no se puede ignorar la función expresiva, pues el sujeto de

¹ En la versión introductoria al concepto de prosaica (1994) no tenía clara la distinción entre matrices y dimensiones, por lo que tomé erróneamente a la historia y a la política como matrices. En el tomo II (2006b) elaboré con mayor precisión el concepto de matices en tanto conjunto de prácticas sociales distintivas con sus convenciones y regulaciones no siempre explícitas. En cambio, la historia, como la política, la economía, la estética o la semiótica son dimensiones que atraviesan todas las matrices, pues en cada cual se ejercen juegos de poder y de fascinación, intercambio de bienes y de signos. La dimensión histórica, en tanto memoria construida discursivamente, se despliega en la matriz familiar como genealogía y trayectoria de una familia, en la médica como memoria de casos y consecuencias, en la jurídica como jurisprudencia, etcétera.

la enunciación reacciona ante el sujeto del enunciado al exudar dramática por su discurso. Tampoco se puede ignorar la forma o el estilo en que la enuncia, es decir, cómo ejerce la función estética y qué efectos de seducción o repulsión genera.

A través de la narración, la historia no sólo se reconstruye; también se instituye como verdad y se sustituye por versiones más convenientes a un proyecto ideológico. Tal fue el caso de Tlacaelel quien inventa una historia y una identidad para la nación azteca en el acto de destruir las anteriores, y como después lo hizo Diego de Landa al escribir *Relación de las Cosas de Yucatán* al tiempo de quemar los códices mayas. Se elabora así un árbol genealógico al integrar relatos y eventos colectivos como propios de esa identidad que no sólo altera mental sino genéticamente a una población –otra vez como Tlacaelel alteró también el árbol genealógico de los líderes aztecas cuando les ordena desposarse con los nobles toltecas para enaltecer la estirpe, y como ocurrió después por el mestizaje entre conquistadores y conquistados–. Como no se basa sólo en hechos sino en interpretaciones, la Historia requiere de plausibilidad y legitimidad para sostenerse, condona olvidos e impone borrones y alteraciones en pos de una apariencia de orden, coherencia, neutralidad y factualidad.

No por ser épica deja la historia de tener un peso concreto en la vida cotidiana de cada persona, quien ha llegado a ser lo que es en buena parte por acontecimientos históricos que le precedieron. Los muertos de la historia son efectivamente sus muertos que viven o no en nosotros, y las víctimas son siempre sus sacrificados irrecuperables, aunque los héroes podrían haber sido villanos según el desenlace y quiénes interpreten sus hazañas. En el contexto mexicano no hubo hecho histórico más impactante que la conquista de México no sólo sobre la sensibilidad del mesoamericano sino también del conquistador. El encuentro entre Cortés y Moctezuma estuvo saturado de enunciados estéticos al grado de que sus ecos resuenan hasta en las generaciones actuales de mexicanos, pues todavía hoy, quinientos años después, un fantasma recorre México: el fantasma de esa derrota. Podemos reconocer nítidamente estrategias estéticas desplegadas entre aztecas y españoles que fueron tan determinantes en el desarrollo de tales acontecimientos como los factores bélicos, ideológicos, económicos, religiosos, tecnológicos y políticos, y sin embargo han sido inexplicablemente ignoradas. Vamos por tanto a enfocar los procesos de estesis y sus efectos en la sensibilidad de los involucrados particularmente en los primeros momentos

del encuentro entre los dos enunciadores clave, Moctezuma y Cortés, justo cuando cada cual lucha por establecer en sus propios términos una identidad no sólo personal, como líderes, sino colectiva de los pueblos que representan.

REGISTROS DE LA RETÓRICA EN LA CONQUISTA DE MÉXICO

Por la importancia que tuvo la conquista de México para sus testigos y protagonistas, así como para sus descendientes, la retórica se derramó copiosamente por todos los registros hasta empaparnos hoy día. Tzvetan Todorov ([1982], 2005) recoge testimonios que nos llegan de esa invasión con el fin de hacer un recorrido semiótico acerca del papel que tuvieron los signos y símbolos en la Conquista y la relación diferencial que con ellos establecieron Colón, Cortés y Moctezuma principalmente. Apasionante tema en verdad, pues si Cortés tuvo un arma invaluable para la conquista, ésa fue sin duda del orden de la semiótica. Pero como la semiosis se vuelve estesis y la antecede a modo de una cinta Moebius, Todorov termina (o empieza) por observar la sensibilidad de los actuantes y enunciadores tal como se expresa a través de sus relatos y conductas.² Y es que los hechos históricos involucran y configuran sensibilidades, por ello atañen directamente a la estética. Eso lo asume el autor de manera tácita y dando un rodeo cuando centra su indagación de *La conquista de América* en “el problema del otro” o mejor dicho, por la pregunta sobre la alteridad. Pero para atestiguar toda alteridad es imprescindible la sensibilidad abierta, pues la otredad es una subjetividad otra, cuerpo incluido, que se nos presenta con mayor nitidez cuanto mayor es la apertura o receptividad hacia la co-subjetividad e hibridación. En este sentido, los grados de apertura y cerrazón en los actores y cronistas de este episodio son muy diversos, como diverso es el objeto que estimula su interés: desde la relativa indiferencia a la humanidad o singularidad de los indígenas por Juan Ginés de Sepúlveda, Tomás Ortiz, Diego de Landa, López de Gómara, Pedro de Alvarado, incluso Cristóbal Colón, y a la de los españoles por Moctezuma (quien en vez de ver a los hombres se empeñó en ver a los dioses) hasta quienes se abren a la subjetividad del otro en diferentes grados y por distintas razones como Álvaro Núñez Cabeza de Vaca, Hernán Cortés, Fray Bartolomé de Las Casas, Bernal Díaz del Castillo, Diego Durán y Bernardino Sahagún para

²Sobre la semiótica que conduce y se trueca en estética como en una cinta Moebius véase Mandoki, (2004b).

llegar a los extremos en que se metamorfosean parcial o totalmente en el otro, como doña Marina de Jaramillo y a la inversa Gonzalo Guerrero, español indianizado que muere defendiéndolos de manos españolas.

Todorov lee las crónicas y testimonios para escrutar dónde se colocaron los enunciadores al narrar, qué decisiones tomaron o qué implicó que las asumieran en su narración, es decir, cómo operaron en tanto sujetos de la enunciación. Así tuvo que haber notado cómo transpira su sensibilidad, pues la dramática sólo se expresa a través de la retórica en sus registros, y toda retórica se conforma desde una dramática. De ahí concluye que, por ejemplo, en su debate contra Sepúlveda, fray Bartolomé de Las Casas “no ve en ellos [los indígenas] lo que son, sino lo que él quisiera que fueran...”, como tampoco los ve Sepúlveda quien los reduce a cuerpos serviles. En contraste fray Diego Durán “ni español ni azteca, es, como la Malinche, uno de los primeros mexicanos en el sentido actual de la palabra” pues a través de su discurso funde dos horizontes interpretativos, como cuando “el cronista azteca empieza a referirse a sus compatriotas como ‘ellos’, Durán hará otro tanto con los españoles” (Todorov [1982] 2005: 205, 226-227). El fraile es el “mestizo cultural”, “un cristiano convertido al indianismo y que convierte a los indios al cristianismo” pues al escribir de Quetzalcóatl dice: “fue padre de los toltecas, y de los españoles porque anunció su venida”. Añade que “Durán es sensible ante todo a la mutación que sufren los indios”, por lo que al buscar conciliar semejanzas y evadir diferencias entre judíos y cristianos “es muy probable que Durán proviniese de una familia de judíos conversos” pues supone que los aztecas no son sino una de las tribus perdidas de Israel. La sensibilidad de Durán se expresa con gran elocuencia cuando confiesa, refiriéndose a los rituales aztecas “los cuales cantares he oído yo muchas veces cantar en bailes públicos, que aunque era conmemoración de sus señores, me dio mucho contento de oír tantas alabanzas y grandezas. [...] El cual he visto bailar algunas veces con cantares a lo divino, y es tan triste que me da pesadumbre oírlo y tristeza” (Todorov [1982] 2005: 219-221).

En fray Bernardino de Sahagún halla un ejercicio ejemplar de heteroglosia, hibridación y polifonía (sin ponerlo precisamente en estos términos bajtinianos que Todorov conoce a la perfección) pues “deja oír una voz cuya multiplicidad es interior”. Añade que “el dibujo mismo es un lugar de encuentro entre dos sistemas de representación, diálogo que se superpone al de las lenguas y de los puntos de vista que componen el texto”

(Todorov [1982] 2005: 237-239). Y es que, al leer a Sahagún, encontramos la detallada y precisa descripción de costumbres, sucesos y rituales que los mesoamericanos despliegan profusamente por los cuatro registros LASE. Todo ello es anotado con minuciosidad en dos registros, el escópico de las ilustraciones y el léxico en dos idiomas, náhuatl y castellano, con una viveza tal como si lo estuviera viendo, más que escuchando o leyendo de sus informantes. Así el informante narra su mundo a la atenta sensibilidad de Sahagún y sus escribientes quienes a su vez nos reproducen, casi por éfrasis, una imagen que había que preservar de la sociedad azteca. En la acústica nos menciona instrumentos como el *chichtli*, caracoles, pitos, *huéhuatl* y trompetas, el *teponaztli*, los cantos, las explosiones y los aullidos. En la somática su crónica enfoca las procesiones, los banquetes, los gestos, los juegos, las batallas simbólicas, recetas de cocina y formaciones ante los dioses y, sobre todo, esos cuerpos en el proceso de drogarlos y emborracharlos, arrancarles los cabellos, adornarlos, perfumarlos con incienso, alimentarlos ritualmente, sacrificarlos sobre la piedra, arrancarles el corazón y erigirlo al cielo, desangrarlos, rodarlos escaleras abajo de los templos, desollarlos, descuartizarlos e incluso aderezarlos para su cocción y engullirlos. De la escópica lo describe escrupulosamente todo: los atavíos de los dioses y de los españoles, los productos del mercado, el vestuario, maquillaje y utilería de los niños sacrificados:

Estos tristes niños antes que los llevasen a matar aderezábanlos con piedras preciosas, con plumas ricas y con mantas y maxtles muy curiosas y labradas, y con cotaras muy labradas y muy curiosas, y poníanlos unas alas de papel como ángeles y teñíanlos las caras con aceite de ulli, y en medio de las mejillas les ponían unas rodajitas de blanco; y poníanlos en unas andas muy aderezadas con plumas ricas y con otras joyas ricas, y llevándolos en las andas, íbanles tañendo con flautas y trompetas que ellos usaban. Y por donde los llevaban toda la gente lloraba...

Entre las distintas voces que hablan en este texto (informantes, voces introyectadas de sacerdotes indígenas, de sacerdotes cristianos, palabras de los personajes protagónicos), reconocemos dos que son del propio Sahagún: una que ejerce con precisión la función

referencial semejante a la que se muestra arriba y otra la función expresiva anunciada por la metalingüística al advertirnos que se trata de:

Exclamación del autor.

No creo que haya corazón tan duro que oyendo una crueldad tan inhumana, y más que bestial y endiablada, como la que arriba queda puesta, no se enterezca y mueva a lágrimas y horror y espanto; y ciertamente es cosa lamentable y horrible ver que nuestra humana naturaleza haya venido a tanta baja y oprobio que los padres, por sugestión del demonio, maten y coman a sus hijos, sin pensar que en ello hacían ofensa ninguna... (Sahagún [c1577] 1985: 99-100).

Concluyo este punto con lo que podría denominarse como el “Argumento estético de la humanidad de los indios” en Fray Toribio Motolinia ([1858] 1984: 61)

Allegado este santo día del Corpus Christi del año de 1538, hicieron aquí los tlaxcaltecas una tan solemne fiesta, que merece ser memorada, porque creo que si en ella se hallara el papa y emperador con sus cortes, holgaran mucho en verla; y puesto que no había ricas joyas ni brocados, había otros aderezos tan de ver, en especial de flores y rosas que Dios cría en los árboles y en el campo, que había bien en qué poner los ojos y notar *cómo una gente que hasta ahora era tenida por bestial supiesen hacer tal cosa* (cursivas mías).

Léxica de la conquista

En los caminos yacen dardos rotos;
los cabellos están esparcidos.
Destechadas están las casas,
enrojecidos tienen sus muros.
Gusanos pululan por calles y plazas,
y en las paredes están salpicados los sesos.
Rojas están las aguas, están como teñidas,
y cuando las bebimos, es como si bebiéramos agua de salitre.
Golpeábamos, en tanto, los muros de adobe
y era nuestra herencia una red de agujeros.
Con los escudos fue su resguardo,

pero ni con escudos puede ser sostenida su soledad,
Hemos comido palos de colorín (eritrina)
hemos masticado grama salitrosa,
piedras de adobe, lagartijas, ratones,
tierra en polvo, gusanos...
(*Manuscrito anónimo de Tlaltelolco*, en Sahagún [c1577] 1985: 818)

En su emergencia, parece que la historia fuera somática pura, un devenir de cuerpos que nacen, trabajan, comen y luchan, que se unen, chocan y mueren hasta irse deslizando a la léxica, cuando queda sólo su relato o un nombre grabado en una piedra. Pero *verba volant, scripta manent*, la volatilidad de la palabra y la voz habría de aliarse con el más permanente de todos los registros, el escópico, instrumento tan elocuente como fiel que nos guarda –desde las cuñas babilónicas en barro y las vitelas hebreas y pergaminos a las estelas en piedra de los olmecas, los rollos de papiro o el papel plisado de los códices y encuadernado de los libros– el testimonio que hemos ido dejando en esta vida.

A ello le dedicó cuarenta años de su vida fray Bernardino de Sahagún. Vio ante sí cómo se desmoronaba una civilización completa y buscó preservar sus huellas, su sabiduría, sus costumbres y sus trastornos por la palabra y la imagen. Sahagún, maestro de español y latín de los indígenas y su alumno de náhuatl, compila en 12 libros la palabra sobre los dioses, las fiestas y el calendario, los sacrificios, los cantos nahuas, la astrología y adivinación, la historia de los gobernantes preibéricos y sus prescripciones, las ceremonias de los mercaderes y los oficios de labrar oro, plata, plumas y piedras preciosas, los buenos y los malos tratantes del comercio y la variedad de sus productos, las enfermedades y modos de curarlas, los grupos étnicos y los parentescos, las especies locales del reino animal, vegetal y mineral, las supersticiones (abusiones) e incluso las adivinanzas: ¿Qué cosa es una jícara azul, sembrada de maíces tostados, que se llaman *momochtli*? Éste es el cielo, que está sembrado de estrellas” (Sahagún [c1577] 1985: 414).

Aquí se encuentra una de las claves del esfuerzo y entusiasmo que el fraile manifiesta en su monumental obra: su relación estética con los hechos, los testigos y los testimonios. En la polifonía del texto emerge una voz que se reconoce como suya por apreciar que “usan de muy hermosas metáforas y maneras de hablar”, “...es oración de los sátrapas, que contiene sentencias muy delicadas” o “se ponen delicadezas muchas en penitencia y en lenguaje”, “donde se pone muy extremado lenguaje y muy delicadas

metáforas”, “tiene maravilloso lenguaje y muy delicadas metáforas y admirables avisos”, “es oración de algún principal, o amigo o pariente del señor, bien hablado y bien entendido; usa en ella de muchos colores retóricos”. Se admira “del lenguaje y afectos que los señores usaban hablando y doctrinando a sus hijas cuando ya se habían llegado a los años de discreción... háblanlas con muy tiernas palabras y en cosas muy particulares”, “con maravillosas maneras de hablar y con delicadas metáforas y propísimos vocablos”, y así en las parteras “donde se ponen muchas cosas apetitosas de leer y de saber y muy buen lenguaje mujeril y muy delicadas metáforas”³ (Sahagún [c1577] 1985: 299,415-18)

Tan evidente como su aversión por el sacrificio humano (en la cita de “Exclamación del autor” con que concluye la sección anterior), es su fascinación por la cultura y la sensibilidad náhuatl. Y en efecto, cuando leemos “Del lenguaje y afectos que usaban cuando oraban al principal dios llamado Tezcatlipoca”... no es difícil conmoverse ante textos que suplican por los pobres:

¡Oh señor nuestro, en cuyo poder está dar todo contento y refrigerio y dulcedumbre, y suavidad y riqueza y prosperidad, porque vos solo sois el señor de todos estos bienes, suplícoos hayáis misericordia de ellos porque vuestros siervos son!
Suplícoos, señor que tengáis por bien de que experimenten un poco de vuestra ternura y regalo y de vuestra dulcedumbre y suavidad, que a la verdad tienen grande necesidad y gran trabajo;
suplícoos que levanten su cabeza con vuestro favor y ayuda;
suplícoos tengáis por bien que tengan algunos días de prosperidad y descanso.
suplícoos tengan algún tiempo en que su carne, y sus huesos reciban alguna recreación y holgura. Tened por bien, señor, que duerman y descansen con reposo.
Suplícoos les deis días de vida prósperos y pacíficos... (Sahagún [c1577] 1985: 302).

³ En el capítulo XLIII Sahagún explica algunas metáforas. “Cara y oreja de algunos. Se dice por los embajadores.” o “Lumbre y hacha encendida, y dechado y modelo y espejo ancho. Por el sermón que el predicador predica, y el buen ejemplo que alguno da.” “Escupidera o gargajo. Por metáfora quiere decir, mentira o falsedad.” “Plumaje rico, y de perfecto color.” Dícese por la oración perfecta, elegante y bien compuesta. “Ábrese el cielo y rómpese la tierra. Por metáfora quiere decir una maravilla y un milagro nunca visto” (Sahagún 1985: 415-418).

La construcción estética del Estado y de la identidad nacional

Tan prolífico es el despliegue estético por el registro léxico del universo mexicana en la matriz religiosa, estatal, familiar, mercantil, ocultista, médica y demás que nos obliga a restringir nuestro análisis al primer encuentro entre españoles y mesoamericanos tal como quedó asentado de primera mano principalmente en *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* ([1632] 1985) de Bernal Díaz del Castillo, por el lado de los conquistadores, y por el otro a través de los informantes indígenas de Sahagún en *Historia general de las cosas de la Nueva España* ([c1577] 1985) y el texto *Visión de los vencidos* (traducido por Ángel María Garibay y compilado por Miguel León-Portilla [1959] 1972), no, desde luego, para abarcarlo sino apenas para apuntar a un rumbo posible de investigación y mayor profundización.

Desde el principio los españoles tenían una gran ventaja en el registro léxico sobre los mesoamericanos: la comunicación entre Cortés y Moctezuma se realiza por los traductores de Cortés, no del tlatoani. Cortés tiene a su servicio a una mujer noble, Malintzin, cacica de Paynala,—lo cual es ya indicial de la jerarquía del conquistador— y a Jerónimo de Aguilar quien, junto con Gonzalo Guerrero (náufragos en 1511 en Yucatán), fueron los primeros en cruzar el océano lingüístico que separa a Mesoamérica de Europa. Doña Marina domina el maya y el náhuatl, mientras que Aguilar traduce del maya al castellano. “E volviendo a nuestra materia, doña Marina habla la lengua de Guazaculaco, que es la propia de Méjico, y sabía la de Tabasco, como Jerónimo Aguilar sabía la de Yucatán y Tabasco, que es toda una. Entendíase bien, y el Aguilar lo declaraba en castilla a Cortés” (Díaz del Castillo [1632] 1985: 85).

En lo estratégico, sin duda Cortés es el enunciante privilegiado a quien Moctezuma desea oír, más que a la inversa. Sus mensajeros van a averiguar con qué fin han llegado, “un criado del gran Montezuma, sui señor, les enviaba a saber qué hombres éramos e qué buscábamos, e que si algo hobiésemos menester para nosotros y los navíos, que se lo dijésemos, que traerán recaudo para ello” (Díaz del Castillo [1632] 1985: 85). Moctezuma es receptivo mientras Cortés es asertivo: “se hace oír” a través de sus traductores. En este sentido, Todorov considera que la ventaja de Cortés se debió a su estrategia semiósica social de buscar información en los otros, particularmente sobre las relaciones entre los diversos grupos indígenas. Moctezuma por contraste busca la semiosis en el mundo religioso y en la naturaleza por índices, augurios y mensajes de los dioses.

La construcción estética del Estado y de la identidad nacional

Moctezuma se delata como subordinado al instante en que revela a Cortés que lo relaciona con Quetzalcóatl. “Como estuvieron delante del capitán D. Hernando Cortés besaron todos la tierra en su presencia, y habláronle de esta manera: “Sepa el dios a quien venimos a adorar en persona de su siervo Motecuhzoma, el cual rige y gobierna la ciudad de México, y nos dice ha llegado con trabajo el dios” (Sahagún [c1577] 1985: 727). Así Bernal Díaz del Castillo ([1632] 1985: 87) escribe: “... tuvo por cierto que éramos de los que le habían dicho sus antepasados que venían a señorear aquella tierra”. El tlatoani entrega ingenuamente su secreto y, con él, buena parte de su poder. Mientras Cortés sabe cómo es visto por Moctezuma, éste no sabe cómo es visto por Cortés. La léxica lo traiciona.

En los relatos de los indígenas podremos deleitarnos con la prosa rítmica, enfática y llena de aliteraciones que expresa el profundo estremecimiento estético ante la presencia de los conquistadores. La filtración de la dramática por la retórica del enunciante se ilustra prolíficamente en el códice florentino una y otra vez:

Les regala dones, les pone flores en el cuello, les da collares de flores y sartales de flores para cruzarse el pecho, les pone en la cabeza guirnaldas de flores. Pone en seguida delante los collares de oro, todo género de dones, de obsequios de bienvenida. Cuando él hubo terminado de dar collar a cada uno, dijo Cortés a Motecuhzoma: –¿Acaso eres tú? ¿Es que ya tú eres? ¿Es verdad que eres tú Motecuhzoma? Le dijo Motecuhzoma: –Sí, yo soy (Sahagún [c1577] 1985: 775).

Esa aliteración no sólo enfatiza lo que describe, sino que pareciera imitar los movimientos visuales al recorrer una vez y de nueva cuenta lo que tiene frente a sus ojos. No es una prosa lineal sino espiral que avanza por retrocesos rozando las imágenes, especie de écfrasis que llena el espacio discursivo de flores.

Acústica de la conquista

Éstos tienen cascabeles, están encascabelados, vienen trayendo cascabeles. Hacen estrépito los cascabeles, repercuten los cascabeles. Esos “caballos”, esos “ciervos” bufan, relinchan; sudan a mares: como agua de ellos destila el sudor. Y la espuma de sus hocicos cae al suelo goteando; es como agua enjabonada con amole; gotas gordas se derraman. Cuando corren hay estruendo; hacen estrépito, se siente el ruido como si en el suelo cayeran piedras.

La construcción estética del Estado y de la identidad nacional

Luego la tierra se agujera, luego la tierra se hace hoyos en donde ellos pusieron la pata. Por sí sola se desgarran donde pusieron mano o pata (Sahagún [c1577] 1985: 1985: 773).

Además de la sintaxis rítmica de la descripción en la léxica, este párrafo nos revela el impacto estético de los caballos por la acústica. Bernal Díaz del Castillo relata que a los enviados mexicas “Cortés les recibió riendo y con buena gracia”.

Y luego mandó Cortés a los artilleros que tuviesen muy bien cebadas las lombardas, con buen golpe de pólvora, para que hiciese gran trueno cuando lo soltasen.

...y para que viesan salir los tiros hizo Cortés que los quería tornar a hablar con otros muchos principales, y ponen fuego a las lombardas. Y en aquella sazón había calma, y van las piedras por los montes retumbando con gran ruido, y los gobernadores y todos los indios se espantaron de cosas tan nuevas para ellos, y todo lo mandaron pintar a sus pintores para que su señor Montezuma lo viese (Díaz del Castillo [1632] 1985:87).

La otra parte relata su reacción ante semejante ruido de la pólvora que en su vida habían escuchado: “Y en ese momento los enviados perdieron juicio, quedaron desmayados. Cayeron, se doblaron cada uno por su lado: ya no estuvieron en sí” (Garibay y León-Portilla [1959] 1972: 28). La impresionante acústica de las lombardas fue calculada por Cortés como despliegue estético de intimidación:

Y cuando él [Moctezuma] hubo oído lo que le comunicaron los enviados, mucho se espantó, mucho se admiró. Y la llamó a asombro en gran manera su alimento. También mucho espanto le causó el oír cómo estalla el cañón, cómo retumba su estrépito, y cómo se desmaya uno; se le aturden a uno los oídos, Y cuando cae el tiro, una como bola de piedra sale de sus entrañas: va lloviendo fuego, va destilando chispas, y el humo que de él sale, es muy pestilente, huele a lodo podrido, penetra hasta el cerebro causando molestia.

Pues si va a dar contra un cerro, como que lo hiende, lo resquebraja, y si da contra un árbol, lo destroza hecho astillas, como si fuera algo admirable, cual si alguien le hubiera soplado desde el interior (Sahagún [c1577] 1985: 766).

Al llegar al palacio de Moctezuma, los españoles hacen lo mismo.

La construcción estética del Estado y de la identidad nacional

Cuando ya entraron a la gran casa real, a la mansión de los señores, dispararon sus armas, las echaron a tiro. Retumban, se abren, hacen estruendo, echan chispas, y el humo largo sigue, se difunde largamente; todo manchado en humo queda. El humo se tiende, el humo se ensancha: cual hedor de ciénega, entra a la cabeza, a todos marea (Sahagún [c1577] 1985: 774).

El efecto de intimidación por la acústica es evidente si proyectamos además el volumen de voz usual entre españoles e indígenas al hablar, como lo señala casi a gritos Uranga ([1952] 1990: 114) en la cita antes mencionada “*Entre españoles se habla fuerte y a gritos, las interjecciones y las imprecaciones vuelan sin zaherir, en tanto que nosotros nos sabemos 'quebradizos' y evitamos, por tanto, la menor provocación y vulneración, aunque sean éstas las más leves e inofensivas, como el tono elevado de la voz y la palabra fuerte*” (cursivas en el original). El español no sólo habla más fuerte sino con más frecuencia y más enérgicamente que el indígena, lo cual, desde el orden de lo simbólico, le da mayor fuerza en la enfática y expansión en la fluxión a su enunciación. En México la hipersensibilidad al volumen y energía puesta en la elocución se interpreta como agresión, como la citada antes “...nuestra gente se asusta por el tono de voz del recién llegado. [...], basta levantar el tono de la voz para humillar y ofender a nuestra gente” (Oriol y Vargas 1993: 280). Imaginemos cómo fue entonces.

Somática de la conquista

Envió cautivos con que les hicieran sacrificio; quién sabe si quisieran beber su sangre. Y así los hicieron los enviados. Pero cuando ellos vieron aquello sintieron mucho asco, escupieron, se restregaban las pestañas; cerraban los ojos, movían la cabeza. Y la comida que estaba manchada de sangre, la desecharon con náusea; ensangrentada hedía fuertemente, causaba asco, como si fuera una sangre podrida (Sahagún [c1577] 1985: 766).

Colisión total de sensibilidades respecto al cuerpo: para una es la ofrenda más preciosa digna sólo de dioses; para la otra, carroña. El abismo entre las dos civilizaciones se manifiesta por la somática, pues aunque ambas culturas adoran la sangre, una lo hace alegóricamente por el vino como signo icónico de la sangre de Cristo y otra en su inmediatez física como signo indicial del sacrificio y tributo obligatorio y cotidiano a los dioses; en un caso el sentido de la sangre es metafórico, en el otro es literal.

La construcción estética del Estado y de la identidad nacional

Es de suponerse que más de un español podría haber hallado en el esbelto, doliente y apesadumbrado tlatoani una semejanza con la figura de Jesucristo, pues como él, Moctezuma fue perseguido y sacrificado manteniéndose estoico y resignado. Bernal Díaz del Castillo [1632] 1985: 185-186) describe la imagen escópico-somática de Moctezuma de la siguiente manera:

Era el gran Montezuma de edad de hasta cuarenta años y de buena estatura e bien proporcionado, e cenceño, e pocas carnes, y la color ni muy moreno sino propia color e matiz de indio, y traía los cabellos no muy largos, sino cuanto le cubrían las orejas, e pocas barbas prietas e bien puestas e ralas, y el rostro algo largo e alegre, e los ojos de buena manera, e mostraba en su persona, en el mirar, por un cabo amor e cuando era menester gravedad; era muy polido e limpio, bañábase cada día una vez, a la tarde; tenía muchas mujeres por amigas, hijas de señores, puesto que tenía dos grandes cacicas por sus legítimas mujeres, que cuando usaba con ellas era tan secretamente que no lo alcanzaban a saber sino alguno de los que le servían. Era muy limpio de sodomías; las mantas y ropas que se ponía un día no se las ponía sino después de cuatro días...

La somática de Moctezuma expresaba su enfática de abatimiento, la fluxión centrípeta en su actitud ensimismada, su proxémica distante y una cinética lentísima no sólo para expresar la solemnidad ceremonialista digna de su posición de tlatoani sino en su reacción a la presencia española: “Cuando hubo oído todo esto Motecuhzoma se llenó de grande temor y como que se le amorteció el corazón, se le encogió el corazón, se le abatió con la angustia.” El tlatoani adivinó su destino en que ardería “con ira y sin afecto” ante los testigos que se referían a él como un infeliz.

...luego a Motecuhzomatzin lo llevaron en brazos, lo transportaron a un lugar llamado Copulco. Allá lo colocaron sobre una pira de madera, luego le pusieron fuego, le prendieron fuego. Comenzó a restallar el fuego, crepitaba como chisporroteando. Cual lenguas se alzaban las llamas, era un haz de espigas de fuego, se levantaban las lenguas de fuego. Y el cuerpo de Motecuhzoma olía como carne chamuscada, hedía muy mal al arder.

En tanto que ardía el cuerpo de Motecuhzoma con ira y sin afecto, algunos decían zahiriéndolo: –Ese infeliz en todo el mundo infundía miedo, en todo el mundo causaba espanto, en todo el mundo era venerado hasta el exceso, le acataban todos estremecidos (Sahagún [c1577] 1985: 784).

Entre otros aspectos sobresalientes en este registro, cuyos efectos fueron clave en los resultados de la conquista, está la somática del caballo como prótesis del cuerpo del español. Su enfática es apabullante y feroz, su fluxión invasiva, su proxémica distante como animal casi mágico o mitológico. “Los soportan en sus lomos sus ‘venados’. Tan altos están como los techos”, decían (Sahagún [c1577] 1985: 766). Bien se encargaron los españoles de exhibir la somática del caballo frente al nativo con plena conciencia de su impacto estético, y añadirle la llamativa acústica de los cascabeles:

Y mandó a Pedro de Alvarado qué y todos los de a caballo se aparejasen para que aquellos criados de Montezuma los vieses correr, y que llevasen pretales de cascabeles, y también Cortés cabalgó y dijo “Si en estos médanos de arena pudiéramos correr, bueno fuera; mas ya verán que a pie atollamos en el arena; salgamos a la playa desque sea menguante y correremos de dos en dos.” E al Pedro de Alvarado, que era su yegua alazana de gran carrera y revuelta, le dio el cargo de todos los de a caballo; todo lo cual se hizo delante de aquellos dos embajadores... (Díaz del Castillo [1632] 1985: 87).

Puede agregarse otra, la somática y escópica de los perros que narra impresionado el informante:

Pues sus perros son enormes, de orejas ondulantes y aplastadas, de grandes lenguas colgantes; tienen ojos que derraman fuego, están echando chispas: sus ojos son amarillos, de color intensamente amarillo. Sus panzas ahuecadas, alargadas como angarilla, acanaladas. Son muy fuertes y robustos, no están quietos, andan jadeando, andan con la lengua colgando. Manchados de color como tigres, con muchas manchas de colores (Sahagún [c1577] 1985: 766).

Para los conquistadores, era estratégico devaluar al indígena a fin de justificar el despojo y la esclavización a que los sometieron. Tenemos así la versión de Tomás Ortiz, un monje dominico que expresa su sensibilidad racista y la violencia estética al devaluar la identidad del mesoamericano a partir, principalmente, de la somática.

Los hombres de tierra firme de Indias comen carne humana, y son sodométicos más que generación alguna. Ninguna justicia hay entre ellos; andan desnudos; no tienen amor ni vergüenza; son como asnos, abobados, alocados, insensatos; no tienen en nada matarse y matar; [...]; préciense de borrachos, ca tienen vinos de diversas yerbas, frutas, raíces y grano; emborráchanse también con humo y con ciertas yerbas que los saca de seso; son bestiales en los vicios; [...] haraganes, ladrones, mentirosos y de juicios bajos y apocados; no guardan fe ni orden; no se guardan lealtad maridos a mujeres ni mujeres a maridos; son hechiceros, agoreros, nigrománticos; son cobardes como liebres, sucios como puercos; comen piojos, arañas y gusanos crudos donde quiera que los hallan; [...] son sin barbas, y si algunas les nacen, se las arrancan... (Tomás Ortiz en López de Gómara, CCXVII).

Por su parte, al indígena le impresiona la voracidad por el oro del español tal como la expresa en la somática:

Les dieron a los españoles banderas de oro, banderas de pluma de quetzal, y collares de oro. Y cuando les hubieron dado esto, se les puso risueña la cara, se alegraron mucho, estaban deleitándose. Como si fueran monos levantaban el oro, como que se sentaban en ademán de gusto, como que se les renovaba y se les iluminaba el corazón. Como que cierto es que eso anhelan con gran sed, se les ensancha el cuerpo por eso, tienen hambre furiosa de eso. Como unos puercos hambrientos ansían el oro (Sahagún [c1577] 1985: 770).

Quiero destacar, para concluir este registro, que fue a través de la somática, además de la léxica, como Gonzalo Guerrero cruzó el inmenso océano cultural, corporal y estético al engendrar los primeros mestizos euro-americanos. Así se lo comunica a Jerónimo de Aguilar cuando fueron requeridos como intérpretes de los conquistadores: “Hermano Aguilar: Yo soy casado y tengo tres hijos, y tiéname por cacique y capitán cuando hay guerras. Íos vos con Dios, que yo tengo labrada la cara y horadadas las orejas. ¡Qué dirán de mí desde que me vean esos españoles ir desta manera! E ya veis estos mis hijitos cuán bonicos son” (Díaz del Castillo [1632] 1985: 66).

Escópica de la conquista

Y desde vimos tantas ciudades y villas pobladas en el agua, y en tierra firme otras grandes poblaciones, y aquella calzada tan derecha y por nivel cómo iba a Méjico, nos quedamos admirados, y decíamos que parecía a las cosas de encantamiento que cuentan en el libro de Amadís, por las grandes torres y cues y edificios que tenían dentro en el agua, y todos de calicanto, y aún algunos de nuestros soldados decían que si aquello que vían, si era entre sueños, y no es de maravillar que yo lo escriba aquí desta manera, porque hay mucho que ponderar en ello que no sé como lo cuente: ver cosas nunca oídas, ni vistas, ni aun soñadas, como víamos... (Díaz del Castillo [1632] 1985: 178-179).

Este relato sobre la enfática escópica no podría ilustrar mejor lo que significa el prendamiento estético como experiencia sensorial y como impacto afectivo en la sensibilidad. Podemos visualizar a Bernal con sus ojos, boca y narices bien abiertas para ver y oler todo aquello, admirado y disfrutando esa oportunidad de hallarse ante lo maravilloso.

Y desde entramos en aquella ciudad de Estapalapa, de la manera de los palacios donde nos aposentaron, de cuán grandes y bien labrados eran, de cantería muy prima, y la madera de cedros y de otros buenos árboles olorosos, con grandes patios e cuartos, cosas muy de ver, y entoldados con paramentos de algodón. Después de bien visto todo aquello, fuimos a la huerta e jardín, que fue cosa muy admirable vello y paseallo, que no me hartaba de mirar la diversidad de árboles y los olores que cada uno tenía, y andenes llenos de rosas y flores, y muchos frutales y rosales de la tierra, y un estanque de agua dulce, y otra cosas de ver: que podían entrar en el vergel grandes canoas desde la laguna por una abertura que tenían hecha, sin saltar en tierra, e todo muy encalado y lucido, de muchas maneras de piedras y pinturas en ellas que había harto que ponderar, y de las aves de muchas diversidades y raleas que entraban en el estanque (Díaz del Castillo [1632] 1985: 179).

El mismo asombro en la escópica, pero sin el disfrute, lo expresa el macehual de Mictlancuauhtla que regresa de las costas del Golfo para hablar con Moctezuma y le dice, probablemente jadeando, con la voz entrecortada y el tono de voz agudizado por la conmoción: "... llegué a las orillas de la mar grande, y vide andar en medio de la mar una sierra o cerro grande, que andaba de una parte a otra y no llega a las orillas, y esto jamás lo hemos visto, y como guardadores de las orillas del mar, estamos al cuidado" (Garibay y León-Portilla, 1972: 15). Las naves españolas se veían monumentales en comparación con las trajineras y balsas comunes con las que se desplazaban los indígenas por ríos, canales y lagos alrededor de Tenochtitlan. Además de su tamaño, el hecho de que "una sierra o cerro

grande” se moviera, de que no llegara a la orilla, de que nunca antes fueran vistos, produjo el primer impacto estético de los españoles en la escópica para la percepción indígena.

A su vez, llamó mucho la atención de los indígenas el aspecto físico de los españoles al ser relacionados con la figura viva de Quetzalcóatl: “Por todas partes vienen envueltos sus cuerpos, solamente aparecen sus caras. Son blancas, son como si fueran de cal. Tienen el cabello amarillo, aunque algunos lo tienen negro. Larga su barba es, también amarilla; el bigote también tienen amarillo. Son de pelo crespo y fino, un poco encarrujado”, “y las carnes de ellos muy blancas, más que nuestras carnes, excepto que todos los más tienen barba larga y el cabello hasta la oreja les da” (Sahagún [c1577] 1985: 766). Mencionan el vestuario:

su cota de algodón hasta la rodilla les llega: gruesas y fuertes, bien cosidas: cotas cual piedras, cual toba. Y en su cabeza vienen portando, también, un casco con algodón. Y en su cima ha colocado plumas de quetzal que se esparcen a un lado y otro. [...] Con sus armaduras de algodón, con sus escudos, con sus arcos, con sus carcajes, van bien llenos. Sus dardos están hinchando los carcajes con saetas emplumadas; unas son afiladas en punta, otras son gruesas y romas, otra tienen punta de obsidiana (Sahagún [c1577] 1985: 774).

El registro escópico fue el que eligió Moctezuma para obsequiar al conquistador, además de la somática de la sangre: una máscara de serpiente hecha de turquesas, un travesaño para el pecho de plumas de quetzal, un collar de petatillo con un disco de oro, un escudo de travesaños de oro y concha nácar con plumas de quetzal en el borde y banderolas de la misma pluma, un lanzadardos guarnecido de turquesas, un capacete de forma cónica por el oro, lleno todo él de estrellas, una peluca con plumas de quetzal y de garza con un travesaño de oro y concha nácar; orejeras de chalchihuite en forma de serpiente y de oro, sandalias de obsidiana y de espuma, una diadema de piel de tigre con plumas de faisán, mantos finos, chalequillos con chalchihuites, capacetes de caracol hechos de oro, collares, escudos, diademas de oro y mucho más (Sahagún [c1577] 1985: 762). El suntuoso enunciado escópico de Moctezuma fue interpretado por Bernal Díaz del Castillo ([1632] 1985: 86) de la siguiente manera: “Sacó de una petaca, que es como caja, muchas piezas de

oro y de buenas labores e ricas, y mandó traer diez cargas de ropa blanca de algodón y de pluma, cosas muy de ver, y otras cosas que ya no me acuerdo, y mucha comida que eran gallinas, fruta y pescado asado.” El efecto estético del tributo de Moctezuma tuvo menor resonancia en los intérpretes por el “otras cosas que ya no me acuerdo” de lo que podía esperarse. Cortés las tomó para cambiarlas por cuentas de vidrio y otras baratijas:

cuentas torcidas y otras cuentezuelas de las de Castilla... porque el traía muchas cuentas a trocar por oro... Y luego Cortés mandó traer una silla de cadera con entalladuras de taracea y unas piedras margaritas, que tienen dentro de sí muchas labores, y envueltas en unos algodones que tenían almizcle por que oliesen bien, e un sartal de diamantes torcidos, y una gorra de carmesí con una medalla de oro de San Jorge como que estaba a caballo con su lanza, que mata a un dragón... (Díaz del Castillo ([1632] 1985: 86).

También, en este mismo registro, Moctezuma exigió la descripción de lo que vieron sus enviados, reporteros gráficos de su época:⁴

...y mandó pintar al natural la cara y rostro e cuerpo y faiciones de Cortés y de todos los capitanes y soldados, y navíos y velas y caballos, y a Doña Marina e Aguilar, y hasta dos lebreles, e tiros y pelotas, y todo el ejército que traíamos y los llevó a su señor [...] y todo lo mandaron pintar a sus pintores para que su señor Montezuma los viese (Díaz del Castillo [1632] 1985: 87).

Hernán Cortés venía no sólo de una realidad social heterogénea en la que participaban múltiples alteridades raciales que habían llegado desde Asia, África y Europa, sino de la reciente hazaña política española con la expulsión de judíos y musulmanes para la consolidación de la monarquía católica tras siglos de reconquista desde la invasión islámica. Los mesoamericanos, en cambio, dominados por un imperio de poco más de un siglo bajo un paradigma religioso sostenido por sacrificios y tributos, se quedaron pasmados ante la radical alteridad de la que carecían antecedentes que no fueran

⁴ Este gesto nos permite vislumbrar parte de la práctica semiótica en el registro visual entre los aztecas que aparentemente sería un equivalente a la fotografía documental, pues tales imágenes parecen operar no sólo como signos icónicos peirceanos sino también indiciales para testificar la presencia del testigo y del testimoniado.

La construcción estética del Estado y de la identidad nacional

mitológicos. Las estrategias en la escópica y la somática del conquistador, a la par de las acústicas y léxicas, resultaron absolutamente sobrecogedoras para la sensibilidad indígena y fascinantes para la del conquistador.

MODALIDADES DE LA DRAMÁTICA EN LA CONQUISTA DE MÉXICO

Sin más preámbulo, y directamente en voz de los informantes, transcribo la dramática descripción de los mensajeros sobre los visitantes ibéricos:

Maravillose de la comida de los españoles, y de oír el negocio de la artillería, especialmente de los truenos que quiebran las orejas, del hedor de la pólvora que parece cosa infernal, y del fuego que echan por la boca, y del golpe de la pelota que desmenuza un árbol de golpe; y de la relación que le dieron de las armas muy fuertes que usaban así ofensivas como defensivas, como son coseletes, cotas, celadas, etc., espadas, ballestas, arcabuces y lanzas, etc., también de la relación de los caballos y de la grandeza de ellos, y cómo subían a ellos los españoles armados que no se les parecía más que la cara, y de cómo tenían las caras blancas y los ojos garzos, y los cabellos rojos y las barbas largas, y de cómo venían algunos negros entre ellos que tenían los cabellos crespos y prietos; también dieron relación de los perros que traían y de la manera que era, y de la ferocidad que mostraban y de la color que tenían. Oída esta relación, Motecuhzoma espantóse, y comenzó a temer, y a desmayarse, y a sentir gran angustia (Sahagún [c1577] 1985: 728).

Proxémica de la conquista

...tenía sobre doscientos principales de su guarda en otras salas junto a la suya, y éstos no para que hablasen todos con él, sino cuál y cuál, y cuando le iban a hablar se habían de quitar las mantas ricas y ponerse otras de poca valía, mas habían de ser limpias, y habían de entrar descalzos y los ojos bajos, puestos en tierra, y no miralle a la cara, y con tres reverencias que le hacían e le decían en ellas: “Señor, mi señor, mi gran señor” primero a que él llegasen; y desde que no le volvían las espaldas al despedirse dél, sino la cara e ojos bajos, salían de la sala (Díaz del Castillo ([1632] 1985: 186).

El saludo es un momento casi liminal en que convergen dos subjetividades, dos vulnerabilidades; por ello suele estar cuidadosamente reglamentado. En cada cultura, tomar la iniciativa del saludo significa enunciar y reconocer mayor o menor jerarquía entre los participantes de la interacción según el caso, y depende de la deferencia y roles que estén en juego. Fueron los mensajeros de Moctezuma quienes toman esta iniciativa al acercarse a

los españoles e inclinarse ante su capitán por lo que, si la comunidad interpretativa del indígena se regía por parámetros semejantes a pueblos como los Wolof, entonces tal saludo tenía que ser interpretado como un acto de humildad (Irvine, 1974, 167-191). Se puede deducir que éste fue el caso por el hecho que los indígenas creían estar tratando con dioses, por lo que tal proxémica definió ya un enunciado de subordinación. No sólo por tomar la iniciativa, sino en la proxémica somática de reverencia los mensajeros de Moctezuma expresaron sumisión hacia los recién llegados: “Como estuvieron delante del capitán D. Hernando Cortés besaron todos la tierra en su presencia” (Sahagún [c1577] 1985: 727). Esa proxémica significaba para Cortés, buen lector de signos, docilidad, y seguramente lo alentó para embarcarse en una conquista territorial a pesar de su enorme desventaja numérica.

En la interacción cotidiana, la proxémica somática de la cultura española suele ser mucho más corta que la del indígena. Cortés abraza a algunos de los enviados de Moctezuma, gestos que los han de haber sorprendido mucho, y le manifiesta sin más ni más a un enviado de Moctezuma que le preguntara al tlatoani dónde y cuándo podrían entrevistarse. “Y el Tendile respondió algo soberbio y dijo: ‘Aun agora has llegado e ya le quieres hablar; recibe agora este presente que te damos en nombre de nuestro señor, y después me dirás lo que te cumpliere’ ” (Díaz del Castillo ([1632] 1985: 86). La proxémica corta de Cortés se interpretó como insolencia e impaciencia y resultó ofensiva para las convenciones indígenas.

En contraste, la corte de Moctezuma establece una proxémica muy larga en todos los registros a los subordinados exigiéndoles en la somática bajar los ojos, no mirarlo, hacer tres reverencias y no dar la espalda, además de la escópica de entrar descalzos y con ropa sencilla, y probablemente una acústica solemne que connotara humildad en el tono de pronunciar “Señor, mi señor, mi gran señor” arriba descrita. De ahí que, dado el apremio y gravedad del asunto, los mensajeros que llegan a Moctezuma cuando está dormido se ven urgidos a violar la proxémica protocolar, a lo que el tlatoani responde marcando su distancia:

aunque duerma nuestro señor Mocthecuzoma despertadle y decidle, que somos venidos de la ribera de la mar donde nos envió; luego los de la guardia le dijeron aquello y él

respondió: No quiero oír aquí las nuevas que traen, allá quiero ir a la sala, allá me hablarán, váyanse allá, y luego mandó que untasen con greda todo el cuerpo a ciertos capitanes para sacrificarlos. Los mensajeros fuéronse a la sala y también Mocthecuzoma, se fue allá, y allí delante los mensajeros mataron a los cautivos, y rociaron a los mensajeros con la sangre de los cautivos: hicieron esta ceremonia porque habían visto grandes cosas, y habían visto a los dioses y hablado con ellos (Sahagún [c1577] 1985: 728).

Observamos aquí dos tipos de proxémica entre centenares más que pueden hallarse en estos acontecimientos: la de Moctezuma que no desea presentarse en la intimidad del espacio en que duerme, y la de los mensajeros a quienes, por su proximidad con los dioses “porque habían visto a los dioses y hablado con ellos” requerían una ceremonia de purificación al rociarlos con sangre. Por lo mismo se atreven también a exigir que se despierte al tlatoani.

Por su parte, el primer momento en que se encuentran Moctezuma y Cortés, éste lo trata como a un compadre: “Luego lo cogieron de la mano, con lo que lo fueron acompañando. Le daban palmadas al dorso, con que le manifiestan cariño.” Los atrevidotes ibéricos acortan la proxémica somática de inmediato camaradeando al tlatoani. Eso contribuyó a que Moctezuma perdiera autoridad ya al día siguiente: “Pero los principales a quienes manda esto, ya no le hacían caso, sino que estaban airados, ya no le tenía acatamiento, ya no estaban de su parte. Ya no era obedecido” (Sahagún [c1577] 1985: 775-776). La dramática personal de Cortés es impredecible: juega con los indios, tiene el poder centrípeto de su secreto, de su ambición y de su risa, pero al mismo tiempo parece haber sido un hombre efusivo y expresivo, de fluxión abierta en sus desplantes:

...e parésceme quel Cortés, con la lengua doña Marina, que iba junto a Cortés, le daba la mano derecha, y el Montezuma no la quiso e se la dio al Cortés. Y entonces sacó Cortés un collar que traía muy a mano de unas piedra de vidrio... y se le echó al cuello el gran Montezuma, y cuando se le puso le iba a abrazar, y aquellos grandes señores que iban con el Montezuma detuvieron el brazo de Cortés que no le abrazase, porque lo tenían en menosprecio (Díaz del Castillo: 180-181).

La construcción estética del Estado y de la identidad nacional

Evidentemente, Cortés quiere acortar la proxémica somática con Moctezuma y evitar los protocolos que le dan jerarquía al tlatoani. Sus gestos son abiertos y sus intenciones también: quiere el oro y el poder. Moctezuma termina por adaptarse al lenguaje corporal de Cortés, como apunta Díaz del Castillo (181):

...luego tomó por la mano el gran Montezuma a nuestro capitán, que allí le estuvo esperando, y le metió en el aposento y sala a donde había de posar [...] y tenía aparejado un muy rico collar de oro de hechura de camarones, obra muy maravillosa, y el mismo Montezuma se le echó al cuello a nuestro capitán Cortés...

Cinética de la conquista

Oído: he sabido, ha llegado a mi oído que dizque los mexicanos son muy fuertes, que son muy guerreros, que son muy tremendos... Pues ahora mi corazón quiere quedar convencido, voy a ver yo, voy a experimentar qué tan fuertes sois, ¡qué tan machos! Les dio enseguida escudos de cuero, espadas y lanzas. Y además (dijo) –Muy tempranito al alba se hará: vamos a hacer torneo en parejas; nos desafiaremos. Tendremos conocimiento de las cosas. ¡A ver quién cae al suelo!

Respondieron al capitán, le dijeron –Óigalo el señor; ¡puede ser que esto no nos lo mandara Motecuhzoma, lugarteniente tuyo! ... En exclusiva comisión hemos venido, a que nos saludemos unos a otros. No es de nuestra incumbencia lo que el señor quiere– pero si tal cosa hiciéramos, pudiera ser que por ello se enojara mucho Motecuhzoma. Por esto acabará con nosotros (Sahagún [c1577] 1985: 764).

Son los españoles quienes exhiben sin que quepa la menor duda la cinética dinámica en todos los registros: son ellos quienes llegan a las costas del Golfo, incitan a los mensajeros a demostrar su fuerza y los retan no sólo como guerreros sino como machos en un juego agonístico: el capitán los vuelve a retar, pero ellos bajaron del navío y “remaron fuertemente. Se remaba con ardiente afán. Algunos aun con las manos remaban, iban con el alma afanada...” (Garibay y León-Portilla, 1972: 29). Cortés quería un simulacro o juego de *mimicry* del enfrentamiento para obtener información y ensayar estrategias antes de la batalla crucial. Aunque se frustró, esta reacción le proporcionó más indicaciones sobre los indígenas –en su huida presurosa y su obediencia para con el Tlatoani– que si hubiesen aceptado el reto.

La construcción estética del Estado y de la identidad nacional

Si la cinética de los españoles es muy dinámica, la de Moctezuma es de un estatismo agobiante dado su asombro y turbación al no saber si trataba con dioses o con hombres. Su somática casi inmóvil no le permitía sino dar vueltas por su palacio, titubear y permanecer sentado por largo tiempo, perdido en sus pensamientos. Pero no todos los indígenas reaccionaron como el tlatoani azteca. El primer encuentro, como lo narra Díaz del Castillo ([1632] 1985: 39), parece haber sido de aparente confianza al grado de que los indios subieron “sin temor ninguno vinieron, y entraron en la nao capitana sobre treinta dellos, y les dimos a cada uno un sartalejo de cuentas verdes, y estuvieron mirando por un buen rato los navíos”. Al día siguiente, sin embargo, los indígenas los invitaron a su pueblo y en el camino les tendieron una celada de la que, con todo, resultaron triunfantes los españoles. Bernal, como cualquier guerrero, es consciente de la importancia de la cinética pues afirma “como dice el refrán, que quien acomete, vence” ([1632] 1985: 33).

Enfática de la conquista

–Acaso tú eres Motecuhzoma?

Dijo él:

–Sí, yo soy tu servidor. Yo soy Motecuhzoma.

Pero ellos le dijeron:

–¡Fuera de aquí...! ¿Por qué nos engañas? ¿Quién crees que somos?

Tú no nos engañarás, no te burlarás de nosotros.

Tú no nos amedrentarás, no nos cegarás los ojos.

Tú no nos harás mal de ojo, no nos torcerás el rostro.

Tú no nos hechizarás los ojos, no los torcerás tampoco.

Tú no nos echarás lodo a los ojos, no los llenarás de fango.

(Sahagún [c1577] 1985:771).

Así percibe y construye el informante su versión en la enfática de un discurso de los españoles. En este enfrentamiento entre dos civilizaciones radicalmente asimétricas, las diferencias en la enfática resultaron un indicador valioso. La primera fue la enfática de la *humildad* al inclinarse y vestir de joyas al capitán español. Éste responde a su vez con una enfática *beligerante* “en consecuencia fueron atados [los indios]; les pusieron hierros en los pies y en el cuello. Hecho eso, dispararon el cañón grande” (Garibay y León-Portilla, 1972: 26-28) para intimidarlos.

La construcción estética del Estado y de la identidad nacional

Impresionante resultó esa enfática española del *hierro* tanto en la acústica como en la somática y la escópica para los indígenas: “Sus aderezos de guerra son todos de hierro; hierro se visten, hierro ponen como capacete a sus cabezas, hierro son sus espadas, hierro sus arcos, hierro sus escudos, hierro sus lanzas.” Tal enfática expresaba dureza, agresividad e invulnerabilidad, contrastando con la enfática suave del algodón, plumas y escasas prendas del indígena. Además de su armadura, sorprendió lo que comían los españoles refiriéndose al *pan*: “Son como alimentos humanos: grandes, blancos, no pesados, cual si fueran de paja. Cual madera de caña de maíz, y como de médula de caña de maíz es su sabor. Un poco dulces, un poco como enmielados; se comen como miel, son comida dulce” (Sahagún [c1577] 1985: 766).

Si el hierro impresionó a los indígenas, a los españoles fue la enfática de la *sangre* lo que resultó de enorme impacto (que era al imperio mexica como el petróleo al capitalismo actual). Ya mencioné en la somática el obsequio de sangre a los españoles y en la proxémica el gesto de Moctezuma al mandar rociar con sangre de unos sacrificados a los mensajeros para lavar su cercanía con la divinidad “por haber visto a los dioses, haber fijado sus ojos en su cara y en su cabeza. ¡Bien con los dioses conversaron!” (Sahagún [c1577] 1985: 765). Donde la enfática de la sangre se manifestaba cotidianamente era en el sacrificio azteca, como lo describen los informantes de Sahagún ([c1577] 1985: 165-166):

Derramaban sangre en los cúes de día y de noche, matando hombres y mujeres en los cúes delante de las estatuas de los demonios como arriba queda dicho en muchos lugares. Derramaban también sangre delante de los demonios... si querrán derramar sangre de la lengua, pasábanla con un punta de navaja [...] Derramaban también sangres los sátrapas fuera de los cúes [...] tomaban cañas verdes y puntas de maguey y después de haberlas ensangrentado con la sangre que sacaban de sus piernas [...] hacían cortaduras en las orejas, de donde sacaban sangre, y con aquella sangre untaban los rostros, haciendo unas rayas de sangre en ellos [...] Las mujeres tenían devoción también de ofrecer esta sangre por espacio de ochenta días [...] Ofrecían también sangre de aves [...] y la sangre derramábase allí y el cuerpo arrojábandlo hasta que se moría [...] cogía la sangre en una jícara, y echaba un papel blanco dentro y después iba por todas las estatuas de los diablos y

La construcción estética del Estado y de la identidad nacional

untábales la boca con el papel ensangrentado. Otros mojaban un palo en la sangre, y tocaban la boca de la estatua con la misma sangre [...] (Sahagún [c1577] 1985: 165-66).

A pesar de su asco, no menos sanguinarios resultaron los conquistadores, pues hay varios episodios en que se describe el derramamiento de sangre por la brutalidad misma, especialmente cuando Pedro de Alvarado y sus hombres llevan a cabo la masacre del templo en la festividad de Huitzilopochtli: “La sangre de los guerreros cual si fuera agua corría: como agua que se ha encharcado, y el hedor de la sangre se alzaba al aire, y de las entrañas que parecían arrastrarse.”

Al momento todos acuchillan, alancean a la gente y les dan tajos, con las espadas los hieren. A algunos les acometieron por detrás; inmediatamente cayeron por tierra disparadas sus entrañas. A otros les desagarraron la cabeza: les rebanaron la cabeza, enteramente hecha trizas quedó su cabeza. Pero a otros les dieron tajos en los hombros: hechos grietas, desgarrados quedaron sus cuerpos: A aquéllos hieren en los muslos, a éstos en las pantorrillas, a los de más allá en pleno abdomen, Todas las entrañas cayeron por tierra. Y había algunos que aun en vano corrían: iban arrastrando los intestinos y parecían enredarse los pies en ellos... (Sahagún [c1577] 1985: 780).

Fluxión de la conquista

Pues cuando oía Motecuhzoma que mucho se indagaba sobre él, que se escudriñaba su persona, que los “dioses” mucho deseaban verle la cara, como que se le apretaba el corazón, se llenaba de grande angustia. Estaba para huir, tenía deseos de huir; anhelaba esconderse huyendo, estaba para huir. Intentaba esconderse, ansiaba esconderse, se le quería esconder, se le quería escabullir a los “dioses”. Y pensaba y tuvo el pensamiento; proyectaba y tuvo el proyecto; planeaba y tuvo el plan; meditaba y andaba meditando en irse a meter al interior de alguna cueva (Sahagún [c1577] 1985: 768).

Aquí de nuevo el informante genera un marco discursivo donde las acciones van y se regresan dibujando varios movimientos en un plano casi visual por el ritmo de las secuencias. Describe la fluxión centrípeta de Moctezuma quien se compunge, se aguanta, se calla, no alerta a nadie, se paraliza, se guarda todos sus pensamientos y en lugar de expulsar

y combatir a los conquistadores, los invita a Tenochtitlan y contiene y frena su impulso de defenderse militarmente. Al mismo tiempo, hacia al conquistador el tlatoani se muestra totalmente abierto y sin control expresando sumisión y adoración al enviar mensajeros con la suntuosa ofrenda de bienvenida, las joyas, comida, mujeres y cautivos para sacrificarlos por si los españoles quisieran beber sangre. Cuando llegan los españoles a su palacio los recibe como dioses y les ofrece inmediatamente su trono: “Has arribado a tu ciudad: México: Allí has venido a sentarte en tu solio, en tu trono”. (Sahagún [c1577] 1985:775). Es de suponer Cuauhtémoc en su lugar hubiera manifestado fluxión centrífuga al informar y movilizar a sus gentes, imponer un estado de alerta militar, buscar alianzas con otros pueblos para expulsar a los conquistadores, pero centrípeta al cerrar filas con su gente y habitantes de la zona respecto a los españoles quienes no sabrían qué esperar.

La fluxión de la delegación española fue también doble: aceptan los regalos y atan a los indios (centrípeta) al tiempo que los asustan y expulsan (centrífuga); los tratan de retener para probar su valentía en un simulacro de batalla (centrípeta) y después los ahuyentan del navío (centrífuga). En lo esencial, la fluxión de la conquista es centrífuga en su épica de expansión y centrípeta en su afán de capturar el territorio y retener el oro y la riqueza para la corona española.

Hasta aquí una aproximación inicial a la estesis en los primeros momentos de la colisión entre indígenas y españoles. Lo que queda en el tintero es prácticamente todo. Apenas logramos pellizcar, si acaso, algunos fragmentos de la conquista donde se expresan las sensibilidades sin atisbar siquiera episodios tan dramáticos y significativos como la alianza de los tlaxcaltecas con los españoles desde la perspectiva de todos los involucrados, la aprehensión y humillación de Moctezuma frente a su pueblo, la trivialización de su asesinato que pareció casi accidental, la masacre de Alvarado frente al Templo Mayor durante la fiesta de Huitzilopochtli, las epidemias de viruela, sarampión y tifo y la muerte de Cuitláhuac a consecuencia de ellas, la captura de Cuauhtémoc, su tortura, y, particularmente, el inmenso impacto de la evangelización que sedujo por la formidabilísima estética de la matriz religiosa cristiana (*cf.* Mandoki, 2006b, cap. 11). El indígena pierde así sus ciudades, sus templos, sus ceremonias, sus nobles, sus sacerdotes, sus dioses, su escópica orgullosa, monumental y multicolor, su acústica ceremonial del huéhuetl y el teponaztli, la somática de la sangre y del sacrificio, además de la léxica de sus leyendas y

La construcción estética del Estado y de la identidad nacional

su concepción helicoidal del tiempo. Colapsa un mundo que expresaba y conformaba su sensibilidad para obligarlo a habitar otro totalmente ajeno en el que pierde el sentido (en todos los sentidos) como les ocurrió a los primeros testigos indígenas del cañonazo. Esa sacudida de culturas tan radicalmente dispares hubiera sucedido tarde o temprano y, desde aquel 1521, sigue ocurriendo todos los días.

6. PROTOTIPOS, ARQUETIPOS Y ESTEREOTIPOS EN LA IDENTIDAD NACIONAL

Hay tres figuras a partir de las cuales se puede analizar la producción y reproducción estética de identidades nacionales en México. Las tres han sido utilizadas por el Estado, el clero, los artistas e intelectuales, incluso el pueblo para interpretar lo que significa la condición de mexicanidad. A grandes rasgos puede decirse que el *prototipo* se diseña desde arriba por el aparato de Estado para abajo como objeto de identificación colectiva y se inculca a través de la matriz escolar. Su transmisión es vertical y reúne la heterogeneidad étnica y cultural en un imaginario uniforme para fines de cohesión identitaria. El *arquetipo*, en cambio, va emergiendo de manera más espontánea, se contagia horizontalmente pero se coloca verticalmente en torno a una figura de devoción –religiosa, social o política– (o abajo si la figura es de menosprecio) hacia la cual convergen (o se apartan por repulsión) multitudes con un sentido de dirección compartida. Hay arquetipos religiosos (Buda), generacionales (Los Beatles), revolucionarios (Che Guevara), pacifistas (Gandhi), incluso intelectuales (Einstein, Newton, Galileo), éticos (Rosa Parks), altruistas (Albert Schweitzer), siempre a través de iconos paradigmáticos que afectan la vida de muchas personas. También en sentido horizontal emerge el *estereotipo* como mecanismo proxémico de distinción social al marcar territorios y descargar las tensiones inevitables que brotan de la vecindad. En México surgen así los estereotipos del indio testarudo, del peladito, del *junior* malcriado, de la niña fresa, del naco, del pachuco, del relajiento, del apretado, del ñoño y del ñero.

Mientras el prototipo es fabricado desde el orden de lo *sígnico* por oposiciones y diferencias –en el caso mexicano, al oponerse principalmente al prototipo del norteamericano –, el arquetipo pertenece al orden de lo *simbólico* por las cargas afectivas que se le depositan y por el peso temporal y material que se le asocia.¹ El estereotipo combina ambos órdenes según se trate de mecanismos de discriminación (sígnico), o bien colmadas de peso emocional (simbólico) contra personajes que inspiran temor, desprecio, envidia, hartazgo, frustración, asco, deseo, ternura, lástima o repugnancia. Por lo mismo

¹ Respecto a la fundamentación de los órdenes simbólico y sígnico véase Mandoki, 2006a, parte III.

cabe resaltar una diferencia fundamental en estas tipologías: el prototipo como el arquetipo suelen ser imágenes positivas, admiradas (aunque no necesariamente, pues hay arquetipos de iniquidad como Nerón, Iván el Terrible o Pol Pot), pero el estereotipo tiende a ser negativo y despectivo (aún cuando también hay estereotipos afectuosos encarnados en personajes como “Ponchito” de Andrés Bustamante o “Aarón Abasolo” de Eugenio Derbez). Todo estereotipo es caricaturesco e involucra la dimensión estética pues incide directamente al capturar ciertas características e ignorar otras.

Desde categorías precisamente estéticas como lo bello y lo sublime, y con base en estereotipos muy superficiales, Kant intentó en el capítulo cuarto de sus *Observaciones sobre el sentimiento de lo bello y lo sublime* definir diversas identidades nacionales, no sin torpeza y para diversión del lector. Independientemente de lo elemental de la dicotomía que utiliza como instrumento de análisis, el discurso kantiano interesa aquí por la manera en que ilustra el papel de la enfática y la proxémica en la producción de estereotipos nacionales. De hecho, el mismo término de “proxémica” acuñado por E. T. Hall (1963) – quien lo entiende como el uso del espacio entre individuos por convenciones culturales (un sentido distinto al aquí utilizado de marcar proximidades y distancias)– surgió de una comparación entre diversos estereotipos nacionales (“el japonés”, “el árabe”, “el norteamericano”) con los que trabajó este autor, quien tampoco es inmune a la estereotipación. Así desde la enfática, Kant (1981, 160-161) supone que “la sensibilidad para el honor es en el francés *vanidad*; en el español, *arrogancia*; en el inglés, *orgullo*; en el alemán, *ostentación* y en el holandés, *envanecimiento* [...] En el amor tienen los alemanes e ingleses un estómago bastante fuerte, con sensibilidad algo fina, pero que participa más del *gusto sano y rudo*. El italiano, en este punto, es *soñador*; el español, *fantástico*, y el francés, *sibarita*” (cursivas en el original). Sobre la fluxión y la enfática (en nuestros términos, por supuesto) Kant opina que “el español es serio, callado y veraz” y “el holandés es un carácter ordenado y diligente”. La proxémica del inglés “es glacial siempre cuando uno comienza a tratarle, y se muestra indiferente con un extraño...” pero el francés “es amable, cortés y complaciente”. Sus criterios para analizar cualquier nacionalidad se basan en la comparación entre ingleses, alemanes, franceses, italianos y holandeses, entendiéndose el centro del mundo (eurocentrista). Nunca salió de su pueblo en Königsberg, pero emite juicios sobre los japoneses, los hindúes, los africanos, los “salvajes de

Norteamérica” (¿nosotros?), los habitantes de Oriente. Este curioso cuarto capítulo no sólo delata los prejuicios de Kant sino funciona como índice de los estereotipos nacionales de su época, muchos de los cuales aún se mantienen hoy día. Aunque la identidad nacional no pueda reducirse a un par de categorías, Kant acertó indirectamente en su intuición de que la identidad colectiva de una población se configura en buena parte por su estética, pues se trata de sensibilidades formadas por ciertas costumbres y sus culturas.

En cuanto a estereotipos, todos los atribuimos con la conciencia más o menos sucia en relación directamente proporcional a la severidad de nuestra ética. Solemos reaccionar inicialmente de manera visceral ante la apariencia física, el modo de hablar y pronunciar, de moverse o de actuar de los demás. Nos pueden agradar o disgustar en la escópica aspectos faciales de ciertas etnias como la nariz ancha, larga o respingada, las fosas nasales abiertas y conspicuas o casi invisibles, el color verdoso, azabache, ámbar, bermellón o transparente de la piel, las proporciones anatómicas cúbicas, famélicas, adiposas o arácnidas del cuerpo. Están además la somática de los olores que desprenden sus cuerpos, sus cocinas y sus barrios, su pesadez o gracia al caminar, su mirada esquiva o incisiva, la inexpresividad o profundidad de sus ojos, su servilismo, soberbia o dignidad. Todo ello pasa por la sensibilidad que es algo más que el mero impacto sensorial, pues participa vigorosamente también lo afectivo y lo valorativo.

La proxémica corta o larga entre sus habitantes y respecto al extranjero, su enfática dominante (jovial, melancólica, flemática), su cinética en la vida familiar y profesional que puede ser relajada o frenética, ligera o pesada, la fluxión de su gente (retraída o expulsiva) son aspectos que contribuyen a la caracterización de cada grupo étnico o nacional.² También calificamos a ciertas naciones de belicosas, hipócritas, pusilánimes, valientes, tramposas, codiciosas o solidarias según lo que hemos sabido de sus reacciones en ciertas circunstancias, por su historia y por la experiencia que hemos tenido con algunos de sus miembros. Al ser percepciones de aspectos éticos y morales, se captan igualmente por la sensibilidad.

Parecería que la esquematización por estereotipos es una necesidad social para poder ubicar y catalogar, con economía y rapidez, al otro. Entre los más difundidos en la

² La fluxión centrípeta en el diseño urbano, como la plaza central o “zócalo” en cada pueblito en México, por ejemplo, ancla y orienta al residente y al visitante contrastando con la centrífuga de sus aeropuertos, ferrocarriles y autopistas.

La construcción estética del Estado y de la identidad nacional

actualidad está el estereotipo del japonés por su cinética dinámica y su enfática tecnológica, y en torno a la eficiencia, honor y deber, la fluxión centrífuga en su penetración de los mercados internacionales (sobrepasada ya por los coreanos y particularmente los chinos). En la matriz nacional brasileña es típico señalar la fluxión acústica centrífuga de su fabulosa música, la somática de sus futbolistas y danzantes, la somático-escópica exuberante en su carnaval, la enfática escópica desgarradora de sus fabelas y opulenta de sus selvas y su Amazonas. La fluxión centrífuga de Cuba durante los años sesenta y setenta inundó a toda Latinoamérica con su léxica ideológica y la acústica de la trova cubana precedida por el merengue, el *feeling*, la salsa, el danzón, el bolero, el mambo y el chachachá. La fluxión norteamericana ha anegado el planeta a través de todos los registros: el acústico del jazz, rock y pop, la escópica del *blue jean*, el *baseball cap* y los tenis, de la tecnología bélica y espacial, la enfática del *easy going*, el *being cool*, el *self made man*, el *look* y su *American way of life* imitados en todos los continentes sin olvidar la cinética somática del *fast food*, el *body fitness*, el *jogging* y el *lifting*. Estas estereotipaciones de identidades ajenas se reproducen y se incorporan, no sin cierta ambivalencia, con las propias.

La implementación de estas tipologías, así como de estrategias estéticas diseñadas para arrastrar a las masas fue notoriamente ilustrada por el nazismo. El partido nazi primero y el aparato de Estado alemán después desplegaron el *prototipo* de la “raza aria” como símbolo de prendamiento para glamorizar al *volksgeist* y lograr unidad nacional que culminó en su industrialización del genocidio. También el *arquetipo* jugó un papel importante, en este caso de las tradiciones nórdicas paganas al adoptar a la figura de los *Nibelungen*. La estigmatización del *estereotipo* del comunista con caracteres semitas y mortecinos y del judío como jorobado, usurero, obeso y con nariz de gancho se difundieron a través de una escópica caricaturesca en libros escolares, periódicos y panfletos nazis para extraer el odio racista con metáforas de infección que inflamaran el miedo y la inquina y condujeran hacia la figura mesiánica del *führer*, salvador de la raza superior.

En la explotación de ese prototipo fue crucial el diligente trabajo estético de los propagandistas bajo el liderazgo de Goebels y la colaboración escénica y arquitectónica de Albert Speer (como en su “catedral de luz en el campo Zeppelin”) y cinematográfica de Leni Riefenstahl. Pero el principal diseñador, productor, escenógrafo, utilero, director de

La construcción estética del Estado y de la identidad nacional

escena, y actor estelar, incluso director de *casting* e iluminación de la estética nazi fue Adolf Hitler, quien copió la svástica utilizada hace décadas en Alemania como signo antisemita y lo invirtió hacia la derecha en color negro sobre un fondo blanco circular en banderas rojo sangre. Copió también las camisas negras de los fascistas con las pardas nazis, les diseñó un vestuario y utilería especial a los miembros de la SS vestidos de negro y decorados con runas y una calavera, estoperoles etc. (a quienes se reclutaba en parte por su atractivo físico) para lograr efectos de intimidación a la vez que de fascinación. En la somática copió la idea del saludo romano de Mussolini para su *Heil Hitler* del brazo engarrotado y las formaciones de militares de rigurosa simetría en grandes espacios escenográficos. Impuso el “paso de ganso”, la toma de calles y ataques a minorías por las juventudes hitlerianas, las bestiales deportaciones masivas, trabajos forzados y el exterminio sistematizado de judíos, gitanos y bolcheviques que seguiría con eslavos y polacos. Sustituyó el calendario y los días festivos para celebraciones oficiales nazis (). En la acústica (aunada al golpeteo de casquillos, el grito unísono “*Heil!*” por miles de partidarios y militares) se utilizó la música de Wagner no sólo como concierto de fondo en las asambleas masivas, sino como paradigma estético de la entonación operística y la gestualización que el *führer* ensayaba ante el espejo para sus presentaciones a fin de impactar a las masas, regulando incluso la iluminación para dramatizar el efecto de sus bien practicados furros (Mandoki, 1994: 234 y 1999d *passim*; Spotts 2003). En la léxica confeccionó la oratoria rabiosa del *Mein Kampf* que se difundió como doctrina al lado del *best seller* de ficción disfrazada como real durante la Alemania nazi (perpetuamente reciclado, hasta hoy día en Egipto y Siria). Esta particular teatrocracia hitleriana prueba no sólo cuán útil resulta la estética a un Estado despótico y totalitario, sino también su gran afinidad a estas tres tipologías donde el prototipo siempre está engrandecido, el estereotipo satanizado y el arquetipo eternizado.

EL PROTOTIPO DEL MESTIZO

En el proceso de modernización, la institución del Estado mexicano y sus ideólogos se propusieron confeccionar un prototipo de identidad nacional que fuese plausible, útil y uniforme para edificar su legitimidad política sobre todo el territorio bajo su control. Interesaba adaptar a la población para la industrialización capitalista y la estrategia era

forjar una identidad laica y homogénea que favoreciera la disponibilidad profesional y técnica de los ciudadanos. El resultado fue, lamentablemente, la confección de un prototipo racial en vez de cívico: el mestizo.³ Elaborado por intelectuales, este prototipo del mestizo supuestamente unificaría la diversidad étnica, pero desde un símbolo que los mexicanos preferirían olvidar más que recordar: la conquista. Con tal fin se revolvió en el imaginario social al cemento indígena con la grava española para cuajar esa particular mezcla del “mestizo cósmico” propuesto por Vasconcelos. Sin embargo, tal mixtura ocultaba que, bajo el común denominador de “lo indígena”, yacía una pluralidad de culturas y etnias, y en “lo español” se omitieron también sus ingredientes moriscos, godos, hebraicos, gitanos, alanos, visigodos, vándalos, suevos y celtas entre otros, no sólo iberos. Era una mezcla que nunca logró fraguar pues las medidas estaban mal calculadas: demasiada grava y muy poco cemento en la fórmula y a la inversa en los materiales. Se esperaba que este prototipo pudiera exorcizar las profundas diferencias sin tocar las tremendas desigualdades sociales. Traducidas a la unidad cuasi mítica del “origen común”, Hernán Cortés, el Adán mexicano, y Malinche, la Eva mexicana, protagonizarían la gesta y la gestación de la raza de bronce como el maíz y la sangre de los dioses engendraron míticamente a los mayas y aztecas.

Esta voluntad entrópica de homogeneización en el cuajado de la identidad mexicana (unidad que Antonio Caso lamentó no hallar por ningún lado), ocultó no sólo la diversidad étnica sino la violencia social que entrañaba. Desde aquí arranca el racismo inconfesado pero tenaz que ha permeado la ideología nacionalista en esa construcción de “lo mexicano”, pues ni la pluralidad, ni la exclusión, ni el antagonismo social y étnico desaparecen por decreto.

Este empeño en fabricar la identidad nacional según el prototipo del mestizo cósmico tuvo como primera consecuencia la marginación multicenteneria de los indígenas, quienes al no ser mestizos, nunca llegaron a ser mexicanos, permaneciendo en el limbo de los protomestizos. Se produjeron así sensibilidades que rechazaban a este sector de la población en buena parte por su estética: su modo de hablar y tono de voz (en una población bilingüe cuya entonación local se decodificó como sumisa), sus facciones y color de piel, su forma de vestir, lenguaje corporal. Los ideólogos liberales, de izquierdas y de

³ Bonfil distingue al *mestizaje*, como hecho biológico, de la *desindianización*, como hecho cultural. Conuerdo totalmente con su distinción.

derechas, les reprochan hasta la fecha su obcecación contra el nuevo modelo nacionalista que se había adoptado. Y es que el indio, como atinadamente alguien dijo, no cree en La Patria sino en el terruño, es decir, en la patria. Tampoco se creyó, en palabras de Artaud, “la superstición del progreso”.

La segunda consecuencia es que la gran masa que se pudiera reconocer en la ideología del mestizaje vive cotidianamente una realidad de agudas exclusiones. Los mestizos no sólo son discriminados por los criollos de manera tácita, sino que se discriminan entre ellos según su fisonomía y gradaciones en el color de la piel, por más que nos pese reconocerlo. Tal discriminación se reflejó cándidamente en las categorías de Ezequiel A. Chávez de “mestizo superior” y “mestizo inferior” (como veremos más adelante) donde este último probablemente corresponde al indio desindianizado en términos de Bonfil y cuya inmejorable representación artística la hizo Miguel Covarrubias en *El hueso; maestro rural* (1937). Se trata, pues, de indígenas aparentemente occidentalizados, y en este sentido, de una cultura simulada.⁴

La tercera consecuencia ha sido la de imponer sistemáticamente esa ideología del mestizaje, tan abstracta como hueca (pues no tiene implicaciones cívicas, culturales o éticas al ser puramente racial), a la masa de la población, con la cual los grupos privilegiados que se consideran “criollos” no desean identificarse pues desde ese código racial jerarquizado les significaría un descenso social. La nefasta resultante es que, al no considerarse mestizos, y no incluirse por ende en el prototipo nacional, estos estratos se deslindan de responsabilidades sociales hacia el Estado-nación habitando en una esfera distinta que les permite usufructuar sin compromiso los bienes de la nación. Entre las estrategias estéticas que hoy, mientras esto escribo, circulan por el país está una campaña televisiva en que aparecen varios sujetos declarando: “Yo soy mexicano.” Pero qué significado concreto podría tener semejante afirmación resulta todo menos evidente, excepto como una prueba

⁴ Con otros criterios de clasificación, es muy probable que los indígenas sean muchos más que, como se ha declarado, el 12% de la población, y los mestizos menos del 85%. Viene al caso la pregunta que se hace Jaime Labastida (2000: 239-243) de si el número real de indígenas en 1521 fue realmente 25 millones (como lo proponen los demógrafos modernos), cifra que no se alcanzó en la República Mexicana sino hasta 1950. En el censo del virrey Conde de Revillagigedo en 1793 la población era de 6 millones donde el 40% aproximadamente eran indígenas, 20% europeos y criollos y 30% mestizos de todo tipo (saltapatrás, mulatos, zambos, tentenelaire). Concluye que en la actualidad “ha aumentado el número de indígenas estimado en términos absolutos; pero se ha vuelto menor, en términos relativos, frente al total de los mexicanos”.

más de que el prototipo del mexicano fracasó, y que es necesario reinventarlo casi en el bicentenario de su institucionalización como Estado-nación.

Aunque la población mestiza pudiera resultar, efectivamente, mayoritaria, ello no garantiza *ipso facto* una identidad ciudadana o nacional adecuada, pues ésta depende, necesariamente, de una cultura. ¿Y cuál es la cultura mestiza? Ése ha sido el problema fundamental en la fabricación del prototipo mexicano a través de la inverosímil occidentalización de las culturas mesoamericanas donde el mestizo deberá asumir su origen indígena pero imitar sólo al europeo. En reacción, parece como si el indígena se mantuviera en espera de que concluya este séptimo sol del periodo nacional-capitalista, como antes testificó el fin del sexto eclesio-colonialista y del quinto imperial-tributario azteca.

Entre los iniciadores de la reflexión –y construcción– del prototipo de identidad nacional mexicana se encuentra Ezequiel A. Chávez ([1901] 2002). Bartra recupera su ensayo “La sensibilidad del mexicano” donde ya de entrada aborda sus disquisiciones sobre la identidad del mexicano desde el concepto de “sensibilidad”. ¿Por qué la “sensibilidad” y no “la ética del mexicano” o “el sentido cívico del mexicano” o “la cultura del mexicano”? Lo que Chávez entiende por sensibilidad es su sentido etimológico estricto de receptividad o apertura a los estímulos sensoriales, emocionales y sociales. Se lee entre líneas que la mexicanidad para Chávez depende de las formas de receptividad u oclusión de la sensibilidad al mundo, y señala cuatro tipos: el hermetismo afectivo del indígena, la propensión a la emotividad de los criollos, la excitabilidad menor y controlada de los mestizos que califica de “superiores”, y la sensibilidad variable del “mestizo vulgar” o sin raíces que gasta más de lo que tiene, aunque carece de sensibilidad para las comodidades de la vida (Chávez [1901] 2002: 28-31).⁵ Según el autor, la diferencia entre un mestizo y otro, el vulgar y el superior, es la estructura familiar: uno, el “mestizo vulgar” resultado de “incesantes amasiatos” y el otro, el “mestizo superior” de “familias estables”. Aunque parece un asunto cultural, Chávez termina por asumir la identidad nacional en términos raciales y marca las distintas clases étnicas como clases de sensibilidad que conforman la sociedad mexicana por el grado de apertura o bloqueo afectivo (fluxión).

⁵ La distinción social basada en la raza está tan arraigada en México y ha determinado a tal grado a la institución de Estado que pareciera que el actual tripartidismo político obedeciera a la clasificación de Ezequiel Chávez de “criollos”, “mestizos superiores” y “mestizos inferiores”, donde los indígenas, otra vez al margen, corresponderían al EZLN.

La construcción estética del Estado y de la identidad nacional

A ese “mestizo vulgar”, Chávez le reprocha su incapacidad de representarse el futuro, pues no concibe la economía ni la vejez y contrasta con el “mestizo superior” por su sensibilidad sistemática (con lo que quiere decir “racional”). Dice Chávez que “en tanto que todas las razas inferiores son impulsivas, en tanto que en ellas la reacción sucede inmediatamente a la excitación, originando así numerosos delitos, el indio es una excepción en toda América: no es impulsivo, no reacciona con la celeridad del rayo: su sensibilidad tiene un carácter inerte y como pasivo estático...”. Así, en vez de ser consistente con sus premisas y asumir que el indio pudiera no ser de una “raza inferior”, Chávez se contenta con ponerlo como caso de excepción asumiendo que, aunque no sea impulsivo, seguirá siendo inferior.

Traducido a los términos aquí propuestos, describe la cinética estática del indio y su fluxión cerrada en contraste con el mestizo que lo imita todo y es expulsivo. “Y réstame ahora solamente el cuarto problema, el referente a las manifestaciones, a los efectos de la sensibilidad: ¿produce ésta múltiples reacciones exteriores, es expansiva, dinámica centrífuga, o bien por lo contrario determina efectos internos, es centrípeta, inerte?” (Chávez [1901] 2002: 38-39). El indígena contrasta así con el “mestizo vulgar”, quien gasta hasta lo que no tiene y expresa hasta lo que no siente. Vemos cómo, desde el intento de fabricar al prototipo, nace ese estereotipo despreciado por generaciones y que Chávez denomina como el “hijo de la plebe de nuestras ciudades”:

En dirección opuesta, José Vasconcelos ([1925] 1948) retoma esta figura del mestizo y la reconstituye apoteósicamente en una figura épica que tendrá la “misión étnica” de ser “la elegida para asimilar y convertir a un nuevo tipo a todos los hombres” por detentar una “*misión sin precedente en la Historia*” en que se prepara el “plasma de la humanidad futura”. En su tono arrebatado, Vasconcelos enfatiza la estética al proponer el regreso de la escópica a la pirámide, la curva y la espiral para ver surgir la quinta raza del Amazonas y su capital en Universópolis, con colores y ritmos para acabar con la enfermiza “estética de los nublados y los grises” (e.g. de las culturas anglosajonas y europeas).

La conquista del trópico transformará todos los aspectos de la vida; la arquitectura abandonará la ojiva, la bóveda, y en general, la techumbre, que responde a la necesidad de buscar abrigo; se desarrollará otra vez la pirámide; se levantarán columnatas en inútiles

La construcción estética del Estado y de la identidad nacional

alardes de belleza, y quizá construcciones en caracol, porque la nueva estética tratará de amoldarse a la curva sin fin de la espiral, que representa el anhelo libre; el triunfo del ser en la conquista del infinito. El paisaje pleno de colores y ritmos comunicará su riqueza a la emoción; la realidad será como la fantasía. La estética de los nublados y de los grises se verá como un arte enfermizo del pasado.⁶

Sugestionado por su propia prosa, Vasconcelos contesta al racismo con el racismo en el típico recurso demagógico de rebajar a unos para glorificar a otros cuando escribe:

En la época contemporánea, cuando el orgullo de los actuales amos del mundo afirma por la boca de sus hombres de ciencia la superioridad étnica y mental del blanco del Norte, cualquier profesor puede comprobar que los grupos de niños y de jóvenes descendientes de escandinavos, holandeses e ingleses de las universidades norteamericanas son mucho más lentos, casi torpes, comparados con los niños y jóvenes mestizos del Sur.

Se trata, como lo sintetiza eufemísticamente Villegas (1985: 43), de “la pugna de la latinidad contra el sajonismo” tan racional, tecnológico y discriminatorio. Propone una tercera etapa, al estilo hegeliano, de un esteticismo sentimental del capricho y la inmediatez con un ánimo anti-intelectual, anti-razonable y anti-ético.

En el tercer periodo, cuyo advenimiento se anuncia ya en mil formas, la orientación de la conducta no se buscará en la pobre razón, que explica pero no descubre; se buscará en el *sentimiento creador y en la belleza que convence*. Las normas las dará la facultad suprema, la *fantasía*; es decir, se vivirá sin norma, en un estado en que todo cuanto nace del *sentimiento* es un acierto. En vez de reglas, inspiración constante. Y no se buscará el mérito de una acción en su resultado inmediato y palpable, como ocurre en el primer período; ni tampoco se atenderá a que se adapte a determinadas reglas de razón pura; el mismo imperativo ético será sobrepujado y más allá del bien y del mal, *en el mundo del pathos estético*, sólo importará que el acto, *por ser bello*, produzca dicha. Hacer nuestro antojo, no

⁶ Versión electrónica <http://www.ensayistas.org/antologia/XXA/vasconcelos/09/08/2005>. Todas las citas subsiguientes de Vasconcelos fueron tomadas de esta fuente.

La construcción estética del Estado y de la identidad nacional

nuestro deber; seguir el *sendero del gusto*, no el del apetito ni el del silogismo; vivir el júbilo fundado en amor, ésa es la tercera etapa (cursivas mías).

Este emocionalismo sustitutivo y estetizante vaticina al despotismo, pues es la tentación del espíritu totalitario. Aquí, como en otros ejemplos antes citados, la estética puede operar como agujita sensible de un fanatómetro para detectar tendencias autoritarias. Sin duda, el ideólogo provee en esta cita una prueba elocuente no sólo del diagnóstico de hiperestesia que le reclamaban Juan Acha (1996) a la cultura latinoamericana y Oriol y Vargas (1993: 280) y Aramoni (1965) a la mexicana, sino del papel de la estética en la construcción de identidades nacionales y regionales, un papel exagerado. Así la estética de Vasconcelos se vierte toda hacia el encumbramiento de su quinta raza, la cósmica. Por eso me permito citarlo otra vez más en extenso, donde casi en cada oración menciona a la estética y la belleza:

En cambio, la verdadera potencia creadora de júbilo está contenida en la ley del tercer periodo, que es *emoción de belleza* y un amor tan acendrado que se confunde con la revelación divina. Propiedad de antiguo señalada a la *belleza*, por ejemplo, en el Fedro, es la de ser patética; su dinamismo contagia y mueve los ánimos, transforma las cosas y el mismo destino. La raza más apta para adivinar y para imponer semejante ley en la vida y en las cosas, ésa será la raza matriz de la nueva era de civilización. Por fortuna, tal don, necesario a la quinta raza, lo posee en grado subido la gente mestiza del continente iberoamericano; gente para quien la *belleza* es la razón mayor de toda cosa. Una *fina sensibilidad estética* y un amor de *belleza* profunda, ajenos a todo interés bastardo y libre de trabas formales, todo eso es necesario al tercer periodo *impregnado de esteticismo cristiano* que sobre la misma fealdad pone el toque redentor de la piedad que enciende un halo alrededor de todo lo creado (cursivas mías).

Entre más se lee a Vasconcelos, más estremece su tono racista –a la inversa pero racista al fin– aunque no proponga una raza pura sino mixta; lo hace bajo la misma premisa y con la misma locuacidad que el racista.

La construcción estética del Estado y de la identidad nacional

El indio, por medio del injerto en la raza afín, daría el salto de los millares de años que median de la Atlántida a nuestra época, y en unas cuantas décadas de *eugenesia estética* podría desaparecer el negro junto con los tipos que *el libre instinto de hermosura* vaya señalando como fundamentalmente recesivos e indignos, por lo mismo, de perpetuación. Se operaría en esta forma una *selección por el gusto*, mucho más eficaz que la brutal selección darwiniana, que sólo es válida, si acaso, para las especies inferiores, pero ya no para el hombre (cursivas mías).

Y en esa “eugenesia estética” vasconcelista se trasmina un recelo xenofóbico contra los anglosajones, ese oxímoron del chauvinismo malinchista, aunado a cierto desprecio contra los orientales quienes, según Vasconcelos:

...se multiplican como los ratones [y vienen] a degradar la condición humana, justamente en los instantes en que comenzamos a comprender que la inteligencia sirve para refrenar y regular bajos instintos zoológicos, contrarios a un concepto verdaderamente religioso de vida. Si los rechazamos es porque el hombre, a medida que progresa, se multiplica menos y siente horror del número, por lo mismo que ha llegado a estimar la calidad.

Rememora el pensamiento de su antecesor Chávez en su desprecio del “mestizo vulgar” por no controlar sus instintos, pero esta vez proyectado a los orientales quienes, valga asumirlo, son los antepasados de los migrantes a Mesoamérica. Si, en efecto, hay “dos opciones básicas de historicidad del ser humano: la de los varios ‘orientes’ o historicidad circular y la de los varios ‘occidentes’ o historicidad abierta” como lo propone Bolívar Echeverría (2001: 172), las culturas mesoamericanas tienen más en común con Oriente que con Occidente. Reconocemos esa orientalidad del mesoamericano en un hiperbarroquismo escópico común entre chinos y aztecas, además de la enfática somática inmemorial de ponerse de cuclillas, como lo relata Bernal, “Pues desde Cortés los vio de aquella manera también picó, como los demás soldados, que preguntó al Tapia que qué era del español; y el español como le entendió *se puso de cuclillas, como hacen los indios*, e dijo: ‘Yo soy’ ”(Díaz del Castillo [1632] 1985: 69, cursivas mías). Así que la frontera entre Oriente y Occidente no pasa sólo por el Medio Oriente sino también por el Atlántico.

La construcción estética del Estado y de la identidad nacional

Chávez plantea la identidad por una distinción de cuatro razas medidas por el rasero de la sensibilidad. Vasconcelos sueña con borrar la diversidad racial en la raza cósmica. Antonio Caso ve imposible la democracia plena porque en México no hay uniformidad racial, afirmando que “mientras no resolvamos nuestro problema antropológico, racial y espiritual... la democracia mexicana será imperfecta” ([1923] 2002: 57). Este “problema antropológico, racial...” no puede dejar de evocar al del llamado “la cuestión judía” que plantearon Marx y Sartre y que culmina con el monstruoso eufemismo de la “Solución final a la cuestión judía” (*die Endlösung der Judenfrage*) pues ¿de quién es realmente ese “problema”? ¿Del indígena o del intelectual al que le gustaría desindianizarlo? El imperativo de la mestización como consigna nacionalista o la obligatoria “eugenesia estética” para borrar rasgos no blancos hacen eco a la segregación racial del nacional-socialismo. Las etnias y las culturas tienen derecho tanto de integrarse como de mantenerse separadas y diferenciadas si así lo deciden: no se puede obligar a las comunidades de lacandones, armenios, judíos, gitanos, chipileños o tzotziles en México a mezclarse con otras por decreto si lo que anhelan es permanecer y resguardar su cultura; no por ello traicionan su ciudadanía.

Así, los ideólogos de la identidad, intelectuales orgánicos de los que habló Gramsci, parecen estar en un gran dilema al diseñar el prototipo del mexicano: por una parte, la necesidad de crear una imagen positiva, épica y a la vez neutral en que puedan identificarse distintas culturas. Pero, por la otra, traicionados por su posición de clase, tienden a manifestar un profundo desprecio por el mexicano común. No todos, sin embargo, creen en esta tarea ideológica de fraguar la identidad nacional. Jorge Cuesta ([1932] 2002: 97) expresa su discrepancia con toda claridad: “Imaginad a La Bruyère, a Pascal dedicados a interpretar al *francés*; al hombre veían en el francés y no a la excepción del hombre...”

En contraste con Cuesta, Samuel Ramos ([1951] 2002: 110-112) asume que “el estudio propio del mexicano es el mexicano”. Cree que “es el tema al que debe darse prioridad en las diversas disciplinas filosóficas, históricas y antropológicas de México, para beneficio de nuestra más genuina vida y cultura nacionales”. Niega tal diversidad “como si el país fuera una enorme coctelera” y los aspectos que nos presenta para identificar lo mexicano están en los cuatro registros: la léxica del idioma español, la escópica del mito guadalupano, la acústica de las canciones vernáculas y la somática de las corridas de toros.

La construcción estética del Estado y de la identidad nacional

Según Ramos, la identidad colectiva es “la suma de experiencias vividas” y al ser experiencial, resulta, sin duda, estética, generadora de sensibilidades particulares. Agrega que, como experiencia colectiva, hay una valoración la cual, en el caso mexicano, termina por ser negativa debido a la serie de derrotas, pérdida del territorio e invasiones sufridas durante el siglo XIX. Mientras otras culturas construyen su narrativa histórica para enorgullecerse y felicitarse, la versión de Ramos es para deprimirse. Esta versión derrotista y de baja estima de la identidad mexicana contrasta con otra, igualmente hiperbólica en su exageración pero de signo opuesto, por el triunfalismo de la identidad norteamericana basada en el ideal de unión, tranquilidad, bienestar, democracia, felicidad y las libertades individuales establecidas en su Constitución.

Nosotros, el Pueblo de los Estados Unidos, a fin de formar una Unión más perfecta, establecemos la Justicia, aseguramos la Tranquilidad doméstica, proveemos a la defensa común, promovemos el Bienestar general, aseguramos las Bendiciones de Libertad a nosotros y a nuestra Posteridad, ordenamos y establecemos esta Constitución de los Estados Unidos de América.

Sensibilidades triunfalistas o derrotistas, voluntaristas o fatalistas, se expresan también en las artes y el entretenimiento, particularmente el cine donde contrasta el optimismo acaramelado hollywoodense con el pesimismo fatalista y trágico del cine mexicano de la época de oro. Pero no todas las imágenes de las identidades en México son tan pesimistas, críticas, ideológicas o indiferentes como las de Chávez, Ramos, Caso, Uranga, Vasconcelos o Cuesta. Anita Brenner –que no es ni indígena, ni mestiza, ni goda (como extrañamente dividen Oriol y Vargas a los mexicanos) sino judía nacida en Aguascalientes– también aborda la identidad mexicana por la estética y, en parte, la ética, pero no de la raza o la etnicidad. Ella describe, vive y percibe a este país por su naturaleza volcánica y exuberante, por las milpas y los plátanos, las sombras de las palmeras. Aprecia lo mexicano desde la dimensión ética, en “esa demanda de integridad” y la sensibilidad de “la fe inmovible como la de los indios o una duda permanente como la de los mestizos”. Siendo antropóloga, su visión de la identidad desde la cultura le permite advertir que “México no puede ser medido con otros raseros que no sean los propios, como ocurre con

los valores que se aprecian en una pintura...”, y añade que “es por esto que en ningún otro lugar como en México el arte ha sido una parte orgánica de la vida, acorde con los fines del país y la búsqueda nacional, una posesión individual” (Brenner [1929] 2002: 78-91). Más que arte, yo diría que es estética.

Era tarea de los intelectuales construir un prototipo de identidad que trascendiera esa visión racial que ha carcomido a los ideólogos de “la raza de bronce” e integrara valores de las culturas locales como la cortesía, la solidaridad, el refinamiento, la riqueza sensorial de sus diseños, de sus platillos, de sus plazas y mercados, de sus calles y ciudades, la generosidad de su paisaje y su gente, cualidades que estimulan la sensibilidad y enriquecen la experiencia y calidad de vida. El material existe en esa figura con resonancias apolíneas y prometeicas, pero no raciales, que es Quetzalcóatl, padre que da su sangre y descubre el maíz, maestro que enseña a pulir obsidiana y jade:

...a tejer telas policromas con el algodón milagroso que nace ya tejido de diferentes colores, y a fabricar mosaicos con plumas de quetzal, del pájaro azul, del colibrí, de la guacamaya y de otras aves de brillante plumaje; pero sobre todo enseñó al hombre la ciencia, dándole el medio para medir el tiempo y estudiar las revelaciones de los astros; le enseñó el calendario e inventó las ceremonias y fijó los días para las oraciones y los sacrificios... en efecto, Quetzalcóatl es el arquetipo de la santidad, su vida de ayuno y penitencia, su carácter sacerdotal, su benevolencia con sus hijos, los hombres son patentes a través de las noticias que nos han conservado las crónicas y las representaciones de los manuscritos indígenas (Alfonso Caso, 1953 citado, por Ramírez [1959] 1977: 36-37).

Así pues, del arquetipo de Quetzalcóatl era factible heredar un prototipo humano industrioso y generoso, definido por sus actos, no por su raza, y por tanto abierto al porvenir y a la pluralidad. Por esa herencia se estetiza en México la materia con finura para adorar a la Virgen, recordar a los muertos, celebrar a los santos, –me refiero a materia como los tapetes de pétalos de flores o aserrín de colores, los arcos de entrada a los barrios en las fiestas del santo patrono, los moles, las ofrendas y la pirotecnia ritual. Por ello se entiende que Artaud ([1936] 2002: 104) escribiera que “he venido a México para entrar en contacto con la tierra roja” y que buscara su estética “que no consiste sólo en escribir poemas, sino

que afirma las relaciones del ritmo poético con el aliento del hombre, y por medio del aliento, con los movimientos puros del espacio, del agua, del aire, de la luz, del viento”. Sin duda, la visión romantizada de Artaud y Brenner, como la de Vasconcelos, no se percatan de esas otras zonas bastante tenebrosas de racismo, ordinariez, mezquindad y fanatismo político y religioso. Pero así como hay quienes sólo tienen ojos para el mejor de los mundos posibles por padecer el síndrome del doctor Pangloss (*cf.* Mandoki, 2006a, capítulo 4), otros los tienen para el peor (*cf.* Ramos, Antaki) a ninguno de los cuales podrá negársele algo de verdad a su versión, como tampoco tomársela en exclusiva.

EL ARQUETIPO DE GUADALUPE

El prototipo del mestizo fue encarnado paradigmáticamente por Martín Cortés, hijo de Hernán Cortés y Malintzin, aunque su antecesor –al margen de los reflectores de la historia al no ser una figura protagónica (y no serlo precisamente por su mestizaje)– fue realmente el primogénito de Gonzalo Guerrero, el primero de quien tenemos noticia en asumir en su carne y en su prole el mestizaje hispanoamericano: “que yo tengo labrada la cara y horadadas las orejas. ¡Qué dirán de mí desque me vean esos españoles ir desta manera! E ya veis estos mis hijitos cuán bonicos son” (Díaz del Castillo [1632] 1985: 66). Menciono al mestizo por ser un aspecto básico, no exclusivo, que habría de definir al arquetipo guadalupano.

La Virgen de Guadalupe, Virgen morena cuya aparición se cree data de 1531, parecería simbolizar al mestizaje iniciado más de una década antes. Su origen directo, sin embargo, es español, específicamente extremeño (nada casual que sea la tierra de Cortés) en una virgen de tez negra del siglo XII que permaneció enterrada, dicen, hasta el siglo XIV. Según la leyenda capturada en *Historia de nuestra Señora de Guadalupe* por fray Gabriel de Talavera (1597), la encontró un pastor y obedeció el encargo de que se levantara ahí mismo una ermita a su nombre. Deriva indirectamente también de otras leyendas, como la Virgen Negra o Czestochowa en Polonia de 1382, supuestamente pintada en directo por san Lucas y encontrada en 326 en Jerusalén por santa Elena, madre de Constantino.⁷ Es curioso

⁷ “Nuestra Señora de Guadalupe, patrona de Extremadura, [...] permaneció enterrada durante varios siglos hasta que a principios del siglo XIV, un sencillo vaquero vecino de Cáceres, el pastor Gil Cordero, la encontró

el caso de un arquetipo femenino religioso que se proyectaría invertido varios siglos después a la matriz nacional en un prototipo masculino laico: la Virgen mestiza que se transmuta en el mestizo cósmico de Vasconcelos.

Como símbolo oficial de México se eligió al águila sobre el nopal calcada directamente de la mitología azteca y fagocitada por el Estado burgués moderno. Pero esta escópica de Estado no parecería suscitar mayor entusiasmo pues hoy día nadie parece postrarse ante el águila y el nopal como, en cambio, sí se postran ante la Virgen. ¿O será al revés? ¿Acaso detrás de la Guadalupe se venera al águila de Huitzilopochtli? Hay quienes pensaron que ése, en efecto, es el caso, y que los indígenas asisten a la Catedral porque está construida con las piedras grabadas de los dioses prehispánicos que se robaron del Templo Mayor.

Así como el prototipo del mestizo pudiera fraguarse del arquetipo de la Guadalupe, ésta a su vez pudiera ser la proyección de otros arquetipos que la anteceden, pues los símbolos nunca surgen por generación espontánea. Siempre brotan de un símbolo anterior, como una célula de otra. Más aún, el tejido semiósico de donde afloran no es plano, como no lo es el espacio en la física relativista, ya que siempre se resbalan hacia ciertos lugares que están pandeados y cargados de un peso simbólico anterior. En otro trabajo (Mandoki, 1998) argumenté que el símbolo escópico de la Virgen pudiera encubrir a la imagen del águila y el nopal porque, entre otras razones:

1. La Guadalupe se le apareció a Juan Diego justamente en una nopalera (Sodi Pallares, 1968: 8).
2. Su nombre –proveniente probablemente del árabe *wadi-al lubb o wadi al-lupe* (río del lobo o de la médula, de grava negra o río oculto, con que se denominó a la Virgen de Extremadura)– lo interpretó el indígena azteca por el fonema “cuauh”, águila, como Tecuauhtlasupe o Tlecuauhtlacupeuh que quiere decir “la que viene volando de la luz como águila de fuego” término revelado a Juan Bernardino, tío de Juan Diego (*Álbum Conmemorativo*, 1981: 21).

siguiendo las indicaciones de una aparición que tuvo de la virgen para que se levantara una ermita en su honor.”

<<http://www.paseovirtual.net/guadalupe/>>

La construcción estética del Estado y de la identidad nacional

3. Observando el vestido de la Guadalupe puede uno percatarse de que está decorado con flores que parecen ser del nopal *Opuntia*.
4. Existe demasiada similitud entre los rayos que emanan de la figura con las espinas de cactus.
5. La imagen de la Virgen parece estar grabada en una penca de nopal.

Por todo ello, no es fácil tener certeza de si en la figura de la Virgen se venera a santa María madre de Dios o a deidades indígenas anteriores, pues su aparición en el Tepeyac ocurre en el sitio exacto de veneración de la Tonantzin, deidad prehispánica. Por más que fray Juan de Zumárraga insistiera en hacerles entender a los indígenas la diferencia entre la Guadalupe “nuestra Señora”, madre sólo de Cristo, y la Tonantzin del Tepeyac que quiere decir “nuestra madrecita”, basta oír a los devotos y peregrinos de la Villa para constatar que van a ver a su “madrecita”, su Tonantzin en la figura de la Virgen (Lafaye 1985, 301-356). En “Nuestra Madre de Guadalupe” es probable que el indígena adorara a Tonantzin en la Guadalupe, en vez de, como pretendía Zumárraga, a la madre de Dios (como en la estrategia de sobrevivencia cultural de los cripto-judíos ante el bautismo obligatorio impuesto por la Inquisición y la monarquía española). Deidad matriarcal, la Guadalupe-Tonantzin podrá ser virgen pero no es pura por sus orígenes extremeños y dos caras imperiales, colonial y azteca.

El arraigo de la Guadalupe puede explicarse asimismo por la estructura de la sociedad mexicana en la que, y vuelvo a citar a Díaz-Guerrero y Szalay (1993: 56-58), “la madre es una figura mejor, más poderosa, más activa, más significativa, su familiaridad con el concepto es mayor y su acuerdo sobre el significado del mismo es más grande que para los estadounidenses. ¡Aplastantes diferencias, en verdad!”

Veamos el contraste entre una figura que connota masculinidad como es el águila con otra de feminidad en la Virgen. El Estado –patriarcal, laico y anticlerical como lo ha sido el mexicano a partir de Juárez– no podría jamás apoyarse en una imagen femenina, mientras que el pueblo, por el contrario, se arraiga en ella precisamente por eso. La relación de afinidades y contrastes Guadalupe/águila no termina ahí, pues mientras ésta es un ave agresiva, recia, de visión artera y predatoria (perfecta metáfora para buena parte de los estadistas) la Virgen es pasiva, inmóvil, paciente, bondadosa y comprensiva (imitada por las madrecitas del cine mexicano de los años cuarenta). “Guadalupe es la receptividad pura

y los beneficios que produce son del mismo orden: consuela, serena, aquieta, enjuga las lágrimas, calma las pasiones” (Paz [1950] 1976: 77). El águila exhibe una tendencia centrífuga, mientras que la Virgen entrecierra los ojos pudorosamente y escucha, es centrípeta. Ambas, sin embargo, habitan en las alturas.

Que el arquetipo de la matriz nacional mexicana sea la Guadalupe lo asumió Hidalgo cuando la enarbó en su estandarte. Igual lo hizo José Miguel Ramón Aducto Fernández y Félix, primer presidente de México, al cambiarse de nombre por Guadalupe Victoria. “Agustín de Iturbide, emperador del Anáhuac, acudió al Tepeyac y, rodeado de los principales jefes del ejército Trigarante (“Religión, Unión, Independencia”), la declaró Patrona de la nación” (Báez-Jorge, 1995: 141). Juárez firmó el decreto, en 1859, que autorizaba la celebración del día de la Guadalupe el 12 de diciembre, señala Báez-Jorge. También Zapata, un siglo después, porta su efigie como emblema de lucha y, poco menos que otro siglo más tarde, Vicente Fox asiste a la Villa el día de su investidura presidencial. Está el guadalupanismo chicano que se expresó con toda vehemencia cuando la Asociación campesina liderada por César Chávez marchó por la autopista 99 con estandartes de la Virgen de Guadalupe (Calvo Huezas, *Los más pobres en el país más rico*, citado por Báez-Jorge, 1995: 143), y el de la manifestación masiva de indocumentados principalmente mexicanos que marcharon con estandartes de la Virgen en varias ciudades de los Estados Unidos el 1 de mayo de 2006, además de imágenes de la Guadalupe utilizadas por amloístas en el epílogo postelectoral del 2006.⁸

El mito guadalupano permanece a poco menos de cinco siglos de su aparición con una carga afectiva profunda como el hito simbólico más fuerte entre el pueblo mexicano. Un bicentenario de influjo masónico no pudo debilitar esta figura con tremenda carga afectiva que resurge incluso hoy entre los llamados “zapatistas guadalupanos”. La Virgen morena es sin duda su arquetipo: una Virgen que toma a los mexicanos como pueblo elegido para sus apariciones. Ella es Patrona de México, Emperatriz de América y Madre de los mexicanos.

⁸ “Un estandarte de la Virgen de Guadalupe encabezaba la peregrinación organizada ayer por simpatizantes de Andrés Manuel López Obrador hacia la Basílica de La Morenita del Tepeyac”, Claudia Bolaños, *El Universal*, domingo 20 de agosto de 2006. “Manipulan amlistas a la Guadalupana. La Virgen tiene en la mano derecha un papel que dice 'Voto AMLO' y debajo, la inscripción: 'la reina de todos los plantones'.”

EL ARQUETIPO DE MALINCHE

Frente a la imagen de la Guadalupe, hay una figura igualmente arquetípica aunque carezca de altar y de basílica. Si la Guadalupe cristaliza la imagen femenina que todo lo perdona, que sufre en silencio y es “la mejor de todas”, la otra, “la peor de todas”, no fue Sor Juana sino Malinche, la villana de la conquista, Eva del mestizaje y Pandora del infortunio.⁹ La monja poetisa y la cacica traductora compartirían en su “peoridad” una misma cualidad (además de un ejercicio sobresaliente con el lenguaje): la inteligencia; la poetisa por su inmensa cultura, profundidad y talento y la Malinche por ser educada, políglota y con don de mando, “tan excelente mujer y de buena lengua” (Díaz del Castillo [1632] 1985: 84).

En contraste con la Guadalupe, Malintzin no es ni virgen ni mestiza. Tampoco es madre sólo del mestizo prototípico sino también de la mestiza olvidada, María Jaramillo, quien no alcanzaría lugar en los libros oficiales de historia de México.¹⁰ Otra mestiza inadvertida, a pesar de ser igualmente arquetípica, es Leonor Cortés Moctezuma, hija del conquistador y nieta del conquistado Moctezuma Xocoyotzin, las dos figuras protagónicas de la colisión hispano-mesoamericana. La madre de Leonor, Ixcaxochitzin, es también digna de ser arquetipo: hija predilecta del tlatoani, esposa (y viuda) de Cuitláhuac y de Cuauhtémoc; bautizada Isabel Moctezuma, casóse sucesivamente con otros tres maridos españoles, y a quien Moctezuma encargara antes de morir a nadie menos que Hernán Cortés. ¿Le habrán avisado sus agoreros a Moctezuma que tenía, en Cortés, al padre de su nieta? Como la conquista habría de efectuarse no sólo en las tierras sino en los vientres de las siguientes generaciones, el resto de esta historia de mestizajes se amasa vigorosamente con otra de herencias, estros y bienes raíces.

La Chingada es la versión que Octavio Paz nos entrega de la Malinche en su conocidísimo ensayo *El laberinto de la soledad*. Así contribuyó a actualizarla como arquetipo entendida casi como grieta cósmica y hoyo negro, “La Nada”, desde una ontología masculina de lo femenino. Paz desmenuza erudita e imperturbablemente el cargadísimo verbo “chingar” en todas sus acepciones evitando así la sospecha de que semejante palabrota se le hubiese soltado en su discurso con el sentido con que suele

⁹ Todavía en mis años escolares (en una escuela de refugiados españoles), la Malinche era el arquetipo de la villana y traidora en la historia de México. Sobre Malinche la traidora, el texto clásico es Salazar Mallén [1942] 1991.

¹⁰ Cf. Baudot, 2001: 69-87.

pronunciarse, como explosión afectiva y vulgar. Es indicativo, por contraste, que años antes (1943) no se atreviera a escribirla en su ensayo “¡Viva México, hijos de...!”

Escribe Brotherston (2001: 19) sobre las versiones contradictorias en torno a esta mujer, una de las cuales enfatiza que Cortés no pasa de reducirla a un mero factor anatómico e instrumental al referirse a ella como “la lengua”, además de un pasado falto de amor en que su madre, al enviudar y contraer segundas nupcias, la vende a comerciantes de Xicalango para despojarle su herencia de cacica, “por manera que los de Xicalango la dieron a los de Tabasco y los de Tabasco a Cortés” (Díaz del Castillo [1632] 1985: 84). En la otra versión ella “de buen parecer, entremetida y desenvuelta” como la describe Bernal Díaz, es una figura preeminente, asumida como hija de caciques, respetada y orgullosa. En el códice de Tizatlán, se expresan signos de su jerarquía por la proxémica de ser saludada primero y por la enfática somática de mantener “la cabeza erguida o inclinada hacia atrás, *aquetza* en náhuatl, con toda la arrogancia que distingue a las aristócratas celebradas en algunos anales precortesianos” (Brotherston 2001: 28). En la escópica del *Lienzo de Tlaxcala*, es notable que la imagen de Malintzin sea de mayor dimensión que la de Cortés, a pesar de que ella está atrás. Y es que cuando llega a Tenochtitlan y los españoles saquean y roban el oro de Moctezuma, ella: “Se subió a la azotea, a la orilla de la pared se puso y dijo: –Mexicanos, venid acá: ya los españoles están atribulados. Tomad el alimento, el agua limpia: todo cuanto es menester. Que ya están abatidos, ya están agotados, ya están por desmayar. ¿Por qué no queréis venir? Parece como que estáis enojados” (Sahagún [c.1577] 1985: 777). Su palabra se enuncia sólo para ordenar el servicio a los españoles.

No hay duda de que hay fuertes materiales mitopoiéticos en esta figura que nos alcanza con gran vitalidad hasta la época actual, pues todo arquetipo se cuaja con una mezcla de mito y realidad (así sea la realidad de la fe en ese mito) –aunque se requieren indicios (índices en sentido peirceano), sean reliquias (la tilma) o relatos fidedignos (de Bernal, desde el cap. 36) –. Estos elementos míticos aparecen, como lo señala Franco (2001: 214) desde que “como Edipo, Malintzin era una niña echada fuera del reino. Entregada o vendida a comerciantes, termina como esclava del jefe de Tabasco que la regala al nuevo poder, a Cortés”. Hay incluso un momento de agnición bíblico cuando, siendo ya la poderosa figura femenina de la conquista –vista incluso como diosa entre los indígenas al ser heraldo (*faraute*) del retornado Quetzalcóatl– se reencuentra con su madre

que la había vendido y su hermano que la desposeyó (bautizados Marta y Lázaro). “Tuvieron miedo de ella, que creyeron que los enviaba hallar para matallos, y lloraban. Y como así los vio llorar la doña Marina, les consoló y les dijo no hobiesen miedo, que cuando la traspusieron con los de Xicalango que no supieron lo que hacían, y se lo perdonaba, y les dio muchas joyas de oro y ropa y que se volviesen a su pueblo” (Díaz del Castillo [1632] 1985: 84). No podría escapársele a Bernal la obvia semejanza con la historia de José y sus hermanos, también vendido a unos comerciantes, quien adquiere gran poder en la corte del faraón y salva de la hambruna a sus hermanos y padre. Dice Bernal “y esto me parece que quiere remedar lo que le acaeció con sus hermanos en Agito a Josef, que vinieron en su poder cuando lo del trigo”. Casualmente también ambos, Malintzin y José, obtienen jerarquía en la corte por su capacidad de intérpretes: ella de la lengua indígena y él de los sueños del faraón.

Si Guadalupe prende como arquetipo al ser asociada a Tonantzin, Malintzin quizás prende inicialmente por su asociación a Matlalcueye, o Chalchiutlicue, compañera de Tláloc, según Muñoz Camargo (*cf.* Leitner, 2001: 240 n. 58). Recordemos que ambas, Malinche y Guadalupe, fueron contemporáneas. La Malintzin se vuelve a arquetipizar en los escritos de Echeverría quien, con Todorov, la visualiza como medio de la palabra ritualizada, la “intérprete entre dos interlocutores colosales, dos mundos o dos historias”. Es la “equiparadora de dos códigos heterogéneos”, la única en tener el “acceso privilegiado –abierto por la importancia y la excepcionalidad del diálogo entablado– al centro del hecho comunicativo, a la estructura del código lingüístico, al núcleo en el que se definen las posibilidades y límites de la comunicación humana como instancia posibilitante del sentido del mundo de la vida”. Ella es “la dominada que domina”, “la mediadora de un entendimiento entre dos hablas singulares, el constructor de un texto común para ambas” donde, la “Malintzin inventaba una verdad hecha de mentiras” (Echeverría, 2001: 73, 77). Parecería que, en el principio (de la conquista) fue el verbo.

“Se trata de ese peculiar terreno donde crece el extraño árbol de la identidad nacional, cuyos frutos no pueden ser comidos sin invocar, invariablemente, a la Malinche, Eva mexicana bajo cuya sombra pecadora todavía viven todos sus hijos” (Bartra 2001: 195-96). Por ello, el arquetipo de la Malinche se actualiza con fuerza singular precisamente entre las mujeres chicanas, a quienes se las llama ofensivamente “Malinches” si tienen un

La construcción estética del Estado y de la identidad nacional

amante o marido “blanco”, si abandonan la comunidad chicana para estudiar, si se integran a la sociedad norteamericana o si abrazan la ideología feminista. El poema de 1973 de Adaljiza Sosa Riddell (citado en Pratt, 1993: 862) ilustra este ímpetu actual del arquetipo.

*My name was changed por la ley...
Malinche, pinche,
forever with me,
I was born out of you
I walk beside you,
Bear my children with you,
For sure, I'll die
alone with you...
Pinche, como duele ser Malinche... [...]*

Por la semiosis, el arquetipo es un símbolo que convoca y mantiene fuertes cargas afectivas, materiales y temporales. Por su estesis, los arquetipos conmueven, dan forma a emociones y experiencias, son objetos de prendamiento. La estética de estos arquetipos se pone en operación por las modalidades que señalamos en los capítulos anteriores. Confirma la proxémica corta de la Guadalupe al elegir al pueblo de México para sus apariciones, en contraste con la Malinche que acorta la proxémica con el conquistador. En la cinética, Guadalupe es estática y está siempre ahí en el Tepeyac desde su aparición en 1531. Malinche, en cambio, es móvil pues va de Coatzacoalcos a Xicalango, a Tabasco, Tlaxcala, Higueiras y Tenochtitlan (hoy a Ciudad Juárez y Los Ángeles). Mujer dinámica no sólo en sus gestiones sino en sus nominaciones desde la esclava *Malinalli*, una mercancía, a *Malintzin*, sujeto lingüístico y figura política, “tenía mucho ser y mandaba absolutamente entre los indios en toda la Nueva España” (escribió Bernal), a *Marina*, sujeto religioso por bautizo, seguido por su transformación en sujeto de matrimonio como *señora Jaramillo*, sujeto maternal *madre* para Martín y María, *matriarcal* en su descendencia mestiza, sujeto legal y económico dueña de propiedades de encomienda otorgadas por Cortés en el primer cuadro de la capital de la Nueva España hasta volverse *La Malinche*, figura arquetípica de su actitud ante el mundo, la historia, la vida (Marina nunca llegó a ser la señora Cortés, aunque Hernán sí fue el “capitán Malinche”).¹¹

¹¹ Franco, 2001: 215 se refiere a parte de esta transformación. Glantz (1995: 132-134) propone la hipótesis de que el nombre de Malinche quedó como genérico de los traductores-traidores, “los malinches”, así como de los que eran acompañados por Malintzin, como el Capitán Malinche. Afirma que el sufijo “che” indica posesión, Malinche es la que trae Cortés.

La construcción estética del Estado y de la identidad nacional

En cuanto a la enfática, la de la Virgen de Guadalupe es la compasión y el perdón, mientras que en Malinche, aunque casi no la oímos hablar de propia voz, el acento está en la hibridación tanto mental (en la traducción, interpretación y conversión al cristianismo) como corporal a través de sus dos hijos, Martín y María (que no le faltó compasión y perdón ante su madre enunciando, como verdadera cristiana, las palabras de Cristo “que no supieron lo que hacían, y se lo perdonaba”). Pero la fluxión parece ser la modalidad dominante que distingue a ambos arquetipos y de donde extraen su mayor impacto estético: por un lado, la fluxión centrípeta de la Virgen de Guadalupe que escucha, atiende y siente los ruegos y padeceres de los fieles, y por el otro la fluxión centrífuga de Malinche que se ubica en un eje de transformación irreversible de su civilización, volcada hacia el futuro y abierta a las situaciones históricas y eróticas que le presenta la vida. Aquí está su prolífica descendencia: la chingada tenía que haber sido una chingona.

Hoy Malinche es la india que trueca sus enaguas bordadas por el pantalón de mezclilla, la mojada que busca otra realidad cruzando el Río Bravo.¹² La Malinche es quien ha sido asesinada cuatrocientas veces en Ciudad Juárez al trabajar para no depender del macho, es la conversa a la modernidad occidental, la que aprende inglés, la desindianizada.¹³ Tiene volutas verbales. Cortés la denominaba “la lengua”, en un mundo donde “tlatoani” quiere decir “el que tiene la palabra”, lo que muestra el inmenso peso del registro léxico en esta cultura. Y sin embargo, el prototipo del mestizaje eligió proyectar de la Malinche solamente su cuerpo penetrado de hembra indígena, borrando su mente y su inteligencia. Al no ser virginal, a la Malintzin se la reduce a lo vaginal.

ESTEREOTIPOS DEL MEXICANO

Si el arquetipo suele ser inefable o infame y el prototipo es político, el estereotipo es humano, demasiado humano. El prototipo del mestizo cósmico habita principalmente en algunos murales del optimista Rivera o del exaltado Siqueiros, pero los estereotipos están aquí merito: son figuras de carne y hueso, que tragan y mean. Aquí se aloja el estereotipo del *peladito* mascullándole su “mamacita” a cada hembra que le pasa enfrente o del *junior*

¹²Una encarnación actual de Malinche es Salma Hayek, quien aunque no es indígena sino libano-española casualmente nació en el mismo sitio que la Malinche: Coatzacoalcos. También es políglota.

¹³ Cf. Alarcón, 1981, citada por Jean Franco, 2001.

dejando el coche de papi al *valet parking* mientras avisa por el celular que ya llegó al restaurante. Es el *nacazo* que lava su carro detonando todo el poder de sus bocinas a puertas abiertas para hacerse notar diez cuadras a la redonda y la típica mami *fresa* tocándole el claxon de su suburban en tercera fila a su pimpollo en la salida del colegio. Nos puede provocar tirria o repugnancia, pero la emotividad está ahí, como mecha mojada en gasolina. Son nuestros espejos.

Béjar Navarro (1981: 47) define el término: “Los estereotipos son creencias exageradas, asociadas a una categoría, y cuya función primordial es justificar la conducta de un determinado grupo, en relación con esta categoría. La noción de estereotipo así concebida designa ideas sostenidas en forma subjetiva y exenta de crítica de un grupo social en relación a otro.” En este preciso sentido vamos a abordar los estereotipos mexicanos. No se trata de elucubrar cómo es, en esencia, “el mexicano” sino qué estereotipos se esgrimen para denotarlo y qué connotaciones desencadena. Interesa la referencia como asunto de percepción, no su referente, es decir, el retrato, no el retratado, pues a la estética incumbe estudiar sus objetos en tanto efectos de percepción, no en su esencia ontológica o metafísica.

Nada duele tanto, al jalar el hilo de la estética, como los estereotipos, gruesas puntadas en la herida hipersensible de las identidades nacionales. La intensidad del dolor depende del lugar que tal identidad ocupe en la subjetividad de cada cual. Para algunos, su identidad nacional es central y preponderante, como para otros puede ser tangencial e inconsecuente, de manera similar a la identidad religiosa, política o futbolística que para el fanático, el radical o el hincha ocupa su subjetividad entera mientras que para el ateo o el apático ninguna. Dado que están en juego sensibilidades, el ateo debe ser cauto para no herirlas y el fanático tolerante para no imponer las suyas.

Cantinflas se valió de la léxica enredada, la somática de su pasito, la escópica de su gorrito y su pantalón que se le escurre a la cadera, así como la acústica de su tonito para crear a su personaje. Esa caricatura ayudó a difundir en el extranjero un estereotipo del mexicano como personaje inofensivo, simulador y complaciente; un chistoso que no le da mayor peso a sus palabras. Según Garizurieta ([1946] 2002: 128) “es lo más representativo del estilo mexicano” en su temor al compromiso, su sentimiento de inferioridad, su condición provisoria, su forma de esconderse ante la mujer y el gendarme o la autoridad y

el amor, y su incapacidad de expresarse directamente por el lenguaje. Hay otros estereotipos mexicanistas, algo más amables, que derivan de visiones estéticas extranjeras romantizadas, como las plasmadas en el filme *Que Viva México* de Eisenstein, la fotografía de Helen Lewitt y Tina Modotti, la novela de D.H. Lawrence *Serpiente emplumada*, además de la idea del “México surrealista” de Breton y el mágico de Artaud. Emerge asimismo desde el interior la bellísima visión de un México en blanco y negro con varias gamas del gris de *Janitzio* de Emilio “el Indio” Fernández o *Maclovía* por el lente de Gabriel Figueroa y los indígenas fotogénicos de Manuel Álvarez Bravo y Mariana Yampolsky, así como los invaluable documentos fotográficos de los hermanos Abascal y muchos insignes fotógrafos mexicanos. Sacados de su contexto artístico, estas imágenes maravillosas de México crearon estereotipos tanto como los remediaron.

¿Cuál es hoy el estereotipo del mexicano? Para constatarlo, realicé dos indagaciones separadas por internet entre colegas latinoamericanos y mexicanos de siete palabras clave con que asociaban a estereotipo. Muy significativo resultó que tales percepciones tuvieran que ver con categorías principalmente estéticas (aunque los mexicanos contribuyeron con términos éticos y anímicos como desidia y corrupción o simbólicos como el nopal). La más citada fue la imagen del mariachi por su prominente estética del traje típico bordado y gran sombrero, su música y sus gritos. Siguió el tequila, clave igualmente estética (como sabor y ritual) en la somática. Ni hablar de la estesis del chile picante, ataque delicioso a los sentidos del gusto y del olfato, seguido por el machismo, categoría social y de género que ha sido caracterizada estéticamente en el cine mexicano por su acústica golpeada y la somática insolente y retadora pero finalmente su léxica sentimental. Después fue Marcos y el EZLN, figuras ético-políticas tanto como estéticas en la imagen romántica del rebelde encapuchado y encanado de voz melodiosa que fuma pipa, con ojos expresivos y sentido del humor que escribe comunicados lúdico-políticos y vive en “las montañas del sureste mexicano” rodeado de indígenas.¹⁴ Difícil hallar una figura que involucre a la estética más intensamente que Frida Kahlo tanto en la escópica de su singular apariencia personal cejjunta, el pelo trenzado y tensado con sus vestidos de Tehuana, su producción pictórica y la enfática somática del dolor incesante, su erotismo y compromiso político. Quedan los

¹⁴ Es obvio que en algunos casos no se entendió la encuesta, pues el subcomandante Marcos no puede ser estereotipo de los mexicanos al no ser una imagen común o general. Algunos contestaron la pregunta más bien como asociación de ideas: Anexo respuestas al final.

aztecas probablemente también por su imponente legado estético en una escópica hecha piedra, hilo, plumas, jade y la memoria de la somática del sacrificio, de su derrota y de sus cuerpos de bronce. Hay, pues, varios estereotipos de lo mexicano y aunque exhiban caracteres éticos o estéticos, todos rasgan cuerdas afectivas pues en su percepción siempre está de por medio la sensibilidad.

Más por la ética que por la estética, Antaki (1996: 18-35) apalea con exasperación a su estereotipo a quien acusa de perezoso “como sólo un artista sabe serlo” de que “la ley es que no haya ley” y de “su desamor por el mundo aunque le importe demasiado la mirada ajena”. Le reprocha que no comprenda la modernidad, ser violento pero exigir pulimento exagerado en el lenguaje como expresión de su hipocresía, despreciar a los otros hasta el extremo de robarles horas y días de vida, incurrir en los cuidados inauditos del “ritual de aceptación” por temor al rechazo en que “la descortesía es la regla y la ley” y ser excesivamente sedentario pues “en México, los hombres se desplazan poco y, cuando lo hacen, van muy cerca”. Lo que más enfurece a Ikram es el rechazo a la razón, a la verdad, a la inteligencia, su desprecio por los demás; por ello afirma que “la conquista no sólo fue conquista. Más terrible que ella fue la apertura”, lo que Octavio Paz y Santiago Ramírez definen como la feminización del conquistado al dejarlo rajado, abierto, expuesto. Antaki (1996: 44, 72-29) ubica a México como “el pueblo más anticientífico de la Tierra” en exacta oposición a Alfonso Reyes quien en “Reflexiones sobre el mexicano” hace notar que “el mexicano es reservado, desconfiado y estas cualidades lo predisponen a ser un pueblo científico por excelencia” (en Béjar Navarro, 1979: 63). La ensayista de origen sirio nacionalizada mexicana regaña con pasión al estereotipo por su apocamiento, sus sustantivos empequeñecidos, su lenguaje agachado, su impotencia, el verse inferiores en los ojos de los demás y de los suyos propios, su mundo de la nimiedad y la miniatura. A pesar de ser antropóloga, no comprendió la intención cariñosa que se esconde en los diminutivos mexicanos (arrocito, cafecito, cigarrito) para suavizar una orden o solicitud. El uso actual del diminutivo pudiera asociarse al del sufijo indígena *tzin*, como en *Tonantzin* (madrecita), *Ixcaxochitzin*, *Moctezuma Xocoyotzin* o *Motecuhzomatzin* y en *Malintzin*, que no empequeñece sino otorga alcurnia pues aparentemente para el mundo indígena la jerarquía es afectuosa y en lugar de alargar la proxémica la acorta, pues protege.

La construcción estética del Estado y de la identidad nacional

Chávez condena al mestizo inferior para reivindicar al superior, pero para Antaki el problema no es racial tanto como mental. Le exaspera que “ellos [los intelectuales mexicanos] se ubican más por sus amistades que por sus ideas”, y ataca al panteísmo de los mexicanos con mayor celo que los rabinos que excomulgaron a Baruj Spinoza por el suyo. Antaki (1996: 68), con quien tuve la oportunidad de conversar, confiesa con candidez que en “el país de los niños eternos” nunca encontró un adulto con quien hablar. Tristemente se asomó a México justo por la ventana que tiene una pared enfrente, pues intentó medir al mexicano con el rasero greco-hebraico al diagnosticarle “un atraso de varios milenios respecto del recorrido mediterráneo”. Vale estereotiparla, a modo de homenaje póstumo, como a la doña Bárbara de la identidad mexicana fustigando al macho con su látigo para que reaccione de una buena vez. Antípoda de Anita Brenner (antropólogas ambas) ésta resultó más atinada en el lente que eligió para observar la cultura en México, pues siempre será más provechoso explorarla por la estética que por la lógica aristotélica, la ética hebraica, la política platónica o el derecho romano. A Ikram le faltó una buena nana mexicana, de las que preparan el chocolate con molinillo.

El estereotipo del pelado

En su análisis sobre los mitos de identidad del mexicano, Bartra (1987: 191) plantea que la “concepción dualista de México es una verdadera obsesión que comparten muchos escritores, políticos y antropólogos. Hay dos Méxicos: uno es rural y bárbaro, indígena y atrasado; el otro es moderno, urbano, industrial y mestizo”. De ahí surgen los dos estereotipos antagónicos a la vez que complementarios: el “indio” y el “pelado”. La figura del indio, según el autor, se caracterizaría por su inmovilismo, melancolía y desconfianza frente a la homogeneización cultural y la industrialización. El pelado, en cambio, es el resentido que, según Yáñez y Bartra, “sólo puede defenderse del frío utilitarismo de la explotación burguesa si logra encender su espíritu con el rencor” (Bartra, 1987: 162). Afirma que “el nuevo Prometeo que la Revolución ha convocado –el mestizo cósmico, el proletario como embrión del hombre nuevo– va a quedar reducido a la imagen patética del pelado. El indio agachado no tiene futuro, pero tiene pasado; el nuevo héroe no tiene pasado, y tampoco tiene futuro. La mitología nacionalista lo ha castrado: ése es el precio

que tiene que pagar el proletariado para entrar a formar parte de la cultura nacional” (Bartra, 1987: 149).

Ya vimos en el capítulo 4 cuántas veces Ezequiel Chávez le reprocha su fluxión expulsiva al mestizo que llama “inferior” refiriéndose al pelado. Agustín Yáñez describe al pelado como “desconfiado, realista, escéptico, pesimista, indisciplinado, desordenado, terco...”, “el mexicano en estado de naturaleza y, para mayor connotación, el tipo representativo de nuestro mestizaje [...] recela de sí mismo, de la parte que en él es extranjera” (citado por Bartra, 1987: 131). Cuando Ramos lo elige como estereotipo, justifica su elección por las siguientes razones:

El mejor ejemplar para estudio es el “pelado” mexicano, pues él constituye la expresión más elemental y bien dibujada del carácter nacional. No hablaremos de su aspecto pintoresco, que se ha reproducido hasta el cansancio en el teatro popular, en la novela y en la pintura. Aquí sólo nos interesa verlo por dentro, para saber qué fuerzas elementales determinan su carácter. Su nombre lo define con mucha exactitud. Es un individuo que lleva su alma al descubierto, sin que nada esconda en sus más íntimos resortes. Ostenta cínicamente ciertos impulsos elementales que otros hombres procuran disimular. El “pelado” pertenece a una fauna social de categoría ínfima y representa el desecho humano de la gran ciudad. En la jerarquía económica es menos que un proletario y en la intelectual un primitivo. La vida le ha sido hostil por todos lados, y su actitud ante ella es de un negro resentimiento. Es un ser de naturaleza explosiva cuyo trato es peligroso, porque estalla al roce más leve. Sus explosiones son verbales, y tienen como tema la afirmación de sí mismo en un lenguaje grosero y agresivo. Ha creado un dialecto propio cuyo léxico abunda en palabras de uso corriente a las que da un sentido nuevo (Ramos, [1934] 1987: 50).

Aquí resulta significativa tanto la modestia (“sólo nos interesa verlo por dentro”) como la sensibilidad de los descriptores más que la de los descritos. El estereotipo del pelado según Ramos puede ser traducido al modelo LASE-PCEF como dueño de una cinética somática dinámica a través de la proletarización, la des-ruralización, la emigración a la ciudad, incluso la expatriación de la emigración; la enfática marcada de resentimiento y frustración ante una realidad que le es adversa; su fluxión somática centrífuga en sus

La construcción estética del Estado y de la identidad nacional

impulsos a flor de piel y una proxémica distante en todos los registros ante los demás, particularmente en la léxica. Sus esfuerzos épicos por la movilidad están más que elocuentemente expresados a lo largo del Río Bravo.

El estereotipo del naco

Ora vamos con el “naco” –pinche término–: el naco viene siendo el indigesto actual, con más o menos el mismo proceso del chicano, nomás queste, en ves de pirar pal sur de allá del norte de acá, le llega a la capirucha de su país. Es el campirano, que hace un ratitito dejó de ser cavernario de cualquiera de las provincias olvidadas de la República Mexicana y, que “las dependencias gubernamentales encargadas de los asuntos indigestistas”, sin decirles ¡aguas! me los integra a la civilización, dejándolos azotar de puritita madre en el mero centro de la ciudad capital, a las dos de la tarde en pleno congestionamiento vial. Lo primero quiase es buscar piedras pa’ defenderse al encontrarse en medio del quesque, disque ¡oilo! mundo de la tecnología dependiente, sin haberle dado chance, pero ni pizca, al proceso de sometimiento a la estupidización en el desmadre capitalino defeño mexicano. [...] los nacos vienen siendo lo más granado de la clase de jijos del tipo de chingados embrutecidos por el “sistema”, sin ninguna posibilidad de producción y jamás de creación... (Daniel Manrique en Béjar Navarro, 1981: 230-231).

Bonfil asume que el término “naco” se aplica al pelado y al indígena que se desindianiza para adaptarse a la ciudad, y aunque denota al patán, se utiliza con connotaciones racistas. Pero el pelado, a diferencia del naco, no sólo mantiene su identidad cuando emigra a la ciudad –pues procura habitar en una zona vinculada a convecinos de su lugar de origen (aunque ya no existen barrios de oaxaqueños o veracruzanos en la capital como se halló en Teotihuacán) – sino que la recupera al regresar a su pueblo durante las festividades. El naco, en cambio, no tiene raíces a donde volver ni caracteres de clase específicos, aunque los criollos le apliquen este epíteto para distinguirse de los mestizos, y los mestizos para distinguirse de los indios.

La presencia del indio en las ciudades no ha pasado desapercibida para las élites dominantes y privilegiadas. Si antes se le llamó “la plebe”, hoy se emplea otro término que ya alcanzó arraigo: son “los nacos”. La palabra, de innegable contenido peyorativo, discriminador y racista, se aplica preferentemente al habitante urbano desindianizado, al que se atribuyen gustos y actitudes que serían una grotesca imitación del comportamiento cosmopolita al que aspiran las élites, deformado hasta la caricatura por la incapacidad y la “falta de cultura” de la naquiza (Bonfil, [1987] 1990: 88-89).

Para Monsiváis (1987, 1995) el término es la aféresis de totonaco y surge por la época de los cincuenta para denotar al pelado que trata de imitar a otras clases pero vestido a la moda con atraso (aunque pudiera derivar del chinaco –activista contra Maximiliano). En contraste con el “peladito”, el naco sólo puede ser “nacazo” (vocablo idóneo propuesto por el ensayista) pues si aquél es frágil por no conocer los códigos de la ciudad, el naco en cambio ya es dueño de ella y lo ostenta. El naco es retomado culturalmente bajo el lema “naco es chido” por el grupo *Botellita de Jerez* en su álbum de 1986 con el silogismo: “Si lo mexicano es naco, y lo mexicano es chido, tonces verdad de Dios, todo lo naco es chido.” Recubren el término contra la significación peyorativa para asumirlo como elemento desembarazado de identidad urbana.

La naquez actual es, por tanto, una condición cultural más que racial propia del contexto urbano donde le gustaría imponer una sola moda y estilo de vida, la suya, pues depende justamente del espíritu gregario del tumulto. Por eso, toda ciudad tiene sus nacos: el *hooligan*, el *chav*, el *pushtak*, el *pikey*, el *knacker* o el *ned* manifiestan comportamientos similares en su actitud abusiva, gusto burdo, lenguaje soez y tendencia a envalentonarse en cuanto forman parte de la bola. Este estereotipo se detecta y se repudia básicamente por componentes estéticos (retumbante en la acústica, insolente y lenguaraz en la léxica, montonero en la somática, ostentoso y relamido en la escópica).

Si “el sentido de la palabra está en su uso” como decía Mr. W, el naco, a diferencia del pelado, ya es netamente ciudadano. Nace y se hace en el anonimato de la ciudad –se cría de éste– sin lealtad a ningún barrio, zona o pueblo (a diferencia del ñero, el pelado, el pueblerino o el tepiteco) por lo que no asume ninguna cultura excepto la que le embuten los medios masivos. Naco es el residente urbano sin urbanidad.

El estereotipo del macho mexicano

Santiago Ramírez dedica al estereotipo del macho mexicano una buena parte de su clásico *El mexicano: psicología de sus motivaciones* al cual explica como resultado del mestizaje desde una unión desigual. Dice Ramírez ([1959] 1977: 49-50) que “el mestizaje en nuestro país, siempre, salvo rarísimas excepciones, se encontró constituido por uniones de varones españoles con mujeres indígenas. La unión de estas mujeres con hombres españoles fue una transculturación hondamente dramática [...] su unión la llevaba a cabo traicionando a su cultura original. Por tanto el nacimiento de su hijo era la expresión de su alejamiento de un mundo, pero no la puerta abierta a otro distinto”. Y agrega que “en consecuencia la mujer es devaluada en la medida en que se la identifica con lo indígena; el hombre es sobrevalorado en la medida en que se le identifica con el conquistador”.²⁵

El macho se expresa en la léxica por el lenguaje grosero, en la escópica por “prendas de vestir simbólicas de lo masculino: el sombrero, ya sea el de charro o de borsalino, la pistola, el caballo o el automóvil...” (Ramírez [1959] 1977: 62). En la somática suelen manifestar una pose genitualmente agresiva proyectando las caderas hacia adelante, e invadir en forma desafiante el espacio territorial del otro. El macho mexicano para Manuel Fernández Perera (1995: 179-184) es “pura teatralidad, impostación, falsete”. Lo exhibe por ingredientes estéticos como:

Un amasijo de latiguillos, gracejadas, gestos y desplantes “bravíos” representados en un escenográfico medio rural que aderezan las canciones y que la fotografía vuelve espejismo de la patria. El personaje es el conglomerado de sus ademanes desafiante, la reiteración nominalista (“Yo soy Fulano de Tal que es su padre”), el afán de superioridad, la presunción de nunca pero nunca “rajarse” (en todas sus acepciones), un infatigable organismo procesador de alcohol, el encanto infalible de su voz atenorada y el pregón de su oriundez: un señorito, un playboy de campo *avant la lettre*.

¹⁵ En la léxica, esta situación que detecta Ramírez se ilustra en los toponímicos de nombre cristiano y apellido indígena como Santiago Tianguistengo, San Andrés Tetepilco, a San Juan Parangaricutiro, San Pedro Ocopetatlillo, San Andrés Totoltepec, San Bartolomé Tlaxcalilla, San Miguel Xochitecatitla. e innumerables más.

Una versión clásica del estereotipo del macho es sin duda la de Aniceto Aramoni en su análisis de Pancho Villa. Afirma que el machismo destructivo mexicano padece de “hipertrofia compensadora de la personalidad, narcisismo, petulancia, agresividad, destructividad intensa, odio impotente hacia el superior [...] hiperestesia ante las actitudes de los demás (grave inseguridad) que le hace recibir como insulto cualquier actitud inocua; conceder gran importancia a la genitalidad y sexualidad medular”. Por ello “implica ser superpotente en el sexo, de genitales monstruosos, de labor sexual exhaustiva y agotadora para la mujer”. Habla también de “la canalización de la hostilidad y el rencor. El momento de expresar y dar salida al sentimiento de inferioridad odio, revancha. Ahí mismo, brota la lucha del humillado económica, sexual y socialmente” (Aramoni, 1965: 151-152, 277-78 y 141-43, citado por Béjar Navarro 1981: 62). La enfática del macho es genital, y su fluxión es abierta a la menor provocación que, según Béjar Navarro, en “el índice de muertes por homicidio en México, el machismo ‘explica’ un número considerable”. El macho mexicano no tiene noción del futuro o del pasado: por eso no es rencoroso y requiere satisfacción inmediata: “si me han de matar mañana que me maten de una vez” pues “la vida no vale nada” “pero sigo siendo el rey”.

Repaso de estereotipos

Se ha despreciado al indio por terco, al pelado por no ser elegante, al burgués por no ser aristócrata, al naco por no ser burgués, al pachuco por no ser *wasp*, al mestizo por no ser criollo y al criollo por no ser peninsular. De ahí que, si la enfática en el estereotipo del indio es la melancolía y la del pelado es el resentimiento, la del criollo es la rapiña y la del naco la desidia. Estos estereotipos son, junto con el *junior*, el apretado, el ñero, o el ñoño, caricaturas, creaciones estéticas que ocultan ciertos rasgos y exageran otros. Habrán de asociarse a una carga afectiva y cierto humor mordaz para justificar y reforzar mecanismos de distinción social.

Por lo que hemos visto, los estereotipos del mexicano han sido casi siempre objeto de escarnio por parte de sus intelectuales. Los detestan. O los acusan de complejo de inferioridad como Samuel Ramos o de insuficiencia como Emilio Uranga, de mantenerse en estado larvario como Roger Bartra y de ser descastados como Caso o vulgares como

Chávez, de padecer las tres SSS (solitario, sufrido y sumiso) y las tres RRR (reprimido, rebelde, rijoso) como Oriol y Vargas. Ramos desde Adler, Uranga desde Heidegger, Ramírez desde Fromm, y Antaki desde Platón le diagnostican inferioridad, resentimiento, insuficiencia, pasividad.¹⁶

Con el estilo burlón que lo caracteriza, Monsiváis (1995: 165-167) alude a cuatro estereotipos mexicanos: los léperos, los catrines, los nacos y los yupis. Destaco al catrín, pues no tiene nada que no se lo deba a la estética: la escópica de su vestuario, la somática de su pose, su léxica rebuscada y su acústica afectada. El ensayista ejemplifica al catrín con el yerno de Porfirio Díaz, Ignacio de la Torre y escribe: “¿Qué es el catrín? Es, por ejemplo la proclamación de la elegancia que la ciudad capital admite, el anhelo de dandismo en el país periférico, el rechazo de la barbarie [...] desde la ropa. El catrín (el currutaco, el lagartijo, el petimetre, el líon) cuida sin límite su vestimenta porque ésta es su tarjeta de visita en el mundo, el salto al progreso desde las márgenes de la civilización.” Al estar tan preocupado por la estética, el catrín es gastador y exhibicionista, jugador y sensual, excéntrico, decadente, pretencioso, derrochador. “El lujo es la única nacionalidad a que aspiran los currutacos, que exigen en cada uno de los recintos que frecuentan ‘las esencias de Londres y París’. Y si algo lo apasiona es la fiebre anglófila de la excentricidad.”

Transcribo detalles de su crónica de la fiesta de Delfín Sánchez del 13 de septiembre de 1889. “Al pie de la escalera de mármol, blanca como el tocado de una desposada, dos enormes bronce repartían mil rayos de luz. Al fin de la escalera, el señor Delfín Sánchez hacía los honores a sus invitados: todo esto entre mármoles, plantas tropicales, murmullo de agua, vuelo de pájaros y torrentes de luz, colores, armonías, encantos [...] Cuanto de caprichos tiene la moda y de ingente tiene el buen gusto se hallaba reunido allí. Tapicerías [...] cristales, sedas, maderas preciosas [...]”. Su homenaje está en una carta de la lotería, y preconiza lo que hoy día se conoce como “metrosexual” (término de Mark Simpson, 1994), en su obsesión por la estética de su apariencia y su vida cotidiana (aunque éste nada tenga que ver con una orientación sexual particular, en contraste con el otro estereotipo del “volteado” o “los cuarenta y uno” (*cf.*

¹⁶ Parece confirmar esta actitud un reportaje emitido en el noticiero matutino “De 6 a 9” de Televisión Azteca donde se pregunta a varios automovilistas del Distrito Federal su reacción al ser rebasados en su automóvil. Todos los entrevistados que transmitieron afirmaron sentirse insultados y tratados como inferiores. Esto el explica el hecho de que al usar las direccionales para avisar cambio de carril, la respuesta es casi siempre la rebasar, en vez de ceder el paso.

Bonfil, 1995: 219-224). El metrosexual no padece tanto de “hiperestesia” (cf. Aramoni, Acha y Oriol y Vargas) pues es asertivo en su esteticismo fóbico del *kitsch* (a diferencia del catrín) y a cuya obsesión podríamos denominar con mayor precisión como “archiestética”.

Unas líneas para mencionar al estereotipo del intelectual mexicano pues no puede dejar de figurar en este texto, en honor a su *motto* “figuro luego existo”. Este personaje es premiívoro y homenajeófago por naturaleza y obedece a la máxima de “Leaos los unos a los otros” con el añadido doctrinario de “Y *sólo* los unos a los otros”. Su perfecto sentido de la geometría le permite medir con exactitud en cada ocasión dónde está el punto políticamente correcto para opinar que marca su gremio. “¡Y los intelectuales! Chére, chére, son a la inteligencia lo que la saliva al correo, una manera, tu sais, de pegar la estampilla. Quieren prestigio y consideración, querido, et ça suffit; no quieren a las ideas ni a la obra ni a la pasión que lleva a crearlas; nada más quieren estar en la vitrina...” (Fuentes, 1958: 177)

El intelectual estereotípico ha sido distinguido por el humor del caricaturista Paco Calderón con el signo icónico de una pluma de pavorreal y con el triste personaje “Armando Hoyos” del cómico Eugenio Derbez. Me parece que su origen es francés (cf. Ramos [1934] 1987: 39-40) y uno de sus servicios más solicitados es el del figurar como el intelectual-florero en ocasiones que lo ameriten, y lo remuneren.

El intelectual está en el evento para embellecer la sala. Es decoración que suele llenar todo el espacio. Es sabido que los floreros son vanidosos. No toleran que la mirada se dirija a otra parte y aprovechan cualquier oportunidad para salir a escena. Serán altivos, pero los floreros también entienden que su función en la ceremonia es ser un suave acompañamiento que adorne sin estridencias, que embellezca el lugar discretamente, que haga lucir al señor del poder sin opacarlo y, sobre todo, que hable sin incomodar a los organizadores.... De ahí que el intelectual-florero debe atar bien su vanidad y cuidarse de cuestionar. Al escribir su mensaje debe achatar todas las puntas de su razón crítica. Nada que incomode debe brotar de su boca, nada desafiante, ninguna controversia fastidiosa debe manchar el ornamento. Al mismo tiempo, el intelectual, para que vista bien la ceremonia, debe dar alguna señal de independencia. Hace tiempo que el untuoso servilismo huele feo (Silva-Herzog Márquez, 2001).

Hay floreros que se sitúan a la derecha o a la izquierda según dónde esté el micrófono. Se hacen nominar para ser siempre aclamados por los mismos aclamados de siempre. Virtuosos en el difícil arte de la autoadulación.

Otro estereotipo ineludible es el pachuco. Octavio Paz le confiere el gran honor de abrir su obra clásica sobre la identidad mexicana. Respecto a su estética, dice Paz que “Con su traje –deliberadamente estético y sobre cuyas obvias significaciones no es necesario detenerse–, no pretende manifestar su adhesión a secta o agrupación alguna...”, o bien “La novedad del traje reside en su exageración. El pachuco lleva la moda a sus últimas consecuencias y la vuelve estética. Ahora bien, uno de los principios que rigen la moda norteamericana es la comodidad; al volver estético al traje corriente, el pachuco lo vuelve ‘impráctico’. Niega así los principios mismos en que su modelo se inspira. De ahí su agresividad” (Paz, [1959] 1976: 9-25).

También para Oriol y Vargas (1993: 113) el chicano, versión actual del pachuco, se distingue en la escópica por su forma exagerada de vestir. “Desprendido de su cultura tradicional el chicano se afirma como soledad y reto. Y cuando se lanza hacia afuera no es para fundirse con lo que le rodea, sino para retar al prójimo. Un gesto suicida, pues el pachuco no afirma nada, excepto su voluntad de no-ser. No se trata de una intimidad que se derrama, sino de una llaga que se muestra, de una herida que se exhibe”. Como característica prominente del estereotipo chicano en la léxica está el particular caló y las frases en espanglish (encarnado por el cómico Cheech Marín en los ochenta), la escópica del vestuario cholo y pachuco, los murales y decoraciones barrocas con alaridos policromáticos, la acústica de su pronunciación latina del inglés e inglesa del español, la música tex-mex y la somática del Mexican food y el baile tropical entre muchas otras.¹⁷

¹⁷ Para el chicano real, la estética ha sido y es el arma primordial con la cual lucha para generar una identidad colectiva. La producción artística de la población chicana es prueba de esta construcción deliberada de identidad a través de la estética, desde el estilo *Zoot Suit* de los pachuchos en los años treinta, expresado en el teatro campesino de Luis Valdez y la obra musical en Broadway, al cine chicano como *Raíces de sangre*, *La bamba*, *Break of Dawn*, *American Me*, o documentales *La ofrenda*, *Yo soy chicano*, *Chicana* (cf. Fragoso, 1993). En la escópica podemos mencionar a los muralistas de San Diego Chicano Park (Mario Torero, Pablo de la Rosa, Tomás Casteneda) y en El Paso, Texas (Manuel Acosta, Carlos Rosas, Felipe Adame, Gaspar Enríquez, Mago Orona Gándara, Irene Martínez y Monika Acevedo) entre decenas de otros pintores. En música el “pachuco boggie” desde los cuarenta, Lalo Guerrero y su marihuana boggie, el chicano rap de Kid Frost, el chicano punk y rock hasta Carlos Santana, o el videoclip *Frijolero* de Molotov (que refleja la violencia contenida contra y desde los chicanos). En literatura hay que mencionar a l@s escritor@s chican@s como Lucha Corpi, Helena María Viramontes, Gloria Anzaldúa, Adaljiza Sosa-Riddell, Chirrie Moranga,

Habría que añadir el estereotipo del narco que destaca por la escópica de su forma vistosa de vestir, sus automóviles lujosos de vidrios polarizados, mansiones pomposas (como el “partenón” del Negro Durazo en el Ajusco), pesadas cadenas de oro al cuello y muñecas, su léxica en caló (“chaca”, “perico”, “mocharse”), la lexo-acústica de los narcocorridos, y la somática de las narcofosas y de los cadáveres quemados, acribillados y encementados para marcar su territorialidad, como las seis cabezas humanas recientemente lanzadas a una pista de baile en Michoacán. Se hace alarde de una estética *gore* que asesina no tanto para arrebatarle la vida a alguien como para formular un sintagma en el más estricto sentido semio-estético de los actos de habla pero a la inversa, pues no se realiza un acto al hablar, sino se hace un enunciado al matar.

Un estereotipo que no ha sido capturado en la medida que lo amerita por los autores del discurso mexicanista de la identidad nacional es el criollo (a excepción de Ramos [1934] 1987: 62-75, aunque no lo trata precisamente así) quien se mantiene como tal medio milenio después de la conquista por su fluxión centrípeta endogámica y endopolítica, su proxémica larga respecto a la mayoría de sus paisanos para mantener sus privilegios y una cinética dinámica en la iniciativa empresarial pero absolutamente estática en lo social para no arriesgar alguna de sus ventajas. Fueron los criollos quienes inician el movimiento independentista y quienes en el presente detentan el poder económico, y se han logrado mantener ahí porque, bajo la ideología del mestizaje, ocultan su profundo racismo. Ayudan a incubar así el huevo de un fundamentalismo indianista contra esa oligarquía y ya se escuchan pasos sobre la azotea (o machetes sobre el asfalto).

Hasta donde hemos visto, los estereotipos suelen ser predominantemente masculinos pues no existen “las peladitas” o “las juniors”, aunque sí “las fresas”, “las nacas”, “las niñas bien” o “las reinas de Polanco”, a quienes Guadalupe Loaeza frecuenta y exhibe en sus escritos. El malinchismo, el clasismo, el exclusivismo operan también por medio de estereotipos, como lo ilustra Fuentes en el personaje de Natasha de *La región más transparente*, quien utiliza criterios estéticos para criticar al burgués mexicano, otro tema que también abordó Ramos ([1934] 1987: 57-61).¹⁸

¹⁸ Nótese la cada vez más socorrida táctica entre la clase política mexicana, en particular priista, de viajar a Europa para conseguirse esposas. Amasan una fortuna por enriquecimiento ilícito difícil de comprobar y con ese capital pueden comprarse atractivas damas con acento y apellido extranjeros para lucirlas en los banquetes

Ecoute: no hay quien me pare de hablar mal de México. ¿Nuevos ricos que no saben qué hacer con su dinero, que sólo tienen eso, como un caparazón de bicho, pero no todas las circunstancias cómo se dice... de gestación que en Europa hasta a la burguesía le dan cierta clase? Claro la burguesía en Europa es una clase; es Colbert y los Rothschild, pero es también Descartes y Montaigne; y produce un Nerval o un Baudelaire que la rehacen. Pero aquí, querido, es como un regalito imprevisto para unos cuantos, on ne saurait pas se débrouiller... No hay, cómo se dice... ligas, se trata de una casta sin tradición, sin gusto, sin talento. Mira sus casas y ¡sale marmite!, sus ajuares; son una aproximación a la burguesía, son toujours les singes... los changuitos mexicanos jugando a imitar a la burguesía (Fuentes, 1958: 176).

En cuanto a estereotipos femeninos, la mujer tradicionalmente sólo tenía la opción de ubicarse en una de dos categorías derivadas de los arquetipos: la puta o la santa. Las putas son las de tacón dorado, las “barraganas” como Malinche, “la otra” de la casa chica. Pero también las hay más independientes, vampiresas de carne y hueso como La Tigresa, Lyn May y Tongolele, o de historieta como *Rarotonga*. Las santas son las madres abnegadas y perpetuamente víctimas. Las putas sirven para el placer y las santas para sufrir, aunque hay putas sufrientes de buen corazón, como la encarnada por Lupita Tovar en la película *Santa*, 1931. De ahí que “la Doña” creada por María Félix en *Doña Bárbara* ofrezca una indispensable alternativa a esta extrema dicotomía mexicana; al menos se puede ser castrante, retadora, vengativa. Como ella, también “Lilia Pesqueira”, en la historieta de *El Payo*, que se emborracha y da trompadas (Herner, 1979: 216-251). Un personaje entrañable fue Borola, de Gabriel Vargas en *La Familia Burrón*, especie de Úrsula de historieta de los *Cien años de soledad*, y Hermelinda Linda, mujer sensata que encarna el sentido común.

Con el éxito de las telenovelas mexicanas, ha ido emergiendo otro estereotipo femenino, variante de “la santa”: las cenicientas sufridas que logran independizarse o probar que al fin y al cabo eran “de buena familia” (*Simplemente María, Rosa Salvaje, La hija del jardinero*). Sintetizan ambos polos, pues su encarnación histórica está en la

y generar apellidos compuestos para sus hijos. Diríase una táctica léxico-somato-acústica-escópica en las cuatro modalidades.

Malinche, barragana vendida como esclava pero cacica de origen, que finalmente logra que se reconozca su casta y contrae las purificadoras nupcias. No puedo dejar de mencionar el estereotipo de “la inocua” bajo el cual se contrata a las mujeres en las televisoras para conducir programas de entretenimiento y noticieros, y que (salvo contadas excepciones) parecen cortadas con el mismo molde (¿el de Lupita Jones?): perpetuamente sonrientes, esbeltas y complacientes; jamás entran en polémica sobre asunto alguno, no hacen preguntas agudas y enuncian solamente lo que suponen que el interlocutor desea oírles decir.¹⁹

Son los cómicos quienes más jugo le sacan a los estereotipos mexicanos, pues corresponden en la matriz nacional a lo que los caricaturistas políticos en la matriz de Estado: unos se burlan de rasgos nacionales y culturales (o los esgrimen) como los otros de los políticos en turno. Cabe incluir a “la india María”, chocarrera y burlona, y a la mestiza supuestamente ingenua de la “criada bien criada” interpretada por María Victoria. Sobresalen el pícaro Tin Tán, Resortes, Borolas, Madaleno, Clavillazo y Capulina, además de Cantinflas, ya mencionado. Hoy el principal medio en que se difunde el humor social es la televisión: personajes como “Ponchito” de Andrés Bustamante, Eloy Gameno de Eugenio Derbez y los líderes del “sindicato OGT” y pandilleros de Héctor Suárez, el “Chavo del Ocho” de Roberto Gómez Bolaños, “el Pirruris” de Luis de Alba y las personificaciones de las clases medias chilangas en los monólogos de Adal Ramones, capturan un espectro de estereotipos de este país. Tal estetización humorística exorciza la agresión, la ira y el desprecio hacia los estereotipos invirtiéndola, a veces, en cierto afecto.

Concluyo este capítulo insistiendo en que no me he referido a una supuesta esencia de mexicanidad (que no existe) sino a los prototipos, arquetipos y estereotipos que se han ido construyendo discursivamente (y que por lo mismo pueden ser deconstruidos y reconstruidos) con recursos de carácter semiótico y estético. De ahí la identificación sentimental, la aversión y el mimetismo que provocan.

Habría que reconocer que el actual producto identitario fabricado para el Estado mexicano –reducido al coito interracial o a la “eugenesia estética” vasconcelista – encubre

¹⁹ Fue notoria la imagen de identidad nacional que se difundió en un programa de Oprah Winfrey en 2005 sobre mujeres de todo el mundo. La mexicana, representada por una actriz de telenovela, Pati Manterola, presentó a las mexicanas como a las que les gusta vestir sexy y tomar tequila, siempre con una sonrisa complaciente e inofensiva. Otras entrevistadas de Irak, Irán y varios países más, no sintieron esa necesidad de sonreír y coquetear o impresionar con el porcentaje de alcohol de la bebida nacional.

La construcción estética del Estado y de la identidad nacional

y reproduce al racismo precisamente porque, al ufanarse de mezclar la sangre, lo reitera. De ahí que la chingada de la que escriben Paz y Bartra, y de la que todos resultamos ser hijos, no sea ni la Malintzin como india mancillada, ni la conquista que violó y penetró a la cultura mesoamericana, sino esta ideología del mestizaje que redujo la identidad mexicana a un tremor sobre un petate una noche hace cerca de quinientos años.

REFLEXIONES FINALES EN TORNO A LA ESTÉTICA DEL ESTADO-NACIÓN

A pesar de su carácter abstracto y arbitrario, el éxito que ha tenido el modelo de Estado nacionalista se puede explicar no solamente por su acoplamiento al instinto básico de territorialidad, sino también por el papel activo, aunque teóricamente soslayado, que la estética ha tenido en este proceso. He sostenido que, así como el modelo tecnológico industrial depende para su fuente de energía de los hidrocarburos y el modelo económico capitalista de la mano de obra no especializada y empobrecida, el combustible en el modelo político del Estado-nación se ha obtenido en buena parte de la energía afectiva conducida hacia sentimientos partidistas, patrióticos o nacionalistas. Tal producción de emociones colectivas se implementa por estrategias estéticas debido a su gran potencial para extraer pasiones y canalizarlas hacia la clase política a través de un quehacer sagaz sobre la palabra, la imagen, el sonido y el gesto preciso que logren el impacto buscado. Por eso en la actualidad mexicana las prácticas políticas han operado menos por la dimensión semiósica de la deliberación y el razonamiento sobre problemas que atañen a la ciudadanía, o por la praxis de medidas eficaces contra la penuria ponderadas escrupulosamente, que por la estética efectista del populismo y la jactancia en la limosna, la autopromoción complaciente, la excitación de la inquina y el histrionismo político.

Estas tres fuentes de energía no son exclusivas de cada modelo, pues esa gravosa clase política mexicana ha sido mantenida dispendiosamente por la mano de obra abatida del sistema capitalista y por los hidrocarburos del modelo industrial que, a través de PEMEX, aportan más de la tercera parte de los ingresos del Estado en México. Asimismo, la estética opera no sólo para el modelo nacionalista; también el triunfo del capitalismo ha dependido de ella para confeccionar el glamour del consumismo y del éxito en los negocios al presentar a las mercancías tan atractivas como sea posible (por su diseño, empaque y exhibición en campañas publicitarias). El industrialismo utiliza a su vez a la estética para seducir con un mundo de perfección maquinística, progreso técnico y modernización

perpetua como *summum bonum*.¹ Y así no menos en la consolidación de los Estados-nación actuales, la estética ha sido, como lo he argumentado hasta ahora, imprescindible.

Aunque a la mayoría de la ciudadanía le parezca natural la estetización del Estado, se olvida que su función es la de administrar los recursos colectivos en un territorio, además de garantizar el bienestar orientado a la equidad y la seguridad de los ciudadanos, no la de despertar emociones, trátase del sentimiento patriótico o del fervor por un líder. El ejercicio estatal es pragmático en primera instancia, y su obligación es semiótica al mantener transparencia sobre decisiones, criterios y resultados, además de generar cotejos por expertos entre la sociedad civil sobre opciones en su gestión. En lugar de ello, el Estado se ha dedicado a su estetización reiterada al publicitar a sus líderes como adalides y venderlos como mercancías, maquillar resultados de su tarea, atribuirse méritos que no le corresponden, despacharse el presupuesto como botín de camarillas y seleccionar para candidatos a personajes por su impacto mediático o demagógico en vez de los mejor preparados y más éticos.

En cambio, donde la estética es un resultado natural y espontáneo es en las matrices nacionales y subnacionales a diversa escala como las familias extensas, comunidades regionales, tribus, culturas minoritarias y etnias en que no brota con fines de manipulación sino de preservación colectiva. De hecho, todo culturoma (o ámbito regional de una cultura) se elabora y se distingue por sus configuraciones estéticas, pues son éstas las que le dan carácter. Las matrices nacionales se ensamblan por la articulación de culturas locales cuyas identidades colectivas se constituyen y enuncian performativamente en los cuatro registros LASE. De ahí las captura y las secuestra el Estado para esgrimirlas como propias y legitimarse por un acoplamiento, supuestamente obvio, entre el Estado y la nación. En esta dependencia mutua, sin embargo, se han obscurecido sus diferencias y la parcialidad de su traslape al generalizarse en el orden internacional de demarcaciones geopolíticas. Por ello cabe hacer –después de este recorrido– una breve reflexión en torno a tal ensambladura y sus consecuencias.

En esta época de globalización galopante las naciones se deslocalizan y han dejado de ser un tamalito tibio y envuelto en sus hojas de maíz. La metáfora del recipiente según la

¹ Ello explica que la artificialidad se haya convertido en un valor estético *per se* (como lo expresan la popularidad actual de tintes de cabello en colores estridentes, la moda del vestuario de plásticos y fibras artificiales, y el color metálico en la decoración *high tech* de inmuebles y automóviles).

cual mexicanos somos los que cabemos en este jarrito que es el territorio nacional sabiéndonos acomodar, es ya obsoleta. Hay naciones total o parcialmente en la diáspora, estados plurinacionales, identidades subnacionales incrustadas en un Estado-nación ajeno y estados supra-nacionales. Existen varias versiones de chineidad, mexicanidad o arabeidad entre comunidades que se traslapan y comparten varias identidades y algunas tradiciones, otras no. Como ciudadanos, somos multinacionales e interculturales por la brutal ola de refugiados y emigrantes que resultaron de guerras, deportaciones, hambrunas, desempleo generalizado y depresiones laborales, dictaduras y genocidios del siglo XX en los que millones de exiliados huyeron de su país natal con o sin sus familias y heredaron a su descendencia parte de su cultura originaria al tiempo de adoptar una nueva en procesos de hibridación cultural.²

Proyectar este concepto matriótico sobre las matrices de Estado evoca las nociones de raza y sangre cuyas consecuencias en el siglo XX fueron siniestras. Implica el riesgo del esencialismo racista que construye una identidad desde el genoma en vez del culturoma y la coloca en el ápice de un eje comparativo vertical. Por eso, si cultivar identidades matrióticas puede ser un proceso natural en cualquier comunidad, elevar una de ellas e imponerla sobre las demás como consigna de Estado en la implosión de todas las matrices (escolar, artística, jurídica, militar) deriva en el totalitarismo racista como el nazismo alemán.

Resulta entonces de especial relevancia la concepción de una república que se sostuviera sobre sus propios pies –sin recurrir a la coartada nacionalista– desde un modelo institucional como el propuesto por Jürgen Habermas ([1987] 1993: 92). Habermas tiene en mente la idea de un Estado posnacional que supere evolutivamente al actual Estado étnico-cultural. Su ejemplo es el caso alemán, pues, según el autor, “el elemento particularista, apaciguado hasta entonces una y otra vez, rompió finalmente en la Alemania nazi en la idea de una supremacía racial del propio pueblo”. A consecuencia de la derrota del nazismo y la partición de Alemania, Habermas diagnosticó en el momento en que escribía (precaída del muro de Berlín), que los alemanes ya habían adquirido una nueva identidad política

² Como ejemplo de la identidad plural, es significativo que precisamente en Gran Bretaña, sólo para el 7% de los musulmanes ingleses y el 3% de los musulmanes españoles es más importante su ciudadanía que su religión (fuente PEW <http://pewglobal.org/reports/display.php?ReportID=254>). La tendencia se invierte entre los cristianos.

disociada del pasado de la historia nacionalista ahora sustituida por el contenido universalista de un patriotismo constitucional en torno al Estado democrático. De ahí surge su idea de una identidad posnacional, de cara también a la globalización económica cuyo elemento particularista se ha debilitado. Aunque Habermas resultó demasiado optimista (como se verá adelante), toca el punto que me interesa destacar respecto a esa distinción de base entre nación y Estado y la urgencia de desengazarlos.

El caso mexicano es muy diferente al alemán y, sin embargo, tampoco aquí resulta tan fácil el borrón y cuenta nueva de la historia. No se puede desvanecer la memoria de Auschwitz para fabricar una nueva identidad posnacional como tampoco la remembranza de la conquista o de la historia de los aztecas, como lo intentó Tlacaelel en el surgimiento del imperio mexica. De lo que habría que deshacerse en todo caso es del guión que la anexa al Estado y la separa de las demás, pues éste, en tanto contrato social de los gobernantes con el pueblo, debe operar para todos sin distinciones étnicas ni veteranías en un territorio. A lo que se compromete el Estado, y para lo que la sociedad civil tan onerosamente lo mantiene, es a la salvaguarda de prácticas que protejan la democracia, las garantías individuales y los derechos y obligaciones de los ciudadanos, su seguridad, calidad de vida y respeto a la ley. Para ello ha creado instituciones que son el sistema óseo del aparato de Estado, y por ello las identidades estatales son en primera instancia identidades cívicas – independientemente del origen nacional o étnico de quienes las detenten– si cumplen con lo establecido en la Constitución.

Estas reflexiones finales, no pretenden abordar a estas alturas un tema de apabullante complejidad o revisar la teoría crítica de Habermas en torno al Estado-nación y la racionalidad comunicativa. Pero hay un punto que veo necesario precisar antes de concluir: me refiero a esa extraña noción de “patriotismo constitucional” sobre la cual este autor fundamenta su propuesta de deseslabonamiento del Estado-nación en sociedades posnacionales. Si en Alemania, como lo señala, “el patriotismo de la Constitución significa, entre otras cosas, el orgullo de haber logrado superar duraderamente el fascismo...” (Habermas [1987] 1993: 115) en México es mayor aún el orgullo de no haber cedido nunca a la tentación fascista (hasta hoy). Aquí la problemática es otra. Cuando se estableció el Estado-nación, se desvaneció culturalmente la variedad de naciones indígenas que habitaban el territorio para legitimar sólo una entendida como “la nación mexicana”

supuestamente abarcadora de todas a fin de construir un país tan occidentalizado como fuera posible. Y a la inversa, como lo señala Anderson, este modelo nacionalista se exportó de América (donde se esparce a principios del siglo XIX) a Europa y posteriormente, en el siglo XX, a la caída del imperio otomano, a todas las colonias europeas en Asia y África. No se trató de un sincretismo político, pues así como se luchó contra la monarquía católica española, tampoco se iba a resucitar ahora la teocracia tributaria azteca o maya. En su lugar se impuso otro sistema derivado del universalismo burgués ilustrado (de origen francés y norteamericano), aunque implantado aquí sobre una cimentación sumamente endeble: la prototipización del mestizaje como fundamento de esa idea de “La nación”.

La suposición de Habermas respecto al debilitamiento del particularismo resultó exagerada, como lo demostraron después las guerras nacionalistas en la ex Yugoslavia y ex URSS en los años que siguieron al derrumbe del socialismo y el cambio del mapa político en Europa. También exageró respecto al reforzamiento del constitucionalismo, como lo probó su fracaso reciente en el referéndum por la Constitución de la Unión Europea. Esperemos que no se haya equivocado también en su pronóstico sobre la superación duradera del fascismo en Alemania. Y es que el asunto de las identidades nacionales no puede abordarse desde la idea de una marcha histórica implacable que las destina irreversiblemente al triunfo o al ocaso (aunque Ortega y Gasset (1985: 143) no se haya equivocado ya en 1927 al pronosticar al liberalismo como un destino en la sociedad europea). De todos modos, Habermas va en la dirección correcta al problematizar esa unión entre dos matrices o instituciones muy distintas para abogar por un Estado posnacionalista. Pero al hacerlo tira al bebé y se queda con el agua sucia, pues esa noción de “patriotismo constitucional” con la que intenta sustituir al nacionalismo implica arrastrar de nueva cuenta con la parte más nefasta de las identidades nacionales: el patriotismo jactancioso y excluyente que en última instancia resulta –y éste es el punto que quiero destacar– de la emocionalización de la política. Y ¿cómo se emocionaliza la política? ¡Por estrategias estéticas! Su concepto de patriotismo es de filiación afectiva y debe separarse del Estado. En su lugar hay que pensar en un constitucionalismo ético y republicano, cívico e institucional, pero no patriótico.

Habermas le atribuye al “plexo de la vida lingüístico-cultural” la tarea de formar el patriotismo constitucional: “Para poder dar forma y servir de soporte a una identidad

La construcción estética del Estado y de la identidad nacional

colectiva, el plexo de la vida lingüístico-cultural ha de ser hecho presente en unos términos capaces de fundar sentido. Y *sólo la construcción narrativa de un acontecer histórico dotado de un sentido cortado al talle del propio colectivo* puede suministrar perspectivas del futuro orientadoras de la acción y cubrir la necesidad de afirmación y autoconfirmación” (Habermas [1987] 1993: 91, cursivas mías.) Vuelve a emocionalizar al Estado con narrativas donde se filtraría ese tenebroso espíritu romántico que es fabuloso para la literatura pero siniestro para el aparato de Estado. Además ¿quién va a elaborar esa construcción narrativa? ¿Con qué elementos y criterios? ¿Puede en efecto haber una adhesión afectiva a una constitución como lo supone Habermas?

Sin duda el esfuerzo habermasiano de dejar atrás el elemento nacionalista es cada vez más oportuno, no sólo por la perversa carga histórica que tuvo en Alemania durante el nacional-socialismo, sino por el actual y creciente proceso de emigración y globalización que no permite perfilar estructuras de control a un capitalismo aceleradamente predador. Pero no es el nacionalismo en sí (toda nación tiene derecho de enorgullecerse de las contribuciones de sus hijos y sus padres, de su cultura, su historia, sus valores, sus costumbres) lo que resulta peligroso, sino su utilización para emocionalizar a la política y movilizar al Estado en contra de otras naciones. Con demasiada frecuencia estados de escasa o nula trayectoria democrática están recurriendo a la estigmatización de los otros para glamorizar lo propio y así fabricar una cohesión que exige sacrificios, incluso el suicidio. Recordemos que para Anderson la nación depende de la na(rra)ción (como antes lo plantea Habermas) pero, como hemos visto, no sólo de ésta y de un solo registro. La operación narrativa es crucial también para las otras matrices sociales donde suele estar embebida de un sentido épico sobre los avatares de un pueblo e incluso dramático en la clásica secuencia aristotélica de presentación, desarrollo, clímax y desenlace. Pero en la matriz de Estado, tal dramatización es siempre y necesariamente espuria, y peligrosa.

Como lo admite Habermas ([1987] 1993: 91) el Estado con una población nacional homogénea ha sido siempre una ficción y genera una contradicción con las premisas en las que está fundado. Sin embargo, tal ficción no desaparece por decreto al ser sustituida por un “patriotismo constitucional”, sino que requiere el deseslabonamiento del Estado y la nación (en singular), y el reconocimiento de que cada cual asume atribuciones y funciones distintas. Se rompe así la imposible tensión entre lo universal del Estado y lo particular de

la nación, o lo universal de las naciones y lo particular de cada Estado por los recursos biomáticos y cultuomáticos que debe resguardar.

Ni el Estado tiene derecho de interferir en la cultura, tradiciones, lenguaje y formas de vida a las diversas identidades étnicas o matrióticas para imponerles sus ideales eugenésicos o estéticos (como lo soñó Vasconcelos y lo practicó el nazismo), ni una nación a utilizar al Estado, al ejército o a la ley para someter, estigmatizar o vengarse de otras naciones. Y a la inversa: los “usos y costumbres” de las culturas merecen preservarse siempre y cuando no invadan adjudicaciones que son exclusivas del Estado: la ley y la ciudadanía, por ejemplo. La nación es cultural, mientras el Estado es administrativo y territorial y depende de los habitantes en su quehacer ciudadano con sus derechos y obligaciones establecidos por la Constitución. Al Estado le compete garantizar la distribución equitativa de la *educación* de los ciudadanos para su desempeño cívico y profesional, pero no su *cultura*, como tampoco le compete su religión ni su género. Si el aparato de Estado produce identidades rubricadas en actas de nacimiento, censos, credenciales y pasaportes, las identidades nacionales se ejercen a través de modos de vida, de hablar, cantar, comer, vestir y bailar, hábitos, valores y escalas de prioridades que se contagian en dirección vertical y horizontal por paternidad o vecindad (pues eso es la cultura: lo que se cultiva).

Al Estado le atañe la soberanía, los derechos humanos y el monopolio de la violencia; pero una nación es orgánica y, como lo señala Habermas, tiene que ver con la sangre, la tierra, la lengua, las costumbres que no pueden desaparecer por decreto como tampoco cultivar impunemente el ultraje a la alteridad. Ahí sí compete al Estado impedir que una nación se dedique a la producción sistemática del odio contra otra nación, pues como detentador exclusivo de la violencia, debe evitar a toda costa que se geste y se desborde a su interior o al exterior. *Un Estado es responsable de toda violencia producida en su territorio no sólo en la matriz militar sino también escolar y mediática, jurídica y religiosa, familiar y médica.* La perpetuación impune de prácticas como las esterilizaciones obligatorias, clitoritomías, tortura policiaca y militar, violencia doméstica, libros de texto racistas, militarización de los niños, el fanatismo oficial o partidista y la intolerancia religiosa son responsabilidad del Estado y de los estados cuando se unen en un organismo internacional como la ONU.

La construcción estética del Estado y de la identidad nacional

Habermas insiste en su término de “patriotismo constitucional” porque supone la necesidad de algún tipo de adherencia afectiva al Estado constitucional para encarnarlo y volverlo perceptible a la vivencia emotiva. Pero esta peligrosa noción de “patriotismo” hace dudar del proyecto emancipador habermasiano, pues incuba otra vez al huevo del nacionalismo de Estado ahora con una coartada constitucionalista. Hasta en el término *patriotismus*, derivado del latín *pater*, va implícita una relación de sangre y de jerarquía (como en alemán *Vaterland*, i.e. tierra del padre). Tal adherencia afectiva no tendría por qué apuntalar precisamente al Estado, así que queda pendiente la pregunta antes formulada: ¿Qué, entonces, podría darle cohesión a un Estado desnacionalizado?

En busca de respuestas tomemos la de Arjun Appadurai (1998), para quien el asunto de la cohesión estaría en lo que llama “*full attachment*” adhesión completa y explica:

Habermas borra la relación entre tres dimensiones de la política del Estado-nación moderno: el problema de “legitimación” [...]; el problema de “integración”, que es esencialmente un problema de logística, poder y procedimiento, y el problema de lo que prefiero llamar “adhesión plena” (*full attachment*) por lo que quiero decir justamente esa plusvalía misteriosa de adhesión o arraigo que, en las palabras de Habermas, atrae con mayor fuerza los ciudadanos modernos, “a sus corazones y mentes que las ideas secas de soberanía popular y derechos humanos” (Appadurai 1998: 445).

Lo que Appadurai entiende por “adhesión plena” y que en Habermas explica la insistencia en el término de “patriotismo” se relaciona a un exceso afectivo “más libidinal que procedimental” que en el primer capítulo denominé como el *componente energético* complementario a la estructura. Appadurai le reprocha a Habermas confundir el patriotismo con la legitimación, pues reconoce que hay algo en el *full attachment* que excede el problema de la legitimación y requiere explicar cómo es posible que los individuos sean capaces de matar y morir por una realidad nacional que a veces ni siquiera es la suya (lo mismo que se preguntó Anderson, y nos lo preguntamos varios).³

³ Tenemos por ejemplo el caso de los mexicanos u otros residentes extranjeros que se alistaron en el ejército norteamericano para adquirir ciudadanía norteamericana; lo que buscan son derechos constitucionales para ellos y sus familias, pero sin sacrificar su nacionalidad o cultura propia, aunque sacrifiquen su vida. No hay, al parecer (por entrevistas a soldados latinos en Irak que he logrado escuchar en la televisión norteamericana por cable), ni siquiera un sentido claro de “causa” sino una circunstancia en un momento en que el individuo decidió aprovechar la oportunidad de enlistarse por los beneficios que supone.

La construcción estética del Estado y de la identidad nacional

Appadurai describe tres vertientes que intentan explicar el enigma del autosacrificio en el patriotismo nacionalista: 1] la del papel de la imprenta y la na(rra)ción propuesta por Anderson, 2] la de los medios masivos y la narratividad derivada de ésta, y 3] una visión generalizada de producción del excedente afectivo a partir de “rituales y símbolos, banderas, festividades, conmemoraciones, exhibiciones, cementerios, estampillas, cenotafios, etc.”. A esta última la denomina como “visión alquimista del ritual” y cuestiona que tales rituales realmente funcionen de manera mecánica, pues no se pueden calcular sus efectos de “efervescencia colectiva durable”. Nótese que estas tres instancias ejemplifican perfectamente las tácticas estéticas; las dos primeras en la léxica y las últimas en la somática y la escópica.

La tesis que defiende el autor es que lo que produce el *full attachment* no son los rituales ni las narraciones sino la violencia: “La *adhesión plena*, en vez de derivar de un sentido auténtico previo de comunidad compartida (sea basada en lenguaje, historia, tierra, u otro *primordium*) puede ser de hecho producida por diversos tipos de violencia instigados, incluso quizás requeridos, por el Estado–nación moderno” (Appadurai, 1998: 446). A lo que se refiere es a la violencia interna de la limpieza étnica, las técnicas foucaultianas disciplinarias de gobernabilidad con vigilancia y escolarización obligatoria por el censo, mapeo, sanitación, inspección y encarcelamiento y las externas de expansionismo, imperialismo y colonialismo. Con la movilización, reclutamiento y despliegue violento de ciudadanos para la guerra, el Estado “produce al pueblo” (en términos de Balibar citado por Appadurai).

Valga revisar esta tesis de Appadurai en un Estado-nación como el mexicano. No hay en este caso ni expansionismo, ni imperialismo ni colonialismo por parte del Estado sino contracción, dependencia, anexión colonial y éxodo de trabajadores manuales e intelectuales a las metrópolis del capital, particularmente estadounidense. La limpieza étnica no es una de las características del Estado-nación mexicano como tampoco la legalidad ante la creciente informalidad del comercio y de la magra recaudación fiscal, la ingobernabilidad y la impunidad del crimen que hoy asciende al 98% de los delitos denunciados. Ello no quiere decir que sólo los criminales monopolicen la violencia, pues existen otras formas de violencia como la doméstica en la matriz familiar, la laboral en la empresarial, hay violencia en la matriz religiosa como la pederastia de la Iglesia católica y

la inculcación de prejuicios étnicos y religiosos, violencia en la matriz de Estado ejercida a través de su ineficiencia, dispendio, corrupción, evasión de tareas y mediocridad en cuerpos policíacos, burocráticos, jurídicos, partidos políticos y cámaras de representantes. La matriz mediática o de entretenimiento no genera tanto violencia (excepto intelectual por imponer con frecuencia niveles ínfimos al espectador) pero ¡cómo la utiliza! en su estética de la violencia. Así pues, si seguimos a Appadurai, ¿es esta indolencia y corrupción la violencia que produce el Estado mexicano para generar adhesión plena? ¿O será que la falta de adhesión al Estado nacional se explica precisamente por la falta de violencia?⁴ Difícilmente.

Si, en efecto, no toda propaganda de Estado funciona (véase la actual e inútil propaganda nacionalista del gobierno de Vicente Fox en *spots* que declaran “yo soy mexicano”), parecería que no hay otra manera de generar apego al Estado contemporáneo que no sea por vías estéticas. No todas las tácticas propagandísticas funcionan, pero las que funcionan, lo hacen por la estética pues están orientadas a conmover y movilizar la sensibilidad del destinatario. Al ignorar el papel constitutivo, persuasivo y adhesivo de la estética, Appadurai no se explica esa “visión alquimista del ritual”, pero la prueba de su efectividad casi mecánica la testificamos durante la nazificación, suicida incluso, de Alemania (si a rituales vamos, los esotéricos de la SS y los masivos del partido nazi en *Zeppelinfeld*). El hilo de la estética es el que permite zurcir pluralidades en torno a un núcleo común. Es una tarea para la cual las costumbres y ceremonias de los pueblos llamados “primitivos” han sido muy eficaces; pero estamos hablando de culturas étnicas, no de ciudadanías. Si la adhesión al Estado fuese natural, no tendrían que fabricarse e implementarse tantas y tan repetidas estrategias (como rituales a la bandera, versiones heroizantes de la historia, fiestas patrias, desfiles y marchas).

Por la relación de estructura-energía propuesta en el primer capítulo parecería que la emocionalización y la estetización de la política para la reproducción del Estado y la cohesión de la sociedad son inevitables. Pero tal “inevitabilidad” es falsa, pues deriva de una usurpación ilegítima por el Estado de procesos que son propios a las culturas y sus

⁴ No es el caso, pues mientras escribo estas líneas, hoy 8 de mayo de 2006, se está expresando la violencia de policías sobre manifestantes de Atenco con una tosquedad indescriptible en los tres niveles (municipal por el PRD, estatal del PRI y federal del PAN). Pero sigue siendo la violencia principal que acostumbra el Estado mexicano que es la de la ineptitud e ineficiencia.

tradiciones étnicas y nacionales. Su actual implementación por el Estado delata una infantilización de la ciudadanía (fomentada por éste) que da por supuesto que la sociedad civil no es capaz de razonar y analizar la actuación del Estado y tiene que ser persuadida con cancioncitas, eslóganes y poses fotogénicas para votar por sus candidatos, como las amas de casa para elegir detergentes.

Es cierto que no todo ciudadano puede sentarse a estudiar los saldos de un gobierno y requiere síntesis para tener alguna idea, pero tal resumen debe ser semiótico e informativo y con datos claros; no estético y efectista.⁵ Me gustaría creer con Habermas en la utópica idea de un Estado basado en la razón, la información, la equidad de derechos y oportunidades para todos los ciudadanos en una eufonía discursiva y plena honestidad argumentativa. Pero no toma suficientemente en cuenta que el espacio social no es plano; no hay simetría en el territorio del diálogo ni en el manejo del código o en la receptividad al mensaje. Pensemos por un momento en un Estado para una sociedad madura que no requiera ser embelesada sino convencida con argumentos, vieja idea de la modernidad que precisamente Habermas ([1980] 1988) defendió como un proyecto incompleto contra la nueva corriente posmodernista. Pero ¿cuál sería el combustible energético de un Estado posnacional que ya no se extraiga de un fervor patriótico o nacionalista? La respuesta es la energía que siempre ha utilizado y que debe bastarle, a saber: el trabajo coagulado (en términos de Marx) del ciudadano por su contribución fiscal sobre la cual el Estado debe rendir cuentas meticulosamente. De ahí que su exigencia de devorar energía afectiva, como sangre de virgen para un drácula, sea la coartada para encubrir que el presupuesto público se utilice en buena parte como botín de funcionarios. Los sentimientos que el Estado podría cultivar de parte de los ciudadanos serían muy templados y apacibles, nada fervientes: agradecimiento por su eficiencia y responsabilidad, y tranquilidad por su honradez.

En suma, mientras la matriz de Estado es una instancia organizativa y burocrática para administrar los bienes, deberes y servicios instituidos en un territorio con reglas claras y por acuerdo común y explícito, las matrices nacionales emergen más espontáneamente, son casi vegetales por la continuidad de tradiciones familiares, costumbres locales,

⁵ Como el manejo sobre la deuda del gobierno capitalino, donde el ciudadano ya no sabe a quién creerle. El Estado remunera a miles de investigadores de universidades públicas; algunos de los cuales están calificados para analizar y presentar información de forma académica —no propagandística— sobre cuestiones puntuales como éstas.

filiaciones matrióticas y culturas vernáculas donde no todo está explicado ni discutido, ni tiene que estarlo. De hecho, es siempre en plural como debe hablarse de ellas pues fueron varias matrices etnoculturales las que configuraron en conjunto lo que, por razones políticas y económicas a veces aleatorias, terminó por ser denominada como “matriz nacional”. La magia del nacionalismo (como lo denomina Anderson) fue convertir en destino el azar de nacer en una región o tribu, y a partir de ese hecho heredar sensibilidades, culturas y valores. Pero hay toda clase de territorios, no sólo los geográficos.

Como lo señala la Constitución, máximo documento de la matriz de Estado, somos mexicanos quienes nacimos en este territorio jurisdiccional o quienes fuimos nacionalizados. Ese derecho es inalienable e independiente de cualquier identidad étnica, de género, profesional, condición médica o religiosa. Nuestra identificación como ciudadanos es exclusivamente estatal y se expresa en el acta de nacimiento o naturalización, credencial oficial o pasaporte. En cambio, los documentos que acreditan identidades en las matrices nacionales derivan de las memorias y tradiciones vernáculas, narrativas familiares, temores, valores o precauciones heredadas de una generación a otra, formas culturales de vivir, cantar y entender la vida que se absorben en la patria.

Ello pudiera explicar por qué la identidad nacional mexicana programada por el Estado no ha cuajado, ni promete cuajar en esos términos. Por más prototipos que se inventen, por más estereotipos que se padezcan o canciones rancheras que se canten, la identidad mexicana como característica de un país sólo tendría posibilidad de actualizarse desde su concepción cívica.⁶ Habría que insistir en el Estado como entidad administrativa y territorial eficaz y responsable al servicio de identidades étnicas múltiples, y no como instancia decorativa que corta listones y toca campanas a medio septiembre. El riesgo que se corre en la obcecación estatal por imponer *una* identidad nacional es la corrosión de todos los eslabones intermedios de identidades matrióticas de que se compone, hasta el grado de vaciar a la sociedad de toda cultura, hecho que está ocurriendo a gran velocidad en la metrópoli, y cuyo hueco nunca podrá ocupar el Estado, ni siquiera en su modalidad totalitaria. Semejante vacío lo están llenando a todo chorro los medios masivos en su producción de identidades consumistas globalizadas. Anderson destaca (2000: 11-12) la

⁶ Semejante al Estado español compuesto de varias culturas como la andaluza, catalana, asturiana, vasca, gallega, etc., aunque todavía desvanezca a otras que fueron parte importante de su historia: la gitana, la judía, la mora, la celta, la goda.

La construcción estética del Estado y de la identidad nacional

coincidencia del ocaso de la institución religiosa con el amanecer de la matriz nacional en Europa. En México parece estar ocurriendo el ocaso de la institución de Estado y el amanecer de la matriz mass-mediática como locus de producción de identidades en masa. Por ello la prioridad de los que tanto codician la silla presidencial resultó ser casi exclusivamente mediática. Lo trágico es que en esa abdicación, el Estado ha renunciado a la producción de ciudadanos, lo único que en verdad le compete.

Así concluyo al reconocer que el problema de cómo suministrarle energía a la estructura del Estado está mal planteado, pues siempre ha contado con ella en forma de tributo o cuota fiscal. ¿Por qué entonces esa adicción a inyecciones artificiales de sentimentalismo que utilizan al juego agonístico electoral y al seudo nacionalismo de estadio o televisión como proveedor energético? Hay que reconocer que si bien no es posible aún (por el nivel de inmadurez de la ciudadanía) desemocionalizar del todo a la matriz de Estado, su grado de estetización sí puede operar como un indicador inversamente proporcional a la transparencia, responsabilidad y democratización del aparato gubernamental.

Glosario

Acústica: comunicación por medio de sintagmas sonoros.

Cinética: modalidad de la dramática que manifiesta dinamismo o estatismo.

Dramática: coordinada de la prosaica en que se despliega la actitud del sujeto.

Enfática: acentuación de un elemento sobre los demás en un sintagma.

Enunciación/interpretación: proceso dual que ocurre en cada sujeto ya que el enunciante interpreta al tiempo que enuncia su discurso y su interlocutor no sólo interpreta sino construye y enuncia mentalmente una versión de lo que escucha.

Escópica: puesta en mirada, o comunicación por medio de sintagmas visuales y espaciales.

Estesis: procesos que involucran al ser vivo en tanto sujeto abierto al mundo.

Estética: teoría que estudia los procesos de estesis.

Estesiología: estudio del funcionamiento de los sentidos.

Estetología: estudio de las teorías de la estética.

Fluxión: modalidad dramática que manifiesta flujo de sintagmas desde y hacia el sujeto de la enunciación por retención o expulsión de energía, tiempo o materia.

Glotocéntrico: centrado en el lenguaje verbal.

Heteroglosia: diversidad de registros o subregistros en un enunciado.

Hibridación: interpenetración de subjetividades o conciencias.

Identidad: construcción matricial personal o colectiva por medio de su presentación.

Individualidad: singularidad biológica del ser.

Institución: organismo colectivo consolidado y establecido conforme a reglas explícitas.

Léxica: comunicación por medio de sintagmas verbales.

Matriz: organismo social colectivo en proceso de crecimiento.

Orden sígnico: contexto de eventos semiósicos que significan por diferencias y oposiciones.

Orden simbólico: contexto de eventos semiósicos cuyo sentido depende de cargas de tiempo, materia o energía.

Paradigma: contexto o sistema de selección en la enunciación o interpretación.

Polifonía: multiplicidad de voces o actitudes.

La construcción estética del Estado y de la identidad nacional

Prendamiento: disposición subjetiva a deleitarse por vínculo a un objeto, evento, persona o situación.

Prendimiento: susceptibilidad de ser absorbido por un objeto, evento, persona o situación.

Prosaica: teoría de la estética cotidiana.

Proxémica: modalidad dramática que manifiesta distancia o proximidad.

Re-presentación: vuelta a presentar.

Retórica: coordinada de la Prosaica para la configuración discursiva.

Rol: función anónima y circunstancial de la persona determinada por el contexto.

Semiosis: procesos de intercambio de significación y significancia.

Semiótica: estudio de los procesos de semiosis.

Sígnico: eje relativo a la producción de signos.

Significado: efecto de significación de un evento semiósico en el sujeto significante tanto el enunciante como el intérprete.

Significante: sujeto que significa un evento semiósico.

Signo: evento recortado del proceso semiósico que funciona por oposiciones y diferencias.

Símbolo: evento recortado del proceso semiósico que funciona por asociación de cargas de tiempo, materia o energía.

Sintagma: red de elementos combinados en la enunciación.

Socio-estética: lo referido a la estética en el contexto social.

Somática: comunicación por medio de sintagmas corporales.

Subjetividad: condición de todo ser vivo en su capacidad de percepción.

Índice onomástico

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS, CIBERNÉTICAS Y HEMEROGRÁFICAS

- AA. VV., 1946, *México en la cultura*, México, Secretaría de Educación Pública.
- AA.VV., 1981, *Álbum del 450 Aniversario de las Apariciones de Nuestra Señora de Guadalupe*, México, Buena Nueva.
- Acha, Juan, 1996, *Introducción a la teoría de los diseños*, México, Trillas 1a., 1ª reimpr.
- Alarcón, Norma, 1981, "Chicana's Feminist Literature: A Revision through Malintzin / or Malintzin: Putting Flesh Back on the Object", en Cherrié Moraga y Gloria Anzaldúa (comps.), *This Bridge Called my Back: Writings of Radical Women of Color*, Nueva York, Kitchen Table.
- Althusser, Louis, 1977, "Ideología y aparatos ideológicos de Estado", en *Posiciones*, México, Grijalbo, pp. 75-138.
- Anderson, Benedict, 2000, *Imagined Communities*, Nueva York, Verso.
- Antaki, Ikram ("Polibio de Arcadia"), 1996, *El pueblo que no quería crecer*, México, Océano.
- Appadurai, Arjun, 1998, "Full Attachment", *Public Culture* Winter, vol. 10, núm. 2.
- Aramoni, Aniceto, 1965, *Psicoanálisis de la dinámica de un pueblo*, México, B. Costa-Amic, 2a. ed.
- Arendt, Hannah, [1958] 1998, *The Human Condition*, Chicago/Londres, University of Chicago Press.
- Arfuch, Leonor, 2002, *El espacio biográfico*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Avilés, Jaime, 2006, "Desfiladero", *La Jornada*, 26/08/2006.
- Báez Rodríguez, Francisco, 2006, "AMLO arrastra al PRD al 19%", *Crónica*, 13/12/2006
- Báez-Jorge, Felix, 1995, "La Virgen de Guadalupe", en *Mitos mexicanos*, Enrique Florescano (comp.), México, Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara.
- Bahro, Rudolf, 1979, *La alternativa; Crítica del socialismo realmente existente*, Barcelona, Materiales.
- Bartra, Roger, (comp.), 2002, *Anatomía del mexicano*, México, Plaza y Janés.

La construcción estética del Estado y de la identidad nacional

- , 2001, “Los hijos de la Malinche”, en Margo Glantz (comp.), *La Malinche, sus padres y sus hijos*, México, Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara.
- , 1987, *La jaula de la melancolía*, México, Grijalbo.
- , 1993, *Oficio mexicano*, México, Grijalbo.
- , 2006, “Fango sobre la democracia”, *Letras Libres*, septiembre.
- Bataille, Georges, [1949] 1987, *La parte maldita*, Barcelona, Icaria, Francisco Muñoz de Escalona (tr.) de *L'usage des richesses*, París, Minuit.
- Bateson, Gregory, 1972, *Steps to an Ecology of Mind*, Nueva York, Ballantine.
- Baudot, Georges, 2001, “Malintzin, imagen y discurso de mujer”, en Margo Glantz (comp.), *La Malinche, sus padres y sus hijos*, México, Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara.
- Becerril, Andrés, 2006, “Grupo armado tenía vínculos con el EPR”, *Excelsior*, 01/09/2006.
- Becerril, Andrea, 2006, “Lexicografía verde: los manifestantes, 'pinches indios' ”, *La Jornada*, 26/08/2006.
- Béjar Navarro, Raúl, 1979, *El mexicano: aspectos culturales y psicosociales*, México, UNAM, 2a. ed., 1981.
- Bermeo, Ariadna, 2006, “Borra Ebrard la 'Ciudad de la Esperanza’”, *Reforma*, 20/12/06.
- Berger, Peter L. y Thomas Luckmann, 1986, *La construcción social de la realidad*, Silvia Zuleta (tr.), Buenos Aires, Amorrortu, 8a. reimpr.
- Bonfil Batalla, Guillermo, [1987] 1990, *México profundo: una civilización negada*, México, Grijalbo-Conaculta.
- Bonfil, Carlos, 1995, “Los cuarenta y uno”, Enrique Florescano (coord.), *Mitos mexicanos*, México, Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara.
- Brenner, Anita [1929] 2002, “El mesías mexicano”, en Roger Bartra. (comp.), *Anatomía del mexicano*, México, Plaza y Janés.
- Buci-Glucksmann, Christine, 1978, *Gramsci y el Estado*, Juan Carlos Garavaglia (trad.), México, Siglo XXI, 4a. ed.
- Adriano Carlos, Luis, 2004, “A mátria e o mal em Natália Correia” *Via atlantica 7*, http://www.fflch.usp.br/dlcv/posgraduacao/ecl/pdf/via07/via07_07.pdf
- Caso, Alfonso, 1953, *El pueblo del sol*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Caso, Antonio, [1923] 2002, “Unidad e imitación”, en Roger Bartra (comp.), *Anatomía del mexicano*, México, Plaza y Janés.

La construcción estética del Estado y de la identidad nacional

- Castells, Manuel, [1996] 2001, *La era de la información*, vol II, México, Siglo XXI.
- Castillo, Miriam, 2006, “Con el PRD en el Gobierno del DF el ambulante se multiplicó por siete; son ya 700 mil”, *Crónica*, 31/08/2006.
- Chávez, Ezequiel, [1901] 2002, “La sensibilidad del mexicano”, en Roger Bartra (comp.), 2002, *Anatomía del mexicano*, México, Plaza y Janés.
- Cuesta, Jorge, [1932] 2002, “Contra el nacionalismo”, en Roger Bartra (comp.), 2002, *Anatomía del mexicano*, México, Plaza y Janés.
- Dehesa, Germán, 2006a, “Las cajas del delito”, *Periódico Reforma*, 12/06/06.
- , 2006b, “Luz a luz II”, *Periódico Reforma*, 10/08/2006.
- Díaz-Guerrero, Rogelio y Lorand B. Szalay, 1993, *El mundo subjetivo de mexicanos y norteamericanos*, México, Trillas.
- Díaz-Guerrero, Rogelio, 1967, 1990, *Psicología del mexicano*, México, Trillas, 5a. ed.
- Díaz del Castillo, Bernal, [1632] 1985, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Madrid, Espasa-Calpe, 7a. ed.
- Durán Ochoa, J., 1955, *Población*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Durán, Manuel y Edgar Félix, 2005, “El candidato amarillo”, *Reforma*, 22-05-2005.
- Enríquez Cabot, Juan, 2006, “El poderoso ...”, *Reforma*, 4/09/2006.
- Florescano, Enrique (coord.), 1995, *Mitos mexicanos*, México, Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara.
- Florescano, Enrique, 2004, “El nacionalismo cultural 1920-1934”, *La Jornada*, 26/08/2004.
- Franco, Jean, 2001, “La malinche y el primer mundo”, en Margo Glantz (comp.), *La Malinche, sus padres y sus hijos*, México, Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara.
- Franco, Luciano, 2006, “PRD echa abajo acuerdo de quitar gasto a partidos”, *Crónica*, 15/12/2006.
- Fuentes, Carlos, 1958, *La región más transparente*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Garibay, Ángel María (tr.) y Miguel León-Portilla (comp.), [1959] 1972, *Visión de los vencidos; relaciones indígenas de la conquista*, México, UNAM, Biblioteca del estudiante, 6a. ed.
- Gellner, Ernest, 1997, *Naciones y Nacionalismo*, Javier Setó (trad.), Mexico, Alianza-Conaculta.

La construcción estética del Estado y de la identidad nacional

- Giddens, Anthony, 1979, *Central Problems in Social Theory*, Londres, Macmillan.
- , 1984, *The Constitution of Society*, Cambridge, Polity Press.
- Glantz, Margo, 2001, “La Malinche: la lengua en la mano”, en *La Malinche, sus padres y sus hijos*, México, Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara.
- (coord.), 2001, *La Malinche, sus padres y sus hijos*, México, Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara.
- Goffman, Erving, [1959] 1981, *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, Hildegarde B. Torres Perrén y Flora Setaro (trad.), Buenos Aires, Amorrortu.
- Gómez Leyva, Ciro, 2006, “PRD y PRI, qué descaró, qué vergüenza”, *Milenio diario*, 12/15/2006,
- González y González, Luis, 1986, “Suave patria: patriotismo y matriotismo”, *Nexos*, vol. 9, núm. 108, diciembre.
- González de Alba, Luis, 2006, “Erotismo, sexualidad e intelectuales”, *Letras Libres*, septiembre.
- Goux, Jean-Joseph, 1990, *Symbolic Economies*, Nueva York, Cornell University Press.
- Habermas, Jürgen, [1980] 1988, “La modernidad, un proyecto incompleto”, en Hal Foster (comp.), *La posmodernidad*, Jordi Fibla (tr.), Barcelona, Kairos-Colofón.
- , 1987, *The Theory of Communicative Action, the Critique of Functionalist Reason*, vol. II, Boston, Beacon Press.
- [1987] 1993, *Identidades nacionales y postnacionales*, Manuel Jiménez Redondo (tr.), México, REI-Tecnós.
- Hall, Edward T., 1963, “A System for the Notation of Proxemic Behavior”, *American Anthropologist*, 65, 1003-26.
- Herner, Irene, 1979, *Mitos y monitos, historietas y fotonovelas en México* (con la colaboración de María Eugenia Chellet), México, Nueva Imagen /UNAM.
- Herzfeld, Michael, 2005, *Cultural Intimacy: Social Poetics in the Nation-State*, Nueva York y Londres Routledge, 2a. edición.
- Hiriart, Hugo, 1995, “Máscaras mexicanas”, en Enrique Florescano (coord.), 1995, *Mitos mexicanos*, México, Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara.

La construcción estética del Estado y de la identidad nacional

- Irvine, John Taylor, 1974, "Strategies of Status Manipulation in the Wolof Greeting", Bauman & Shrezer, *Explorations in the Ethnography of Speaking*, Nueva York, Cambridge University Press, 167-191.
- Islas, Octavio, 2005, "La guerra de las imágenes en el Estado de México", *Razón y Palabra* núm. 45.
- Jakobson, Roman, 1963, *Essais de Linguistique Générale*, París, Minuit.
- Kant, Immanuel, [1764] 1981, *Observaciones sobre el sentimiento de lo bello y lo sublime*, México, Porrúa.
- Krauze, Enrique, 1997, *La presidencia imperial, ascenso y caída del sistema político mexicano (1940-1996)*, México, Tusquets editores.
- , 2006, "El mesías tropical", *Letras Libres*, junio.
- Kundera, Milan, 1984, *La insoportable levedad del ser*, México, Patria/Tusquets.
- Labastida, Jaime, 2000, *Cuerpo, territorio, mito*, México, Siglo XXI editores.
- Lafaye, Jacques, 1985, *Quetzalcóatl y Guadalupe: La formación de la conciencia nacional en México*, México, Fondo de Cultura Económica.
- López Austin, Alfredo, 1995, "El águila y la serpiente", en Enrique" en Florescano (coord.), 1995, *Mitos mexicanos*, México, Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara.
- López de Gómara, Francisco, *Historia General de las Indias*.
<<http://historia.fcs.ucr.ac.cr/biblioteca/historia/L%C3%B3pezdeGomara,Francisco-HistoriaGeneral.pdf#search=%22Tom%C3%A1s%20Ortiz%20%22son%20sin%20barbas%22%22>> 17/08/2006.
- Lyotard, Jean-Francois, 1981, *Dispositivos pulsionales*, Madrid, Editorial Fundamentos.
- Magú (Gumaro Castellanos Loza), 1995, "La nación y sus símbolos", en Enrique Florescano (coord.), 1995, *Mitos mexicanos*, México, Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara.
- Mandoki, Katya, 1994, *Prosaica; introducción a la estética de lo cotidiano*, México, Grijalbo.
- , 1998a, "The Eagle and the Cactus: Mexico's National Emblem from the Perspective Charles Peirce's Model", *Acta Ethnographica Hungarica*, 43 (3-4), pp. 377-396 (1998). Akadémiai Kiadó, Budapest.

La construcción estética del Estado y de la identidad nacional

- , 1998b, “Sites of Symbolic Density: A Relativistic Approach to Experienced Space”, en *Philosophies of Place III* (edited by Andrew Light), Nueva York, Rowman Littlefield, 1998: 73-95.
- , 1999, “Terror and Aesthetics: Nazi Strategies for Mass Organisation”, *Renaissance and Modern Studies*, vol. 42: 64-81, University of Nottingham, UK.
- , 2001, “Material excess and aesthetic transmutation”, en *Economies of Excess, Parallax*, 18, vol. 7, núm. 1, enero-marzo, pp. 64-75.
- , 2004a, “Power and Semiosis”, *Semiotica*, 150-1/4, pp. 1-18, vol. 151.
- , 2004b, “Semiosis y Aisthesis: ¿cinta Möbius o doble hélice?”, *Memorias del VII Congreso Internacional de la Asociación Internacional de Semiótica Visual*, CD rom.
- , 2006a, *Estética cotidiana y juegos de la cultura: Prosaica I*, México, Siglo XXI editores.
- , 2006b, *Prácticas estéticas e identidades sociales: Prosaica II*, México, Siglo XXI editores.
- , 2006c, *Estética y comunicación: de acción pasión y seducción*, Bogotá, Grupo editorial Norma.
- , 2007, “La confección de carisma de un candidato: un enfoque narratológico”, en Lucrecia Escudero (comp.), *Mexico 2006: los candidatos en campaña; estrategias de comunicacion politica y espacio público* (en prensa).
- Manrique, Daniel, 1981, “Ensayo pa’ balconear al mexicano desde un punto de vista muy acá”, en Béjar Navarro, Apéndice, pp. 201-237.
- Manrique Castañeda, Leonardo (coord.), 1998, *Atlas Cultural de México*, Lingüística, México, SEP-INAH-Planeta.
- Maturana, Humberto R., Francisco J. Varela, 1992, *The Tree of Knowledge; the biological roots of human understanding* (Robert Paolucci trad.), Boston, Shambhala.
- Mauss, Marcel, 1990, *The Gift* (Nueva York, Norton and Routledge), W.D. Halls (trad.) de "Essai sur le Don", en *Sociologie et Anthropologie*, París, Presses Universitaires de France, 1950.
- Méndez, Enrique y René Alberto López, 2006, “Ellos se creen de sangre azul y somos, según ellos, la chusma, los nacos', plantea. Se usa el racismo para descalificar la resistencia, advierte López Obrador”, *La Jornada*, 2006/08/30.

La construcción estética del Estado y de la identidad nacional

- Molina Ramírez, Tania, 2005, “La escasez de agua en la Ciudad de México Iztapalapa paga el pato”, *La Jornada*, 2005/06/26.
- Monsiváis, Carlos, 1987, “Cultura y sociedad en los 70”, *Cultura y sociedad en México y América Latina*, núm. 4, México, CENIDIAP, INBA, pp. 77-85.
- , 1987, “Cultura, identidad y nación”, *Cultura y sociedad en México y América Latina*, México, CENIDIAP, INBA, 69-73.
- , 1995, “Léperos y catrines, nacos y yupis”, en *Mitos mexicanos*, Enrique Florescano (comp.), México, Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara.
- Motolinia, Fray Toribio (de Benavente), [1858] 1984, *Historia de los indios de la Nueva España*, México, Porrúa, 4a. ed.
- Morris, Charles, [1964] 1974, *La significación y lo significativo: estudio de las relaciones entre el signo y el valor*, Madrid, Alberto Corazón, Jesús Antonio Cid (trad.), *Signification and Significance*, Cambridge, Massachusetts, MIT Press.
- Oriol Anguera, Antonio y Francisco Vargas Arreola, 1983, *El mexicano; raíces de la mexicanidad*, México, Instituto Politécnico Nacional.
- Osorio, Ernesto, 2006, “'Ganan' casas por bloquear”, *El Norte*, 26/08/2006.
<<http://www.elnorte.com/libre/online/edicionimpresa/notas/060826/portada/551846.htm>>.
- Ortega y Gasset, José, [1929] 1985, *El tema de nuestro tiempo: la rebelión de las masas*, México, Porrúa.
- Páez, Alejandro, 2006, “Fracasa la colecta de López 'por culpa de Telmex': PRD”, *Crónica*. 03/01/2006.
- Paz, Octavio, [1959] 1976, *El laberinto de la soledad*, México, Fondo de Cultura Económica, 4a. reimpr.
- Peschard, Jacqueline, 2006, “Políticas simbólicas”, *El Universal*, 12/12/2006.
- Pineda, Francisco, 2004, El poder racista: implantación, *Revista Rebeldía*, 20, pp. 12-22
<http://www.revistarebeldia.org/html/descargas/rebeldia_20.pdf>
- Poniatowska, Elena, 2006, “Jamás cancelaremos el derecho a la esperanza”, entrevista a Andrés Manuel López Obrador, *La Jornada*, 10/08/06.
- Pratt, Mary Louise, “'Yo soy La Malinche': Chicana Writers and the Poetics of Ethnonationalism”, *Callaloo*, vol. 16, núm. 4, A Special Issue (otoño, 1993), pp. 859-873.
- Propp, Vladimir, [1927] 1999, *Morfología del Cuento*, México, Colofón. 7ª ed.

La construcción estética del Estado y de la identidad nacional

- Ramírez, Santiago, [1959] 1977, *El mexicano; psicología de sus motivaciones*, México, Grijalbo.
- Ramos, Samuel, [1934] 1987, *El perfil del hombre y la cultura en México*, México, Secretaría de Educación Pública, 1a. ed., Lectura Mexicanas.
- Riva Palacio, Raymundo, 2006, “El Waterloo de Andrés”, *El Universal*, 04/12/2006.
- Rossi-Landi, Feruccio, 1970, *El lenguaje como trabajo y como mercado*, Caracas, Monte Avila, Italo Manzi (tr.), de *Il linguaggio come lavoro e come mercato*, Milano, Bompiani, 1968.
- Sahagún, Fr. Bernardino de, [c1577] 1985, *Historia general de las cosas de Nueva España*, Ángel María Garibay (ed. y trad.), México, Porrúa, 6a. ed.
- Salazar Mallén, Rubén, [1942] 1991, “El complejo de la Malinche”, *Sábado* núm. 722 de *Unomásuno*.
- Sánchez A. y M. Castillo, 2006, “Petición cantadita a Encinas para quitar plantón”, *Crónica*, 29/08/2006.
- Saussure, Ferdinand de, [1916] 1967, *Curso de lingüística general*, Mauro Armiño (trad.), Buenos Aires, Losada.
- Schutz, Alfred y Thomas Luckmann, 1977, *Las estructuras del mundo de la vida*, Néstor Míguez (tr.), Ariel Bignami (rev.), Buenos Aires, Amorrortu.
- Semo, Ilán, 2006, “Migajas del presidencialismo”, *La Jornada* 26/08/2006
- Silva-Herzog Marquez, Jesús, 2001, “El intelectual florero”, *Palabra*, 27/08/2001.
- Simpson, Mark, 1994, "Here come the mirror men", *The Independent* (15 de noviembre).
- Sodi Pallares, Ernesto, 1968, "Las cactáceas Cactáceas en las épocas pre-colombina y virreinal, y en el siglo XIX", *Cactáceas y suculentas mexicanas*, tomo XIII, enero-marzo.
- Unamuno, Miguel de, 1968, “Matriotismo”, *Obras Completas: La Raza y la Lengua, IV*, Madrid, Escelier.
- Vasconcelos, José, [1925] 1948, *Raza cósmica. Misión de la raza iberoamericana*, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 2a. ed., versión digitalizada en <http://www.ensayistas.org/antologia/XXA/vasconcelos/>
- , 1927, *Indología. Una Interpretación de la cultura iberoamericana*, París, Agencia Mundial de Librería.
- , 1935, *Estética*, México, Ediciones Botas, 2a. ed.

La construcción estética del Estado y de la identidad nacional

- Uranga, Emilio, 1952, *Análisis del ser del mexicano*, México, Porrúa, Gobierno de Guanajuato, 1990.
- Villegas, Abelardo, 1960, *La filosofía de lo mexicano*, México, UNAM, 3a. ed., 1988.
- , 1985, *Autognosis; el pensamiento mexicano en el siglo xx*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia.
- , 1993, *El pensamiento mexicano en el siglo xx*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Weber, Max, [1922] 1964, *The Theory of Social and Economic Organization*, Talcott Parsons (ed.), Talcott Parsons y A.M. Henderson (tr.), *Wirtschaft und Gesellschaft*, Nueva York, Simon & Schuster.
- Woldenberg, José, 1995, “El tapado”, en *Mitos mexicanos*, Enrique Florescano (comp.), México, Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara.
-

La construcción estética del Estado y de la identidad nacional

Anexos

LISTA DE ESTEREOTIPOS DE
LO MEXICANO DESDE LOS SÍ-
MEXICANOS¹

RESULTADOS:

Chile, nopal y Guadalupe empatados
con 4 menciones

acomplejado
águila y serpiente
albur
albur
alegría
amable
apasionado
arraigado
barroco
bolero
cabrones
cacahuete
campesino
carnal
celebración
chale
chanclas
charrito
charro
chavo del 8
1. chile
2. chile
3. chile
4. chile

chilpachole
chinga
chingadera
chocolate
cholo
chupe
color
color
conformidad
corrupción
desamparo
desidia
desidia
dúctil
epazote
familia
fiesta
fiesta
Frida,
frijol
gandalla
gracia
grillo
güey
hábil
holgazanería
ignorancia
incivilidad
incompleto
jorongo

juarista
ladino
libertad
maguey
mañana
mariachi
mariachi
molcajete
mole
mole
naco
1. nopal
2. nopal
3. nopal
4. nopal,

oscuro
pachuco
pasión
patriotismo
pendiente
pluricultura
pulque
religioso
resistente
Rivera
sensible
sentido
talachero
tamal
tequila
tequila
ternura
Tin Tan
tortilla
tortilla
triste
violencia
Virgen de Guadalupe
Virgen de Guadalupe
guadalupanismo
guadalupano
Zapata
zempoaxochitl, flor de

CONVOCATORIA

Amigos,
Estoy trabajando sobre la identidad
nacional mexicana y el estereotipo
por lo que me gustaría pedirles su
colaboración, en su calidad de
mexicanos y de no-mexicanos
(hacerla explícita), con 7 palabras
clave a las que asociarían o
definirían a lo mexicano. Por favor,
sin temor a ofender (por si las
dudas).
Gracias mil.

¹ Indagación entre mexicanos
en
DCG_UAMX@yahoogrupos
.com.mx; encuesta entre
latinoamericanos en
semioticians@gruposyahoo.c
om.ar

LA CONSTRUCCIÓN ESTÉTICA DEL ESTADO Y DE LA IDENTIDAD NACIONAL

LISTA DE ESTEREOTIPOS DE LO MEXICANO DESDE LOS NO-MEXICANOS

RESULTADOS: más de 50 participantes en 5 días

MARIACHIS (15)

TEQUILA (11)

MACHISMO (10)

PICANTE, CHILE (10)

MARCOS, EZLN, ZAPATISTAS, CHIAPAS (10)

FRIDA KAHLO (7)

AZTECAS (7)

(her) manito	chocolate	inmigrantes ilegales
Acapulco	chulo/a	inseguro
Acapulco	cilantro	inteligente
Adelita	codicioso	interesseiro
afectuosos	colores (los de Frida Kahlo y Rivera)	Jalisco
aguacate	comida	joto
Agustín Lara	comida	La Llorona
ají	comida mexicana	Lágrima
albur	conchudo	latinidade
albur	conformidad	lucha libre
altitud	Conquista	luchadores
amabilidad	coraje	luna
amables	cordialidad	1. machismo
América indígena	corridos	2. machismo
amigo	corrupción	3. machismo
amigueros	cuate	4. machismo
Amistad	cuate	5. Machismo;
Amparo	cuate	6. machista
asesinatos (de mujeres);	Cuernavaca-	7. Machista
asilo	desmesura	8. Macho
asimilado	DF-	9. Macho
1. azteca	dominante	10. Machote
2. azteca	Doña Eduvigés	maíz
3. azteca	drogas	maíz tostado
4. azteca	el Sr. Barriga	mamar
5. azteca	el Zócalo	mango
6. aztecas	emigración ilegal	Mañanitas
7. aztecas	enamorados	1. Marcos
bigote	escuince	2. Marcos
boleros	exagerado	3. Marcos Subcomandante
Botero	exiliados.	Maria Félix
broncudos	EZLN	1. mariachi
buenos modales	EZLN	2. mariachi
buenos pagadores de fútbol	fajitas	3. mariachi
burrito	fleco	4. mariachi
cajeta	flojo	5. mariachi
calavera	1. Frida	6. mariachi
calendario	2. Frida	7. mariachi
Cantinflas	3. Frida Kalo	8. mariachi
Carlos Fuentes	4. Frida Khalo	9. mariachi
celoso	5. Frida Khalo Y Diego Rivera	10. mariachi-
Chanfle	6. Frieda Caldo (sic)	11. mariachi
Charro	7. Fryda Kahlo	12. mariachis
charro	frijoles	13. mariachis
charro	fuerza	14. mariachis
Chavela Vargas	fuerza	15. mariachis
Chavela Vargas	fusil	mayas
Chavela Vargas	fútbol	Mayas
chavo	gentileza	Méjicolindoyquerido
Chavo del 8	golfo	mestizaje
Chavo del ocho	guacamole	Mestizaje
Chiapas	guacamole	mestizos;
Chiapas	guacamole-	mezcla
Chichicuiloté	guarura	Moctezuma
Chido	güey	Moctezuma
Chile	hablan raro	mole
chile	hospitalario	mole
Chili	hospitalidad	mordida
chingada	indianismo	mordida
Chingar	indígena	multicolor
chocolate	indios	multicolor
		murales
		muralistas

LA CONSTRUCCIÓN ESTÉTICA DEL ESTADO Y DE LA IDENTIDAD NACIONAL

museología	radical	1. tequila
nachos con guacamole	ranchera	2. tequila
náhuatl	recámara	3. tequila
Octavio Paz	receptivo	4. tequila
órale	reforma agraria	5. tequila
órale Bato	Revolución	6. tequila
orgullo	Rio Grande	7. tequila
padre	Rivera	8. tequila
Pancho Villa	Rivera	9. tequila
Pancho Villa	Rivera	10. tequila
papaya	Rivera murales	11. tequila
Pasión	Rivera Diego	tiroteos (balaceras)
1. picante	Rulfo	tortilla
2. picante	Rulfo	traficantes de drogas
3. picante	Rulfo	vacaciones
4. Picante	Rulfo	valientes
5. picante	sentimental	vestido
6. picante	Siesta bajo el sombrero	Virgen de Guadalupe
7. picantes comidas	smog	Virgen de Guadalupe
pirámides	sol	Virgen de Guadalupe
Pirámides	sol	Virgen de Guadalupe
pirámides.	Sombr. Chapeu longo	Virgencita Guadalupe
playas	sombrero	viva (México) carajo
playas;	sombrero	Viva México carajo
Pobrecito	sombrero	Viva Zapata
poncho	sombrero	1. Zapata
posesivo	Speedy González	2. Zapata
PRI	sucios	3. Zapata.
profundo	superpoblación	4. ZAPATISMO
Quetzal	Tacos	5. zapatista
Quetzalcóatl	Taxco	6. zapatistas

INDICE TEMÁTICO Y ONOMÁSTICO

Acha, 92, 155, 179, 200
 acústica, 5, 28, 30, 36, 38, 40, 41, 53, 54, 55, 61, 63, 70, 83, 92, 97, 98, 99, 122, 128, 129, 131, 137, 141, 143, 148, 157, 169, 170, 175, 178, 180, 181, 182
 Adal Ramones, 37, 183
 adherencia, 4, 12, 116, 192
 Adriano, 16, 85, 201
 Agustín Lara, 98, 211
 Alarcón, 168, 200
 Alcocer, 60
 Aldous Huxley, 95
 Alejandro Encinas, 31
 Alfonso Cravioto, 94
 Alfonso Reyes, 90, 94, 95, 111, 171
 alteridad, 38, 94, 120, 135, 191
 Althusser, 15, 200
 Amalia Hernández, 90, 101
 AMLO, 25, 30, 33, 35, 37, 41, 47, 50, 51, 52, 53, 54, 56, 57, 58, 60, 62, 64, 65, 67, 73, 74, 75, 77, 78, 79, 80, 81, 163, 200
 Anderson, 4, 9, 11, 13, 14, 15, 17, 19, 20, 85, 88, 94, 98, 189, 190, 192, 193, 196, 200
 André Bretón, 95
 Andrés Manuel López Obrador, 30, 35, 50, 51, 163, 206
 Antaki, 111, 160, 171, 172, 178, 200
 Antanas Mockus, 26
 Appadurai, 4, 9, 62, 192, 193, 194, 200
 Aramoni, 155, 177, 179, 200
 Arendt, 97, 200
 Arfuch, 96, 200
 Armando Manzanero, 98
 arquetipo, 5, 145, 148, 159, 160, 161, 163, 164, 165, 166, 167, 168
 arquetipos, 145, 146, 161, 167, 168, 182, 183
 arquitectura, 92, 109, 153
 Arreola, 52, 65, 69, 206
 Artaud, 95, 151, 159, 170
 arte, 18, 23, 27, 30, 36, 70, 71, 79, 82, 90, 92, 99, 101, 108, 154, 159, 180
 artística, 14, 19, 20, 21, 28, 90, 95, 103, 111, 151, 180, 187
 artísticas, 5, 108
 Arturo Durazo, 39
 Ascárraga, 47
 Ateneo de la Juventud, 89, 90, 94
 Avilés, 57, 200
 aztecas, 108, 119, 121, 135, 150, 156, 171, 188, 211
 Aztlán, 89, 105
 Báez Rodríguez, 81, 200
 Báez-Jorge, 163, 200
 Bahro, 25, 26, 200
 banderas, 36, 46, 82, 83, 89, 103, 132, 193
 barriales, 94
 barrio, 38, 44, 109
 barrios, 104, 114, 147, 159, 174
 Bartlett, 68
 Bartra, 8, 29, 67, 91, 97, 109, 116, 152, 166, 172, 173, 177, 184, 200, 201, 202
 Bataille, 46, 201
 Bateson, 19, 39, 201
 Baudot, 164, 201

Becerril, 75, 201
 Béjar, 87, 169, 171, 174, 177, 201, 205
 belleza, 89, 101, 154, 155
 Berger, 12, 13, 201
 Berger y Luckmann, 12, 13
 Bermeo, 41, 81, 201
 Bernardo Ortiz de Montellano, 90, 95
 Best Maugard, 90
 Bill Clinton, 40, 61
 Blas Galindo, 90, 98
 Bonfil, 7, 9, 93, 95, 101, 102, 150, 151, 174, 175, 179, 201
 Borolas, 183
 Brenner, 103, 158, 160, 172, 201
 Buci-Glucksmann, 201
 Bush, 82
 Café Tacuba, 63, 91
 Calderón, 30, 31, 40, 50, 52, 54, 56, 57, 58, 60, 61, 62, 64, 69, 71, 75, 80, 83, 95, 179
 Campa, 49, 56, 65
 campaña, 5, 28, 30, 32, 33, 34, 37, 38, 47, 48, 49, 51, 52, 53, 55, 56, 57, 58, 59, 61, 62, 65, 66, 68, 69, 70, 71, 72, 73, 74, 75, 79, 80, 151, 205
 presidencial, 5
 candidato, 30, 33, 34, 35, 37, 38, 39, 40, 41, 47, 49, 50, 51, 52, 53, 54, 55, 56, 57, 58, 59, 61, 62, 64, 65, 66, 67, 68, 69, 70, 71, 72, 73, 74, 75, 76, 80, 81, 99, 202, 205
 Cano Hernández, 98
 Cantinflas, 29, 91, 169, 183, 211
 capitalismo, 10, 13, 16, 18, 107, 141, 185, 190
 Capulina, 183
 Cárdenas, 31, 33, 37, 53, 68, 77
 Carlos Mérida, 90
 Carlos Pellicer, 90, 95
 Carlos Salinas, 33, 37, 39, 44, 52, 57, 67
 Carmen Romano, 39
 Caso, Alfonso, 201
 Caso, Antonio, 201
 castellano, 94, 122, 126
 Castells, 27, 202
 Castillo, Miriam, 202
 censo, 88, 151, 193
 ceremonias, 46, 83, 102, 124, 143, 159, 194
 Chava Flores, 98
 Chavela Vargas, 91
 Chávez, 25, 52, 55, 59, 71, 75, 90, 98, 115, 151, 152, 153, 156, 157, 158, 163, 172, 173, 178, 202
 Chávez, Ezequiel, 202
 Chespirito, 91
 Chilanga Banda, 63
 cine, 45, 73, 91, 158, 162, 170, 180
 cinética, 5, 36, 38, 39, 40, 41, 43, 54, 55, 61, 63, 64, 108, 109, 110, 130, 139, 140, 147, 148, 153, 167, 181
 ciudad, 26, 32, 34, 38, 52, 59, 62, 65, 67, 73, 86, 95, 104, 108, 109, 110, 127, 133, 143, 173, 174, 175, 178
 ciudadana, 6, 17, 61, 152
Ciudadana, 32
 ciudadanas, 86
 ciudadanía, 60, 85, 87, 157, 185, 186, 187, 191, 192, 195, 197
 ciudadanos, 13, 16, 17, 24, 30, 31, 32, 43, 48, 59, 69, 85, 96, 118, 150, 186, 187, 188, 191, 192, 193, 195, 196, 197
 civilización, 5, 7, 8, 107, 108, 113, 118, 124, 155, 168, 174, 178, 201
 Clavillazo, 53, 64, 183
 Clinton, 51
 cocina, 20, 100, 122

cohesión nacional, 4, 11, 13, 14, 15, 19, 20, 21
 Colonia, 104, 108
 colonial, 87, 100, 162, 193
 colonialista, 111, 152
 Colosio, 67
 comunidad, 5, 13, 15, 18, 25, 69, 85, 97, 98, 101, 114, 137, 167, 187, 193
 Conquista, 6, 87, 120, 212
 conquistador, 8, 107, 119, 126, 134, 136, 143, 164, 167, 176
 conquistadores, 119, 126, 127, 131, 132, 142, 143
 Constitución, 4, 13, 25, 29, 36, 64, 77, 78, 81, 158, 188, 189, 191, 196
 contexto social, 6, 88, 105, 199
 criollos, 87, 151, 152, 174, 181
 cristianismo, 121, 168
 Cuauhtlequetzqui, 35, 36, 84, 105
 cuerpo, 13, 20, 49, 92, 100, 101, 120, 129, 130, 131, 132, 135, 138, 141, 147, 168
 cuerpos, 6, 23, 57, 80, 88, 101, 104, 121, 122, 124, 134, 142, 147, 171, 194
 Cuesta, 8, 95, 157, 158, 202
 cultura, 16, 19, 48, 79, 84, 90, 91, 96, 97, 100, 103, 105, 106, 107, 110, 111, 113, 114, 125, 136, 137,
 151, 152, 155, 157, 158, 164, 172, 173, 175, 176, 180, 184, 186, 187, 190, 191, 192, 196, 200, 205, 207
 cultura nacional, 16, 97
 cultural, 4, 5, 89, 93, 95, 98, 107, 112, 113, 114, 121, 132, 145, 147, 150, 152, 162, 172, 175, 187, 189,
 191
 culturales, 14, 62, 84, 85, 86, 87, 93, 94, 110, 118, 146, 151, 183, 196, 201
 culturoma, 186, 187
 D.H. Lawrence, 95, 170
 danza, 19, 92, 102, 114
 danzas, 20, 95, 101
 De la Madrid, 30, 37
 Dehesa, 56, 60, 74, 104, 202
 Dehesa, Germán, 202
 desafuero, 53, 65, 73
 descendientes, 101, 120, 154
 Díaz del Castillo, 104, 120, 126, 127, 128, 130, 131, 132, 133, 134, 135, 136, 137, 138, 139, 140, 156,
 160, 164, 165, 166, 202
 Díaz Ordaz,, 37
 Díaz Serrano, 39
 Díaz-Guerrero, 112, 113, 114, 116, 162, 202
 dibujos, 66, 103
 Diego Rivera, 90, 100, 103, 104, 212
 dioses, 8, 100, 120, 122, 124, 126, 129, 137, 138, 140, 141, 142, 143, 150, 161
 discursos, 27, 29, 33, 37, 46, 47, 56, 89
 Dolores Padierna, 44
 dramática, 36, 60, 63, 105, 113, 119, 121, 127, 136, 138, 176, 198, 199
 Dresser, 60
 Durán, 55, 107, 120, 121, 202
 Edgar Félix, 202
educación, 16, 45, 59, 191
 El Innombrable, 68
el Payo, 62
 el Santo, 91
 elecciones, 30, 34, 41, 42, 43, 49, 61, 63, 69, 70, 71, 74, 75, 82
 Elena Garro, 90
 emigración, 173, 190, 212
 emigraciones, 96
 emocionalización, 189, 194
 emotividad, 37, 48, 71, 72, 115, 152, 169, 226
 encuestas, 11, 25, 41, 63, 112
energía, 11, 12, 13, 17, 18, 19, 30, 37, 44, 57, 59, 72, 73, 115, 129, 185, 194, 195, 197, 198, 199
 enfática, 5, 36, 38, 40, 41, 42, 43, 54, 59, 60, 63, 65, 66, 68, 98, 104, 114, 127, 129, 130, 131, 133, 140,
 141, 146, 147, 148, 156, 165, 168, 170, 173, 177

Enrique González Rojo, 90, 95
 Enrique Peñalosa, 26
 Enríquez Cabot, 51, 202
 Ernesto Zedillo, 30, 37, 39, 42, 52, 53
 escolar, 16, 75, 85, 113, 145, 187, 191
 escópica, 5, 28, 34, 35, 36, 38, 53, 57, 58, 59, 60, 61, 65, 68, 70, 83, 88, 90, 101, 102, 103, 104, 122, 131, 133, 136, 137, 141, 143, 147, 148, 153, 157, 161, 165, 169, 170, 175, 176, 178, 180, 181, 182, 193
 escópico, 20, 34, 35, 54, 58, 102, 108, 122, 124, 130, 134, 156, 161
 escultura, 19, 92, 102, 108
 español, 87, 92, 99, 107, 114, 121, 124, 129, 130, 131, 132, 140, 146, 150, 156, 157, 160, 167, 180, 196
 españoles, 86, 99, 107, 113, 118, 119, 120, 121, 122, 126, 128, 129, 131, 132, 134, 136, 137, 139, 140, 141, 143, 160, 164, 165, 176, 187
 Espinosa Villarreal, 44
 Estado, 4, 5, 6, 11, 13, 14, 15, 16, 17, 18, 19, 20, 22, 24, 25, 26, 27, 28, 29, 30, 32, 34, 35, 36, 37, 38, 39, 40, 41, 42, 44, 45, 46, 47, 49, 51, 58, 72, 75, 82, 84, 85, 86, 87, 88, 89, 90, 93, 96, 98, 102, 103, 105, 110, 118, 145, 148, 149, 151, 152, 161, 162, 183, 185, 186, 187, 188, 189, 190, 191, 192, 193, 194, 195, 196, 197, 200, 201, 204, 225
 Estado-Nación, 4, 11, 13, 22, 25, 84, 88, 188, 192
 estatal, 30, 42, 87, 88, 126, 186, 194, 196
 estereotipo, 5, 61, 67, 75, 76, 86, 99, 145, 148, 153, 168, 169, 170, 171, 172, 173, 174, 175, 176, 177, 178, 180, 181, 182, 210
 estesis, 20, 28, 51, 92, 119, 120, 143, 167, 170, 198
 estética, 4, 7, 16, 19, 20, 21, 23, 24, 26, 28, 29, 30, 32, 35, 36, 41, 45, 46, 47, 48, 49, 52, 54, 57, 60, 65, 66, 67, 72, 74, 76, 86, 88, 89, 90, 91, 92, 95, 97, 99, 102, 104, 113, 118, 119, 120, 124, 131, 143, 145, 146, 147, 150, 153, 154, 155, 156, 158, 159, 167, 169, 170, 171, 172, 178, 180, 181, 183, 185, 186, 194, 198, 199, 204
 estéticos, 4, 46, 58, 77, 78, 88, 91, 119, 171, 175, 176, 181, 191
 estetización, 27, 28, 80, 99, 183, 186, 194, 197, 225
étnico, 25, 101, 147, 150, 187, 188
 étnicos, 86, 94, 124, 194
 Eugenio Derbez, 116, 146, 179, 183
 europeos, 20, 25, 111, 151
 Evelyn Waugh, 95
 extranjeros, 111, 118, 181, 192
 EZLN, 27, 28, 41, 152, 170, 211, 212
 familia, 16, 30, 39, 45, 89, 104, 106, 109, 112, 114, 116, 118, 121, 182, 209
 familias, 39, 48, 94, 107, 110, 152, 186, 192
 Fausto Buendía, 91
 Felipe Calderón, 54
 Fermín Revueltas, 90
 Fernández Perera, 75, 176
 Fernando Orozco, 90
 Florescano, 89, 102, 200, 201, 202, 203, 204, 206, 208
 fluxión, 5, 36, 41, 44, 45, 54, 55, 58, 60, 68, 69, 70, 109, 114, 115, 116, 129, 130, 131, 138, 142, 143, 146, 147, 148, 152, 153, 168, 173, 177, 181
 Foucault, 15, 24, 28
 Fox, 34, 37, 38, 39, 41, 42, 52, 53, 57, 63, 64, 75, 82
 francés, 14, 146, 157, 179, 189
 Franco, 48, 165, 167, 168, 202
 Fuentes, 104, 179, 181, 182, 202, 211
 fuerza de trabajo, 12, 93
 función expresiva, 118, 123
 Gabino Barreda, 94
 Gabriel Fernández Ledesma, 90
 Gabriel Vargas, 91
 Gamboa Patrón, 65
 Garibay, 126, 128, 133, 139, 140, 202, 207
 Gellner, 4, 9, 14, 84, 85, 202
 Giddens, 12, 203
 Gilberto Owen, 95

Glantz, 167, 201, 202, 203
 global, 13, 24, 44
 globalización, 10, 24, 94, 186, 188, 190
 Goffman, 6, 9, 16, 35, 66, 88, 203
 Gómez Leyva, 48, 203
 González de Alba, 69, 203
 González Obregón, 34, 104
 González y González, 16, 85, 203
 Goux, 79, 203
 Graham Greene, 95
Gramsci, 15, 20, 21, 89, 157, 201
 Granados Chapa, 61
 Guadalupe, 35, 38, 103, 108, 160, 161, 162, 163, 164, 166, 167, 168, 181, 200, 204, 209, 210, 214
 Guadalupe Acosta, 56
 Guadalupe García Escanilla, 44
 Guillermo Prieto, 90
 Güiri Güiri, 91
 Habermas, 4, 9, 21, 187, 188, 189, 190, 191, 192, 195, 203
 Hall, 107, 146, 203
 Héctor Suárez, 183
 hegemonía, 5, 15, 21, 24, 27, 85
 Hernán Cortés, 34, 120, 135, 150, 160, 164
 Herner, 62, 63, 182, 203
 héroes, 21, 28, 66, 74, 96, 104, 118, 119
 Herzfeld, 4, 9, 203
 hibridación, 120, 121, 168, 187
 Hidalgo, 30, 54, 74, 80, 163
 himno, 19, 28, 32, 76, 83
 Himno Nacional, 30, 83
 hiperestesia, 92, 155, 177, 179
 Hiperión, 90, 94
 Hiriart, 30, 203
 historia, 7, 8, 14, 21, 42, 45, 47, 74, 76, 77, 84, 85, 86, 88, 93, 94, 96, 101, 110, 118, 119, 124, 160, 164, 166, 167, 188, 190, 193, 194, 196, 204
 Hjelmslev, 91
 honor, 77, 83, 111, 146, 148, 161, 179, 180
 Huitzilopochtli, 35, 36, 142, 143, 161
 identidad, 4, 5, 6, 7, 8, 11, 14, 16, 20, 26, 27, 30, 38, 42, 44, 66, 69, 74, 77, 84, 85, 86, 87, 88, 89, 90, 91, 93, 94, 95, 96, 97, 98, 100, 101, 102, 103, 104, 111, 116, 118, 119, 120, 131, 147, 149, 150, 152, 157, 158, 159, 166, 169, 172, 174, 175, 180, 181, 183, 184, 187, 188, 189, 196, 206, 210
 identidad mexicana, 90, 91, 95, 158, 196
 identidad nacional, 4, 5, 6, 8, 11, 16, 84, 86, 87, 88, 89, 90, 91, 93, 95, 97, 98, 101, 102, 103, 111, 118, 147, 149, 150, 152, 157, 166, 169, 181, 183, 196, 210
 identidades, 4, 5, 6, 7, 8, 11, 17, 27, 33, 39, 86, 87, 88, 93, 94, 95, 96, 97, 98, 101, 108, 112, 118, 145, 146, 148, 155, 158, 169, 186, 187, 188, 189, 191, 196, 205
 identidades cívicas, 188
 identidades nacionales, 7, 11, 87, 88, 93, 98, 108, 145, 146, 155, 169, 189, 191
 ideología, 15, 48, 62, 110, 111, 150, 151, 167, 181, 184
 idioma, 14, 93, 94, 107, 157
 Ignacio Chávez, 90
 Ignacio González Guzmán, 90
 imagen, 17, 25, 33, 38, 45, 53, 55, 56, 60, 61, 62, 64, 66, 67, 70, 73, 74, 77, 80, 88, 91, 98, 101, 103, 104, 112, 113, 118, 122, 124, 130, 157, 161, 162, 164, 165, 170, 172, 183, 185, 201
 imaginario, 7, 8, 11, 13, 15, 16, 21, 71, 86, 88, 90, 97, 98, 145, 150
 impacto estético, 59, 128, 131, 134, 168
 índices, 61, 67, 126
 indicial, 98, 108, 126, 129
 indiciales, 32, 51, 135
 indígena, 8, 51, 83, 93, 94, 104, 107, 108, 110, 115, 118, 129, 131, 132, 134, 136, 137, 141, 143, 150, 152, 153, 157, 158, 161, 162, 166, 168, 171, 172, 174, 176, 211, 212

indígenas, 14, 28, 44, 87, 93, 94, 100, 101, 102, 112, 113, 114, 120, 121, 122, 124, 126, 127, 129, 133,
 134, 137, 139, 140, 141, 143, 150, 151, 152, 159, 161, 162, 165, 170, 176, 188, 202
 indio, 95, 107, 108, 115, 130, 145, 151, 153, 156, 172, 175, 177
 indios, 87, 101, 103, 121, 123, 128, 138, 140, 143, 156, 158, 167, 174, 201, 206, 212
 industria, 60, 84
 Inés Arredondo, 90
 inferioridad, 96, 111, 169, 177
 inglés, 22, 23, 77, 146, 168, 180
 institución, 5, 6, 12, 13, 14, 16, 24, 26, 43, 44, 87, 89, 96, 149, 152, 197
 intelectual, 69, 116, 154, 157, 173, 179, 194, 207
 intelectuales, 15, 20, 53, 62, 67, 86, 89, 90, 94, 111, 116, 145, 150, 157, 159, 172, 177, 193, 203
 intérpretes, 29, 132, 135, 166
 Irvine, 137, 204
 Islas, 32, 204
 Jaime Labastida, 3
 Jaime López, 98
 Jaime Sabines, 90
 Jaime Torres Bodet, 90, 95
 Jakobson, 30, 49, 118, 204
 Jean Charlot, 90
 Jerusalén, 84, 108, 160
 Jesús Blancornelas, 44
 Joaquín Beristáin, 90
 Joaquín Méndez Rivas, 90
 John Cage, 82
 John Reed, 95
 Jonathan Heath, 60
 Jorge Enciso, 90
 Jorge Zermeno, 83
 José Alfredo Jiménez, 76, 91, 98
 José Cabezas, 91
 José Clemente Orozco, 90, 101, 104
 José Gorostiza, 95
 José López Portillo, 39, 42, 74
 José Luis Cabezas, 44
 José Luis Martínez, 90
 Juan Gabriel, 98
 Juan Rulfo, 90
 Juan Sabines, 32
 Juanga, 91, 98, 99
 Juárez, 7, 31, 38, 43, 51, 57, 63, 64, 73, 74, 77, 98, 162, 163, 167, 168
 juego, 4, 5, 7, 13, 20, 26, 36, 38, 39, 66, 70, 71, 74, 77, 80, 105, 109, 113, 136, 139, 169, 197
 Julián Carrillo, 90
 Julio Torri, 90, 94
 Justino Fernández, 90
 Juventino Romero Cisneros, 39
Kalimán, 62, 66, 91, 110
 Kant, 146, 204
 Katherine Anne Porter, 95
 Kirchner, 51
 Krauze, 60, 68, 76, 204
 Kundera, 69, 204
 La Tigresa, 182
 Labastida, 30, 37, 50, 63, 99, 100, 151, 204
 Lafaye, 162, 204
 LASE, 5, 27, 28, 36, 49, 61, 122, 186
 legalidad, 110, 193
 legitimación, 6, 30, 88, 192
 legitimidad, 12, 13, 24, 30, 45, 78, 111, 115, 119, 149
 lengua, 14, 15, 17, 93, 94, 126, 131, 138, 141, 164, 165, 166, 168, 191, 203

LA CONSTRUCCIÓN ESTÉTICA DEL ESTADO Y DE LA IDENTIDAD NACIONAL

lenguaje, 5, 14, 15, 17, 19, 29, 33, 49, 50, 52, 55, 60, 62, 73, 107, 116, 118, 124, 125, 139, 150, 164, 170, 171, 173, 175, 176, 191, 193, 207

Leonardo da Vinci, 96

léxica, 5, 27, 28, 29, 33, 36, 37, 41, 44, 45, 49, 51, 52, 57, 60, 63, 65, 70, 73, 74, 83, 90, 92, 94, 106, 124, 127, 128, 132, 143, 148, 157, 169, 170, 175, 176, 178, 180, 181, 193

lingüística, 14, 17, 30, 93, 94, 97, 107, 207

literatura, 19, 91, 92, 94, 180, 190

López Austin, 36, 204

López de Gómara, 120, 132, 204

López de Santa Anna, 51, 74

López Obrador, 35, 51, 53, 67, 70, 73, 205

López Portillo, 30, 33, 37, 43, 76

López Velarde, 91, 96, 111

Los Bukis, 98

Los Contemporáneos, 90, 95

Luckmann, 16, 201, 207

Luis de Alba, 183

Luis de la Barreda Moreno, 39

Luis Donaldo Colosio, 39, 43

Luis Echeverría, 37, 39

Luis Miguel, 91

Lupita Tovar, 182

Lyn May, 182

Lyotard, 71, 204

machismo, 75, 76, 170, 177, 211, 212

macho, 75, 76, 116, 168, 172, 176, 177, 226

Madaleno, 183

Madero, 31, 38, 57, 77

Madrazo, 30, 37, 45, 49, 52, 53, 56, 58, 60, 61, 64

madre, 79, 98, 106, 108, 109, 112, 113, 116, 160, 162, 164, 165, 167, 168, 174

Magú, 28, 204

Malcolm Lowry, 95

malinche, 113, 164, 202, 226

Malinche, 121, 150, 164, 166, 167, 168, 182, 183, 201, 202, 203, 206, 207

malinchismo, 181

malinchista, 107, 156

Malintzin, 108, 126, 160, 164, 165, 166, 167, 168, 171, 184, 200, 201

Mandoki, 5, 9, 16, 26, 28, 31, 34, 46, 61, 70, 76, 79, 99, 120, 143, 145, 149, 160, 161, 204

manipulación, 186

Manrique, 14, 104, 174, 205

Manuel Ávila Camacho, 90

Manuel M. Ponce, 90

Manuel Rodríguez Galván, 90

Manuel Toussaint, 90

Marcelo Ebrard, 41

María Felix, 91

mariachi, 90, 98, 99, 170, 209, 212, 213

Mariano Azuela, 90

Martí Batres, 56, 65

máscara, 30, 57, 79, 116, 117, 134

matria, 196, 203

matrices, 6, 17, 19, 24, 26, 87, 93, 100, 103, 105, 112, 186, 187, 189, 190, 195, 196

matriz nacional, 7, 85, 88, 100, 104, 105, 148, 161, 163, 183, 196, 197

matriz religiosa, 105, 126, 143, 193

Maturana, 15, 205

Mauss, 46, 205

Méndez, 75, 205

mesoamericanas, 7, 100, 102, 152, 156

mestizaje, 8, 101, 112, 119, 150, 151, 160, 164, 168, 173, 176, 181, 184, 189, 213

mestizos, 87, 101, 112, 132, 150, 151, 152, 154, 158, 174, 213

metáforas, 50, 80, 124, 125
 Miguel Ángel, 61, 96
 Miguel de la Madrid, 39, 43
 Miguel Nazar Haro, 39
 militar, 11, 21, 46, 143, 187, 191
 militares, 19, 22, 31, 46, 87, 118
 Moctezuma, 35, 105, 119, 120, 126, 127, 128, 130, 133, 134, 135, 136, 137, 138, 139, 140, 141, 142, 143, 164, 165, 171, 213
 moda, 57, 108, 175, 178, 180, 186
modernidad, 10, 88, 168, 171, 195, 203
 Modesto Vázquez González, 91
 Mokus, 59
 Molina, 59, 206
 Monsiváis, 53, 87, 98, 175, 178, 206
 monumental, 20, 98, 105, 124, 143
 Morelos, 21, 74
 Morris, 29, 51, 76, 206
 Motolinia, 123, 206
 movilidad, 108, 109
 Muñoz Rocha, 44
 museo, 88, 102, 103
 música, 7, 14, 19, 21, 23, 53, 91, 92, 95, 97, 98, 102, 148, 149, 170, 180
 musicales, 19, 98, 110
 nación, 4, 6, 7, 14, 15, 19, 25, 84, 85, 118, 119, 151, 185, 186, 187, 188, 190, 191, 193, 204, 206
 Nación, 4, 5, 6, 11, 13, 14, 15, 16, 19, 20, 25, 28, 78, 84, 85, 87, 97, 102, 163, 186, 189
 nacionalidad, 85, 88, 117, 146, 178, 192
 nacionalismo, 4, 10, 13, 14, 18, 20, 84, 85, 89, 99, 189, 190, 192, 202
 nacionalistas, 4, 86, 88, 97, 98, 111, 185, 189
 Nación-Estado, 4, 14
 nacionismo, 85, 87, 196
 náhuatl, 93, 122, 124, 125, 126, 165, 213
 nazi, 148, 149, 187, 194
 nazismo, 85, 148, 187, 191
 Nietzsche, 70
 Noroña, 56
 noticieros, 17, 28, 29, 63, 183
 novela, 4, 43, 170, 173
 Novo, 95, 104
 Octavio G. Barreda, 95
 Oriol, 92, 115, 129, 155, 158, 178, 179, 180, 206
 Ortega y Gasset, 96, 189, 206
 Oscar González Guerrero, 91
 Osorio, 31, 206
 Pablo Moncayo, 90, 98
 Paco Stanley, 43
 padre, 49, 62, 66, 82, 85, 106, 108, 112, 116, 121, 159, 164, 166, 176, 192, 213
 Páez, 69, 206
 Palacio Nacional, 30, 35, 54, 64, 73, 77, 83, 103, 104, 105
 PAN, 40, 58, 59, 69, 99, 103, 141, 194
 panista, 47, 50, 53, 55, 56, 58, 59, 65, 68, 70
 Paola Durante, 44
 pasiones, 36, 71, 73, 115, 163, 185
 patria, 13, 14, 74, 85, 96, 118, 176
 patrio, 31
 patrióticos, 4, 117, 185
 patriotismo, 23, 188, 189, 190, 192, 193, 203, 209
 patriotismo constitucional, 188, 189, 190, 192
 Paz, 91, 116, 163, 164, 171, 180, 184, 206, 213
 PCEF, 5, 28, 36, 61, 173
 Pedro Henríquez Ureña, 90, 94

Peñalosa, 59
 Pepe 'El Toro, 73
 performativa, 30, 32
 Peschard, 77, 206
 Pineda, 206
 pintura, 19, 21, 92, 159, 173
 poder, 10, 15, 17, 20, 24, 26, 29, 30, 32, 34, 35, 39, 42, 46, 52, 57, 58, 64, 70, 72, 82, 88, 96, 97, 118, 125, 127, 138, 139, 147, 165, 169, 179, 181, 189, 192, 206
 político, 11, 13, 25, 26, 27, 29, 30, 32, 34, 41, 50, 53, 57, 58, 60, 64, 67, 68, 71, 72, 77, 79, 84, 88, 93, 106, 160, 168, 170, 185, 189, 204
 políticos, 10, 17, 28, 30, 32, 33, 34, 39, 41, 51, 60, 67, 72, 75, 77, 79, 80, 87, 94, 118, 119, 152, 170, 172, 183, 194
 Poniatowska, 53, 59, 65, 69, 71, 206
 Portilla, 115, 126, 128, 133, 139, 140, 202
 Posadas, 39, 43, 67
 Posadas Ocampo, 39
 posnacional, 4, 187, 188
 Pratt, 167, 206
 PRD, 32, 33, 37, 48, 50, 51, 56, 59, 60, 67, 69, 73, 78, 79, 99, 194, 202, 206
 prendamiento, 85, 133, 148, 167
 presidente, 25, 33, 34, 35, 36, 39, 40, 41, 44, 50, 51, 54, 56, 58, 59, 61, 64, 67, 68, 69, 70, 71, 73, 74, 75, 76, 77, 78, 79, 81, 82, 83, 163
 Presidente, 33, 35, 45, 49, 54, 58, 64, 75, 76, 78, 90
 presidentes, 75, 96, 105
 PRI, 32, 33, 37, 38, 39, 50, 53, 63, 64, 67, 99, 194, 213
 Propp, 66, 206
 prosa, 14, 91, 94, 127, 154
 prototipo, 5, 86, 96, 145, 148, 149, 150, 152, 153, 157, 159, 160, 161, 168
 proxémica, 5, 36, 37, 38, 41, 50, 51, 54, 60, 61, 62, 63, 74, 100, 106, 107, 108, 109, 130, 131, 137, 138, 139, 141, 146, 147, 165, 167, 171, 174, 181
 público, 18, 21, 27, 29, 33, 37, 38, 45, 59, 60, 62, 80, 99, 113, 195, 205
 pueblo, 5, 8, 16, 21, 25, 27, 30, 31, 32, 37, 39, 41, 42, 43, 44, 45, 50, 52, 53, 62, 65, 78, 79, 84, 85, 110, 111, 118, 140, 143, 145, 146, 162, 163, 166, 167, 171, 174, 175, 187, 188, 190, 193, 200, 201
 Quetzalcóatl, 52, 74, 121, 127, 134, 159, 165, 204, 213
 Rafael Cutberto Navarro, 91
 Ramírez, 59, 100, 102, 104, 106, 107, 109, 113, 116, 159, 171, 176, 178, 206, 207
 Ramos, 1, 90, 91, 96, 106, 108, 109, 110, 111, 113, 114, 116, 117, 157, 158, 160, 173, 177, 179, 181, 207
 Raquenel, 44
 Raúl Gibb Guerrero, 44
 René Bejarano, 34, 44, 57
 Resortes, 91, 183
 Reyes Heroles, 29, 32, 60
 rigidez, 33, 108
 ritual, 13, 18, 30, 39, 45, 54, 81, 82, 98, 100, 101, 103, 159, 170, 171, 193, 194
 rituales, 12, 17, 19, 28, 46, 79, 97, 121, 122, 193, 194
 Riva Palacio, 81, 207
 Roberto Campa, 49
 Roberto Gómez Bolaños, 183
 Roberto Montenegro, 90
 Rosario Robles, 65
 Rossi-Landi, 5, 9, 15, 73, 207
 Ruiz Massieu, 39, 43, 67
 Sahagún, 120, 121, 122, 123, 124, 125, 126, 127, 128, 129, 130, 131, 132, 134, 136, 137, 138, 139, 140, 141, 142, 143, 165, 207
 Salazar Mallén, 164, 207
 Salinas, 30, 39, 40, 42, 43, 44, 67
 Salinas Pliego, 47
 Salvador Toscano, 90
 Sánchez, 31, 178, 207
 sangre, 10, 40, 75, 84, 129, 134, 138, 141, 142, 143, 150, 159, 180, 184, 187, 191, 192, 195, 205

Santa Sabina, 98
 Santiago Ramírez, 96
 Saussure, 14, 87, 207
 Schutz, 207
 Secretaría de Educación Pública, 30, 89, 200, 207
 seducción, 4, 119, 205
 semiosis, 36, 51, 120, 126, 167, 199
 Semo, 77, 207
 sensibilidad, 5, 8, 16, 18, 19, 20, 27, 36, 48, 49, 55, 60, 69, 75, 77, 91, 95, 96, 104, 105, 106, 107, 111, 113, 114, 115, 116, 119, 120, 121, 122, 125, 131, 133, 136, 144, 146, 147, 152, 153, 155, 157, 158, 159, 171, 173, 194, 202
 sensibilidades, 7, 95, 101, 113, 120, 129, 143, 147, 150, 158, 169, 196
 Sergio Aguayo, 61
 Sheinbaum, 56
 significación, 29, 33, 49, 76, 175, 199, 206
 signo, 33, 79, 108, 129, 158, 179, 206
 signos, 32, 34, 36, 38, 51, 76, 79, 87, 120, 135, 137, 165, 199
 Silva-Herzog, 179, 207
 Silvestre Revueltas, 90, 98
 simbólica, 18, 35, 45, 46, 78, 79, 80, 93
 simbólicas, 21, 35, 36, 77, 78, 122, 149, 176, 206
 simbólico, 26, 30, 34, 35, 39, 54, 57, 67, 73, 76, 77, 78, 79, 80, 81, 82, 84, 93, 129, 145, 161, 163, 198
 símbolo, 19, 22, 26, 36, 38, 68, 79, 105, 148, 150, 161, 167
 símbolos, 23, 28, 36, 38, 76, 77, 79, 80, 105, 120, 161, 193, 204
 Simpson, 178, 207
 Siqueiros, 90, 107, 168
 Sixto Valencia Burgos, 91
 Sodi Pallares, 161, 207
 somática, 5, 21, 28, 32, 33, 36, 54, 55, 56, 57, 60, 80, 83, 88, 90, 92, 100, 101, 104, 122, 124, 129, 130, 131, 132, 134, 136, 137, 138, 139, 140, 141, 143, 147, 148, 149, 156, 157, 165, 169, 170, 173, 175, 176, 178, 180, 181, 193
 somático, 20, 33, 34, 55, 78, 102, 108, 148
 Sor Juana, 94, 164
 Stalin, 70
 subcomandante Marcos, 28, 68, 74, 170
 subjetividad, 6, 7, 97, 120, 169
 subjetividades, 6, 7, 97, 113, 136, 198
 sujetos, 6, 97, 116, 121, 151
 Szalay, 112, 113, 162, 202
 telenovelas, 91, 111, 182
 televisión, 29, 47, 55, 66, 68, 73, 91, 97, 183, 192, 197
 Templo Mayor, 105, 108, 143, 161
 Tenochtitlan, 35, 84, 89, 108, 133, 143, 165, 167
 Tepito, 38
 tequila, 108, 170, 183, 210, 211, 213
 territorio, 10, 11, 49, 88, 93, 100, 107, 118, 143, 149, 158, 186, 187, 188, 191, 195, 196, 204
 tiempo, 8, 10, 12, 16, 30, 41, 47, 54, 57, 58, 59, 61, 81, 87, 93, 96, 110, 114, 115, 119, 125, 138, 140, 143, 144, 159, 179, 187, 198, 199, 206
 Tin Tán, 183
 Tongolele, 182
 Tribunal Federal Electoral, 58
 tributo, 129, 135, 197
 Unamuno, 16, 85, 207
 Uranga, 9, 91, 94, 96, 99, 111, 129, 158, 177, 208
 urbana, 27, 57, 59, 84, 94, 101, 104, 109, 175
 Valle Inclán, 95
 Varela, 15, 205
 Vargas, 92, 104, 115, 129, 155, 158, 178, 179, 180, 182, 206, 211
 Vasconcelos, 8, 9, 44, 74, 89, 90, 92, 94, 150, 153, 154, 155, 156, 157, 158, 160, 161, 191, 207
 verbales, 6, 29, 75, 168, 173, 198

vestuario, 49, 56, 65, 71, 83, 122, 134, 178, 180, 186
 Vicente Fox, 25, 30, 33, 34, 36, 37, 38, 40, 41, 52, 53, 163, 194
 Villa, 38, 74, 80, 100, 103, 162, 163, 177, 213
 Villaurrutia, 95
 Villegas, 91, 95, 96, 154, 208
 Weber, 25, 66, 208
 William Burroughs, 95, 104
 Woldenberg, 28, 45, 60, 69, 70, 208
 Xavier Guerrero, 90
 Xavier Villaurrutia, 95, 104
 xenofóbico, 107, 156
 Yeidckol Polevnsky, 32
 Yolanda Vargas Dulché, 91, 104
 Yushchenko, 51
 Zabłudovsky, 54, 57
 Zapata, 31, 74, 104, 163, 210, 214
 Zárate, 48
 Zedillo, 43
 Zócalo, 20, 31, 35, 54, 56, 57, 65, 74, 75, 76, 77, 78, 105, 108, 212
 Zucar Kuri, 65

Índice de contenidos

<i>Introducción</i>	3
1. DEL TRABAJO LINGÜÍSTICO Y EL ACOPLAMIENTO ESTRUCTURAL-ENERGÉTICO	9
<i>Los tres modelos de la modernidad</i>	9
<i>Estructura y energía</i>	10
<i>Identidad y lenguaje</i>	13
<i>Producción de hegemonía</i>	14
<i>Identidades y vida cotidiana</i>	15
<i>Estesis y nacionalismo</i>	17
2. ESTÉTICA DE ESTADO: SEÑUELOS Y REPELENTES	23
REGISTROS PARA LA ESTETIZACIÓN DEL ESTADO	26
<i>Léxica de Estado</i>	28
<i>Acústica de Estado</i>	29
<i>Somática de Estado</i>	31
<i>Escópica de Estado</i>	33
MODALIDADES EN LA DRAMÁTICA DE ESTADO	35
<i>Proxémica de Estado</i>	36
<i>Cinética de Estado</i>	37
<i>Enfática de Estado</i>	40
<i>Fluxión de Estado</i>	43
3. ESTRATEGIAS ESTÉTICAS DE UNA CAMPAÑA ELECTORAL	46
REGISTROS DE LA RETÓRICA ELECTORAL	48
<i>Léxica electoral</i>	48
<i>Acústica electoral</i>	52
<i>Somática electoral</i>	54
<i>Escópica electoral</i>	57
MODALIDADES DE LA DRAMÁTICA ELECTORAL	59
<i>Proxémica electoral</i>	60
<i>Cinética electoral</i>	62

LA CONSTRUCCIÓN ESTÉTICA DEL ESTADO Y DE LA IDENTIDAD NACIONAL

<i>Enfática electoral</i>	64
<i>Fluxión electoral</i>	67
EPÍLOGO DE UNA CAMPAÑA	71
<i>De la producción de emotividad</i>	71
<i>Del trabajo lingüístico</i>	72
<i>Del juego de los estereotipos</i>	74
<i>De la simbolomanía y el orden de las sustituciones</i>	76
<i>De bufones, traiciones y shakespeareadas</i>	80
4. LA ESTETIZACIÓN DE LA IDENTIDAD NACIONAL	84
REGISTROS DE LA RETÓRICA NACIONAL	91
<i>Léxica nacional</i>	93
<i>Acústica nacional</i>	97
<i>Somática nacional</i>	100
<i>Escópica nacional</i>	102
MODALIDADES DE LA DRAMÁTICA NACIONAL	105
<i>Proxémica nacional</i>	106
<i>Cinética nacional</i>	108
<i>Enfática nacional</i>	110
<i>Fluxión nacional</i>	114
5. LA PERPETUA CONQUISTA DE MÉXICO: COLISIÓN Y AMALGAMA DE SENSIBILIDADES	118
REGISTROS DE LA RETÓRICA EN LA CONQUISTA DE MÉXICO	120
<i>Léxica de la conquista</i>	123
<i>Acústica de la conquista</i>	127
<i>Somática de la conquista</i>	129
<i>Escópica de la conquista</i>	133
MODALIDADES DE LA DRAMÁTICA EN LA CONQUISTA DE MÉXICO	136
<i>Proxémica de la conquista</i>	136
<i>Cinética de la conquista</i>	139
<i>Enfática de la conquista</i>	140
<i>Fluxión de la conquista</i>	142
6. PROTOTIPOS, ARQUETIPOS Y ESTEREOTIPOS EN LA IDENTIDAD NACIONAL	145
EL PROTOTIPO DEL MESTIZO	149
EL ARQUETIPO DE GUADALUPE	160
EL ARQUETIPO DE MALINCHE	164
ESTEREOTIPOS DEL MEXICANO	168
<i>El estereotipo del pelado</i>	172
<i>El estereotipo del naco</i>	174
<i>El estereotipo del macho mexicano</i>	176
<i>Repaso de estereotipos</i>	177
REFLEXIONES FINALES EN TORNO A LA ESTÉTICA DEL ESTADO-NACIÓN	185
Glosario	198
Índice onomástico	200
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS, CIBERNÉTICAS Y HEMEROGRÁFICAS	200
Anexos	209

<i>INDICE TEMÁTICO Y ONOMÁSTICO</i>	213
<i>Indice de contenidos</i>	223